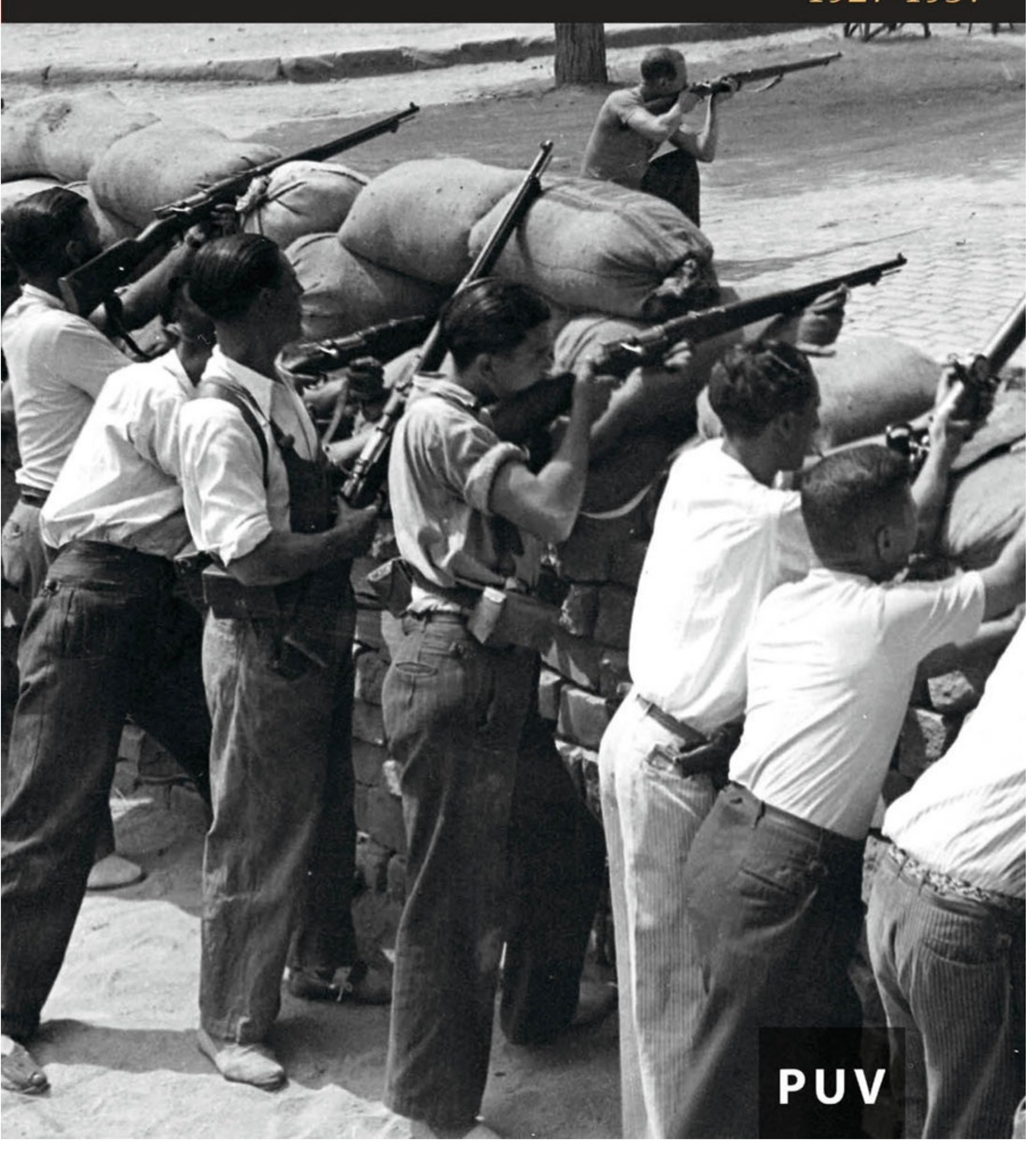
Stuart Christie

¡NOSOTROS LOS ANARQUISTAS!

Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) 1927-1937

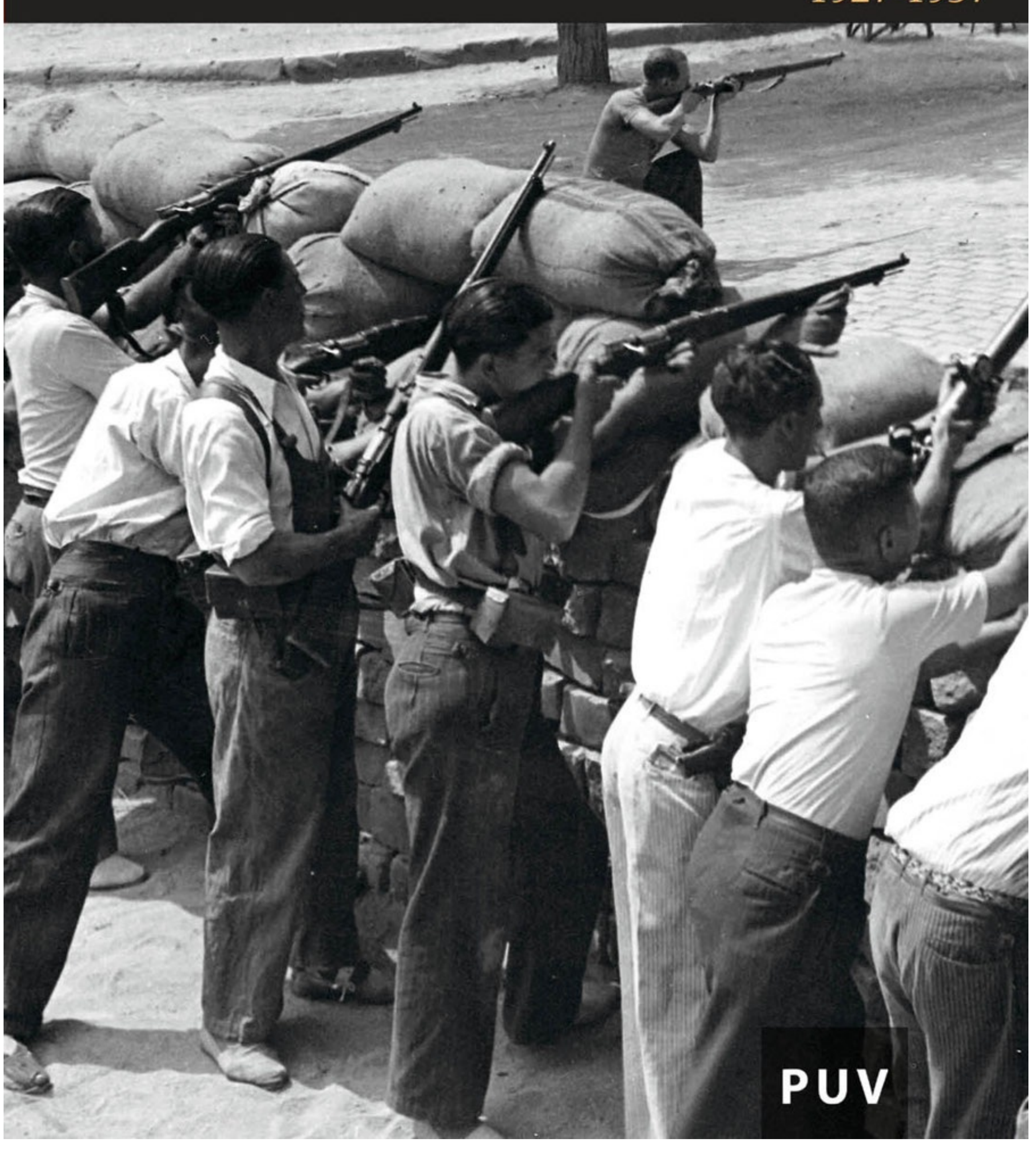


PUV

Stuart Christie

¡NOSOTROS LOS ANARQUISTAS!

Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) 1927-1937



¡NOSOTROS, LOS ANARQUISTAS!

UN ESTUDIO DE LA FEDERACIÓN

ANARQUISTA IBÉRICA

(FAI) 1927-1937

Stuart Christie

Traducción de Sofía Moltó Llorca

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Título original: We, the Anarchists: A Study of the Iberian Anarchist Federation (FAI) 1927-1937

Edición publicada por AK Press, Oakland, West Virginia, 2008

Publicacions de la Universitat de València

http://puv.uv.es

publicacions@uv.es

Diseño del interior y maquetación: Inmaculada Mesa

Ilustración de la cubierta: Arxiu Fotogràfic de Barcelona

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

ISBN: 978-84-370-7848-9

Realización ePub: produccioneditorial.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Gracias a las banalidades de los charlatanes, ya ni las oraciones pueden salvarnos: ningún reproche es demasiado amargo para nosotros, ningún epíteto demasiado insultante. Los oradores que hablan de temas sociales y políticos creen que insultar a los anarquistas es una estrategia infalible para ganarse la aprobación popular. Se nos acusa de todos los delitos imaginables, y a la opinión pública, demasiado indolente para buscar la verdad, se la convence fácilmente de que la anarquía es sinónimo de maldad y caos. Abrumados por el oprobio y acostumbrados al odio, nos tratan de acuerdo con el principio de que el sistema más seguro de acabar con alguien es darle mala fama.

ELISÉE RECLUS

Desde el nacimiento oficial del anarquismo organizado en el congreso de Saint Imier de 1872, ninguna organización anarquista ha soportado mayor oprobio o ha sufrido más distorsión que la Federación Anarquista Ibérica, más conocida por sus iniciales: FAI. Aunque las palabras recogidas más arriba del geógrafo anarquista Elisée Reclus son casi cincuenta años anteriores a la FAI, podrían haber sido escritas como epitafio de dicha organización.

La hostilidad de los comentaristas políticos de extrema derecha hacia los movimientos revolucionarios de la clase trabajadora no es nada sorprendente y no hace falta que nos paremos a comentarla. La siguiente cita se incluye sólo como ejemplo de cómo los comentaristas autoritarios intentaron manipular la actitud popular hasta el extremo de presentar a la FAI, punto de encuentro para los defensores de la constitución anarquista de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), el sindicato anarcosindicalista español, como el responsable de la discordia y el epicentro de una conspiración absurdamente violenta.

La otra (gran corporación) aglutina a los hombres que profesan doctrinas

anarcosindicalistas y se llama Confederación Nacional de Trabajadores, también conocida como la CNT. Su comité rector, la FAI (Federación Anarquista Ibérica) lleva un nombre que infunde el terror en el corazón de la mayoría de los españoles. Si «despiadada» es el calificativo apropiado para la UGT, el adjetivo «sanguinaria» no basta para describir a la FAI. Los miembros de ambas asociaciones son reclutados con métodos que se parecen más a la coacción que a la persuasión, muy frecuentemente a punta de pistola. Los inscriben en las listas sin tener en cuenta su oficio. Las dos organizaciones suministran pistoleros para crímenes sociales, votantes para las elecciones y milicianos para el frente. Esas tres parecen ser las únicas actividades de la UGT, la CNT y la FAI. Pertenecer a cualquiera de ellas justifica la vehemente sospecha de criminalidad: la pertenencia a la última la corrobora.

Las posturas actuales con respecto a la FAI básicamente han sido fruto, y siguen siéndolo, de las obras de los historiadores liberales y marxistas. Más sofisticadas que las de Arnold Lunn, sus opiniones, tal como el analista americano Noam Chomsky ha observado, siguen contando con el respaldo «de la convicción ideológica, y no de la historia o la investigación de los fenómenos de la vida social».

Este estudio surgió de de mi irritación al ver que los mismos mitos y distorsiones sobre el papel milenarista o manipulador de la FAI en su simbiótica relación con la CNT continúan circulando indiscutidos. También era mi intención establecer que tanto los comentaristas políticos indolentes como los inteligentes han intentado difamar a la FAI –y al anarquismo español en general– distorsionando cínica o involuntariamente las pruebas históricas disponibles. Que lo hicieran para reforzar sus propios prejuicios políticos, para refutar las teorías de sus enemigos, por mera ignorancia o con mala intención es irrelevante; lo que sí me interesa es que historiadores aparentemente diligentes adoptasen y perpetuasen habladurías y afirmaciones absurdas como las propagadas por Arnold Lunn –sin ni siquiera intentar diferenciar realidad y ficción. Eso es más que una simple infracción de las reglas de las hipótesis históricas. El hecho de que no apliquen las reglas de la evidencia en el caso contra la FAI no sólo perjudica al caso, sino que también suscita serias preguntas con relación a su honradez intelectual y moral.

Para comprender plenamente bien el papel y la función de la FAI, antes es

crucial entender tres cosas:

1. Que el anarquismo sedujo a una parte importante de la clase obrera española porque reflejaba y articulaba valores, estilos de vida y relaciones sociales que existían en la base de la sociedad española.

2. Que la influencia ideológica predominante en el seno de las principales organizaciones sindicales españolas entre 1869 y 1929 fue el anarquismo.

3. Que la «minoría concienciada» de militantes que fundó y sostuvo a sus sindicatos durante largos periodos de represión implacable y a menudo sangrienta estaba formada por anarquistas que, mediante la revolución social y la introducción del comunismo libertario, pretendían conseguir una sociedad justa y equitativa, sin clases y sin estado, objetivos morales que les llevaron a enfrentarse no sólo al estado y a los empresarios, también a los líderes de su propio sindicato, cuyos objetivos inmediatos eran materiales.

Este libro tiene dos dimensiones. La primera es descriptiva e histórica. Describe la evolución del movimiento anarquista organizado en España y su relación con el movimiento sindicalista en general. Al mismo tiempo, analiza las principales ideas que hicieron que el movimiento sindicalista español fuera uno de los más revolucionarios de los tiempos modernos. La segunda dimensión es analítica e intenta tratar, desde una perspectiva anarquista, lo que para mí es el problema especialmente relevante de comprender los cambios del mundo contemporáneo: ¿Cómo pueden sobrevivir los ideales al proceso de institucionalización? Si eso no es factible, al menos debemos ser capaces de identificar los puntos de inflexión para poder contrarrestar el proceso.

Al examinar la historia de la CNT y la FAI resulta evidente que las organizaciones anarquistas, como todas las organizaciones y civilizaciones anteriores a ellas, están sujetas a un proceso de auge y declive. Cuando consiguen sus objetivos específicos, incluso las organizaciones libertarias más comprometidas y más directamente democráticas degeneran rápidamente. Dejan de ser instrumentos sociales diseñados para satisfacer necesidades sociales reales y se transforman en instituciones que se autoperpetúan, con trayectorias y objetivos propios, diferentes y opuestos a los objetivos que provocaron su

fundación.

Mi principal argumento es simple: en pocas palabras, que mientras la dictadura de Primo de Rivera empezaba a irse a pique en 1927, estalló un conflicto entre la directiva no anarquista y las bases anarquistas de la Confederación (anarcosindicalista) Nacional del Trabajo (CNT). Los líderes, es decir, los miembros de los comités regionales y nacional de la CNT, convertidos en intermediarios entre el trabajo y el capital desafiaron abiertamente a los objetivos ideológicos de la «minoría concienciada» con el propósito de modificar la constitución anticapitalista y antiestatista federalmente estructurada de la CNT para competir con la Unión (socialista) General de Trabajadores (UGT) por la hegemonía sobre la clase obrera española. En su opinión, la causa de los trabajadores sólo progresaría cuando todos los trabajadores pertenecieran a su sindicato, algo que únicamente podría lograrse funcionando en el marco de los parámetros legales del sistema capitalista y estatista.

Para la «minoría concienciada» de anarquistas, eso amenazaba con transformar a la CNT, arma revolucionaria que podía eliminar la miseria de la vida diaria, en un sindicato reformista que sólo serviría para perpetuar y legitimar la explotación del hombre por el hombre. Los militantes anarquistas que constituían las bases de la CNT reaccionaron fundando la Federación Anarquista Ibérica, una asociación ad hoc de estructura federal cuya función era reafirmar el carácter revolucionario del anarquismo y servir de punto de partida para la defensa de los principios antipolíticos y de los objetivos inmediatos del comunismo libertario de la CNT. En 1932, la amenaza reformista fue eliminada –¡democráticamente!– y los anarquistas de la clase obrera que habían hablado en nombre de la FAI (aunque muchos de ellos, como García Oliver y Durruti nunca estuvieron afiliados a la FAI) volvieron a la actividad sindical diaria a nivel de federación local o participando en las conspiraciones y acciones revolucionarias del Comité de Defensa Confederal.

Pero en vez de disolverse, o de limitarse a servir de enlace entre los grupos de agitación o propaganda autónomos, a mediados de 1933 la FAI pasó a manos de un grupo de intelectuales desarraigados y de economistas liderados por Diego Abad de Santillán, un hombre para el que las teorías abstractas tenían prioridad sobre las experiencias prácticas de los trabajadores. Con la llegada de la Guerra Civil española tres años más tarde, la FAI abandonó toda pretensión de ser un órgano revolucionario. Del mismo modo que la directiva de la institucionalizada CNT había desbancado a la propia organización entre 1930 y 1932, la FAI se

convirtió, a su vez, en una estructura de intereses creados que frenó la actividad revolucionaria espontánea de las bases y reprimió a la nueva generación de activistas revolucionarios de las Juventudes Libertarias y del grupo «Amigos de Durruti». Se promovió la «unidad antifascista» y el poder del Estado a costa de los principios anarquistas, y la hegemonía del liderazgo de la CNT-FAI se impuso en los comités revolucionarios locales y en las asambleas generales. Su principal objetivo llegó a ser perpetuarse a sí misma, incluso a costa de los principios anarquistas revolucionarios que la inspiraron: los medios instrumentales se convirtieron en fines.

STUART CHRISTIE

I. ORÍGENES: 1872-1910. LA PRIMERA INTERNACIONAL

El anarquismo en España tiene sus orígenes en el llamado periodo revolucionario burgués de la historia española comprendido entre los años 1868 y 1873, cuando los pilares del viejo régimen semifeudal por fin se derrumbaron y el Estado se convirtió en un órgano de gobierno burgués. La nueva burguesía dominante no surgió de la todavía pequeña y débil burguesía industrial, sino de la burguesía mercantil de base agraria, cuyo objetivo político-económico era el capitalismo agrario liberal. La tensión entre un capitalismo agrario defendido por el estado por una parte, y el creciente poder económico del capitalismo industrial llegó a un punto crítico en esa época y se convirtió en telón de fondo de las luchas políticas y económicas del periodo.

El reparto de las tierras de la Iglesia y de los territorios nobiliarios a mediados del siglo XIX no fue simplemente una medida anticlerical adoptada por un gobierno liberal. Fue, en realidad, un intento de forzar el ritmo de la revolución liberal y de sentar las bases para el crecimiento apartando a la economía de la tierra y vinculándola al mercado, el comercio y la especulación. En 1869, la población activa estimada era de seis millones y medio de trabajadores, dos millones y medio de los cuales eran agricultores y un millón y medio asalariados, empleados en industrias todavía pequeñas como la textil, la minera, la del acero y la de la construcción o en talleres artesanales. Eso permaneció bastante estable durante el resto del siglo. En el periodo comprendido entre 1860 y 1900, «el sector generalmente descrito como primario (es decir, la agricultura) concentraba entre el 60 y el 65 por ciento del total de la población activa; el sector secundario (industrial) entre el 14 y el 15 por ciento; el sector terciario (servicios) entre el 18 y el 20 por ciento».[1]

Eso significa que cuatro millones y medio se dedicaban a la agricultura, un millón a la industria y un millón doscientos cincuenta mil a los servicios.

Una importante consecuencia de la desamortización, que es como se denominó al reparto de las propiedades, fue la rápida y constante afluencia de agricultores a los pueblos y ciudades de la España industrial, especialmente a los alrededores de Barcelona. Según Pere Gabriel, considerando residentes urbanos a los que viven en municipios de más de 10.000 habitantes, se estima que la población

urbana de España creció así: «del 14 por ciento del total de la población en 1820, al 16 por ciento en 1857, al 30 por ciento en 1887 y el 32 por ciento en 1900».[2] La rápida urbanización junto con los cambios políticos igualmente rápidos, en un sistema en el que las contradicciones políticas y económicas cada vez eran más evidentes, forzaron el ritmo de la radicalización de las masas y supusieron un potente estímulo para el crecimiento del movimiento sindical español.

Las ideas libertarias relativas a la libertad, y su crítica al poder y a la autoridad arbitraria se habían difundido por las diferentes regiones de España de un modo u otro desde la Revolución francesa: el sansimonismo en Cataluña, el fourierismo en Cádiz, etc. Sin embargo, fue, sobre todo, la influencia de las ideas federalistas y antiestatistas del anarquista francés Pierre-Joseph Proudhon en radicales españoles como Ramón de la Sagra y Francesc Pi i Margall en la década de los cincuenta del siglo XIX lo que imprimió el sello federal al movimiento sindicalista español. Pero hasta 1868, año en que el italiano Giuseppe Fanelli y otros introdujeron en España la Alianza Internacional de la Democracia Socialista de Mijaíl Bakunin, el anarquismo no dejó de ser una doctrina de abstractas especulaciones filosóficas sobre el uso y abuso del poder político para convertirse en una teoría de aplicación práctica.

El núcleo de la crítica del capitalismo y del estatismo de Bakunin, que con tanto entusiasmo fue recibida por los radicales españoles, era que el orden existente en la sociedad era preservado por tres fuerzas: el Estado, la religión y la propiedad. Como el Estado siempre había sido el instrumento con el que la elite gobernante salvaguardaba sus intereses y privilegios, no podía, por lo tanto, utilizarse como arma para derrocar al capitalismo, tal como los socialistas autoritarios afirmaban. El Estado, por consiguiente, era el principal enemigo. Para Bakunin, la democracia representativa también era un gran fraude con el que la elite gobernante convencía a las masas de que construyeran su propia prisión. Pero Bakunin reservó sus críticas más duras para el socialismo del Estado marxista, que profetizó que sería el régimen más tiránico de todos. Según él, el poder concentrado en el Estado conduciría «al dominio de los científicos, los más aristócratas, los más déspotas, los más arrogantes» de los gobernantes. El anarquismo era lo único que podía garantizar la existencia de una sociedad libre, en que el Estado sería reemplazado por federaciones libres, basadas en comunas locales que poblarían provincias, naciones y continentes, y finalmente constituirían una federación mundial que representaría a toda la humanidad. Esas ideas articulaban valores, aspiraciones y tradiciones del pueblo español, y tuvieron muy buena acogida en el ambiente federalista de la época. Era la única

alternativa aceptable al intervencionismo estatal que quería la burguesía mercantil de base agraria para establecer un eficaz sistema de transportes y comunicaciones que le permitiera irrumpir en los florecientes mercados continentales y mundiales, y a la centralizada y burocratizada estructura exigida por la facción marxista dominante de la Internacional.

El programa de la Alianza de la Democracia Socialista de Bakunin fue recibido con entusiasmo por los radicales de la clase trabajadora y, especialmente, por los campesinos sin tierras. El programa de Bakunin sostenía que el capitalismo era el peor de todos los sistemas económicos porque defendía que la propiedad era un derecho natural y el principal legitimador del orden social. La consecuencia de ello era una sociedad dividida en clases en que contrastaban la pobreza, la ignorancia, el trabajo duro y la inseguridad de la mayoría, con la abundancia, la satisfacción, el poder y la seguridad de unos pocos. La propuesta de Bakunin era reemplazar al capitalismo con un sistema basado en la asociación voluntaria de productores copropietarios de las empresas, cuyos beneficios se repartirían entre los miembros de las sociedades, no de manera igualitaria, sino justa.

El papel revolucionario de los anarquistas en el seno del incipiente movimiento sindicalista español fue expuesto con claridad por primera vez en los estatutos de la sección española de la Primera Internacional, la Asociación Internacional de Trabajadores (IWMA/AIT), constituida el 2 de mayo de 1869 bajo los auspicios de la Alianza. El programa, estatutos y estructura de esa organización sentaron las bases y fijaron el modelo del movimiento anarquista español, en vigor durante muchos años. La Alianza, el primer instrumento organizativo del anarquismo español, fue la progenitora y la fuente de inspiración de una larga lista de organizaciones de trabajadores cuyos principales rasgos diferenciadores y característicos fueron el antiestatismo y el colectivismo, que les animaron a resistir los embates del ejercicio del poder por parte de cualquier facción política y de todos los grupos que amenazaban su integridad antiautoritaria.

La Alianza se declaró atea, colectivista, federalista y anarquista: «Enemiga de toda clase de despotismo, la Alianza no reconoce ninguna forma de Estado y rechaza todas las formas de acción revolucionaria cuyo objetivo inmediato y directo no sea el triunfo sobre el capital de la causa de los trabajadores».[3]

Su programa exigía la completa reconstrucción de la sociedad mediante una estrategia diferente a la propuesta por el socialismo estatal, con los medios apropiados para alcanzar los respectivos fines: la federación de comunas

autónomas basadas en la propiedad y el control de los medios de producción por parte de los trabajadores. Los anarquistas de la Alianza creían firmemente que los trabajadores y los oprimidos en general debían generar y controlar sus propias luchas. «Ningún redentor de lo alto libera»– ni en la fila de piquetes, ni en las barricadas.

El primer gran movimiento sindicalista en España, la Federación Regional Española (FRE), fue concebido y desarrollado por la Alianza, que lo dotó del espíritu revolucionario del anarquismo. Al congreso celebrado en Barcelona en junio de 1870, asistieron 89 delegados (74 de ellos catalanes; 50 de Barcelona). Entre los estatutos de la sección española de la Alianza estaba la siguiente declaración explícita de objetivos anarquistas en relación con el sindicalismo: «La Alianza llevará toda la influencia posible al interior de la federación sindicalista local para evitar que se desarrolle de un modo reaccionario o antirrevolucionario».[4]

La postura de la FRE respecto a la actividad política fue explicada en la siguiente resolución:

Nosotros opinamos... que la esperanza de bienestar depositada por la gente en la conservación del Estado ya se ha cobrado muchas vidas.

Que la autoridad y los privilegios son los soportes más firmes que apuntalan esta sociedad de injusticia, una sociedad cuya reconstitución sobre las bases de la igualdad y la libertad es un derecho que nos incumbe a todos.

Que el sistema de explotación por el capital favorecido por el gobierno o el estado político no es más que la misma, y creciente, explotación de siempre y que el sometimiento forzoso a los caprichos de la burguesía en nombre del derecho legal o jurídico indica su carácter obligatorio.

Después de que la facción marxista los expulsase de la Internacional en el manipulado congreso de La Haya que tuvo lugar entre el 2 y el 7 de septiembre de 1872, los comunistas y federalistas libertarios celebraron su propio congreso sólo una semana más tarde, el 15 de septiembre, en Saint Imier. Ese congreso, al que la FRE se adhirió, sentó los principios básicos del anarquismo organizado,

principios que debían servir de guía a las futuras generaciones de activistas anarquistas. En ellos se ve con claridad lo que ha inspirado y guiado a los militantes anarquistas hasta el día de hoy. Tuvieron una influencia especial en los sindicalistas anarquistas, que medio siglo más tarde fundarían la Federación Anarquista Ibérica.

Las resoluciones aprobadas en el congreso de Saint Imier eran federalistas, antipolíticas y antiestatistas. No fueron el fruto de especulaciones filosóficas abstractas, sino la esencia depurada de duras experiencias revolucionarias anteriores.

Y estamos convencidos –

De que toda organización política no puede ser otra cosa que la organización del dominio en beneficio de una clase y en detrimento de las masas, y que el proletariado, si quisiera hacerse con el poder, se convertiría en una clase dominante y explotadora;

El congreso, reunido en Saint Imier, declara:

1. Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado.

2. Que toda organización de un poder político llamado provisional y revolucionario para llevar a esa destrucción no puede ser otra cosa que un engaño más, y sería tan peligroso para el proletariado como cualquiera de los gobiernos existentes en la actualidad.

3. Que rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la re volución social, los proletarios de todos los países deben establecer, al margen de toda política burguesa, una gran campaña solidaria de acción revolucionaria.

Otra resolución aprobada decía:

Todo Estado, es decir, todo gobierno y toda administración de las masas,

impuestos desde arriba, basados necesariamente en la burocracia, los ejércitos, el espionaje y el clero, no podrán establecer jamás una sociedad organizada sobre la base del trabajo y la justicia, ya que por la propia naturaleza de su organismo están inevitablemente forzados a oprimir al trabajador y a negarle la justicia... Creemos que el obrero no podrá emanciparse nunca de esta opresión secular si no sustituye ese organismo absorbente y desmoralizador por la libre federación de todos los grupos productores; una federación basada en la solidaridad e igualdad.

[1] Pere Gabriel, Anarquismo en España, en G. Woodicut.

[2] Ibíd.

[3] Encontrarán el texto completo del Preámbulo y Programa de la Alianza en la obra Bakunin on Anarchism, de Sam Dolgoff (ed.), Montreal, 1980, pp. 426-428.

[4] Diego Abad de Santillán, Contribución a la historia del movimiento obrero español, Méjico, 1962, vol. 1, p. 116.

II. LA CONFEDERACIÓN NACIONAL DEL TRABAJO (CNT) 1910-1923

La fundación de la Confederación Nacional del Trabajo en 1910 fue, para muchos, el dato más significativo de la historia del sindicalismo en España desde 1869. Los trabajadores anarquistas, inspirándose en los principios antiautoritarios, antiestatistas y federalistas del sindicalismo resumidos en la Carta de Amiens en 1906 y, en particular, en los escritos del sindicalista francés Fernando Pelloutier, encontraron en la acción directa y en el antiparlamentarismo del sindicalismo industrial el vehículo ideal para presentar las ideas anarquistas a los trabajadores y el medio para derrocar al Estado.

La escuela en que se daba formación intelectual a los trabajadores y en donde se familiarizaban con la gestión técnica de la producción y la vida económica en general, para que cuando surgiera una situación revolucionaria fueran capaces de asumir el control socioeconómico del organismo y de remodelarlo de acuerdo con los principios socialistas.[1]

Los sindicalistas revolucionarios, en cambio, consideraron los sindicatos industriales, no un medio para un fin, sino un fin en sí mismo.

La Carta de Amiens fue, sin embargo, un programa que afirmaba que el sindicalismo era autosuficiente. No animaba a los trabajadores anarquistas a formar sindicatos específicamente anarquistas, sino a colaborar con un sindicalismo políticamente neutral que abarcase a toda la clase trabajadora. Establecía exigencias económicas específicas e inmediatas dirigidas a la mejora de las condiciones laborales, pero a la vez, reiteraba que el principal objetivo del sindicalismo revolucionario era preparar a la clase trabajadora para su completa emancipación mediante la expropiación y la huelga general.

Los anarquistas estaban de acuerdo en que debían desempeñar un papel activo en los sindicatos, pero diferencias considerables los alejaban de los sindicalistas

revolucionarios. Su principal argumento (además de creer que había una confianza excesivamente optimista del sindicalismo en la huelga general como panacea revolucionaria y que la sociedad posrevolucionaria debía basarse en la comunidad, no sólo en los órganos de producción) era que los sindicatos eran esencialmente órganos reformistas, conservadores e interesados que ayudaban a preservar el capitalismo. Según ellos, era propio de la naturaleza de las organizaciones sindicales estimular el elitismo y fomentar una mentalidad utilitarista y jerárquica en nombre de la defensa de los intereses de la clase trabajadora.

Cada vez que se forma un grupo, –escribió Emile Pouget en 1904 en Les bases du syndicalisme–, en que hombres concienciados se ponen en contacto, se debería ignorar la apatía de la masa... Los no concienciados, los no sindicados, no tienen ningún motivo para poner objeciones a la clase de tutela moral que los ‘concienciados’ asumen... Además, los ignorantes no están en condiciones de hacer recriminaciones, ya que se benefician de los resultados logrados por sus camaradas concienciados y activistas, y los disfrutan sin haber tenido que luchar.

El peligro, previsto por los anarquistas, era que los «hombres concienciados» se sintieran tentados de aceptar cargos de responsabilidad en el seno del sindicato. Desde el momento en que un anarquista aceptase un cargo permanente en un sindicato o en un organismo similar, él o ella tendrían la obligación de defender los intereses económicos del colectivo, la mayoría de los cuales no serían anarquistas, e incluso irían en contra de sus propios principios morales. Ante el dilema de tener que elegir entre derrocar al capitalismo o negociar con él, perpetuando así su status quo, los «hombres concienciados» estarían obligados a ser fieles a su conciencia y a dimitir, o a abandonar el anarquismo para convertirse en cómplices del capitalismo y del estatismo.

En España, la CNT, que surgió a partir de la federación Solidaridad Obrera, de inspiración anarquista y socialista y fundada en 1907, se desarrolló con criterios diferentes a los del resto de las principales asociaciones sindicalistas revolucionarias del periodo. Aunque se inspiró en el anarquismo, la CNT todavía no se había declarado anarcosindicalista, a pesar de que estaba muy influenciada por los sindicalistas revolucionarios franceses. En su primer verdadero congreso,

celebrado en Barcelona en octubre de 1911, después de la retirada de los socialistas, los representantes de 26.585 trabajadores adoptaron el eslogan revolucionario de que la meta de la nueva asociación (a la que sólo podían pertenecer trabajadores) era la emancipación de los propios trabajadores.[2] Comprometida con la acción directa y la lucha de clases, y contraria a la colaboración política y entre las clases, el objetivo explícito de la CNT era obtener la suficiente fuerza numérica que le permitiera organizar una huelga general revolucionaria.

Después del fracaso de una huelga general solidaria en apoyo de los trabajadores que estaban en huelga en Bilbao y en protesta contra el estallido de la guerra en Marruecos, la CNT fue declarada ilegal por el gobierno de Canalejas y relegada a la clandestinidad a las pocas semanas de la celebración de su congreso fundacional. Logró recuperar su estatus legal en Cataluña en julio de 1914, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, pero hasta octubre de 1915, cuando se eligió un nuevo comité nacional con sede en Cataluña, la CNT no empezó a resurgir como un verdadero sindicato nacional. Sin embargo, la CNT siguió teniendo un carácter catalanocéntrico, ya que 15.000 de sus 30.000 miembros eran catalanes.[3]

La guerra fue un potente estímulo para el crecimiento industrial y la ex portación. Pero el incremento de las exportaciones supuso la subida de los precios en el país, y a partir de 1916, a medida que la inflación y el desempleo aumentaban, la CNT empezó a atraer a más y más trabajadores. La crisis económica causada por el fin de la guerra, que llevó al hundimiento de las lucrativas exportaciones de productos españoles, dio al movimiento anarcosindicalista un empujón aún mayor. El clima político se radicalizó más a consecuencia de la creciente tensión entre la burguesía industrial y la elite agraria, que propuso gravar los beneficios extraordinarios de la guerra con el objeto de regenerar la fallida industria agrícola.

A finales de 1917, horrorizada por el curso de los acontecimientos en Rusia, en dónde había caído el gobierno de Kerensky, la burguesía, a pesar del fuerte impulso que le habían reportado los beneficios de la guerra, perdió su inclinación reformista y su valor en la lucha por el poder político. La amenaza de una revolución social por parte de una combativa clase trabajadora con liderazgo anarquista, desplazó el interés por la tierra como principal peligro para los intereses económicos y políticos de la burguesía industrial. La situación fue descrita por el historiador español Díaz del Moral así:

La inminencia de una revolución política que preocupaba incluso a los más optimistas... La clara visión de esos sucesos y los ejemplos del este de Europa infundieron en todos los estratos del proletariado la esperanza de la victoria. Fue en ese momento cuando comenzó la agitación laboral más fuerte de la historia del país.[4]

La Unión Socialista General de Trabajadores, dirigida por Largo Caballero, en esa época era mucho más grande que la CNT. En febrero de 1916 tenía 76.304 militantes y en marzo de 1917 ya contaba con 99.530. Después del desastroso fracaso de una huelga política general en apoyo de un movimiento asambleario de clase media en agosto de 1917 y de la posterior represión violenta, los socialistas quedaron traumatizados y renunciaron formalmente a toda pretensión y aspiración política radical. A finales de 1917, se había convertido en un sindicato socialdemócrata claramente reformista comprometido a trabajar en el marco de los parámetros legales fijados por el Estado. A los ojos de los trabajadores y campesinos de España, la burguesía liberal, los socialistas parlamentarios y los sindicalistas colaboracionistas de clase perdieron toda su credibilidad. Habían demostrado ser incapaces de solucionar los problemas sociales y económicos que afectaban al pueblo español, especialmente la cuestión crucial de la tierra. El argumento anarquista de que esos problemas no podían resolverse en el marco del sistema ganó mayor credibilidad. En una situación tan polarizada, la única fuerza capaz de hacer frente a una clase gobernante cohesionada e intransigente era la formada por los trabajadores y campesinos de la revolucionaria y anarcosindicalista CNT. Las masas de pobres empezaron a reunirse entorno a sus banderas rojas y negras.

En el invierno de 1918, se organizó en Barcelona un Congreso Nacional de Grupos Anarquistas para discutir su relación con la CNT. Al mismo asistieron delegados de todas las regiones de España. El congreso, dirigido por un delegado del Comité Nacional de la CNT, recalcó la necesidad de una mayor implicación anarquista en el movimiento sindical, especialmente en los comités. Hasta este momento, muchos anarquistas se habían mantenido al margen de la CNT, y los que desempeñaban un papel activo en el sindicato evitaban deliberadamente los puestos de responsabilidad. Después de muchas discusiones, los grupos anarquistas optaron por la entrada masiva en la CNT, decisión que tuvo un

tremendo impacto en el desarrollo político de la CNT.

El empujón que el anarcosindicalismo recibió había estado precedido por un fuerte impulso ese mismo verano en el Congreso Regional de la poderosa CNT catalana en Sants (28 de junio-1 de julio de 1918). Fue entonces cuando la CNT comenzó a madurar como sindicato anarcosindicalista. Este congreso, que representaba a cerca de 74.000 trabajadores (alrededor del 30 por ciento obreros catalanes) decidió sustituir su estructura tradicional de unión de artesanos por la del Sindicato Único, el tipo de sindicato industrial que reunía a todos los oficios de la misma industria. Esos sindicatos industriales se organizaron en federaciones locales, de distrito y regionales. Organizándose industrialmente, pretendían sentar las bases de una nueva sociedad den tro de la estructura de la vieja. Las sedes de la CNT no se reservaron exclusivamente para los asuntos del sindicato; se convirtieron en centros comunitarios sociales y culturales en donde se fundaron escuelas gratuitas en la línea de las escuelas Ferrer para enseñar materias tan diversas como esperanto, vegetarianismo, medicina naturista, control de natalidad y emancipación femenina.

El congreso de Sants también decidió abolir las cuotas argumentando que fomentaban la burocracia, la cautela y un mayor interés por cuestiones insignificantes. El único cargo que cobraba en el Comité Regional Catalán del Sindicato, tal como se llamaba a la CNT catalana, era el secretario. También se acordó organizar un programa de reclutamiento y de propaganda anarcosindicalista a escala nacional que, dado el ambiente revolucionario de la época, tuvo un éxito arrollador. En el sur agrícola, las asociaciones de trabajadores de la industria y de campesinos se afiliaron en bloque. A finales de año, la CNT presumía de tener 345.000 miembros. El estado respondió encarcelando a los propagandistas de la CNT e ilegalizando de nuevo al sindicato.

Fue, sin embargo, una importante huelga de principios de 1919 lo que dio a la CNT la victoria industrial que necesitaba para consolidar su reputación de sindicato más combativo y más grande de España. En enero de 1919, la dirección canadiense de la compañía eléctrica redujo los salarios de un grupo de trabajadores sin previo aviso. Cuando ocho empleados que protestaron por la arbitrariedad de la medida de la dirección fueron sumariamente despedidos, la CNT convocó a sus miembros a una huelga que tendría lugar el 4 de febrero. La huelga «canadiense», tal como se denominó al conflicto, rápidamente dejó de ser una serie de huelgas solidarias esporádicas para convertirse en una

impresionante huelga general de alcance local el 21 de febrero. Al quedar Barcelona sin electricidad, las autoridades declararon el estado de sitio y llamaron al ejército. Detuvieron a muchos líderes sindicalistas. La disputa acabó con la victoria del sindicato el 19 de marzo, fecha en que los empresarios cedieron y readmitieron a los trabajadores despedidos, y accedieron a pagar una parte de los salarios perdidos. El gobierno de Romanones, por su parte, soltó a algunos de los presos de la CNT y, el 3 de abril introdujo la jornada de ocho horas. Notando su debilidad, la CNT reemprendió la huelga para obligar al gobierno a liberar al resto de los presos. Las autoridades respondieron obligando a Romanones a dimitir e iniciando una masiva campaña de represión contra la CNT en Barcelona, campaña que duró desde abril hasta agosto de 1919. La perniciosa tensión en la ciudad no se aplacó hasta finales de 1923 y principios de 1924.

Con posterioridad a la sangrienta represión de Barcelona, la CNT celebró su segundo Congreso Nacional en el teatro La Comedia de Madrid en diciembre de 1919. Para entonces, la CNT contaba con 715.000 miembros, aproximadamente el triple que la UGT.[5] De la cifra total, 427.000 eran trabajadores industriales catalanes; 132.000 del Levante; 90.000 de Andalucía y Extremadura; 28.000 de Galicia; 24.000 del País Vasco; 26.000 de las dos Castillas; y 15.000 de Aragón. Es posible que fuera la influencia de la gran cantidad de andaluces y extremeños –trabajadores que experimentaban el duro poder del capitalismo todos los días de sus vidas, y que vivían y trabajaban en condiciones de extrema pobreza, víctimas de la arbitraria justicia de clase de los terratenientes y sus representantes– lo que inclinó la balanza de en el seno de la CNT hacia la posición anarquista revolucionaria.

Con independencia del origen o la causa, el ambiente revolucionario e intransigente de las bases de la CNT en 1919, especialmente entre los agricultores del sur, se reflejó en las importantes resoluciones aprobadas por el congreso. Resoluciones que confirmaron que la CNT era una organización anarcosindicalista imbuida del espíritu de la Alianza y que se hacía eco de la meta fijada en los congresos de Saint Imier y Córdoba de la Primera Internacional celebrados cuarenta y siete años antes, en 1872 –¡el comunismo libertario!

Al congreso: –Los delegados abajo firmantes, conscientes de que la tendencia

con más fuerza manifestada en las organizaciones de trabajadores de todos los países es la que busca la liberación completa, profunda y absoluta de la humanidad en términos morales, económicos y políticos, y considerando que esa meta no podrá conseguirse hasta que las tierras, los medios de producción y los mercados se socialicen y el arrogante poder del Estado se desvanezca, sugieren al congreso que, de acuerdo con los postulados esenciales de la Primera Internacional de Trabajadores, declare que el objetivo fijado de la CNT en España es el comunismo anarquista.[6]

El Congreso Nacional de La Comedia también decidió adoptar las reformas estructurales introducidas por la CNT catalana el año anterior. Igual que en Cataluña, la sensibilidad respecto a los peligros de oligarquización y el deseo de garantizar la mínima tensión entre los líderes y las bases de la organización, llevaron al Congreso a decidir que sólo los secretarios de la Federaciones Regionales y el secretario del Comité Nacional cobrarían un salario. Todos los demás miembros de los comités nacionales y regionales y los que desempeñasen cargos de responsabilidad en el movimiento se verían obligados a continuar desempeñando su oficio para ganarse la vida. Para facilitar las cosas, el Congreso decidió que todo el Comité Nacional fuese reclutado de entre la militancia confederal de una determinada región. Siempre, excepto durante los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera, el Comité Nacional tuvo su sede en Barcelona.[7]

Irónicamente, el rápido crecimiento de la CNT a partir de 1919 aumentó las tensiones en la organización y se cuestionaron su hostilidad hacia el Estado y su compromiso constitucional con la guerra de clases y la acción directa. ¿Podían los anarquistas, enemigos de todo poder coercitivo, enfrentados al capitalismo y al Estado, mantener sus principios en el seno de un gran sindicato que desarrollaba sus propias metas e intereses particulares? ¿Cómo podía un instrumento de la revolución anarquista buscar beneficios económicos inmediatos y a corto plazo para sus miembros mediante alianzas tácticas y acuerdos con cualquier grupo que las circunstancias dispusiesen, sin ver sus principios distorsionados, su tradición traicionada y sus objetivos últimos comprometidos hasta el punto de resultar irreconocibles?

Aunque los trabajadores anarquistas de la CNT se comprometieron con entusiasmo con las mejoras económicas inmediatas y la justicia social, igual que

los socialistas o los cultos republicanos conservadores, estaban igualmente convencidos de que cualquier mejora lograda por el sindicato sería ilusoria y efímera mientras el capitalismo y el Estado persistieran. El hecho de que admitiesen que otros partidos políticos y sindicatos también eran útiles y que estuviesen dispuestos a colaborar con ellos para alcanzar objetivos comunes, no implicaba que dejaran de ser anarquistas. Aunque se distanciasen de los socialistas, la idea de negociar con el enemigo era impensable, igual que convertir la lucha de clases en colaboracionismo de clase al participar en las funciones de liderazgo del capitalismo y de las ilusorias funciones representativas del Estado burgués.

Pese a que la CNT fue fundada y, en general estuvo, influenciada por una minoría de activistas anarquistas de base, menos preocupados por las exigencias económicas que por defender la posición ideológica del sindicato, la mayoría de los que entraron en la CNT entre 1917 y 1923 seguramente no se habrían definido a sí mismos como anarquistas en el sentido de estar comprometidos con una idea. No obstante, los obreros y campesinos que se afiliaron a la CNT durante ese periodo estaban, casi con total seguridad, muy influenciados por el clima político polarizado y radical del periodo y se sentían identificados con el espíritu antiautoritario, libertario y revolucionario del sindicato. Su elección del sindicato reflejaba el ambiente de la época y sus puntos de vista particulares sobre cuestiones claves de una sociedad descaradamente clasista que les afectaban enormemente.

Por otra parte, los líderes o bien no eran anarquistas o simplemente apoyaban al anarquismo como principio abstracto. Para la concienciada minoría de militantes ésa era una importante razón para mantener la presión mediante la agitación y garantizar que el sindicato seguía expresando la doctrina anarquista y que los dirigentes reformistas y burócratas no se apartaban mucho de los estatutos de inspiración anarquista. Los dirigentes, a su vez, necesitaban el apoyo de esa «minoría concienciada» de activistas para conservar sus puestos de responsabilidad y se veían obligados a adoptar posiciones revolucionarias forzadas que nunca tuvieron la intención de aplicar ni creían factibles y que consideraban obstáculos para la negociación con empresarios y funcionarios del Estado. Los intentos de cambiar los estatutos revolucionarios de la CNT y de neutralizar la influencia de la «minoría concienciada» de anarquistas se resolvió, inevitablemente, con la derrota de los dirigentes.

A pesar de contrarrestar las tendencias colaboracionistas de clase de la cúpula,

que constantemente pretendía convertir a la confederación en un reflejo de la UGT, y los intentos de marxistas y pro-bolcheviques infiltrados, como Andreu Nin y Joaquim Maurín, de supeditar el sindicato a la Tercera Internacional fundada en Moscú, la «minoría concienciada» de anarquistas no tenía el objetivo de imponer la hegemonía ideológica en sus filas. En cambio, pretendían convertirse en referente moral para sus compañeros con el ejemplo y la inspiración, y no mediante la relación de mando y ordeno que generalmente imperaba en las estructuras de los partidos y sindicatos autoritarios; proteger y promover los intereses de la clase trabajadora; inculcar a las bases los principios teóricos y prácticos del anarquismo; y subrayar la diferencia entre lo que es y lo que podría ser.

Para los dirigentes reformistas de los altos comités, los militantes anarquistas de las bases eran, sin duda, estorbos, sobre todo porque entendían las realidades del mundo demasiado bien y sabían exactamente lo que los reformistas intentaban hacer. Para este último grupo, los objetivos revolucionarios de la CNT eran visiones en el horizonte de un futuro bastante distante –visiones que amenazaban sus carreras– no algo que pudiera o debiera estar en la agenda diaria de un gran sindicato. Si los sindicatos eran capaces de introducir el comunismo libertario, que al fin y al cabo sólo era la aplicación de los principios anarquistas a la reconstrucción de la sociedad, los sindicatos se convertirían en órganos auténticamente democráticos en los que no tendría cabida la estructura jerárquica de liderazgo. Lo cual, por supuesto, era la razón de que los reformistas incesantemente intentasen restar importancia a las metas del anarquismo y constantemente recalcaran la falta de interés de las bases por el anarquismo. En 1922, Soledad Gustavo escribió en el periódico anarquista Redención, «...la masa organizada que hemos denominado sindicalista no es libertaria».[8]

El gran triunfo logrado mediante la organización y la acción colectiva, –comentó Díaz del Moral–, la difusión de la prensa sindicalista, que, a pesar de estar aún dirigida en gran medida por los libertarios, trataba fundamentalmente temas sindicalistas; los hábitos de disciplina que imperaban en las organizaciones de trabajadores y el ardor de la batalla infundido a la militancia; la estructuración de los nuevos «sindicatos únicos», que subordinaban la actividad individual a la de las secciones... y a los fines colectivos, restringiendo la libertad tan diligentemente defendida por el anarquismo: [todo eso] modificó lentamente las convicciones de dirigentes, que, sin ser conscientes de ello se acercaban al

sindicalismo puro, radicalmente opuesto, en el fondo, a los principios anarquistas fundamentales.[9]

El rápido (pero efímero) aumento de afiliados al sindicato aceleró las contradicciones inherentes a un movimiento sindical revolucionario que intentaba realizar todas las funciones de un movimiento laboral reformista. Resultó ser una causa de tensión cada vez mayor y creó conflictos entre los militantes anarquistas, con sus objetivos revolucionarios inmediatos, y los elementos de orientación sindical, e igual influencia, con sus reivindicaciones laborales y económicas inmediatas. Para los anarquistas, la moral –es decir, los principios– y la realidad eran inseparables. Si los principios eran los correctos para afrontar la realidad, era evidente que eran los adecuados para formular objetivos.

Para los reformistas, en cambio, aunque alababan a la militancia anarquista y defendían el anarquismo como una influencia moral positiva, condenaban su objetivo revolucionario de comunismo libertario y pretendían desvincularlo de la lucha. Como ideal, el anarquismo era encomiable, pero ingenuo, un ideal que era incapaz de hacer frente a las realidades políticas y sociales de la sociedad capitalista contemporánea. Era un criterio moral abstracto que podía ser desechado siempre y cuando las circunstancias lo requiriesen. Los sindicalistas consideraban que era una vergüenza y un obstáculo en su búsqueda de objetivos viables, tanto como lo había sido la cláusula 4 para el Partido Laborista británico.

En la CNT catalana, empezaron a aparecer nuevos líderes que tenían poco que ver con el primer movimiento anarquista de la clase trabajadora y cuya principal prioridad era la lucha sindicalista. Líderes de la CNT como Salvador Seguí, Martí Barrera, Salvador Quemades, Josep Viadiu, Joan Peiró, Sebastià Clara y Àngel Pestaña empezaron a desplazar a los activistas anarquistas que jugaron un papel destacado en la federación Solidaridad Obrera y en los primeros años de la CNT –hombres como Negre, Herreros, Andreu, Miranda, etcétera.

En noviembre de 1916, los dirigentes de la CNT Salvador Seguí y Ángel Pestaña (un relojero cuya experiencia en el campo de la gestión lo llevó rápidamente del anarquismo revolucionario al filosófico) negociaron con éxito el primer acuerdo socialista-anarcosindicalista para coordinar una huelga conjunta de protesta por

el coste de la vida. Al principio, los militantes de la CNT rechazaron la propuesta, pero finalmente las bases, en el Congreso Nacional de 1916, aceptaron la alianza para forzar concesiones políticas por parte del gobierno de Romanones. El denominado «Pacto de Zaragoza» promovido básicamente por Seguí y Pestaña, se firmó en noviembre de 1916.

La mayor parte de la afiliación de la CNT mostró poco entusiasmo con la idea de colaborar con los socialistas autoritarios para reemplazar al gobierno del conde Romanones por una republica liberal burguesa. Las desastrosas experiencias con políticos burgueses y supuestamente radicales durante el movimiento cantonalista de 1873 demostraron a los militantes anarquistas que los líderes políticos de todos los signos, impulsados por su deseo de conquistar el poder, sólo colaboraban por interés propio. Su desconfianza en el sindicato socialista y en los republicanos no era infundada, como hemos visto, pero aunque el pacto fue efímero, con consecuencias desafortunadas para el movimiento sindicalista, sirvió para resaltar las diferencias irreconciliables entre el sindicalismo revolucionario y el reformista. (Aunque no hay pruebas de que los dirigentes fueran reformistas y la base revolucionaria.)

En 1920, desafiando abiertamente las decisiones del congreso de 1919 y sin ni siquiera intentar consultar a la militancia, Salvador Seguí demostró aún más desprecio por el proceso democrático negociando otro pacto con la UGT. Ese movimiento arbitrario y antidemocrático del líder de la CNT fue condenado en una asamblea plenaria de la CNT ese mismo año. Pero ante un fait accompli, se tomó la decisión de conceder al sindicato socialista el beneficio de la duda. Pusieron a prueba la buena fe de sus aliados convocando una huelga general en solidaridad con los mineros de la empresa Río Tinto. Los socialistas, ya fuera por miedo a una confrontación con el Estado o por no querer ceder la iniciativa a la CNT, renegaron del acuerdo y la huelga de Río Tinto fracasó al cabo de cuatro meses de lucha.

El pistolerismo, los asesinatos a tiros de militantes sindicalistas por gángsters contratados por la Federación de Empresarios y por miembros del ala derecha del denominado «Sindicato Libre», apareció por primera vez a pequeña escala durante la Primera Guerra Mundial.[10] En 1920, las matanzas individuales se multiplicaron hasta convertirse en una matanza institucionalizada de militantes de la CNT. Se cree que entre 1917 y 1922 se intentó asesinar a 1.012 hombres, de los cuales 753 eran trabajadores, 112 policías, 95 empresarios y 52 gerentes. En 1923, el Comité para la Defensa de los Presos de la CNT habló de 104

miembros de la CNT asesinados y de 33 heridos.[11] Esa estrategia de tensión fue orquestada por Arlegui, el jefe de la policía de Barcelona. Contó con el apoyo de las principales autoridades de la región, incluyendo al capitán general Milans del Bosch y al gobernador civil Martínez Anido.

A ese terrorismo de Estado paralelo se le dio el visto bueno judicial en diciembre de 1920 con la introducción de la famosa «ley de fugas», una ley que permitía a las fuerzas de seguridad matar a tiros a cualquier sospechoso que intentase «evitar» su captura. La CNT de nuevo buscó un pacto con la UGT para convocar una huelga general revolucionaria en Cataluña con el fin de frenar la espiral de violencia, pero el sindicato socialista se negó a dar su apoyo y el pacto de Seguí finalmente se hundió en la ignominia. Asustada por la amenaza revolucionaria a las instituciones fundamentales de su sociedad –tradición, propiedad y privilegios– la elite gobernante recurrió al único idioma que entendía: la violencia.

A los militantes anarquistas de la CNT no les quedó otra alternativa que responder con las mismas armas. Organizaron comités de defensa para identificar, localizar y asesinar a los responsables de la oleada de terrorismo semioficial. Esos comités de defensa orientados a la acción se convirtieron, comprensiblemente, en focos de atracción para los elementos más jóvenes, dinámicos y revolucionarios, que empezaron a destacar en el seno de la CNT, mientras que los colaboracionistas como Salvador Seguí, que pretendían restaurar el énfasis en las cuestiones exclusivamente laborales, perdieron influencia.

En octubre de 1922, se formó en Barcelona el grupo de afinidad anarquista Los Solidarios (véase Ricardo Sanz: Los Solidarios). Estaba constituido por jóvenes militantes de los comités de defensa de la clase obrera de la CNT cuyas ideas y actitudes se habían forjado durante el sangriento periodo del terrorismo estatal y empresarial. El grupo tenía vínculos especialmente estrechos con el sindicato de los carpinteros. Había evolucionado a partir del grupo Crisol, con base en Zaragoza, que a su vez estaba ligado a otro grupo anterior, Los Justicieros. Entre sus miembros se hallaban algunos de los nombres más famosos de la historia del anarquismo español –Buenaventura Durruti, un mecánico de León; Francisco Ascaso, un camarero de Zaragoza, y García Oliver, aprendiz de cocinero, camarero y más tarde pulimentador de Tarragona– y su influencia resultó ser crucial para el desarrollo del movimiento anarquista en la primera mitad de los años treinta.[12]

Según Aurelio Fernández, uno de los fundadores de Los Solidarios, los objetivos declarados del grupo eran enfrentarse al pistolerismo, defender los objetivos anarquistas de la CNT y fundar «una federación anarquista de ámbito estatal que uniría a todos los grupos próximos entre si ideológicamente, pero dispersos por toda la península». Después de ajustar las cuentas a los dirigentes y organizadores más prominentes de la campaña de terror en contra de la CNT, utilizaron las columnas de su influyente periódico Crisol para forzar un congreso anarquista nacional. Su convocatoria tuvo éxito y tanto la CNT como la Federación de Grupos Anarquistas estuvieron representadas. Durruti, Ascaso y Aurelio Fernández fueron elegidos para una Comisión de Relaciones Nacional, organismo precursor de la Federación Anarquista Ibérica, la FAI.

Entre los cincuenta delegados que asistieron al congreso estaba el protegido de Seguí, Ángel Pestaña, ex editor de Solidaridad Obrera y para entonces un líder de notable reputación en el seno de la CNT. Pestaña había salido de prisión en abril de 1922, después de que en 1921 fuera detenido al volver de Rusia. Fue el informe que presentó en el Congreso de Zaragoza a principios de ese mismo año lo que llevó a la CNT a revocar su adhesión provisional a la Tercera Internacional Comunista.

La desastrosa gestión de la guerra con Marruecos y los escándalos que afectaron a las principales autoridades del país –incluyendo al rey– llevaron a muchos anarquistas a creer que la única solución que le quedaba a la elite gobernante era dar un golpe militar. Una de les principales tareas de la Comisión Nacional de Relaciones era, por lo tanto, planear el modo de evitar que eso ocurriera. Los activistas del Comité de Defensa, García Oliver, Gregorio Suberviola y otros, esbozaron propuestas para una insurrección que evitara el esperado golpe militar y acelerara el proceso revolucionario en toda España.

Ángel Pestaña, que hacía poco había sido nombrado secretario regional de la CNT, estaba totalmente en contra de la propuesta de huelga general. Su experiencia directa en el proceso revolucionario de Rusia le hacía pensar que la razón del éxito bolchevique fue el hecho de que las masas no estuviesen correctamente educadas o preparadas para la revolución de antemano. Pestaña estaba convencido de que el éxito de una revolución dependía de la organización y no de la espontaneidad. Sostenía que puesto que el sindicato era débil y estaba desorganizado, y que era improbable que la UGT se opusiese a un golpe militar, se quedarían solos; una huelga general revolucionaria en ese momento sólo podía terminar en catástrofe.

La oposición de Pestaña a la resistencia armada provocó su expulsión de la comisión. Aunque ya no pertenecía a la comisión, Pestaña fue detenido y encarcelado por las autoridades dictatoriales por supuesta participación en la desastrosa invasión militar organizada por la comisión en 1924 en Vera de Bidasoa, en el Pirineo vasco-navarro, y en el fallido levantamiento del cuartel de Atarazanas de Barcelona. Permaneció en prisión hasta finales de 1926. Según su biógrafo Antonio Elerza:

Aunque nunca dejó de ser anarquista, la estrategia de la resistencia armada propuesta por Oliver supuso un notable crecimiento del abismo que lo separaba de la militancia anarquista: desde ese momento, toda su energía se concentró exclusivamente en la actividad sindicalista. Defendió la postura de Seguí. Empezó a reflexionar sobre las experiencias de su vida, a revisar tácticas y objetivos, y, consecuentemente, a buscar un nuevo sistema para conseguir sus propósitos.[13]

A consecuencia del asesinato de Salvador Seguí y de su compañero Francesc Comes el 10 de marzo de 1923, los sindicalistas legalistas de la CNT perdieron toda la credibilidad. Incluso los sindicalistas más ortodoxos se sintieron indignados. ¿Cómo podían entablar negociaciones pacíficas con empresarios y funcionarios que contrataban a pistoleros y terroristas para asesinar a firmes oponentes de la confrontación revolucionaria y defensores del acuerdo negociado como Salvador Seguí, «El noi del Sucre»?

Los asesinatos de Seguí y Comes acabaron con la paciencia de los miembros del Comité Regional Catalán de la CNT. Decididos a luchar contra el pistolerismo y a eliminarlo, unos cuantos militantes se reunieron para coordinar y fundar grupos de defensa anarcosindicalistas. Los pisos francos y los lugares de reunión de los pistoleros y de los empresarios más reaccionarios, sus valedores, fueron localizados y asaltados por los grupos de defensa de la CNT y los asesinos y sus jefes abatidos a tiros.

Los militantes de la CNT de bandas como Los Solidarios –uno de los muchos grupos de defensa confederales– persiguieron a figuras contrarrevolucionarias claves como el general Severiano Martínez Anido, el coronel Arlegui, el

exministro conde de Coello, José Reguerel, antiguo gobernador de Bilbao, y el cardenal arzobispo de Zaragoza. Su primera víctima fue Laguía, el pistolero más famoso de todos. La muerte de un gángster tan protegido asustó a muchos pistoleros, y un buen número huyó a Zaragoza buscando la protección de su patrono, el cardenal Soldevila.

Cuando las acciones del grupo de defensa empezaron a surtir efecto –el asesinato del primer ministro Eduardo Dato ese mismo año perpetrado por tres anarquistas llevó la lucha a las calles de Madrid– el gobierno central intervino rápidamente para apartar de la circulación a los instigadores del terrorismo catalán. Se restableció una paz relativa en la capital catalana que resultó ser efímera.

En septiembre de 1923, el general Primo de Rivera lanzó un «manifiesto al país» informando de que había tomado el poder «para liberar a España de los profesionales de la política, de los hombres que por una u otra razón nos ofrecen el cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron el año 98 y amenazan a España con un próximo fin trágico y deshonroso». Fue un movimiento mal disimulado para proteger la reputación del rey Alfonso XIII de las consecuencias de un inminente informe parlamentario sobre las responsabilidades por el desastre de Annual en la guerra hispano-marroquí en 1921.

La CNT respondió al golpe convocando una huelga general. La convocatoria no tuvo éxito. El ambiente político era de decepción general, y en la CNT reinaba el desorden total. Aunque no hay cifras de la CNT catalana sobre la disminución de la afiliación durante ese periodo, debió de ser similar a la sufrida en la Federación Regional del Levante, en donde cayó de los 130.000 afiliados de finales de 1919 a alrededor de 40.000 en diciembre de 1922. Los andaluces, por su parte, llegaron a ser alrededor de 30.000.[14]

La UGT y el Partido Socialista, antiguos aliados de Seguí, dieron su apoyo al nuevo régimen. El líder socialista Largo Caballero fue nombrado consejero de Estado e inmediatamente prohibió al partido cualquier declaración de protesta verbal o escrita contra el nuevo régimen. La CNT, aunque no fue declarada ilegal, se preparó para lo peor. Muchos militantes anarcosindicalistas, especialmente los miembros de los grupos de defensa, pasaron a la clandestinidad o se exiliaron para continuar luchando. Los miembros del grupo Los Solidarios, por ejemplo, jugaron un papel importante en la creación de un Comité para la Coordinación Revolucionaria en Francia. Esa entidad organizó las fallidas operaciones contra la dictadura de Vera de Bidasoa y del cuartel de

Atarazanas de Barcelona el 6 de noviembre de 1924, pero también se adjudicó el mérito de la espectacular liberación de Francisco Ascaso de la cárcel de Zaragoza. A consecuencia de la muerte de muchos de sus miembros en confrontaciones armadas con la policía y el ejército, de la detención de muchos otros, y de la dispersión de un buen número de ellos por el exilio, Los Solidarios dejaron de existir como grupo cohesionado hasta 1931, cuando los camaradas que sobrevivieron volvieron a reunirse bajo la protección de la República.

[1] Rudolf Rocker: Anarcho-Syndicalism, Londres, 1938, p. 86.

[2] Pere Gabriel: Anarquismo en España, p. 364. «De los 26.585 afiliados que tenía en 1911, alrededor de 12.000 eran de Cataluña, unos 6.000 eran andaluces y poco más de mil valencianos».

[3] Ibíd.

[4] Juan Díaz del Moral: Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Madrid, 1967, p. 277.

[5] Gabriel, op. cit., Historia del Sindicalismo Español, París, 1973, p. 16, dice que la cifra total de afiliados era de 750.00 y que 450.000 eran catalanes.

[6] José Peirats: La CNT en la revolución española, Toulouse, 1952, vol. I, cap. 1.

[7] A excepción de los nombres marcados con * todos los secretarios del Comité Nacional pertenecieron a Comités Nacionales con sede en Barcelona: José Negre (último secretario de Solidaridad Obrera y primero de la CNT en 1910. A causa de la casi inmediata ilegalización de la Confederación no sabemos si, al reconstituirse la CNT en 1914, Negre volvió a ser secretario). Manuel Andreu (de noviembre de 1915 a agosto de 1916); Francisco Jordán (hasta febrero de 1917, cuando dimitió del cargo desde su celda de la prisión); Francisco Miranda (hasta julio de 1919; fue reemplazado durante un tiempo por Manuel Buenacasa, entre agosto y noviembre de 1917); Manuel Buenacasa (hasta diciembre de 1918); Evelino Boal (asesinado en marzo de 1921); Andreu Nin (hasta mayo de 1921); Joaquín Maurín (hasta febrero de 1922); Joan Peiró (hasta julio de 1923); *Paulino Díez (hasta marzo de 1924) (Sevilla); *García Galán (hasta junio de 1924) (Zaragoza). (No se sabe si hubo secretario desde junio de 1924 hasta

septiembre de 1925). *González Mallanda (de septiembre de 1925 a junio de 1926) (Gijón); *Segundo Blanco (hasta noviembre de 1926) (Gijón); Joan Peiró (hasta mediados de 1929); Ángel Pestaña (1929); Progreso Alfarache (1930. Temporalmente sustituido por Manuel Sirvent o Arín); Ángel Pestaña (hasta marzo de 1932); Manuel Rivas (1933); Miguel Yoldi (1934); *Horacio Martínez Prieto (1935-1936) (Zaragoza. Temporalmente reemplazado por David Antona y Antonio Moreno hasta septiembre de 1936); *Mariano Rodríguez Vázquez (de noviembre de 1936 a febrero de 1939) (Madrid-Valencia). Fuente: Cuadernos... enmienda, núm. 22, mayo, 184, entrada 336.

[8] Redención, Alcoy, agosto, 1922.

[9] Díaz de Moral, op. cit.

[10] Ángel Pestaña: Terrorismo en Barcelona, Barcelona, 1979.

[11] Miguel Sastre: La esclavitud moderna. (Citado por Peirats en Anarchists in the Spanish Revolution, Toronto, 1977, p. 32).

[12] El núcleo del grupo estaba formado por: Francisco Ascaso, camarero; Buenaventura Durruti, mecánico; Rafael Torres Escarpín, pastelero; Juan García Oliver, camarero; Aurelio Fernández, mecánico; Ricardo Sanz, trabajador textil; Alfonso Miguel, fabricante de armarios; Gregorio Suberviola, mecánico; Eusebio Brau, trabajador de fundición; Marcelino Manuel Campos (Tomás Arrate), carpintero; Miguel García Vivancos, conductor; Antonio del Toto, peón; A lo largo de los años, la afiliación cambió; algunos murieron, otros se fueron y otros se afiliaron. Un grupo de mujeres anarquistas se asociaron con el grupo Los Solidarios, entre ellas Julia López, María Luisa Tejedor, Pepita Not, Ramona Berni y María Rius. Otros nombres ligados a ese grupo de influencia fueron: Mas, A. Martín, Palau, Flores, Ballano, Boada, H. Esteban, P. Martín, J. Blanco, Pérez Combina, Batlle, Sosa. Antonio Ortiz y Francisco Jover también se unieron al grupo durante la dictadura.

[13] Ángel Mariá de Lera: Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista, Barcelona, 1978, p. 225.

[14] Pere Gabriel, op. cit.

III. LA DICTADURA 1923-1927

La actitud del nuevo régimen con respecto a la CNT quedó clara a los diez días del golpe de Estado. El 24 de septiembre de 1923, nombraron a Martínez Anido vicesecretario del Ministerio de Interior. Al general Arlegui, ex jefe de la policía de Barcelona siendo Anido gobernador militar, y artífice del terrorismo gubernamental, lo nombraron director general de Orden Público. Pero la estrategia del gobierno no fue ni la brutal persecución de militantes, ni la ilegalización de la asociación anarcosindicalista que se esperaba. El método de ataque fue oblicuo. Mediante el uso selectivo de la ley, las autoridades impidieron que la CNT siguiese funcionando como sindicato: detuvieron a los delegados que cobraban las cuotas de afiliación acusados de malversación, y auditores del gobierno se apoderaron de sus archivos y de las listas de afiliados. En Barcelona, centro neurálgico de la CNT, la presión de la policía fue intensa. Finalmente, el 3 de octubre, los activistas anarquistas del sindicato decidieron que no tenían otra alternativa que pasar a la clandestinidad y suspender la publicación de Solidaridad Obrera. Esa decisión, tomada en un momento en que el Partido Comunista de España intentaba hacerse con el control del sindicato, causó un considerable malestar en el seno de la CNT, especialmente en el Comité Regional Catalán, que había perdido a algunos de sus líderes más prominentes, como Salvador Seguí, durante 1923. Una asamblea plenaria reunida en Mataró el 8 de diciembre de 1923, revocó esa decisión y Solidaridad Obrera volvió a publicarse. Mientras tanto, la organización socialista UGT, para entonces totalmente incorporada al aparato del Estado, era impulsada a costa de la CNT. El objetivo de esa estrategia era neutralizar y desplazar a la Confederación para que dejara de ser la voz predominante del sindicalismo español.

El asesinato del nuevo verdugo de Barcelona el 4 de mayo de 1924 puso fin a una falsa paz entre la CNT y la dictadura. En un congreso extraordinario de la CNT celebrado en Granollers ese mismo mes, el sindicato reiteró el comunismo libertario como objetivo prioritario. Esa resolución fue ratificada mayoritariamente con 236 votos a favor y 1 en contra –el de los grupos de Sabadell, que apoyaban la teoría de Pestaña de que los sindicatos debían tener funciones exclusivamente económicas. El congreso terminó inesperadamente al rodear la policía el edificio. García Oliver fue uno de los pocos delegados que no

pudo escapar. Lo detuvieron y pasó un año en la cárcel. El congreso de Granollers fue el último acto semipúblico de la CNT en tiempos de la dictadura. No se sometió a la nueva legislación social elaborada por el nuevo ministro de Trabajo de la dictadura, el dirigente de la UGT Largo Caballero, y fue proscrito al cabo de unos días. Solidaridad Obrera dejó de publicarse de nuevo y no reaparecería hasta 1930; pronto compartieron su destino la mayoría de las publicaciones anarquistas y de la CNT.

El clima de inseguridad y agotamiento, consecuencia de los asesinatos de tantos militantes competentes de la CNT dañó gravemente su capacidad de organización y agitación. A los miembros del Comité Nacional clandestino organizado en Sevilla en septiembre de 1924 los detuvieron en diciembre del mismo año. El Comité Nacional que lo reemplazó en Zaragoza sólo duró hasta mayo de 1924. Desde entonces, resultó imposible hacer que la CNT funcionase como una auténtica organización nacional. Según Julián Casanova, la confederación era «una conglomeración de federaciones regionales sin disciplina colectiva».[1]

La situación represiva en España provocó el exilio forzoso y la desaparición en la clandestinidad de la mayoría de los elementos más decididos y combativos de la CNT. Francia y Argentina fueron los dos principales centros de emigración desde los que los activistas anarquistas empezaron a conspirar para derrocar al régimen, mientras que otros se propusieron reconsiderar la cuestión de la organización anarquista.

El exilio de los revolucionarios dejó un vació ideológico en el seno de la CNT. Los elementos con más orientación legalista y sindicalista de la organización pronto llenaron ese vacío, situación que intensificó la fricción entre las principales tendencias opuestas de la confederación.

Además de la amplia base de la CNT, que seguramente podríamos calificar de anarcosindicalista tradicional, generalmente receptiva a los principios y estatutos anarquistas del sindicato, había, supuestamente, tres principales corrientes ideológicas, además de un cuarto grupo de anarquismo «filosófico» representado por la familia Urales con su influyente revista La Revista Blanca, quienes, considerándose a sí mismos los guardianes de la ortodoxia anarquista, se distanciaron totalmente del sindicato con el fin de garantizar la pureza ideológica.

Los miembros del primer grupo, representado por líderes como Pestaña, se hallaban sobre todo en los comités nacionales y regionales de la CNT y entre ellos había reformistas, republicanos, socialistas y catalanistas. Ese grupo defendía el enfoque económico y proponía una forma alternativa de organización para determinadas relaciones específicas de producción. En vez de ser espontáneo, era sumamente rígido en sus puntos de vista y no confiaba en la espontaneidad revolucionaria, y poco, por no decir nada, en los trabajadores. Su principal objetivo era la legalización inmediata de la CNT, con independencia de las condiciones que fijase la dictadura. Para ellos, el anarquismo era un ideal moral abstracto, una aspiración inalcanzable en el mundo real.

Sostenían que los cimientos del poder de los trabajadores requerían un enfoque metódico y, por esa razón, deseaban que la CNT volviese a ser un sindicato «efectivo». Ese objetivo sólo podía alcanzarse mediante la colaboración entre las clases y el distanciamiento del sindicato de la influencia «ideológica» de los anarquistas, y atrayendo a trabajadores de todas las creencias y convicciones políticas. Los pestañistas querían relegar y limitar a los militantes anarquistas a un papel educativo e «idealista» en el seno de la organización, en vez de animarlos a ejercer el liderazgo con el ejemplo –la única auténtica clase de liderazgo revolucionario. Eso permitiría a los pestañistas construir y controlar una estructura de mando permanente en la CNT.

Pestaña y sus colegas de orientación sindicalista del grupo Solidaridad creían firmemente en los efectos beneficiosos sobre los trabajadores de la armonía de clases y de la incorporación de las clases medias, «la fuente de cultura», al movimiento sindical. Esa opinión la compartían, aunque por diferentes razones, los elementos políticos más tradicionales, que confiaban garantizar la estabilidad del capitalismo incorporando a los trabajadores al sistema ofreciéndoles a cambio una parte de los excedentes de la producción.

La distorsión del proceso revolucionario por parte de los bolcheviques parece ser que desencadenó la pérdida de la fe de Pestaña en la capacidad creativa de los trabajadores para organizar y dirigir sus propias vidas. Aunque siguió definiéndose como anarquista desde su regreso de Rusia, estaba convencido de que la revolución sería imposible mientras la gran masa de los trabajadores siguiese «sin preparación» y «sin educación». Desilusionado, Pestaña modificó su anarquismo, como muchos anarquistas antes y después «confesaron» que habían hecho, para hacer frente a las «conveniencias» y «aspectos prácticos» de un mundo imperfecto. Al hacerlo, su anarquismo dejó de ser un conjunto de

teoría y práctica para convertirse en un mero código de valores subjetivos éticos y abstractos, que tenían poco o nada que ver con su comportamiento real. El gradualismo y el colaboracionismo de clase eran los medios con que Pestaña y sus seguidores negaron la posibilidad de una revolución masiva y, por lo tanto, la misión revolucionaria de la CNT.

Pestaña y otros miembros de su grupo Solidaridad empezaron a plantear abiertamente la cuestión del reconocimiento legal (es decir, del reconocimiento por parte del Estado) de la CNT. En marzo de 1925, hizo su primer ataque, apenas velado, a la influencia anarquista en el sindicato utilizando las columnas de su periódico Solidaridad Proletaria. Con el objetivo de agrupar a socialistas y sindicalistas en la CNT, el artículo, titulado «Los grupos anarquistas y los sindicatos», abordaba su teoría de la confederación como «contenedor» más que como «contenido»:

Para empezar, el sindicato sólo es un instrumento de reivindicaciones económicas, subordinado a la lucha de clases y carente de adscripción ideológica. Sus objetivos, definidos por el grupo, son clasistas, económicos y materialistas, y no tienen nada que ver con cuestiones de moral o ética colectiva, ni de sectas o partidos.

Y añadía,

Repetimos, lo que los sindicatos y la CNT necesitan no es la etiqueta ornamental de la anarquía, sino la influencia moral, espiritual e intelectual de los anarquistas.[2]

El segundo grupo estaba representado por Joan Peiró, otro miembro del grupo reformista Solidaridad. Su postura no era muy distinta de la de Pestaña, pero él creía que ocupaba una especie de terreno intermedio entre el reformismo «puro», por una parte, y el anarquismo revolucionario «puro» por otra. Peiró pensaba que los sindicatos debían tener un papel independiente, pero en el que esperaba que

predominase la influencia ética del anarquismo. Eso era igualmente reformista, ya que tergiversaba la naturaleza y el papel del anarquismo.

La trayectoria posterior de Peiró lo confirma como reformista. El anarquismo que él adoptó era una especie de teoría social, un conjunto de creencias que confiaba que con el tiempo abrazarían los trabajadores; mientras que de hecho es la expresión de la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora. El movimiento anarcosindicalista era, en realidad, el intento de dar una expresión organizada a esa conciencia revolucionaria. La «acción directa» y el «antiparlamentarismo» que Peiró mantenía no eran principios para la defensa fructuosa de puestos de trabajo y de condiciones laborales –ni siquiera su mejora– sino principios básicos de la actividad de la clase obrera: «La emancipación de los trabajadores es una tarea de los mismos trabajadores», el eslogan de la Primera Internacional. Peiró era contrario a la «guerra de clases», un término que no sólo expresa la intensidad de los sentimientos y la escala del conflicto que la lucha de clases ocasionalmente provocaba, sino también la necesidad de considerar la lucha de clases algo que no se resolvería hasta el triunfo final de los trabajadores, es decir, hasta la revolución social.

Peiró intentó adaptar la organización para afrontar los diversos y constantes problemas planteados por los rápidos cambios que tenían lugar en el capitalismo español. Él definió y defendió su postura contra Pestaña en las páginas de Acción Social Obrera:

Aspiramos a que los sindicatos se vean influenciados por los anarquistas, a que la actividad sindical tenga un fin determinado, de acuerdo con la concepción económica de los comunistas anarquistas; pero todo eso sin que los anarquistas actúen en los sindicatos como agentes de grupos y colectivos distantes... sin ningún otro objetivo que el de llevar al sindicalismo... la precisión y la eficiencia revolucionaria... Si los sindicatos han tenido eso alguna vez ha sido a causa de los anarquistas.

Peiró seguía poniendo el énfasis en lo que consideraba el papel adecuado y correcto de los anarquistas en los sindicatos:

Queremos la anarquización del sindicalismo y de las multitudes proletarias, pero mediante el previo consentimiento voluntario de éstas y manteniendo la independencia de la personalidad colectiva del sindicalismo.[3]

El tercer grupo, el de la «minoría concienciada» de trabajadores anarquistas, representado por exiliados como los del grupo de afinidad Los Treinta (que se formó entorno a Durruti y Ascaso, del para entonces ya desaparecido grupo Los Solidarios), y coordinado a través del comité de enlace anarquista, constituía el núcleo anarquista de la Confederación. Enemigos de toda clase de poder, se oponían firmemente al establecimiento de relaciones con los empresarios y el Estado que no fueran claramente hostiles. Para ese grupo de activistas sindicalistas, su oposición práctica al Estado armonizaba perfectamente con su teoría; era esa armonía entre teoría y práctica lo que los diferenciaba del resto de agrupaciones políticas.

Para los anarquistas, los argumentos legalistas sostenidos por los sindicalistas como Pestaña, que buscaban el éxito de las negociaciones con los empresarios y el Estado, implicaban poner en peligro los principios fundamentales y supeditar grandes oportunidades futuras para toda la humanidad a ilusorios beneficios parciales a corto plazo –por no hablar de perpetuar la miseria y la explotación de los pobres.

La misión de los anarquistas no era resolver los problemas del capitalismo o negociar soluciones mutuamente aceptadas por jefes y empleados, sino preservar el abismo entre opresor y oprimido y alimentar el espíritu de revuelta contra la explotación y todo tipo de autoridad coercitiva.

La adaptación de Pestaña a un mundo injusto era errónea, sostenían ellos, aunque sólo fuera porque es imposible prever el rumbo que seguirán los acontecimientos. Elegir una dirección que parece moralmente incorrecta, en base a inciertas previsiones futuras, conduciría, inevitablemente, al desastre –un desastre del que serian responsables ya que conocían previamente el error fundamental que asumían.

Una voz influyente en el movimiento de habla hispana de la época fue la del periódico publicado en Buenos Aires La Protesta, editado por Diego Abad de Santillán y López Arangó, dos anarquistas con experiencia en el sindicato

anarcosindicalista argentino FORA, la Federación Obrera Regional Argentina.

A diferencia de la mayoría de los anarquistas españoles, de Santillán era más un bohemio que un trabajador. Mientras estudiaba filosofía en Madrid, se vio involucrado en los sucesos revolucionarios del otoño de 1917 y en el anarquismo. Amnistiado en 1918, volvió a su país adoptivo, Argentina, en donde colaboró con La Protesta y con la agrupación anarcosindicalista argentina FORA, que él representó en el congreso fundacional de la AIT de Berlín en 1921. De Santillán, que en esa época se definía como kropotkinista, criticó a voces al sindicalismo reformista en las columnas de la publicación quincenal Suplemento que él editaba, difundiendo la idea de una organización nacional específicamente anarquista. A partir de 1926, de Santillán se alió con Manuel Buenacasa, editor del influyente periódico confederal El Productor, publicado en Blanes, que defendía la creación de un movimiento sindicalista específicamente anarquista basado en la FORA argentina.

En un importante estudio publicado en 1925, de Santillán y López Arangó esbozaron los que ellos consideraban que debía ser la postura anarquista: «No confundimos caprichosamente el movimiento laboral con el sindicalismo: para nosotros, el sindicalismo no es más que una teoría revolucionaria de entre las muchas que surgen a lo largo del camino de la revolución para frustrar sus fines o cortar las alas al idealismo combativo de las masas. Y claramente enfrentados al dilema de tener que elegir entre esa teoría y el anarquismo, no podemos dudar ni por un instante a la hora de escoger, ya que sostenemos que la libertad sólo se consigue con la libertad y que la revolución será anarquista, que es lo mismo que decir libertaria, o no será...

La revolución anarquista redimirá a los hombres del pecado cardinal de la abdicación de la personalidad, pero la revolución anarquista no es una revolución hecha de acuerdo con este o aquel programa, con independencia del grado de libertarismo de uno u otro, sino mediante la destrucción de todo el poder del Estado y de toda autoridad. Nos importa muy poco que la futura revolución se base en la familia, en el grupo social, en la rama de la industria, en la comuna, o en el individuo: lo que nos importa es que la construcción del orden social sea un esfuerzo colectivo en que los hombres no empeñen su libertad, ni voluntariamente ni bajo coacción. Hoy en día, la revolución anarquista es la revolución natural, la que no se deja desviar ni confiscar por grupos, partidos, ni

clases de autoridad.[4]

[1] Julián Casanova: Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938, Madrid, 1985, p. 15.

[2] Solidaridad Proletaria, 21-3-1925.

[3] «Sentido de Independencia», 25-9-1925.

[4] E. López Arango y Diego Abad de Santillán: El anarquismo en el movimiento obrero, Barcelona, 1925, pp. 10, 37, 38, 47, 57 y 136.

IV. LA FEDERACIÓN ANARQUISTA IBÉRICA (FAI) 1927

El 27 de julio de 1927, en pleno verano, una veintena de delegados de federaciones locales y regionales y de grupos de exiliados españoles y portugueses se reunieron en la casa de Aurora López de Patraix, un barrio de Valencia.

Esa asamblea fue la conferencia fundacional de lo que llegaría a ser la organización anarquista más difamada de la historia, la Federación Anarquista Ibérica, más conocida por sus iniciales, FAI.

La Conferencia de Valencia duró dos días. Para garantizar la seguridad se celebró en dos emplazamientos distintos. La segunda sesión tuvo lugar al amparo de un picnic en un bosque de pinos que bordeaba una playa del sur de la ciudad, en la zona conocida como el Grao de Valencia.[1]

Progreso Fernández, un anarquista valenciano que hasta hacía poco había vivido en Francia fue uno de los organizadores de la conferencia fundacional:

A principios de 1927 bajé a Valencia para establecer contactos por toda la región; accedí a hacerlo con la condición de que me dieran un empleo... Empecé yendo a Burriana, Puerto de Sagunto, Liria, Játiva, Sueca, Villena, Elda, Alicante, Murcia... Me reuní con gente que había estado en la CNT y que simpatizaba con el anarquismo.[2]

Puesto que también había anarquistas en Portugal, se decidió dar (al nuevo organismo) un carácter más amplio. De ahí el nombre. Se mandaron invitaciones a la CGT portuguesa y a la CNT, pero sólo acudieron representantes de la federaciones regionales catalana y del Levante de la CNT.

Desde hacía tiempo, la mayoría de los grupos organizados de la península pedían

una organización peninsular que estableciera lazos estrechos entre los grupos regionales y de exiliados españoles y los portugueses. La Unión Anarquista Portuguesa (UAP), fundada en Alanquer en 1923, desempeñó un papel destacado en los preparativos de la fundación de la FAI. En mayo de 1926, el periódico de la Unión Anarquista Portuguesa, O Anarquista, publicó una propuesta de orden del día para un congreso anarquista que debería celebrarse el 1 de julio en Marsella. Entre los puntos de la orden del día estaba la entrada «Federación Anarquista Ibérica» (FAI).[3]

Dos meses más tarde, en julio de 1926, la Federación de Grupos Anarquistas Hispanohablantes, formada en Lyon el año anterior, convocó lo que resultaría ser un importante congreso anarquista en Marsella. Sólo los grupos hispanohablantes mandaron a treinta delegados de todos los rincones de la península y del exilio. Entre las principales cuestiones de la orden del día estaban los problemas del anarquismo internacional y los específicos de los grupos anarquistas del exilio.

Un tema destacado de la agenda era la postura del movimiento anarquista español con relación a la CNT. Hay mucha confusión respecto a lo que en realidad se acordó en ese sentido; hay quien cree que se acordó intervenir directamente en la CNT, una decisión que otros insisten en que no se tomó.

Lo que es cierto es que los delegados concluyeron que debería formarse lo antes posible una Federación Anarquista Ibérica y que propusieron la creación de un Comité de Relaciones para ese propósito en Lisboa. A dicho comité se le encomendó la tarea de convocar un congreso ibérico para dar «forma definitiva» a la federación propuesta.

Puede que el debate fundamental del Congreso de Marsella girase en torno a la cuestión de precipitar la caída del régimen de Primo de Rivera. Emergieron dos principales tendencias totalmente enfrentadas. Una liderada por García Oliver que defendía la colaboración estrecha con todos los otros grupos –partidos políticos y disidentes del ejército– que quisieran combatir la dictadura, con independencia de sus creencias políticas (Oliver y el Comité Revolucionario Nacional colaboraban en esa época con el partido Esquerra Catalana de Francesc Macià). El otro grupo, capitaneado por Manuel Pérez, se oponía a la colaboración argumentando que iba en contra del ideal anarquista. Aunque el segundo grupo se impuso en el Congreso de Marsella, eso no alteró el grado de colaboración entre los anarquistas, la CNT y los partidos enemigos de la

dictadura, que perduró hasta la llegada de la República en 1931.

El 3 de enero de 1927 en Lisboa, un congreso de la UAP exigió que los acuerdos del Congreso de Marsella con relación a la fundación de la FAI se aplicasen lo más pronto posible. Para los portugueses, el carácter revolucionario de la organización propuesta nunca estuvo en duda. El tercer punto de la agenda describía una de las principales tareas de la FAI. «la revolución española y la ayuda que los portugueses, además de otros pueblos, podrían darle».[4]

La velocidad a la que la organización peninsular se constituyó indica que evidentemente era una prioridad para los militantes anarquistas. Eso pudo deberse a la decisión de la dictadura en noviembre de 1926 de montar comités de arbitraje con la esperanza de establecer una sociedad corporativa «armoniosa». La función de los comités paritarios era negociar los salarios y las condiciones laborales, y cuando el ministro de trabajo de Primo de Rivera invitó a la socialista UGT a colaborar en el plan, esta organización no dejó escapar la oportunidad «alegando que se obtendrían beneficios materiales inmediatos».[5] La respuesta de Pestaña fue pedir la legalización de la CNT para poder competir con la UGT. Otros miembros de la reorganizada y reestructurada CNT, los del Comité Nacional de la CNT de Mataró de orientación sindicalista, y el Comité Revolucionario Nacional de orientación anarquista, se opusieron firmemente a esa propuesta, provocando disensiones aún más graves entre las bases del sindicato y agrandando la distancia entre sindicalistas y anarquistas.

El 20 de marzo de 1925, al cabo de dos meses de la reunión de Lisboa y de la petición de legalización de Pestaña, un plenario regional de la Federación de Grupos Anarquistas de Cataluña preparó la agenda de la primera conferencia de la FAI. Valencia y el mes de junio fueron el emplazamiento y la fecha elegidos para el acontecimiento. El gran número de turistas que visitaba la ciudad en junio servirían de tapadera para la propuesta reunión clandestina. Se constituyó una Secretaría Nacional provisional para organizar la conferencia fundacional y convocar a todos los grupos interesados. El Comité de Relaciones Anarquistas de Cataluña promulgó un manifiesto. Era lo más próximo a una declaración de los objetivos y principios de la propuesta FAI:

La Federación de Grupos Anarquista de España– a todos:

¿Quiénes somos? Somos los eternos anarquistas. Los eternos rivales del orden burgués y capitalista de ahora y siempre. Los enemigos de la propiedad, la explotación, las leyes, las religiones, el militarismo, la estupidez humana y la injusticia social.

Somos los que siempre parece que estemos tras cada acontecimiento grave y crucial.

Han intentado implicarnos en los delitos más viles, en los crímenes más repugnantes. No negaremos que algunos miserables se han hecho llamar anarquistas, después de perpetrar sus execrables delitos. No obstante, el anarquismo no quiere saber nada de robos ni de asesinatos sistemáticos.

Aunque aceptamos la violencia como una necesidad revolucionaria y justificamos el tiranicidio cuando se trata de una expropiación espontánea, excepcional y ocasional siempre y cuando el individuo ha agotado todos los medios legales existentes y se encuentra frente a la ineludible necesidad de garantizar su derecho a la vida, eso no justifica el robo condenado por la sociedad contemporánea, ni la violencia empleada como un arma en la lucha individual, y mucho menos como instrumento de propaganda.

¿Qué queremos? Lo hemos dicho más de mil veces. Aspiramos al establecimiento de una nueva sociedad en que todos sus miembros puedan tener sus necesidades materiales, morales e intelectuales completamente cubiertas. ‘A cada cual según sus necesidades, de cada cual según su fuerza y sus posibilidades’. Queremos que en esa sociedad no haya jefes, ni gobierno, ni coacción de ningún tipo. Ni esclavos, ni víctimas de sus compañeros. Una sociedad libre de hombres libres.

También progreso ilimitado y perfección infinita, junto a un bienestar cada vez

mayor.

Buscamos la emancipación de hombres y mujeres, de ambos sexos, de todas las razas. Buscamos la emancipación completa en el contexto de una sociedad radicalmente transformada.

Nuestra situación actual: Si deseando todo eso, esperáramos su llegada mediante la mejora de la maquinaria social, seríamos ingenuos.

Diariamente propagamos nuestros ideales e intentamos inculcarlos a individuos y grupos. Diariamente luchamos por ser más anarquistas y acercarnos un poco más al anarquismo, que a su vez está llenando imperceptiblemente nuevos horizontes.

No queremos quedarnos al margen de ningún acontecimiento que pueda contribuir al avance del progreso, pero nuestro compromiso jamás nos permitirá perder de vista nuestra meta y nuestros principios. Nuestra contribución con el avance del movimiento no tiene el propósito de favorecer a algunos a costa de otros, sino de impulsar a la sociedad en la dirección de nuestros puntos de vista. No rechazamos de entrada nuevas formas políticas y sociales que pueden aligerar nuestra pesada y trágica carga, pero nunca renunciaremos a nuestras opiniones.

El comunismo, el Estado, la política y nosotros: Somos apolíticos y antiestatistas, y cuando decimos apolíticos queremos decir que estamos en contra de todos los políticos, ya se llamen marxistas, socialistas o comunistas. Estamos en contra del Estado, ya sea aristócrata, burgués o ‘proletario’. Estamos en contra de toda la violencia organizada.

Estamos completamente seguros de que los Estados sólo tienen una misión: preservar las injusticias y los privilegios. Si se aboliese eso, ¿de qué serviría el Estado?

¿Organización? ¿Dirección? Muy bien. Pero no de arriba abajo. De abajo a arriba. Y que sean los colectivos los que desempeñen todo el poder de organizar, nombrar y despedir.

El sindicalismo y nosotros: Nos resulta atractivo el sindicalismo revolucionario afiliado a la AIT de Berlín. Como trabajadores, casi todos estamos activos en las bases de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Pero nuestra misión no se limita a ser sindicalistas activos. Somos hombres y algunos no estamos sometidos al yugo de la explotación burguesa. En consecuencia, no basta con estar activo en el seno del sindicato. Nuestra misión tiene un alcance más significativo. Al margen de los sindicatos, absolutamente independientes, propagamos nuestras teorías, formamos nuestros grupos, organizamos concentraciones, publicamos escritos anarquistas y sembramos la semilla del anarquismo en todas las direcciones.

Buscamos la emancipación total de todos los seres humanos sin distinciones de ningún tipo, ni siquiera de clase. Nuestra lucha es más amplia, más global. Hay sitio entre nosotros para todos aquellos que aspiren a una sociedad sin gobierno, con independencia de su concepción de cómo debería organizarse la sociedad post-revolucionaria (comunista o individualista). En las revoluciones futuras, queremos, a ser posible, evitar lo que pasó en Rusia. Lo que siempre ha pasado. Cuando los anarquistas promovemos e inspiramos la revolución, casi siempre actuamos de acuerdo con las directrices marcadas: pero cuando la actividad anarquista disminuye, la revolución se desvía de su rumbo y los anarquistas –como en Rusia– son las víctimas favoritas de los inevitables explotadores de las revoluciones.

Conclusiones: Es, por lo tanto, necesario y urgente que nos organicemos en

agrupaciones anarquistas para propagar la revolución anarquista.

Hemos hablado de la inminente revolución. No tenemos ninguna duda de que la revolución social se acerca a pasos agigantados. El gangrenoso y viejo politiqueo está acorralado, desorientado y completamente vencido, pero no a los ojos de los que ahora están en el gobierno. Tenemos que asegurarnos de que no se recupera.

«Los hombres del 13 de septiembre, los que tenían que haber curado los males de la nación en noventa días, la han destruido por completo. Entre bastidores, Maura y el gobierno reaccionario. El Directorio sólo es una tapadera del maurismo y del politiqueo más degenerado y corrupto. Aunque sea por instinto de supervivencia, el país debe apartar a esa gente del poder.

Nunca habríamos imaginado que a los principales autores del golpe de Estado los mueve la buena fe y que no están henchidos de orgullo y ambición. Pero incluso aunque ese fuera el caso, no pueden solucionar nada. Menos aún que los políticos.

Por consiguiente, la revolución se acerca. Luchemos los anarquistas por encajar bien en ella e impulsarla lo más lejos posible.

Salud y revolución

El Comité de Relaciones Anarquistas

El Comité de Relaciones Anarquistas de Cataluña.[6][6]

[1] Se ha hablado de varios emplazamientos para la segunda sesión. Peirats la

sitúa en la playa del Cabañal (Los anarquistas y la crisis política española, p. 276); Tomás Cano Ruiz cita la Malvarrosa (Confederación, 8-8-1937, p. 1); José Llop afirma que fue en Tremolar (El movimiento libertario español, París, 1974, p. 289); Progreso Fernández menciona El Saler. Todas esas playas están en las proximidades del Grao de Valencia.

[2] Entrevista a Progreso Fernández: «Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977.

[3] Edgar Rodrigues: A resistencia anarco-sindicalista a dittadura: Portugal 1922-1939, 1981, p. 238.

[4] Ibíd, p. 242.

[5] Paul Preston: The Coming of the Spanish Civil War, Londres, 1978, p. 9.

[6] José Llop: El movimiento..., op. cit., p. 295.

V. OBJETIVOS FUNDACIONALES

La raison d’être de la reunión era agrupar formalmente en una asociación peninsular a los grupos de afinidad anarquista de las tres organizaciones originales, a los exiliados y a los grupos anarquistas dispersos de la península Ibérica –la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España, la Federación de Grupos Anarquistas Hispanohablantes de Francia y la Unión Anarquista Portuguesa; y propagar las ideas anarquistas entre la gente. Pero lo más importante de todo para la mayoría de los asistentes era la necesidad de promover la visión de la sociedad del comunismo libertario a través de la CNT, el organismo original al que la mayoría de los presentes en la reunión pertenecían, y defender sus principios de acción directa y antipolíticos de la amenaza reformista planteada por líderes del sindicato como Pestaña.

Aunque no hay ninguna referencia directa en las actas de la Conferencia de Valencia, las prisas con que se fundó la FAI, en poco más de un año a partir de las discusiones iniciales, reflejan la inquietud con que los activistas de la CNT que fundaron la FAI veían las declaraciones realizadas en público y en privado, y en definitiva, las intenciones de los reformistas, particularmente las del Comité Regional Catalán de la CNT. En enero del año anterior, veintidós conocidos dirigentes de la CNT catalana, liderados por Ángel Pestaña, publicaron un comunicado en el periódico Vida Sindical en que pedían la legalización y reorganización de la CNT.

La tesis de que la FAI fue una conspiración de la elite anarquista para dominar y controlar a la CNT, tal como algunos historiadores han sugerido, no se sostiene.[1] La cronología de los sucesos previos a julio de 1927 indican, en cambio, que la FAI se desarrolló como respuesta directa de los militantes de base a las maniobras de la directiva nacional de la CNT para tumbar los objetivos revolucionarios y la constitución de la CNT, aprobados en el congreso nacional de 1919 y ratificados en el Congreso de Zaragoza de 1922. Los militantes de la CNT que crearon la FAI en 1927, no tenían la necesidad de «introducirse» ni de hacerse con el poder del todavía clandestino y disperso sindicato; eran el alma de la Confederación.[2] Fueron sus ideas las que predominaban en la mayoría de los cuadros confederales, si no en todos, que habían preservado a la organización durante los años de clandestinidad. Su único objetivo con relación a la

Confederación era evitar que la secuestrara ningún partido político, ni agrupación corporativista, socialista o comunista, y la convirtieran en un sindicato meramente económico comprometido con el trabajo en el marco de los parámetros legalmente definidos y fijados por el estado y el capitalismo.

La acusación de que la FAI se había montado para «reunir a un núcleo de ardientes y resueltos revolucionarios que inspirarían y controlarían a todo el movimiento», fue calificada de totalmente falsa por el miembro fundador Progreso Fernández, que opinaba que nunca hubo peligro de que la CNT cayese en la trampa del revisionismo.[3]

El único problema era que se intentaba legalizar a la CNT para competir con la UGT, –y añadía–, tampoco se puede decir que la FAI se crease para preservar la pureza ideológica de la CNT. Por supuesto, es posible que en determinadas regiones como Cataluña, el papel de la FAI fuera concebido así, pero no fue el caso de Valencia.[4]

A pesar de que Fernández afirmara lo contrario, parece ser que hay po cas dudas de que la FAI confiaba en poder revitalizar a la CNT, una estrategia que implicaba combatir el reformismo.

Otro indicador de que la FAI no se fundó para crear una organización homogénea y cohesionada que controlase a la CNT, ni siquiera a sus propios afiliados, se refleja en el hecho de que lo más cercano a una declaración pública de objetivos y principios fue el manifiesto «A todos» publicado por el Comité de Relaciones Anarquistas antes de su fundación formal. La coordinación de la oposición a la dictadura y la creación de un foco de difusión de propaganda anarquista eran cuestiones que obviamente había que discutir, pero los diferentes grupos de cada región tenían libertad para luchar por sus prioridades del modo que considerasen más adecuado a sus capacidades.

En opinión de Progreso Fernández, los objetivos de la FAI eran:

Combatir la dictadura, siempre que fuera posible. Sin perder de vista el futuro

inmediato y lejano, usar la propaganda para propagar el anarquismo –a través de los periódicos y de las escuelas racionalistas. Defendimos un movimiento sindical de inclinaciones anarquistas, lo que ahora se conoce como anarcosindicalismo. Pensábamos que el colaboracionismo de clase había fracasado: lo que debíamos hacer era trabajar por la unidad anarquista.[5]

Las actas de la Conferencia de Valencia muestran con claridad que la principal preocupación de la mayoría de los delegados era garantizar que los principios libertarios fijados en el Congreso de Saint Imier en 1872 predominaban como referentes del sindicalismo español. Esa visión del papel de los sindicatos estaba totalmente reñida con el concepto gradualista de mejorar los valores de la clase obrera y las condiciones laborales mediante la armonía de las clases sociales:

Habiendo comprendido que la armonía entre las clases es imposible, y que el sindicalismo, al buscarla, ha fracasado, debemos procurar la unidad anarquista. La organización sindical no sólo ha de beneficiar a la clase obrera, debe trabajar por su emancipación. Puesto que eso sólo es posible en la acracia, debería hacerse mediante el anarquismo. La organización de la clase obrera debería volver a lo que era antes de la disolución de la FRE.[6]

Gran parte de la primera sesión de la Conferencia de Valencia consistió en determinar qué grupos reunían los requisitos para afiliarse a la FAI. ¿Podrían afiliarse, por ejemplo, grupos de intereses especiales como los naturistas, los vegetarianos, los esperantistas, etc.? El consenso fue que lo único que podía exigirse a cualquier grupo que desease entrar en la FAI era el compromiso de buscar la unidad de acción con los otros grupos en la lucha por la liberación social.

En cuanto al papel de los anarquistas en su simbiótica relación con la CNT, los delegados acordaron por unanimidad la necesidad de revitalizar al sindicato, paralizado como organismo nacional en 1924 por una decisión algo arbitraria del Comité Nacional, y de ratificar al anarquismo como fuente de inspiración y organización de la Confederación.

Según José Llop, uno de los delegados de la Federación Nacional de Grupos Anarquistas de España en la reunión de Valencia, la única función de la FAI, al menos para él, era garantizar la presencia anarquista en los sindicatos.

En la conferencia, los grupos se organizaron de modo que los problemas sindicales se abordaron fusionando los diferentes puntos de vista de los anarquistas que también eran miembros de la organización sindical, de las cooperativas, etc. La cuestión sindical predominaba en las actividades de los grupos. Es decir, que el grupo se formó con el único propósito de estar activo en las filas sindicalistas.[7]

¿Cómo habían de garantizar los anarquistas el contenido anarquista de la CNT si era una organización autónoma y soberana? Los delegados de la FAI, definidos por Progreso Fernández como «militantes de la CNT de la clase obrera», que habían preservado el sindicato durante sus años de clandestinidad, resolvieron el peliagudo problema de cómo esquivar a los reformistas, o potencialmente reformistas, comités nacionales y regionales, y a la vez garantizar la autonomía de ambos organismos. La solución fue la creación de un lazo orgánico, o «ensamblaje» mediante comités conjuntos de la CNT y FAI de Ayuda y Defensa de los Presos a nivel de federación local. Esos comités locales habían de dar a los militantes anarquistas voz e influencia en la Confederación, en los ámbitos revolucionarios de la solidaridad y la acción directa.

Esa relación especial entre los específicamente anarquistas y las organizaciones sindicales fue conocida como la trabazón. Su objetivo era defender el compromiso de la CNT con la solidaridad y la acción directa, protegiendo así al sindicato de la manipulación por parte del comunismo de Estado y de las influencias colaboracionistas. Eso daría lugar a mucha polémica y malestar entre los reformistas y gradualistas de la CNT.

[1] Broué y Temime: The Revolution and the Civil War in Spain, Londres, 1971, p. 57; James Joll: The Anarchists, Londres, 1979, p. 245; Frank Jellinek: The Civil War in Spain, Londres, 1938, pp. 92-93; Gabriel Jackson: The Spanish Republic and the Civil War 19311939; Princeton, 1965, p. 20; Raymond Carr:

The Spanish Tragedy, Londres, 1977, p. 15; George Woodcock: Anarchism, Londres. 1963, p. 358; Franz Borkenau: The Spanish Cockpit, Londres, 1937, p. 37; Hugh Thomas: The Spanish Civil War, Londres, 1977, p. 68; Arthur H. Landis: Spain, The Unfinished Revolution, Nueva York, 1972, p. 26; Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 184; César M. Lorenzo: Les Anarchistes Espagnoles et le Pouvoir, París, 1969, pp. 66-68; Felix Morrow: Revolution and Counter-Revolution in Spain, Nueva York, 1974, p. 100.

[2] Brenan, op. cit., p. 184.

[3] Joll, op. cit., p. 245.

[4] Ronald Fraser: Blood of Spain, Londres, 1979, p. 548.

[5] Progreso Fernández: «Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977.

[6] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, p. 287.

[7] Ibíd., p. 290.

VI. ¿SOCIEDAD SECRETA, ELITE REVOLUCIONARIA?

A menudo, historiadores marxistas y liberales han declarado que la FAI era una organización secreta y elitista. Pero en realidad, la FAI jamás fue una organización secreta, y sus militantes nunca actuaron de manera encubierta en relación con la CNT, ni intentaron ocultar su afiliación a los no afiliados. Sin duda, en las condiciones impuestas por la dictadura o en los periodos de represión, la militancia en la FAI no era algo para ser proclamado a los cuatro vientos, pero eso es muy distinto que decir que era «una organización clandestina... misteriosa y poderosa... compuesta por grupos afines similares a las Logias Masónicas y sometidos a la autoridad de un Comité Principal secreto», tal como afirmaron los historiadores trotstkistas Broué y Temime.[1]

Una prueba de la falta de secretismo y de las pocas medidas de seguridad que rodearon a la FAI puede verse en el hecho de que los servicios policiales y de inteligencia de Primo de Rivera parecían estar completamente al corriente de la naturaleza y el objeto de la reunión de Valencia. Poco después de que tuviera lugar, las casas de los miembros del grupo Sol y Vida, anfitriones de la conferencia fundacional y cuyos miembros constituyeron la primera Secretaría Peninsular, fueron asaltadas y sus habitantes detenidos. Afortunadamente, un avispado miembro de la secretaría de Sevilla destruyó las actas de la reunión antes de la llegada de la policía.[2]

Tampoco es cierto que las reuniones de la FAI siguieran el encubierto modelo masónico, tal como Francisco Carrasquer, un conocido militante anarquista, comentó:

Si hubieran sido secretas, ¿cómo podría haber asistido yo a las reuniones de la FAI sin haberme afiliado ni pagado ninguna cuota a la organización «específica»? Porque eran grupos específicos, grupos de afinidad y nada más... Era un foro abierto a la formación de grupos de debate que analizaran los temas que de verdad importaban... la liberación del hombre y la mujer, la revolución social.[3]

Como organización públicamente comprometida con el derrocamiento de la dictadura, la FAI funcionó, desde 1927 hasta 1931, como una organización ilegal, más que secreta. Desde el nacimiento de la República en 1931, la FAI fue simplemente una organización que, hasta 1937, se negó a registrarse tal como exigía la ley republicana. De hecho, la crisis definitiva que condujo a la desaparición de la FAI como organización anarquista de estructura federal la desencadenó la decisión de darse de alta.

Otra creencia generalizada es que la FAI constituía una elite política en el seno de la CNT. Frank Jellinek, un escritor comunista, estableció un paralelismo entre la FAI y el Partido Comunista ruso:

No todos los miembros de la CNT son miembros de la FAI. Es un honor tan grande para un miembro de la CNT que lo inviten a formar parte de la FAI como para un obrero ruso que lo admitan como miembro del Partido Comunista. Los requisitos son una creencia firme en las doctrinas del anarquismo, un servicio útil y responsable a la causa y, sobre todo, la capacidad para la «acción directa». [4]

Franz Borkenau aumentó la confusión al declarar, erróneamente, que «sólo los miembros de la FAI podían desempeñar cargos de confianza en la CNT».[5]

En realidad, no había militancia individual en la FAI, a los militantes no se les invitaba a formar parte en la organización, y la mayoría evitaban adrede los «cargos de confianza» en la misma. José Llop describe el proceso de reclutamiento así:

En cuanto a la entrada individual, la mayoría de los que ya gozaban de cierto estatus en los círculos sindicalistas o anarquistas no pertenecían a la organización de los grupos, o pertenecían sólo de manera indirecta. Pensemos por ejemplo en [Joan] Peiró: él no tenía ninguna necesidad de intervenir directamente en su grupo de Mataró. Cada vez que llegaba un camarada que no

estaba afiliado y que simpatizaba con nosotros, se unía al grupo. El grupo estaba formado por camaradas que tenían una afinidad.[6]

Aunque se exigía a todos los afiliados de la FAI que ganaban un salario que fuesen miembros de la CNT, hay que destacar que sólo un pequeño número de anarquistas pertenecía a la organización específica. Durante la dictadura es improbable que la militancia nacional excediera los 1.000 miembros. Fidel Miró afirma que aunque nadie sabe con seguridad el número total de afiliados a la FAI en Barcelona, generalmente considerada el núcleo de la organización específica, «en ningún momento antes de julio de 1936, hubo más de 300».[7][7]

En la primera fase comprendida entre los años 1927 y 1933, es imposible que la FAI fuera lo que Gerald Brenan denominó «un núcleo de pensadores cuya misión era preservar la pureza ideológica del movimiento». Ni tampoco fue «un consejo de acción para organizar movimientos revolucionarios»,[8] ni «el Estado dentro de la CNT» de César M. Lorenzo.[9] Progreso Fernández, miembro del grupo de afinidad Ni Dios Ni Amo da una versión menos siniestra de las actividades de la FAI en su primera fase, un periodo que describió como «de muy poca actividad. De hecho, no pudimos llegar a sacar una sola publicación anarquista». Según él, su principal actividad giraba en torno «básicamente a la recepción y distribución de periódicos como Tierra y Libertad y La Voz del Campesino», de libros de lectura y de debate, «sobre todo Kropotkin» y de «propaganda atea». Describió a sus camaradas de la FAI como personas con «un mínimo de convicciones anarquistas en relación con su manera de pensar y actuar».[10]

José Peirats, historiador anarquista y secretario de la Federación de Grupos Anarquistas de Barcelona dijo esto:

Los militantes de la FAI provenían de la CNT y se sentían más «cenetistas» que «faístas». Ese era el origen del problema. La FAI era más revolucionaria que los anarquistas... No destacaba como escuela filosófica y eso la perjudicó mucho; la única circunstancia atenuante era el corrosivo ambiente en que nació y vivía.

Sobre la cuestión de formar un estado dentro de un estado, añadió:

El descubrimiento de las actas revela que la FAI no pretendía manipular a la CNT, sino colaborar estrechamente con ella. Las cosas sólo se complicaron más tarde, después de la escisión de 1931.[11]

Francisco Carrasquer también refuta la acusación de que la FAI fuese «un estado dentro de un estado».

Nunca fue su propósito actuar como directiva ni nada del estilo. Para empezar, no tenían eslóganes, no dictaron ninguna prohibición, excepto la adhesión a cualquier estructura jerárquica... Esto es lo que los historiadores de fuera deberían entender de una vez por todas: que ni Durruti, ni Ascaso, ni García Oliver –por nombrar sólo a los más grandes representantes de la CNT– lanzaron advertencias a las «masas», ni mucho menos prepararon planes de actuación o conspiraciones para el conjunto de militantes de la CNT. Cada grupo de la FAI pensaba y actuaba tal como consideraba oportuno, sin preocuparse por lo que los otros pudieran pensar o decidir.[12]

[1] Broué y Temime: The Revolution and the Civil War in Spain, Londres, 1971, p. 57.

[2] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, pp. 293-298.

[3] Francisco Carrasquer: «¿Ha habido una ideología política en el anarquismo español?», Cuadernos de Ruedo Ibérico, núm. 35-57, enero-junio, París.

[4] Frank Jellinek: The Civil War in Spain, Londres, 1938, pp. 92-93.

[5] Franz Borkenau: The Spanish Cockpit, Londres, 1937, p. 37.

[6] Progreso Fernández: El movimiento libertario español, p. 288.

[7] Fidel Miró: Cataluña: los trabajadores y el problema de las nacionalidades, Méjico, 1967, pp. 45-50.

[8] Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 249.

[9] César M. Lorenzo: Les anarchistes Espagnoles et le pouvoir, París, 1969, pp. 66-68.

[10] Progreso Fernández, «Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977.

[11] José Llop: El movimiento..., op. cit., p. 231.

[12] Carrasquer, cit., p. 177.

VII. ¿SECCIÓN DE TRABAJOS SUCIOS?

A los militantes de la FAI se les ha acusado de «poco realistas», criminales y psicópatas. Pero en realidad, esas acusaciones no son más que conjeturas, sumamente subjetivas y no verificadas, fruto de los prejuicios de sus autores. En los pocos casos en que se aduce alguna «prueba», resulta que no es más que un testimonio indirecto de un testigo hostil. La patología criminal del anarquismo español sólo puede refutarse con estudios empíricos en vez de con teorías abstractas de historiadores indolentes o malévolos.

George Woodcock, por ejemplo, que por lo que parece ignoraba que las bases de la FAI eran mayoritariamente cenetistas, declara que, además de «los esforzados dirigentes sindicalistas y de los teóricos del anarquismo español» (la mayoría de los cuales no entraron en la FAI hasta 1934 y para entonces ya había dejado de ser un instrumento revolucionario) también contenía «un sospechoso contingente del hampa de Barcelona». La última acusación fue una idea lanzada y repetida por Borkenau. Esta profana alianza, añade Woodcock, demuestra la conexión bakuninista.

Fue él (Bakunin) quien puso más énfasis en una alianza entre los idealistas y los elementos sociales marginales, necesaria para derrocar al Estado y preparar el terreno para la sociedad libre.

Los fundadores de la FAI

mezclaron la devoción idealista a una causa con la afición a la conspiración, una justificación para la ilegalidad y el tiranicidio –y una inclinación hacia los experimentos sociales de carácter comunista primario.[1]

Gabriel Jackson opinaba que «la FAI combinó el idealismo anarquista con el gangsterismo, a menudo en las mismas personas». Presenta a la FAI como a una mafia y a la CNT como a un sindicato español de camioneros. «Recaudaban las cuotas de los afiliados a la CNT y con ellas constituían fondos para presos, compraban armas y 'protegían' a los trabajadores de la policía». Jackson clasifica a los anarquistas de «Zaragoza» en tres tipos.

Había un puñado de idealistas autodidactas, lectores de Bakunin y Tolstoy, a veces pacifistas místicos, otras vegetarianos o nudistas. Vivían ascéticamente, de lo recaudado con su trabajo mal pagado, del que se sentían orgullosos, y estaban convencidos de que la expansión del comunismo libertario por toda la península conduciría inmediatamente a una sociedad pacífica, próspera e igualitaria. Después, estaba la masa de trabajadores con poca o ninguna formación... Antes de la aparición de la FAI, a esas personas se las podía convencer fácilmente para que renunciaran a la lucha... Pero la conciencia de clase y la mística revolucionaria que la FAI les inculcó, les animó a demostrar a sus jefes que la sociedad dependía de ellos, los trabajadores. Disfrutaban exhibiendo su poder paralizando a la ciudad y consideraban sus huelgas generales ensayos para el futuro triunfo revolucionario del comunismo libertario... Por último, había un pequeño, pero importante, grupo de pistoleros profesionales, que no eran todos españoles.[2]

Los pistoleros «extranjeros», los «agitadores» tan queridos por los conspiradores, fueron, según Jackson, elementos importantes en la FAI. Las fuentes en que basa esta opinión eran los «hombres de negocios» que habían tenido «tratos diversos» con la CNT y la FAI en los años veinte y treinta:

Cuando los vecinos de Zaragoza vieron a veinte o treinta desconocidos con acento extranjero vendiendo corbatas en las calles, supieron que otra huelga general se avecinaba.[3]

Frank Jellinek adoptó un punto de vista algo más sofisticado sobre los militantes

de la FAI. Los describió como «asesinos», en vez de «meros pistoleros», a los que se «encomendó lo que podría llamarse sin ánimo de ofender, el trabajo sucio de la CNT». La organización los reclutó

de entre los trabajadores más preparados e inteligentes por una parte y del conjunto de murcianos y almerienses instalados en las grandes ciudades. Por supuesto, es inevitable que se infiltren elementos del lumpenproletariado, pero tarde o temprano son liquidados.[4][4]

Para Gerald Brenan, la llegada de la FAI trajo consigo una tendencia cada vez más perceptible en el anarquismo español:

la inclusión en sus filas de criminales profesionales –ladrones y pistoleros que sin duda no serían aceptados por ningún otro partido obrero– junto con idealistas de los más puros y abnegados.[5]

[1] Georges Woodcock: Anarchism, Londres, 1963, p. 358.

[2] Gabriel Jackson: The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939, Princeton, 1965, pp. 126-127.

[3] Ibíd.

[4] Frank Jellinek: The Civil War in Spain, Londres, 1938, pp. 92-93.

[5] Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 251.

VIII. ¿UNA CNT PARALELA?

El historiador trotskista Felix Morrow describió a la FAI como «un aparato de partido muy centralizado mediante el que se controlaba a la CNT».[1] Pensaba lo mismo el historiador liberal americano Gabriel Jackson, que la presentó como «la elite sumamente organizada que desde 1927 dominaba a la CNT».[2]

Esa opinión sobre la FAI no la compartieron sus miembros contemporáneos. Francisco Carrasquer, un faísta, comentó:

Cada grupo de la FAI pensaba y actuaba como consideraba oportuno, sin preocuparse por lo que los otros pudieran pensar o decidir, ya que no había una disciplina conjunta como la que encontrabas entre las cédulas comunistas con relación al territorio, etc. En segundo lugar, no había competencias, oportunidad o jurisdicción –aunque quizá las hubieran preferido– para imponer una línea de partido a las bases. Eran como el resto, ni más ni menos. De lo contrario, ¿por qué iba a consentirse que Francisco Ascaso estuviese en la directiva hasta su muerte?[3]

Con respecto a lo que muchos observadores han denominado la «elite» del movimiento anarquista, es importante recordar que los anarquistas no se oponen al principio de liderazgo y que organización no significa sumisión a la autoridad concentrada. Los anarquistas nunca han negado la autoridad legítima de una persona para ejercer el liderazgo en el sector en que él o ella sean expertos. Lo que objetan es el hecho de que dicha autoridad sea coercitiva. La actitud anarquista ante tal autoridad la había expresado Bakunin clara y brevemente seis años antes:

No debería haber una autoridad fija y constante, sino una autoridad mutua y voluntaria. La sociedad no debería mimar ni ensalzar a los hombres de talento, ni debería concederles derechos o privilegios exclusivos, porque a menudo

tomamos a un charlatán por un genio; porque con ese sistema de privilegios incluso se puede transformar a un genio en un charlatán; y porque pueden terminar convertidos en déspotas.[4][4]

Las unidades básicas de la FAI no eran los individuos, sino pequeños grupos de afinidad autónomos formados por militantes anarquistas. Esa forma de asociación cohesiva y casi celular evolucionó, gradualmente, durante el periodo de tiempo necesario para que se estableciera una relación y hubiera confianza mutua. Los grupos de afinidad constaban, generalmente, de entre tres y diez miembros unidos por lazos de amistad, y que compartían objetivos y métodos de lucha bien definidos. Desde que nacía uno de esos grupos, podía solicitar la afiliación a la FAI, si lo deseaba.

El reducido tamaño del grupo implicaba una mínima estructura de toma de decisiones, aunque sólo fuera al nivel de compromiso con las decisiones de la mayoría o el consenso del grupo. También permitía el mayor grado de intimidad y confianza entre los que lo formaban. La esencia del grupo de afinidad, no obstante, es que son sus componentes los que deciden quien es o no es miembro del mismo. La lealtad de los miembros del grupo siempre es a sus compañeros y al ideal compartido, no al concepto de la asociación como institución organizada. Además, aunque los pequeños grupos pueden ser arrastrados por una personalidad fuerte, se creía que ese inconveniente se compensaba con el hecho de que los individuos dominantes que aparecen se ven relegados al sector en el pueden dominar. Los grupos de afinidad eran también muy resistentes a la infiltración policial. Incluso aunque se produjera la infiltración, o los agentes de la policía creasen sus propios grupos «de afinidad», ese no era un medio especialmente eficaz para reunir información; la estructura atómica de la FAI implicaba que no hubiese una entidad central que proporcionara una visión general del movimiento como conjunto.

También vale la pena recalcar que los grupos de afinidad también tienen sus inconvenientes. Hay tantos peligros inherentes en los grupos pequeños que se forman y renuevan solos como en las organizaciones formales más grandes. La CNT, por ejemplo, tomó como unidad básica el lugar de trabajo, por necesidad, y quizá esa fue su debilidad, pero también tenía la gran ventaja de que los trabajadores cooperaban diariamente y luchaban contra un enemigo real y común. Se veían obligados a llevarse bien y tenían que practicar la solidaridad.

Fue esa práctica diaria de cooperación y solidaridad lo que fijó las bases del sindicalismo revolucionario. Los grupos de afinidad, en cambio, a consecuencia de su naturaleza exclusiva y cohesiva, corren el riesgo de no ser más que agrupaciones ideológicas o células terroristas, dos cosas que aunque necesarias a veces, implican el peligro constante de perpetuar la división entre los cuadros dirigentes revolucionarios o con conciencia de clase y la masa de trabajadores no militantes. No importa el nivel de idealismo de los miembros del grupo, sin duda llegará el momento en que surja el conflicto entre las obligaciones con los camaradas y la sociedad del mundo exterior. La tensión entre lo ideal y lo práctico se convierte en algo inevitable cuando la gente comprometida ideológicamente forma grupos elitistas. Un abismo infranqueable surge entre ellos y la gente de fuera de su círculo inmediato y de otra ideología; en otras palabras, que un «grupo de afinidad» puede llegar a estar tan «institucionalizado» como una gran organización.

No obstante, los fundadores de la FAI fueron sensibles a los peligros oligárquicos inherentes a la organización y conscientes de la perpetua lucha entre «libertad» y «autoridad» y los problemas asociados de «deferencia» y «obediencia», e hicieron un esfuerzo consciente para reducir al máximo sus rasgos negativos. De hecho, el término «organización» no es muy adecuado para la FAI: no tenía identidad colectiva a parte de un compromiso con el comunismo libertario como objetivo inmediato. No expedía carnés a los miembros ni cobraba cuotas (aunque se hacían contribuciones voluntarias), de manera que nunca hubo una lista de miembros, ni había procedimientos formales para reemplazar a los mismos. Sobre todo, no era un organismo representativo, ni había delegación de autoridad ni en el seno de los grupos de afinidad, ni de las entidades administrativas de carácter regional o nacional para otorgarles poder para tomar decisiones en nombre de la colectividad. Después de tantos años de experiencia revolucionaria, la FAI estaba firmemente arraigada en principios confederales y estructurada de tal modo que su función coordinadora no privaba a sus miembros constituyentes de su autonomía. «El nombre del comité [peninsular] era simplemente "Comité de Relaciones". No tomaba iniciativas de ningún tipo por sí mismo; se limitaba a pasar las propuestas al resto de los camaradas y las asambleas las aprobaban o rechazaban».[5] En las situaciones en que era necesario que los delegados tomasen decisiones, por ejemplo, en las reuniones plenarias de los periodos de crisis o de la clandestinidad, se requería que las decisiones fueran ratificadas por toda la militancia, que era quien de hecho constituía la dirección.

No sólo no había programa de actividades, como Francisco Carrasquer comentó, aparte del objetivo inmediato y compartido de derribar al capitalismo y al estado y de introducir el comunismo libertario, ninguna línea ideológicamente cohesiva era posible.[6] Las opiniones, actividades y prioridades de los diferentes grupos formaban un abanico tan amplio de posibilidades que cualquier intento de imponer un programa oficial sólo habría sido motivo de división y fricción. Los puntos de vista de la FAI eran expresados en forma de declaraciones generales por el Comité Peninsular, declaraciones que de ninguna manera limitaban la soberanía constituyente de los grupos de afinidad, que seguían teniendo libertad para dedicarse a sus actividades preferidas y propagar sus opiniones por sus esferas de influencia.

En la fase inicial, la FAI simplemente fue un instrumento ad hoc, la vanguardia de la CNT. Era una asociación voluntaria y mutualista de sindicalistas anarquistas que, en respuesta a una amenaza percibida en un determinado momento, se negaron a colaborar con la directiva reformista de la CNT. Esos trabajadores anarquistas aunaron sus energías bajo la oportuna bandera de la FAI para lograr un fin específico, la defensa de los objetivos y principios revolucionarios de la Confederación. La intención de los faístas no era imponer su autoridad, sino llevar a cabo la función histórica del anarquismo, es decir, combatir las ideas autoritarias en el seno del movimiento de la clase obrera y preservar el espíritu anarquista en una CNT que cada vez más acusaba la presión de un liderazgo inclinado al colaboracionismo de clase. Juan Manuel Molina, secretario del Comité Peninsular de la FAI entre 1930 y 1932, dijo que era sobre todo «un símbolo», más que «una organización rigurosamente estructurada». También señaló que, aunque la mayoría de los anarquistas estaban de acuerdo y simpatizaban con la FAI «e incluso hablaban en su nombre, en realidad no pertenecían a ella».[7]

Se esperaba que los individuos de los grupos de afinidad de la FAI, que ganaban un sueldo, se inscribiesen y participasen activamente en un sindicato de orientación cenetista. Como ya he comentado, la mayoría de los miembros fundadores de la FAI fueron, principalmente, militantes de la CNT. Como José Llop recordó en una conversación con Frank Mintz:

Los grupos se organizaban solos de manera que los problemas se solucionaran combinando los diferentes puntos de vista de los anarquistas que también eran

miembros de la organización sindical, de las cooperativas, etc. La cuestión sindical era prioritaria en las actividades de los grupos. Es decir, que el grupo se formaba con el único propósito de participar de manera activa en la base del sindicato.[8]

En lo que yo he denominado periodo instrumental o de juventud y madurez de la organización, 1927-1933, el compromiso de la FAI con la acción directa y la lucha de clases supuso que atrajese a pocos intelectuales. Durante esta fase, la mayoría de sus afiliados eran trabajadores revolucionarios jóvenes y entusiastas que, basándose en sus propios conocimientos y experiencias, pensaban que todas las ganancias económicas eran efímeras y que la única solución duradera para la alienación y la miseria de la sociedad en que vivían era la revolución social inmediata. Eran enemigos acérrimos de todos los intentos por comprometer los principios anarquistas fundamentales mediante pactos con la democracia burguesa. Defendían una sociedad que funcionase de abajo a arriba, no desde un estado centralizado o un aparato administrativo dirigido por una elite intelectual con una visión teórica de los procesos sociales.

Un importante factor vinculante en la relación entre la organización anarquista y el sindicato era su estructura federal, completamente paralela a la de la CNT, con federaciones locales, comarcales y regionales. Las agrupaciones de las ciudades constituían una federación local, mientras que la combinación de las agrupaciones rurales formaba una federación comarcal. Eran administradas por un secretario y un comité compuesto por un delegado de cada grupo de afinidad. Las federaciones locales y comarcales estaban obligadas a convocar asambleas periódicas de todos los grupos de la zona. Generalmente, las asambleas se celebraban los domingos bajo la apariencia de picnics en el campo. Eran pequeñas reuniones con uno o dos delegados de cada grupo y «nunca», según Fidel Miró, «asambleas generales».[9]

Las federaciones locales y comarcales constituían las federaciones regionales. Éstas, a su vez, estaban coordinadas por un Comité de Relaciones Peninsular. De ninguno de esos comités locales, comarcales, regionales y nacional se podía decir que tuviese un aparato burocrático. Ni tampoco ejercían ninguna clase de poder. Su función era puramente directiva.

Las relaciones regionales siempre se mantenían por carta.

Nunca se enviaba a un camarada. El comité nacional fue trasladado de sitio varias veces, pero siempre dentro de Cataluña. Más adelante, al disponer de más fondos, eso se convirtió en una alternativa. Habría sido interesante trasladar a un camarada a Asturias, ya que allí había una federación de grupos anarquistas. Pero las relaciones con el comité nacional eran bastante fortuitas. Muchas veces habría sido necesario celebrar una reunión, pero no se disponía de los medios para mandar las cartas.[10]

[1] Felix Morrow: Revolution and Counter-Revolution in Spain, Nueva York, 1974, p. 100.

[2] Gabriel Jackson: The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939, Princeton, 1965, p. 126.

[3] Francisco Carrasquer: «¿Ha habido una ideología política en el anarquismo español?, Cuadernos de Ruedo Ibérico, núm. 35-57, enero-junio, París, 1977.

[4] Mijaíl Bakunin: God and the State (Bakunin on Anarchism), Montreal, 1980, p. 230.

[5] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, p. 288.

[6] Carrasquer, cit.

[7] Molina, ibíd., p. 223.

[8] Llop, op. cit., p. 290.

[9] Fidel Miró, miembro de la FAI y de la FIJL, sostuvo que esa estructura no era democrática ya que permitía a los grupos de influencia dominar y manipular las reuniones en beneficio propio. Según Miró, dichas reuniones raras veces fueron interrumpidas por redadas por el temor de la policía a los militantes armados de la FAI. Fidel Miró, Catalonia. los trabajadores y el problema de las nacionalidades, México, 1967, p. 49. También es posible que la policía dependiese de esas reuniones para conocer los planes de los anarquistas.

[10] Llop, op. cit., p. 290.

IX. SINDICALISMO CONTRA ANARCOSINDICALISMO

En el invierno de 1927-1928, la dictadura empezó a debilitarse. Eso supuso la revitalización de la militancia de la clase obrera. La CNT comenzó a reagrupar sus fuerzas dispersas. El 16 y 17 de enero de 1928, el delegado oficial de la FAI para la asamblea plenaria nacional de la CNT celebrada en Madrid propuso la trabazón, comités conjuntos de solidaridad y defensa, como la forma más eficaz y adecuada para enlazar a ambas organizaciones y prepararlas para la tarea de hacer frente a la dictadura y facilitar la eventual reaparición de la confederación de la clandestinidad.

No proponemos –declaró el delegado–, crear una nueva organización, sino conectar organizaciones que comparten las mismas ideas para la realización de actividades y la resolución de problemas comunes de las dos, formando comités o consejos generales que armonizarán y desarrollarán su relación y evitarán roces perjudiciales.[1]

La propuesta de formar comités de acción conjuntos de la FAI y la CNT, precursores de los Comités de Defensa, la aceptó el plenario de Madrid con poca oposición, al igual que el Comité Nacional Conjunto de Ayuda a los Presos. Evidentemente, en ese momento, los principales portavoces de la sección legalista del sindicato, entre ellos Ángel Pestaña, entonces secretario nacional de la CNT, no consideraban a la FAI un competidor incompatible. En realidad, eran los grupos anarquistas influenciados por el periódico de la familia Urales La Revista Blanca los que expresaban sus dudas con relación a la conveniencia del «entendimiento» entre las dos organizaciones.

El mismo Pestaña apoyó la trabazón cuando la Federación Local de Grupos Anarquistas de Valencia cuestionó su oportunidad. Su respuesta, en nombre del Comité Nacional de la CNT, parecía decir que la FAI estaba cualificada para intervenir en las cuestiones «políticas», o sea, que la CNT sólo se ocupaba de las reivindicaciones económicas:

La colaboración entre dos organismos nacionales (CNT y FAI) no es una confusión de las respectivas misiones de ambos organismos...

Hay cuestiones laborales que son de exclusiva competencia de la CNT, pero siempre que una situación requiera el apoyo de la FAI y siempre que haya otra cuestión que, en virtud de su clara naturaleza revolucionaria pueda ser descrita como política, es lógico y natural que se garantice una estrecha colaboración de ambos organismos sobre la base de la completa igualdad.[2]

La razón por qué la FAI aceptó la idea de que la lucha política podía separarse de la económica es curiosa y difícil de explicar; para los anarquistas sólo hay una clase, un enemigo y una lucha, y ésta sólo puede librarla una organización, ¡no dos!

El apoyo a la trabazón por parte de un Comité Nacional antirrevolucionario de la CNT es igualmente curioso. Quizá sus temores los disiparon los pocos recursos y la militancia relativamente minúscula de la FAI. En comparación con la posición aparentemente fuerte de la directiva de la CNT, una organización que contaba a sus miembros por cientos de miles, los aproximadamente 1.000 afiliados de la FAI difícilmente podían suponer una gran amenaza.

Quizá Pestaña esperaba que, formalizando la relación y trazando las fronteras entre las dos organizaciones, se reducirían los roces. Parece ser que también hubo confusión en cuanto a la composición y jurisdicción de esos comités. Según Alexander Schapiro, las actas del plenario no hacen referencia a los comités locales o regionales, sólo al Comité Nacional de Ayuda a los Presos.[3]

En la primavera de 1928, la dictadura ya había perdido el apoyo de los funcionarios y de los profesionales y se acercaba peligrosamente a su fin. Al mismo tiempo, el descontento de la base anarquista por la actitud de la directiva de la CNT respecto a la cuestión de la colaboración con organismos políticos y estatistas se incrementaba gradualmente. Pestaña y sus compañeros sindicalistas casi habían completado el proceso de transformación del comité nacional de la CNT en una entidad con una vida y unas metas propias, y con puntos de vista

muy alejados de los objetivos revolucionarios de la Confederación.

Sería erróneo argumentar que Pestaña obró así por traición, oportunismo, hipocresía, o porque en cierto modo había perdido el sentido moral. Hay pocas dudas de que hizo lo que hizo movido por el sentido del deber. Pestaña estaba convencido de que el anarquismo era compatible con el capitalismo y el estatismo.

¿Cómo podía el anarquista revolucionario de la primera década del siglo veinte cruzar el abismo infranqueable que separaba a la lucha de clases del colaboracionismo y seguir llamándose anarquista?

Como cualquier otro en una situación similar, Pestaña, un esforzado líder sindicalista, comprometido profesionalmente con la defensa de lo que él consideraba los intereses de sus miembros, fue víctima de lo que Robert Michels llamó «La Ley de Acero de la Oligarquía»:

Es una organización que propicia el dominio de los elegidos sobre los electores, de los directivos sobre los dirigidos, de los delegados sobre los que delegan. ¿Quien dice organización dice oligarquía?[4]

El conservadurismo burocrático, inherente a todas las organizaciones representativas formales, reforzado por los efectos distorsionantes de los años de clandestinidad, finalmente pasó factura. El sentido moral y lógico de Pestaña tomó un enfoque radicalmente distinto. Dejó de considerarse a sí mismo un individuo moralmente responsable de sus propios criterios morales y de las exigencias «idealistas» de la base de una organización democrática cuyas contradicciones cada vez eran más aparentes: exigía, por una parte, mejoras de manera poco sistemática, y por otra parte, la revolución social inmediata.

Los ideales que al principio le inspiraron se habían convertido en un obstáculo para la realización de sus fines. Ahora se consideraba el agente de un todo orgánico cuya supervivencia y crecimiento eran prioritarios sobre todo lo demás, incluyendo sus propios principios y, si fuera necesario, los deseos de las partes constituyentes de la estructura, los sindicatos industriales autónomos.

Mijail Bakunin, un astuto observador de la naturaleza humana y de la política, advirtió de la inminencia de ese desenlace cuando convencieron a los anarquistas de que sus ideas eran compatibles con la actividad del Estado y de los partidos políticos:

Eso explica cómo y por qué hombres que en el pasado habían sido los demócratas más revolucionarios, los radicales más enérgicos, al llegar al poder se convertían en los conservadores más moderados. Tales cambios son generalmente y erróneamente considerados una especie de traición. Su principal causa es el cambio inevitable de postura y perspectiva.

Nutridas por la colaboración táctica con grupos políticos y militares con el propósito de derrocar a la dictadura –algo en que muchas secciones de la CNT estaban implicadas desde 1923, al igual que el Comité Peninsular de la FAI desde 1927– las semillas del reformismo empezaron a brotar durante 1928. Con el apoyo de su base de poder, el grupo Solidaridad, que perseguía precisamente los objetivos que él y sus compañeros censuraban a la FAI –con la intención de imponer su hegemonía en la CNT (ese también sería el caldo de cultivo de lo que después se denominó treintismo)– Pestaña aceleró su campaña para sacar a la CNT de «la parálisis» accediendo a atenerse a la Ley de Corporaciones, el invento legislativo de la dictadura.

A los compañeros sindicalistas, Pestaña les dijo que sería un compromiso superficial, pero que permitiría a la Confederación reorganizarse y garantizar una vía a la medida de las demandas de los trabajadores cuando acabase el estado de emergencia. Si no se reformaban legalmente, tal como él proponía, se quedarían atrás después de que cayera la dictadura, momento que ya no podía tardar mucho.

Pestaña y sus amigos cayeron en la trampa de la obsesión imperialista de establecer una posición de mayoría absoluta en el seno del movimiento sindical español. Para Pestaña, la lucha había dejado ser una cuestión de principios, y en parte era una competición con Largo Caballero, el líder del Partido Socialista. Lo que más le preocupaba era que la CNT perdiese su ascendencia sobre los trabajadores y dejar a la UGT todas las ventajas. Intentó tranquilizar a las bases,

prometiendo que los valores y principios anarcosindicalistas de la organización (es decir, los de un sindicato directamente democrático basado en el lugar de trabajo y dirigido por los trabajadores) se preservarían y fomentarían desde una organización paralela clandestina.

Pestaña, sin embargo, decía algo muy distinto a las autoridades. En discusiones secretas con el general Mola, el dirigente de la CNT hizo creer al director general de Seguridad que, a pesar de la retórica, los objetivos de la CNT no eran los expresados por los militantes de base. Pestaña intentó tranquilizar a Mola diciéndole que el poder no interesaba a la Confederación y que verían con más simpatía al régimen que más se acercara a sus ideas. Si lo legalizaban, el sindicato se limitaría a trabajar por las demandas meramente económicas y sociales, como los aumentos de sueldos y la mejora de las condiciones laborales. Mola recordó:

En cuanto a sus aspiraciones se refiere, no tenían otra que conseguir para la clase trabajadora los derechos legales que se les debían como productores que eran... aplicando una presión constante para progresar poco a poco.[5]

Fueron las garantías de líderes sindicales como Pestaña lo que llevaron a Mola a comentar confidencialmente que podían confiar en que la propia burocracia sindicalista paralizase la acción de los militantes de base, aunque, añadía Mola, dudaba de su capacidad para hacerlo.

La renovada presión de la directiva nacional para que aceptaran la legalización, una jugada que claramente perjudicaba los principios revolucionarios antiestatistas y sociales, volvió a despertar el espíritu combativo de la «minoría concienciada» que constituía el núcleo anarquista de la CNT.

Aunque estaban en minoría en el sindicato, los anarquistas ejercían una gran influencia moral en la masa de afiliados que, como Salvador Caño señala: «Se identificaban con las ideas de la FAI y la mayoría de la militancia confederal respondía al espíritu anarquista».[6]

La aparición de los elementos más dinámicos de una generación más joven de militantes también vigorizó al movimiento. Esos jóvenes habían aprendido a ser

revolucionarios defendiendo sus intereses de clase, no sólo en las fábricas, también en las calles, en donde se enfrentaron a los pistoleros enviados para matarles por empresarios intransigentes y agencias gubernamentales.

Para ellos, la aparición de la FAI y su reivindicación de los principios anarquistas fundamentales reflejaban el espíritu de la época. La FAI, además, proporcionó una adecuada bandera a cuyo alrededor congregar a la gran masa de sindicalistas confederales que defendía esos principios. Ante la oleada de radicalismo de las bases, y ansiosos por proteger a la organización sindical a cualquier precio de lo que consideraban las desastrosas consecuencias de mantener la teoría y la práctica revolucionaria, Pestaña y sus compañeros empezaron a echar mano de todos los frenos para neutralizar la renovada influencia anarquista en el seno de la CNT. A consecuencia de la presión de los militantes de la CNT, más que por propia iniciativa, la FAI se convirtió poco a poco en el instrumento y el foco de oposición a la facción legalista del sindicato que dominaba al Comité Nacional.

Una solución que propuso el grupo Solidaridad fue crear su propia respuesta a la FAI, la denominada Unión de Militantes, una organización que competiría con la FAI por la influencia en la CNT. Joan Peiró, miembro de la FAI y del grupo Solidaridad, intentó mediar entre las dos facciones de la CNT, pero el abismo ideológico que las separaba para entonces ya era infranqueable y crecía día tras día.

Pestaña intentó llevar esa cuestión al límite en abril de 1928, con una serie de artículos en el periódico de la CNT de Vigo ¡Despertad!, titulada «¡Situémonos!», en que animaba a las bases de la CNT a reconsiderar su posición. Los sindicatos, instaba, deberían ser libres para adaptarse, «para acoger a todo tipo de principios». No eran herramientas que, en manos de los grupos anarquistas, les permitiesen imponer sus valores a la mayoría.

También propuso que los trabajadores se organizaran por oficios, más que a través de los sindicatos industriales autónomos de estructura federal. Ese cambio estructural fundamental en la organización, si se aceptaba, sin duda reforzaría la influencia de los altos comités a expensas de la militancia. En realidad, lo que Pestaña proponía era, en términos anarquistas, casi una aberración. Era un ejemplo clásico de sofisticación política (que reaparecería durante la huelga de mineros británicos de 1985 a propósito de la cuestión de las votaciones de los afiliados) que alegaba defender valores democráticos «devolviendo los

sindicatos a sus afiliados». En otras palabras, deseaban destruir el contenido de los sindicatos, que se convertirían en poco más que ataúdes vacíos.

Para Joan Peiró (cuya postura, ya que él pertenecía a las dos organizaciones, era, como poco, ambivalente), la maniobra de Pestaña era una descarada traición y manipulación de los principios de la CNT. Tachó enérgicamente las propuestas de sus antiguos camaradas de Acción Social Obrera de «extravíos» y de colaboracionismo de clase, que en última instancia conducirían a un sindicato legalmente domesticado:

En '¡Situémonos!' hemos examinado la precipitada afirmación de que 'la Confederación' es su contenido, no un 'contenedor' [es decir, que la CNT debería ser ideológicamente neutral], lo que es lo mismo que decir que la CNT no es la expresión de principios duraderos, sino que puede adaptarse a todo tipo de preceptos por muy reformistas que sean. Esto es igual que decir que los 'principios' están hechos por los hombres (¿Hay alguien que crea que son obra de dios?) y que 'los hombres tienen el poder de cambiarlos' etcétera. No. Dejen que les diga al camarada Saltor y a todos los Pestañas que ha habido, o que aún tienen que llegar, que sí, que los principios de la CNT son susceptibles de cambio y de ajuste cuando afectan al proceso del cambio económico, político y social (hasta cierto punto y por imperativos ineludibles), pero que la CNT tiene ciertos preceptos básicos cuya naturaleza esencial y perdurable no puede ser desvirtuada.

Los congresos confederales pueden cambiar todos los principios de la CNT en caso de considerar esa enmienda necesaria. Lo que ningún congreso puede hacer, y mucho menos ningún hombre, por más que dotado que esté del talento para 'conocer la realidad' y de una 'mentalidad práctica' es renunciar a los principios que constituyen la premisa esencial de la CNT, sus cimientos y raison d'être... su antiparlamentarismo y la acción directa.

Lo que he dicho equivale a declarar que, si hoy en día fuera posible hablar con libertad en un congreso ordinario, entonces todo lo solucionable se solucionaría... Pero los dos principios básicos e intangibles de la CNT –la acción

directa y el antiparlamentarismo– perdurarían. De lo contrario, la CNT perdería su raison d’être. Y lo que yo defiendo aquí es ni más ni menos que lo que da a la CNT su razón de ser.[7]

LA FAI ENTRA EN EL DEBATE

A pesar de las reiteradas acusaciones de que la FAI provocó la división de la CNT, la verdad es que no entró en el debate entre las facciones sindicalista y anarquista hasta bastante tarde.

Su primer pronunciamiento público sobre el tema fue una declaración emitida por el Comité Peninsular en diciembre de 1929. Tachaba de ingenua la idea de que el movimiento sindical pudiera ser ideológicamente neutral. Si los anarquistas retiraban su influencia de la CNT, otros grupos como el de los comunistas, los católicos, o cualquier otro con ansias de poder, incluido el de los sindicalistas puros, rápidamente intentarían llenar el vacío. La declaración parece ser que también sugería la amenaza implícita de que los militantes de la FAI se marcharían de la CNT si ésta se negaba a reconocer a la FAI.

Es un sofismo creer en la neutralidad del movimiento sindical y en la independencia de los sindicatos en cuanto a su postura ideológica y propaganda subversiva. Especialmente por su condición de movimientos libertarios y por sus innegables repercusiones para la sociedad, no pueden, de ninguna manera, escapar de las influencias más o menos predominantes de las ideologías que persiguen la hegemonía sobre la sociedad. Sobre todo porque todas sus consecuencias morales y sociológicas son fruto de la acción de la minoría más poderosa de sus filas. Esa es la razón de que encontremos tantos movimientos sindicales en la escena internacional con sus correspondientes inclinaciones sociales, políticas y religiosas.

Ningún movimiento sindicalista, con independencia de su naturaleza, ya sea un imperativo del sistema capitalista y estatista o tenga su origen en una situación

de inferioridad política y desigualdad económica que aflige a los trabajadores, o bien porque sus actividades más inmediatas se centren en la consecución de mejoras materiales y morales... no puede, y no debe, olvidar que, en su esfera, aunque presenten rasgos y características distintos, hay otros movimientos sociales que también desean, y luchan por conseguirlo, no sólo la mejora económica de los oprimidos y la humanización del trabajo que realizan, también la total erradicación de las plagas imperantes y la completa desaparición de todos los privilegios políticos y económicos.

De ahí la necesidad de la CNT (si de verdad desea que su actividad sea trascendental y destructiva en el sentido más amplio de las palabras) de buscar un acuerdo con ese organismo que está al nivel de sus procedimientos tácticos y que comparte su premisa, sin que por eso –digámoslo de nuevo– sin que por eso pierda su peculiar independencia. Por otra parte, si la CNT no aceptara la proposición formulada por esa Secretaría, es muy probable que corriera el riesgo de sufrir una deformación muy perjudicial para su causa de recuperación total, y de perder ese valor moral y revolucionario que es su rasgo distintivo, a no ser que... mediante el trabajo desinteresado de los anarquistas, se defina y declare abiertamente anarquista.[8]

La clara diferencia en la percepción de la directiva y las bases en cuanto a los objetivos factibles aumentó la fricción en el seno de la CNT.

La propuesta de Pestaña de que debería «adaptarse a la realidad» y formar una organización sindical legal y conformista, y abandonar los puros principios revolucionarios de la CNT en el proceso, provocó sentimientos tan intensos que Pestaña se vio obligado a dimitir como secretario del Comité Nacional de la CNT (aunque continuó siendo miembro de la confederación). Acusó públicamente al sindicato de ser una organización muerta y de tener pocos miembros. Los acontecimientos pronto demostrarían que se equivocaba.

La dictadura de Primo de Rivera cayó a finales de 1929. Alfonso XIII nombró al general Berenguer primer ministro y prometió unas elecciones, pero la clase trabajadora y la burguesía notaron la debilidad del régimen y empezaron a presionar para la confrontación final.

En el frente económico, el valor de la peseta cayó hasta niveles casi inauditos. A medida que la inquietud crecía entre los profesionales y la burguesía comercial y manufacturera, también aumentó el número de huelgas y disturbios de los trabajadores. La CNT, calificada el año anterior por su propio líder Ángel Pestaña de «cáscara vacía», reapareció en escena con vigor y vitalidad renovados. Su afiliación subió hasta los 800.000 miembros. De nuevo, los periódicos anarquistas empezaron a circular abiertamente por las calles.

Se podría decir que desde finales de 1929 la FAI fue tanto una creación híbrida de la prensa burguesa, de intelectuales independientes de segunda como Diego Abad de Santillán y de los reformistas, como un conjunto de militantes. La prensa capitalista, reflejando el malestar de la burguesía por el auge de la militancia de la clase obrera y con dudas respecto a la capacidad de los dirigentes sindicalistas de controlar a sus bases, la emprendió con la FAI, tal como comenta Santillán, y la convirtió en «el chivo expiatorio de todo tipo de acusaciones e insultos».[9]

No hay nada más lejos de la verdad. Entre 1927 y 1929, la FAI sólo tuvo una existencia nominal. Sus actividades, por lo general, se concentraron en la propaganda anticlerical y a favor del librepensamiento, y además sirvió de cadena de distribución de la prensa anarquista clandestina.

Sólo después de que Juan Manuel Molina (Juanel) volviera de su exilio en Bruselas para sustituir a José Elizalde en el cargo de secretario peninsular de la FAI, empezó la organización a experimentar un crecimiento y a estar a la altura de su reputación como voz del anarquismo revolucionario. Entre los compañeros de Molina en el Comité Peninsular estaban Merino; un militante aragonés, Portula; Luzbel Ruiz, de Barcelona; y el militante luso-andaluz Ricardo Pena.[10]

Al tomar posesión del cargo, Molina calificó el estado de la FAI de «insatisfactorio».

Cuando llegué a Barcelona del exilio en las primeras semanas de 1930, la FAI no valía gran cosa... Cuando me nombraron secretario del Comité Peninsular, no disponía de máquina de escribir ni de nada. La antigua máquina de la Federación de Grupos Hispanohablantes de Francia [de la que él había sido secretario], que

prácticamente estaba desmontada, además de una multicopista que compré yo, fueron las herramientas con que iniciamos la nueva andadura de la FAI.[11]

[1] «La FAI a la CNT», Acción Social Obrera, 6-4-1928.

[2] Carta del Comité Nacional de la CNT a la Federación Local de Grupos Anarquistas de Valencia. Citada por Alexander Schapiro en su informe confidencial para la AIT sobre la CNT: Rapport sur l'activité de la Confederation National du Travail d'Éspagne, 16 de diciembre 1932-26, febrero de 1933.

[3] Ibíd., p. 30.

[4] Robert Michels: Political Parties, Nueva York, 1962, p. 365.

[5] General Emilio Mola: Obras Completas, Valladolid, 1940, pp. 351-353.

[6] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, p. 175.

[7] Acción Social Obrera, 7-12-1929.

[8] José Peirats: La CNT, op. cit., cap. 2.

[9] Diego Abad de Santillán: De Alfonso XIII a Franco, Buenos Aires, 1974, p. 171.

[10] Ricardo o Rafael Pena, también conocido como Carlos Chávez (Lisboa 1889-Panamá 1975). Pena fue un militante muy conocido en la zona de Sevilla, además de en Oporto y Lisboa, durante la dictadura de Primo de Rivera. Colaboró estrechamente con el sindicato anarcosindicalista portugués, la CGT, y la Unión Anarquista Portuguesa, y cooperó con los editores de La Batalla y Comuna. Volvió a España en 1927, en donde militó activamente en la CNT y desempeñó un papel importante en el desalojo de los comunistas, que tomaron el control de la CNT sevillana en 1930. Representó al sindicato textil de Sevilla en el congreso de la CNT del siguiente año. Activo durante el periodo de la República, se convirtió en secretario general de la CNT andaluza al producirse el levantamiento militar. Con este cargo asistió al congreso andaluz de la FAI celebrado en Almería. Más tarde, dirigió una milicia confederal en Málaga.

Cuadernos para una enciclopedia histórica del anarquismo español, núm. 28, Vitoria, 1984.

[11] Carta de Molina a Juan Gómez Casas, 28-6-1975 (citado en Historia de la FAI, op. cit.).

X. 1930 – UN INSTRUMENTO REVOLUCIONARIO

A principios de 1930, la facción sindicalista llevaba ventaja; tenía su propio periódico, Acción, y el pleno control del Comité Nacional. Tras la reunión de Pestaña con el general Mola se logró el reconocimiento legal del sindicato, que inició su reorganización a nivel nacional. Cada vez más dirigentes cenetistas empezaron a presionar sin reservas para que se establecieran contactos más estrechos con los políticos republicanos; no querían sólo una alianza táctica, también una estrategia que garantizase el futuro crecimiento del sindicato.

El alcance de la colaboración táctica, que llevó al reformismo y acercó a los dirigentes anarcosindicalistas y a los políticos republicanos burgueses, fue evidente a partir de la publicación de Inteligencia Republicana en marzo de 1930.

Ese documento político y estatista lo firmaron Joan Peiró y otros conocidos dirigentes de la Confederación como Martí Barrera, Pere Foix, Josep Viadiu, etc. Daba el visto bueno a la tesis socialdemócrata de que la democracia parlamentaria permitiría al movimiento sindicalista lograr notables beneficios sociales y políticos en el marco del capitalismo.[1]

Como José Peirats comentó con ironía:

Algunos cenetistas eran reticentes a romper las relaciones e insistían en mantener una postura ambigua. Eso suscitó sospechas. Su argumento era la conveniencia. Dado el vigente estado de desorden moral y caos económico causado por la desintegración del antiguo régimen, ellos sostenían que era el deber de todos los hombres de buena voluntad agruparse para ayudar a restaurar la normalidad y restablecer el orden legal bajo la soberanía popular:

Declaramos que estamos dispuestos a trabajar para lograr un nuevo orden político que, arraigado en la supremacía de la justicia, quizá acabe con la subversión de la autoridad de una vez por todas y guíe al país por las vías

jurídicas indispensables para el progreso de las naciones.

Este nuevo orden político, la República Federal, puede desglosarse en los siguientes puntos básicos:

I – Separación de poderes.

II – Reconocimiento de la igualdad de derechos individuales y sociales para todos los ciudadanos.

III – Reconocimiento del pleno derecho de los grupos federados, que expresen su deseo de hacerlo, de usar su propio lenguaje y desarrollar su propia cultura.

IV – Libertad de pensamiento y de conciencia. La separación de Iglesia y Estado.

V – Reforma agraria y división de los grandes latifundios.

VI – Reformas sociales al mismo nivel que las de los estados capitalistas más avanzados.[2]

Cuando el impulso hacia el colaboracionismo de clase cobró fuerza, el Comité Peninsular de la FAI se pronunció contra el

profundo desviacionismo reformista de aquellos militantes que durante la dictadura se habían ligado, de manera intencionada y premeditada, a 'principios políticos'. El Comité sugirió que al volver a la plena normalidad, los cuadros directivos del sindicato deberían transformarse en núcleos de militantes para evitar que la CNT se impregnara de tendencias políticas y autoritarias.[3]

Los sindicalistas interpretaron esas palabras como una declaración de intenciones de la FAI, que según ellos pretendía convertir a los cuadros sindicalistas existentes en grupos de la FAI.

La alianza de Peiró con los políticos republicanos y separatistas no fue una sorpresa. Las estrechas amistades forjadas entre libertarios, políticos y elementos militares desafectos en la lucha conjunta contra la dictadura los arrastró, inexorablemente, hacia las turbias maniobras políticas y la presión secreta que llevaron a la proclamación de la Segunda República.

Como José Peirats señala:

Miembros de la Confederación y políticos de izquierdas se aliaron con la aspiración común de derrocar a los dictadores; con independencia de que las aspiraciones de los primeros con respecto a los objetivos revolucionarios fueran más ambiciosas. Participaron conjuntamente en conspiraciones y conjuntamente sufrieron el castigo del exilio. Y esa camaradería circunstancial que, en términos estrictamente doctrinales no debería haber inducido a ciertos miembros de la CNT a comprometerse tanto, alentó las ilusiones de los viejos políticos de controlar a la CNT, o por lo menos de verla convertirse en otra facción involucrada en las preocupaciones del parlamentarismo. Y en cuanto la CNT pudo revelar su propia fuerza, los futuros diputados y ministros colmaron de presiones y halagos a las cabezas visibles de la organización confederal.[4]

El apoyo público de los dirigentes confederales a la colaboración política con los políticos burgueses amenazaba con provocar una división en el seno del sindicato. En vista de la enorme presión por parte de los miembros del sindicato, Viadiu y Pere Foix se retractaron y retiraron sus firmas, pero Peiró insistió en dar

su respaldo al documento republicano. Quedó en un buen aprieto que él mismo había provocado al separar principios y prácticas. Y se vio forzado a actuar en contra de los dictados de su conciencia: como anarquista, en teoría al menos, estaba obligado a creer en ciertos principios, y como dirigente sindicalista a actuar como si no creyera en ellos.

Como no quería debilitar ni comprometer a la CNT de ningún modo, Peiró anunció su dimisión de todos los cargos de responsabilidad en la organización:

Es evidente que firmé un manifiesto contrario a mis creencias, y reconozco que perpetré mi acción, errónea o no, con total conciencia del hecho de que adoptaba una postura contradictoria. Déjenme declarar formalmente que entonces, y ahora, actué por iniciativa propia. Nadie podrá decir que he intentado convencer a alguien de que siga mi ejemplo...

Dadas las razones que me movieron a subscribirlo, no encuentro ningún motivo para retirar mi firma; además, la cancelación de mi firma no me absolvería de mi pecado, si es que de verdad hice algo indecente. La única alternativa que me queda es pagar el precio de mi error, si de verdad es un error, retirándome.

En estas circunstancias, por la presente anuncio que para evitar perjudicar de algún modo a cosas que para mí siguen siendo sagradas, desde ahora mismo renuncio a seguir con las actividades que me había comprometido a ejercer en la organización en el ámbito de las ideas y de la prensa y que me convertiré en uno de los muchos que siguen en silencio a las vanguardias que guían a nuestras bases.[5]

El aislamiento de Peiró era más aparente que real. Aunque pocos lo admitieran en público, un gran número, si no todos los miembros del Comité Nacional de la CNT, compartía sus puntos de vista. Desde la llegada del régimen de Berenguer, ese organismo había adoptado una postura claramente reformista y colaboracionista que era prácticamente indistinguible de la de Inteligencia

Republicana. Al cabo de un mes de que apareciera el documento republicano, el Comité Nacional, después de una asamblea plenaria de comités regionales celebrada los días 16 y 17 de febrero de 1930, emitió un manifiesto, aprobado por varios comités regionales, que reconocía la necesidad de convocar las Cortes para revisar la Constitución e introducir una nueva estructura política y legal para el país «en el que tenemos que vivir». También exigía el restablecimiento de las garantías constitucionales, la libertad de organización sindical, la jornada laboral de ocho horas y una amnistía para los presos políticos. Dejando al margen la retórica, era una declaración de su intención de colaborar con los partidos políticos en la reconstrucción del Estado. El Comité Nacional, consciente de las polémicas repercusiones que eso tendría en el movimiento, intentó curarse en salud añadiendo, casi como una idea de último momento, que el manifiesto no representaba la postura oficial de la CNT, sólo la de algunos comités regionales, y que «No debía leerse en ese manifiesto el apoyo a candidatos políticos, ni, menos aún, consejos sobre a quien se debía votar en las elecciones».[6]

Cómo se las arreglaron reformistas y «gradualistas» para ocupar puestos de importancia en un organismo claramente revolucionario como la CNT es una de las principales preguntas en relación con la CNT –de hecho, con respecto a cualquier movimiento revolucionario de masas. Una razón es que la directiva de la CNT nunca salió de los militantes anarquistas, que rechazaron todos los cargos permanentes de responsabilidad en el sindicato. Preferían, en cambio, preservar su independencia como activistas de base. Eso implicaba que los altos comités estuvieran formados por hombres para los que la CNT era, antes que nada, un sindicato políticamente neutral, y no un instrumento para transformar una sociedad injusta y construir una nueva en su lugar. Joan Doménech, secretario del sindicato catalán de trabajadores del vidrio explicó:

Cuando te inscribías en la CNT como trabajador, nadie te preguntaba qué opinabas o pensabas. Un carpintero se afiliaba al sindicato de carpinteros, un barbero al de barberos, así de fácil.[7]

Sería presuntuoso suponer que los miembros de la CNT de la época eran en cierto modo más revolucionarios que los trabajadores de los otros sindicatos;

sería igualmente presuntuoso suponer que el anarcosindicalismo, es decir, el sindicalismo revolucionario democrático, no satisfacía las necesidades de los trabajadores de la época, ni reflejaba su consciencia de estar involucrados en una implacable lucha de clases con una clase gobernante despiadada. Sin duda, la CNT atraía a la mayoría de los trabajadores, no sólo por su contenido democrático y revolucionario, también porque era el único sindicato que quería desafiar tanto al Estado como a los empresarios. Su atractivo también se debía a que por su constitución apolítica, era improbable que los traicionara con negociaciones con los empresarios y con pactos con los partidos políticos en maniobras por alcanzar el poder. A pesar de su dinámica reformista, no cabía duda de que la directiva de la CNT estaba suficientemente controlada por una «minoría concienciada» agresiva y nada condescendiente, mediante una estructura directamente democrática, que pretendía garantizar la defensa y el fomento de sus intereses como trabajadores (en la sociedad semifeudal y semicapitalista de la España de las décadas de 1920 y 1930).

Para los dirigentes, la retórica, los objetivos y el celo revolucionario de los «militantes concienciados» eran poderosas herramientas para negociar con una clase gobernante violenta, reaccionaria y totalmente inflexible. Pero en el fondo, la directiva de la CNT consideraba que su única función era garantizar beneficios económicos inmediatos. Esa actividad no era revolucionaria, sino reformista. Por lo que se refiere a la masa de afiliados, mientras no hubiera problemas y los «militantes influyentes» siguieran desempeñando su papel de líderes con relativa eficacia, no les importaba mantenerlos. Por desgracia, lo hicieron con un orgullo que minó por completo la tradicional oposición anarquista al principio de liderazgo.

La «minoría concienciada» de trabajadores anarquistas era consciente de la degeneración antidemocrática y antirrevolucionaria inherente al sindicalismo, pero parecían creer que era un proceso que podía controlarse (o al menos vigilarse) mediante el aparato democrático del sindicato y su ejemplo revolucionario a nivel de bases. Subestimaron seriamente la tendencia del poder, incluso en organizaciones claramente antiautoritarias y democráticas, de concentrarse en los altos comités, tendencia que se aceleró durante los largos periodos de clandestinidad forzada, en los que las bases de la CNT tuvieron poco contacto con la directiva y poco control sobre la misma.

También hay que señalar que a pesar de sus objetivos revolucionarios, la práctica de la CNT resultó no ser directamente democrática. Curiosamente, los delegados

de la CNT eran irrevocables. Cuando un delegado no actuaba de acuerdo con las instrucciones de su agrupación, no había procedimientos para cesarlo. Otro error fue que la toma de decisiones, que tenía lugar en asambleas generales en el lugar de trabajo y a nivel de federación local, se relegó gradualmente a los congresos nacionales quinquenales.

De hecho, no se había previsto la creación de ningún organismo independiente que controlase y evaluase la política de la CNT con frecuencia y regularidad y proporcionase un sistema independiente de inspecciones y balances mediante los cuales se pudiera controlar a los comités nacionales y regionales.

Cuando el 30 de abril de 1930 el gobernador civil de Barcelona aprobó los estatutos de la CNT, por fin la organización emergió de la clandestinidad. Eso fue fruto de muchas negociaciones secretas con las autoridades, incluyendo la reunión celebrada el 4 de abril entre el director general de Seguridad, el general Mola, y Ángel Pestaña. El líder sindicalista aseguró a Mola que la CNT no suponía una amenaza revolucionaria y que, aunque no podía colaborar abiertamente con el Estado, mantendría una actitud de neutralidad benevolente.

La Federación legalmente constituida volvió al primer plano como organización sindical predominante de España. En los primeros meses de la República, su crecimiento fue espectacular, y rápidamente alcanzó los 500.000 afiliados. Mantuvo su tradicional ascendencia en Cataluña, el Levante, la Andalucía oriental y Aragón. Pero en Sevilla, antiguo bastión de la CNT, los comunistas se las arreglaron para controlar la mayoría de los sindicatos.

Joan Peiró fue rehabilitado públicamente en la primavera de 1930 por la directiva de la CNT en una concentración pública convocada para explicar la actitud del Comité Nacional frente al gobierno de Berenguer, que había sustituido a Primo de Rivera. Peiró, que habló en la misma tribuna que Pestaña, obtuvo un cálido recibimiento por parte del numeroso público que abarrotaba el Teatro Nuevo y esperaba en el parque adyacente. Dada por desaparecida por reaccionarios como Martínez Anido e incluso, como hemos visto, por algunos líderes del sindicato, la CNT saltó completamente armada sobre una sociedad burguesa desprevenida. Para subrayar su ascenso –si es que de verdad había caído– nombraron a Joan Peiró primer editor de la recuperada publicación Solidaridad Obrera.

En agosto de 1930, representantes de los partidos socialista, nacionalista y

republicano –los partidos de las clases capitalista y profesionales– se reunieron en secreto en San Sebastián para formar un comité revolucionario y planear una estrategia para derrocar al viejo régimen y tomar el control político. La CNT, como organismo revolucionario de la clase obrera, no fue invitada oficialmente a esas reuniones, pero se pidió que representantes «extraoficiales» acudieran como «observadores informales». Los representantes que asistieron fueron Progreso Alfarache, miembro del Comité Nacional de la CNT y del Comité Peninsular de la FAI, y Rafael Vidiella.[8] Como José Peirats señala, «Fue una intriga mediante la que los políticos intentaron involucrar a la Confederación en una revuelta revolucionaria sin llegar a un acuerdo formal con ella».[9]

A medida que la recesión mundial golpeaba a España y el descontento político empezaba a extenderse, en el invierno de 1930-1931 hubo una oleada masiva de huelgas por todo el país. Durante cuatro días, entre el 15 y el 19 de noviembre, Barcelona quedó paralizada por la acción industrial. La CNT dio su pleno apoyo a las conspiraciones de republicanos, socialistas y jóvenes oficiales que aspiraban a derrocar el régimen de Berenguer.

El año acabó con los fracasados levantamientos republicanos en las guarniciones de Jaca y Cuatro Vientos. La negativa del rey a perdonar a dos jóvenes oficiales involucrados en los levantamientos y su posterior ejecución exacerbó la hostilidad hacia la monarquía. En febrero de 1931, Berenguer no tuvo más remedio que dimitir. Se formó un gobierno provisional dirigido por el almirante Juan Bautista Aznar, que convocó elecciones municipales para el 12 de abril.

El 19 de marzo, durante la campaña de las elecciones de abril, se celebró en Valencia una asamblea plenaria de la CNT. El pleno acordó recomendar a los afiliados, «sin compromiso político», que dieran su voto a los candidatos de izquierdas. La aplastante victoria republicana-socialista en las elecciones, reforzada por la «afluencia masiva de votantes confederales a las urnas» provocó la caída definitiva de la monarquía.[10]

[1] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974.

[2] Peirats: La CNT, op. cit., pp. 24-28.

[3] Ibíd., vol. I, cap. 2.

[4] Acción Social Obrera, núm. 92.

[5] Pau y Magrina: Un año de conspiración (antes de la República), Barcelona, 1993, p. 28.

[6] Acción Social Obrera, 16-5-1930.

[7] Ronald Fraser: Blood of Spain, Londres, 1979, p. 187.

[8] Emilio Mola: Obras Completas, Valladolid, 1940, p. 572.

[9] Peirats, op. cit.

[10] E. Horacio Prieto: Marxismo y socialismo libertario, París, 1947, p. 109.

XI. LA REPÚBLICA BURGUESA

El 14 de abril de 1931 tuvo lugar la proclamación de la Segunda República española, que fue recibida con enorme entusiasmo por el pueblo de España, que vio en ella el motor del cambio y la promesa de nuevos comienzos. El artículo primero de la nueva Constitución decía:

España es una república democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo. La República constituye un Estado integral, compatible con la autonomía de los Municipios y las Regiones.

Los dirigentes de la CNT contribuyeron mucho a la instauración de la nueva República. En un discurso verdaderamente pilatesco, Joan Peiró confirmó, con obvia satisfacción, que la CNT había ejercido de comadrona de la República:

Nuestro trabajo subversivo desde Solidaridad Obrera y las tribunas contribuyó directamente al triunfo electoral del 12 de abril de 1931... Nunca dijimos a los trabajadores que debían acudir a las urnas; pero tampoco les dijimos que se alejaran de ellas.[1]

No obstante, su entusiasmo por la República rápidamente trascendió las fronteras de sus funciones como meros portavoces del anarcosindicalismo. Después de haber colaborado tan estrechamente y durante años con los partidos políticos en conspiraciones antidictatoriales y republicanas, muchos de los líderes cenetistas creían en la República como un aparato abstracto e impersonal, y no en algo de origen humano al servicio de intereses específicos de la clase gobernante. Preocupados por el éxito de la República, por la que tanto habían sacrificado y en la que tantas esperanzas habían depositado, muchos dirigentes

de la CNT se vieron absorbidos y arrastrados por el deseo de ser «prácticos». Confiaban en que la República proporcionara un marco de estabilidad en el que la Confederación podría prosperar en un ambiente de armonía de clases. Lo que pasaron por alto fue que el «éxito» de la República, es decir, la resolución gradual de los problemas del capitalismo y de la autoridad arbitraria mediante acuerdos, trampas, hipocresía y autoengaño, era la preocupación de los republicanos, los socialistas autoritarios y los conservadores cultos –¡Pero no de los anarquistas! La misión de los anarquistas era desafiar constantemente a la autoridad establecida –en mayor o menor medida según la naturaleza del gobierno en el poder. Los anarquistas actuaban como agentes independientes y libres, al margen del sistema de autoridad, compartiendo los sacrificios y las revueltas de la gente, no sus flaquezas, acuerdos y capitulaciones.

Durante un tiempo, los políticos burgueses, especialmente en Cataluña, cultivaron la amistad de líderes sindicalistas como Pestaña. Su objetivo era garantizar un ambiente sano y estable ganándose la colaboración activa o pasiva de una CNT que había sido neutralizada y transplantada desde sus raíces históricas, y que se esperaba que conectara con el aparato de poder. El 13 de abril ya ofrecieron a Pestaña un cargo ministerial en el nuevo gobierno catalán de Macià, líder de Esquerra, un partido nacionalista pequeñoburgués catalán disfrazado de socialista. Los reformistas ganaban terreno día a día. El 14 de mayo, Solidaridad Obrera, cuyo editor era Joan Peiró, anunció:

Hemos declarado que la CNT no está en contra de la República. Pero además, conscientes de lo que representa en el corazón de las masas, la CNT ha accedido a oponerse, con todos los medios a su alcance, a cualquier sublevación que la oposición pudiera intentar. Queramos o no, la trascendencia de la política de la CNT nos obliga a defender la República.[2]

En abril de 1931 se produjo una revolución política para la que el viejo orden no estaba nada preparada. Éste quedó anestesiado y desorientado por la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, pero sus bases de poder económico y social quedaron intactas. Para los republicanos y los socialistas autoritarios la meta última de una República democrática liberal era un hecho, habían llegado al final del camino. Su revolución había terminado. Para los anarquistas, cuya

meta era una sociedad sin clases en que la explotación y la opresión del hombre por el hombre habrían desaparecido, era sólo la primera parada en el camino hacia el comunismo libertario. En su opinión, lo único que la CNT debía defender era a la clase trabajadora. Si eso implicaba apoyar a la República, así lo harían.

Una de las acusaciones lanzadas contra los anarquistas por historiadores liberales y marxistas es que la intransigencia anarquista fue uno de los factores que contribuyeron a minar la República y que provocaron la sobrecarga económica, social y política del sistema. La gente hacía reivindicaciones que ni el Estado recién creado, ni el capitalismo podían aspirar a satisfacer. La credibilidad y las perspectivas futuras de estabilidad de la democracia liberal en España sufrieron una erosión constante hasta su total desmoronamiento.

¿Cómo se sostiene esa acusación tras el análisis? El descontento generalizado con respecto a las políticas de la Segunda República no era el único problema de la España de los años treinta, ni tampoco era atribuible a la intransigencia anarquista. Los problemas de la República española tenían que ver con la alienación política, que surgía (y que posteriormente se ha agudizado en las democracias occidentales) de las contradicciones y tensiones inherentes a la profana alianza entre el concepto de Estado de la burguesía liberal, como mecanismo para facilitar el control sobre el sistema en beneficio de la clase capitalista, y el ideal de democracia de la clase trabajadora como algo esencialmente equitativo y participativo. El desencanto y la frustración popular con el proceso político fueron inevitables y no tuvieron nada que ver con la intransigencia anarquista. Los anarquistas simplemente fueron los únicos que hicieron públicas esas contradicciones. No estaban dispuestos a hacerse la ilusión de que democracia y capitalismo eran compatibles.

Con la oleada democrática de abril de 1931, las antiguas esperanzas del pueblo de cambio social se convirtieron en un desafío directo a la compleja estructura de poder. La reforma agraria y el reparto de las grandes propiedades, el problema fundamental de la República, que pedía a gritos una solución, fue un problema que nunca se pudo abordar en el marco del sistema parlamentario. Tampoco los partidos políticos de la República tenían la capacidad, ni siquiera la voluntad, de intentar resolverlo. Los débiles y vacilantes políticos burgueses sabían perfectamente que hacerlo los enfrentaría a los poderos terratenientes, que contaban con el apoyo de la Iglesia y con el respaldo militar del ejército. Toda la estructura se vino abajo e medio de un baño de sangre.

[1] «El sindicalismo y el problema político de España», El combate Sindicalista, Valencia, 6-9-1935.

[2] «La CNT ante el momento actual», Solidaridad Obrera, Barcelona, 14-5-1931.

XII. VUELVEN LOS «AGITADORES»

La proclamación de la República permitió el regreso del exilio y la reagrupación de los activistas anarquistas más jóvenes, que cuestionarían la campaña urdida por el grupo Solidaridad de Pestaña, cuyo objetivo era alejar a la CNT de los estatutos antiestatistas y apolíticos. Además de oponerse a lo que consideraban el liderazgo institucionalizado de la vieja generación, esos jóvenes infundieron en el movimiento anarquista español un nuevo ardor revolucionario que le permitiría hacer frente a un alzamiento militar y que sentaría las bases de la revolución social más profunda de la historia. Entre los más destacados se hallaban los miembros de los antiguos grupos Los Solidarios y Los Treinta.[1]

Al cabo de unos días de regresar del exilio, el trabajador textil Buenaventura Durruti, uno de los miembros más conocidos de los antiguos Solidarios, clarificó la postura anarquista con relación a la nueva República burguesa en un discurso que dio el 18 de abril en Barcelona. Entendían demasiado bien que la República no pudiera dar una solución satisfactoria a los problemas de los trabajadores; pero había que desprestigiarla a los ojos de los que esperaban demasiado de ella. Los anarquistas revolucionarios, como todos los otros sectores del movimiento anarquista, incluyendo a la familia Urales, por fin estaban dispuestos a conceder a la República el beneficio de la duda, convencidos de que podrían encaminar a las instituciones del régimen democrático burgués hacia un trabajo «constructivo».

Durruti recordó amablemente a esos camaradas que habían depositado tantas esperanzas en la República que el papel tradicional de los anarquistas respecto a los gobiernos, revolucionarios o de cualquier tipo, era hacer oposición. Recalcó que el grado de oposición anarquista se orientaría de acuerdo con la buena disposición de la República a combatir los principales problemas que afrontaban los trabajadores españoles. En todo lo constructivo que hiciera, la República podría contar con el apoyo entusiasta de todos los revolucionarios honrados. Pero también advirtió a los sindicalistas burgueses y reformistas que no traicionasen sus compromisos revolucionarios como anarquistas ni actuasen en contra de los principios antiestatistas y anticapitalistas:

Si fuéramos republicanos, afirmaríamos que el gobierno provisional se va a mostrar incapaz de asegurarnos el triunfo de aquello que el pueblo le ha proporcionado. Pero como somos auténticos trabajadores, decimos que, siguiendo por ese camino, es muy posible que el país se encuentre cualquier día de estos al borde de la guerra civil. La República apenas sínos interesa; la aceptamos como punto de partida de un proceso de democratización social. Pero sólo con la condición, por supuesto, de que esta República se convierta en garante de los principios que dictan que la libertad y la justicia social no son meras palabras vacías. Si la República desdeñara tener en cuenta las aspiraciones de la clase obrera, el escaso interés que ha suscitado en los trabajadores se esfumaría en el aire porque esa institución dejaría de ajustarse a las esperanzas que nuestra clase depositó en ella el 14 de abril.[2]

Más tarde, Durruti añadió:

Como anarquistas declaramos que nuestras actividades nunca han estado ni estarán al servicio de ningún partido político ni Estado. Los anarquistas y los sindicalistas de la CNT, unidos a todos los revolucionarios y respaldados por la presión de la calle, tienen la meta de obligar a la gente del gobierno a desempeñar su mandato.[3]

A pesar de su compromiso optimista con la reforma social, la República fue incapaz de actuar como garante de la libertad y de la justicia social. Tampoco era posible para la CNT esperar nada de un gobierno en el que estaban Largo Caballero, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos –los tres líderes socialistas cuyas carreras se centraron en el establecimiento y la consolidación de la República burguesa y en el fortalecimiento de la UGT, a expensas de su único rival en la lucha por ganarse los corazones y las mentes de la clase trabajadora española: la CNT. Bookchin cita a un líder socialista no identificado de 1932, que expresa con claridad la distancia y la antipatía entre las dos ideologías enfrentadas:

Hay bastante confusión en las mentes de muchos camaradas. Consideran el sindicalismo anarquista un ideal paralelo al nuestro, cuando es su antítesis total, y creen que los anarquistas y los sindicalistas somos camaradas, cuando son nuestros peores enemigos.[4]

Los políticos republicanos y socialistas burgueses, ansiosos por aplacar a los poderosos terratenientes y a sus defensores de derechas, intentaron tranquilizar a esas fuerzas reaccionarias diciéndoles que el nuevo régimen no intentaría alterar el equilibrio de las fuerzas sociales en la nación. Como para subrayar eso, se introdujeron una serie de leyes relativas al trabajo y al orden público, que obviamente iban dirigidas contra la amenaza revolucionaria, la CNT. El arbitraje forzoso de los jurados mixtos agrarios de Caballero, aunque tenía el propósito de aliviar la miseria de los campesinos andaluces, de hecho prohibió el derecho a la huelga y minó los principios directos de acción directa y oposición a la colaboración política de la CNT.

Las leyes que hacen valer los derechos del trabajo también pueden reafir-mar los derechos del capital y la legitimidad del poder del Estado. «Además de que esas leyes eran contrarias al principio anarcosindicalista de negociación directa con los empresarios y de que interferían en la práctica de las huelgas relámpago», comentó Gerald Brenan:

Era evidente que representaban un enorme incremento del poder del Estado en el ámbito industrial. Apareció todo un ejército de funcionarios del gobierno, la mayoría socialistas, para aplicar las nuevas leyes y asegurarse de que, siempre que fuera posible, se usaran para aumentar la influencia de la UGT a costa de la CNT. Ésa, por supuesto, era la intención de los que las elaboraron. De hecho, la UGT se convertía rápidamente en un órgano del Estado y utilizaba sus nuevos poderes para reducir a su rival. Los anarcosindicalistas no podían hacerse ilusiones con respecto a lo que les pasaría si un gobierno puramente socialista llegaba al poder. Antes que eso preferían una dictadura militar, que obligaría a su organización a desintegrarse, pero no los destruiría.[5]

Para recordar al nuevo gobierno provisional, con su batiburrillo de grupos,

partidos e intereses dispares, todos compitiendo por el poder, lo que la clase obrera esperaba de él, la CNT y la FAI organizaron una reunión conjunta para el 1 de mayo en el Palacio de las Bellas Artes de Barcelona. Las exigencias de los anarquistas eran un desafío directo a los políticos liberales y socialistas burgueses y al viejo orden semifeudal por igual: la disolución de la odiada Guardia Civil, la expropiación de las inversiones de las órdenes religiosas para pagar obras públicas, tierras para los campesinos y fábricas para los trabajadores.

La reunión terminó con una marcha pacífica por Barcelona hasta el Palacio de la Generalitat. Francisco Ascaso desarmó a un guardia civil que se negaba a dejar pasar a los manifestantes para que presentaran una demanda y que les ordenó que se dispersaran a punta de pistola. En ese momento crucial, Durruti emergió de entre la multitud blandiendo la bandera roja y negra anarcosindicalista y gritando, «¡Abran paso a la FAI!». Los manifestantes le siguieron. Al cabo de un momento, habían llenado la plaza de la Constitución. Cuando la comisión de trabajadores que encabezaba la manifestación intentó entregar sus reivindicaciones, la Guardia Civil y los carabineros abrieron fuego contra la multitud. Trabajadores armados, con la ayuda de una compañía de soldados de infantería apostados cerca de allí, devolvieron el fuego y obligaron a la Guardia Civil y a los Carabineros a retirarse. El saldo fue un manifestante muerto y quince heridos. Dos guardias civiles fueron asesinados y un número no determinado resultaron heridos.[6]

El enfrentamiento entre los trabajadores y las fuerzas del orden de la nueva República el primero de mayo de 1931, marcó el principio del fin del periodo de gracia que los revolucionarios anarquistas de la clase obrera estaban dispuestos a conceder al gobierno de coalición socialista-burgués. La sangre derramada en la plaza de la Constitución de Barcelona dio argumentos a los anarquistas para denunciar el carácter reaccionario de la República y su incompatibilidad con los objetivos revolucionarios de la clase obrera. La tensión entre los líderes colaboracionistas y las bases revolucionarias de la CNT llegó a un punto de inflexión. La FAI, todavía débil a nivel numérico y organizativo, empezó a dibujarse como instrumento mediante el cual anarquistas, anarcosindicalistas y militantes de la clase obrera –la inmensa mayoría de los cuales no estaban afiliados a grupos de la FAI– podrían canalizar su oposición a la postura colaboracionista de clase adoptada por los dirigentes y reafirmar el contenido anarquista de la CNT.

El reto reformista de un sector tan influyente de la directiva de la CNT,

aguijoneado por las adulaciones de los políticos republicanos que querían un movimiento sindical castrado y maleable, no dejó a los anarquistas revolucionarios otra alternativa que responder a los continuos ataques al espíritu anarquista del sindicato. La FAI dejó de ser el organismo educativo y propagandístico de escasa eficiencia y cierta simplicidad de la época de la dictadura, para convertirse en la voz de la vanguardia revolucionaria de la CNT.

Los sindicalistas defendían las virtudes de la moderación y el consenso. Pensaban que las libertades y las reformas que la República podía ofrecer, aunque de manera gradual y poco sistemática, constituirían una oportunidad beneficiosa para que los sindicatos cumplieran sus funciones económicas y sociales. Aumentaría la concienciación de las masas, cambiarían los valores, avanzaría la libertad humana, y se pondrían los cimientos para objetivos revolucionarios a largo plazo.

Para los anarquistas, este argumento sólo servía para legitimar la interminable explotación y la injusticia de la sociedad existente. Mientras los revolucionarios estuvieran dispuestos a pactar con el capitalismo y a aceptar la soberanía del Estado, ambas instituciones prosperarían a expensas de los oprimidos. Cómodos en sus relaciones con los políticos burgueses y sin confianza en la capacidad de los trabajadores para vencer al capitalismo y construir una sociedad libre, los líderes sindicalistas, que se oponían a la violencia revolucionaria de los oprimidos, optaron por lo que afirmaban que era el mal «menor». Haciendo eso, ayudaron a perpetuar las ya antiguas miserias que los trabajadores sufrían a diario, y acabaron con todas las perspectivas de un cambio cualitativo. Mientras el capitalismo y el Estado persistiesen, continuaría habiendo poderosos intereses creados que perjudicarían a la clase obrera y frenarían su avance hacia una sociedad menos represiva, más justa y más libre.

La ruptura con el capitalismo represivo y el Estado debía ser completa y, en caso necesario, violenta, aunque sólo fuera, como Barrington Moore señala, para garantizar el posterior cambio pacífico y evitar los costes aún más terribles de seguir sin una revolución:

Esas son las tragedias de las víctimas del fascismo y de sus guerras de agresión, las consecuencias de la modernización sin una auténtica revolución. En los países atrasados de hoy en día, sigue vivo el sufrimiento de los que no se

rebelaron.[7]

La «masa concienciada» y la «metamorfosis de los valores humanos» citados por socialdemócratas y marxistas como prerrequisitos para el cambio revolucionario eran tretas teóricas y abstractas del arsenal de la democracia liberal y el socialismo autoritario. Los anarquistas alegaban que el «nivel de concienciación de la masa» requería una modificación de los valores humanos y que la naturaleza fundamental de la sociedad capitalista y estatista era un ideal ilusorio que nunca podría alcanzarse en una sociedad dividida en clases. Los cambios de actitud podían ser graduales y constantes, pero si tenía que haber un giro significativo en cuanto a los valores humanos, sólo se produciría como consecuencia del proceso revolucionario.

Por esa época, los anarquistas revolucionarios desarrollaron el concepto de la «gimnasia revolucionaria». La idea procedía de los activistas del Comité de Defensa de la CNT, no de la FAI (aunque llegó a asociarse a esa organización simplemente porque los militantes de la CNT, muchos de los cuales no estaban afiliados a grupos de la FAI, hablaron en su nombre sobre cuestiones ideológicas). Postulaban que la única opción revolucionaria viable que les quedaba en vista de las condiciones existentes en España era embarcarse en una sucesión de ataques directos al Estado siempre que se presentasen la ocasión y el momento oportuno.

Las dos tendencias irreconciliables de la CNT se prepararon para una gran confrontación en el futuro Congreso Nacional Extraordinario de la CNT convocado para el 1 de junio en el teatro del Conservatorio de Madrid. El partido Esquerra de Companys y Macià, partido catalán pequeñoburgués que intentaba pasar por socialista, también apoyó a la facción de Pestaña, porque sabían que se adaptaría a la legalidad republicana y catalana. Los «pestañistas» también contaron con el apoyo de la prensa burguesa nacional. La víspera del Congreso Nacional, el diario de Madrid El Sol publicó un importante reportaje que presentaba a Ángel Pestaña como líder responsable, fuerte y competente de un sindicato que atraía a republicanos y socialistas por igual. En la entrevista, Pestaña esbozó el estado de la CNT y describió lo que según él eran sus objetivos inmediatos. Al preguntarle si creía en la revolución, el líder sindicalista respondió: «Yo creo firmemente que una revolución es inevitable, pero no tan inminente como la gente piensa».[8]

Cuando el Tercer Congreso de la CNT (el del Conservatorio) empezó en Madrid el 11 de junio de 1931, las líneas de combate ya estaban trazadas. Aunque numéricamente eran débiles, la postura alegada por los militantes de la CNT que pertenecían a la FAI, reflejaba el talante de los aproximadamente cuatrocientos delegados que representaban a más de medio millón de trabajadores. El auge de la importancia de esos militantes no se debió a la obra de comités infiltrados, táctica que dejaban a los reformistas, ni al predominio numérico, ni a tretas de los anarquistas, sino al hecho de que la FAI fuese el único órgano que manifestaba la insatisfacción colectiva de las bases con respecto a las políticas de los dirigentes. En la atmósfera de confl icto social que reinaba en España en el verano de 1931 –huelgas en Andalucía, Asturias, Cataluña y Aragón– la postura anarquista expresada por la FAI reflejaba la hostilidad de las bases de la CNT contra las actitudes vergonzosamente conciliatorias, respetuosas y comprometidas de la directiva sindicalista hacia las políticas reaccionarias y antianarquistas del nuevo gobierno.

[1] Los activistas del grupo Los Solidarios se dispersaron durante la dictadura. Durruti, Ascaso, Vivancos y Jover formaron el grupo Los Treinta (no confundir con los treintistas de Pestaña), que estuvo activo en Europa y Latinoamérica mientras García Oliver y otros estaban en prisión. Las discrepancias entre Durruti y Oliver finalmente acabaron suavizándose, o solucionándose, en el verano de 1931, cuando todos los camaradas volvieron a reunirse. Según Marcos Alcón, al proclamar la república, Aurelio Fernández regresó a Oviedo y perdió el contacto con el resto. Sanz, Jover y Vivancos se limitaron a trabajar en sus respectivas sedes de la CNT: «No asistían a las reuniones de la FAI excepto en contadas ocasiones. Se reunían sólo ellos ya que todos trabajaban en la industria textil». Carta a Juan Gómez Casas, Historia de la FAI, op. cit., pp. 141-142. Cuando el grupo volvió a encontrase en la primera reunión de Grupos Anarquistas de Cataluña en 1931, descubrieron que otra cuadrilla había adoptado su nombre durante el periodo de la dictadura. Para evitar la confusión, los camaradas decidieron llamarse Nosotros.

[2] Solidaridad Obrera, 21-5-1931.

[3] Abel Paz: Durruti. The People Armed, Montreal, 1976, p. 104.

[4] Murray Bookchin: The Spanish Anarchists, Nueva York, 1977, p. 236.

[5] Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, pp. 258-259.

[6] Paz, op. cit., p. 107.

[7] Barrington Moore Jr.: Social Origins of Dictatorship and Democracy, Londres, 1981, p. 506.

[8] El Sol, 31-5-1931.

XIII. 1931 – EL CONGRESO DEL CONSERVATORIO

El congreso de la CNT de 1931 lo inauguró Ángel Pestaña en nombre del Comité Nacional, sólidamente formado por catorce catalanes. Esos hombres representaban a una generación de dirigentes que habían llegado a acuerdos con políticos catalanes y que optaron por una reforma social pragmática. Su principal criterio era que la República necesitaría apoyos hasta que se consolidara y acabara la amenaza de un golpe militar de derechas. Deseaban convertir a un sindicato comprometido con el cambio revolucionario en un defensor del sistema.

Las corrientes subyacentes hostiles emergieron nada más empezar el evento. Rápidamente, el congreso se convirtió en un campo de batalla en que se enfrentaron las dos tendencias. Francesc Arín y Joan Peiró, hablando en nombre del Comité Nacional, revisaron las recientes actividades de la organización y resumieron la colaboración de la CNT desde 1923 con grupos políticos y militares en los complots contra la dictadura. El reconocimiento de esos hechos fue como una revelación para la mayoría de los delegados y provocó acaloradas y airadas discusiones. Francesc Arín acusó a la FAI, foco de la hostilidad del Comité Nacional, de hipocresía. Según Arín, fueron el Comité Regional catalán, controlado por la FAI, y el Comité Peninsular de la FAI, organismos cuya militancia se solapaba, los que originaron y mantuvieron los contactos con elementos políticos y militares sin consultar al Comité Nacional.

La colaboración con las nuevas Cortes Constituyentes fue otro tema que suscitó cuestiones fundamentales en ese congreso extraordinario. El punto número ocho de la orden del día decía:

La posición de la CNT en relación con la convocatoria de las Cortes Constituyentes y las resoluciones políticas, legales y económicas que hay que presentar antes las mismas». La inclusión de esta provocativa propuesta política en la agenda de un organismo apolítico fue justificada por el Comité Nacional con el argumento de que las Cortes eran el «resultado de un acto revolucionario en que, de manera directa o indirecta, nos hemos visto involucrados.[1]

Para los anarquistas, la formulación de una petición para presentarla en las Cortes –ya tuviera que ver con el desempleo, las escuelas, los maestros, los derechos individuales o la libertad de prensa, de expresión y de asociación– implicaba el reconocimiento de la legitimidad de las instituciones gubernamentales. Eso era bastante incompatible con los principios del congreso de La Comedia de 1919. La fuerza del argumento colaboracionista era que aunque la República pudiera estar en conflicto con los principios y objetivos revolucionarios de la CNT, era mejor que la dictadura. Consecuentemente, añadían, había que darle un voto de confianza. Como Murray Bookchin comenta:

Al parecer, muchos de los delegados que asistieron al congreso no veían ninguna contradicción entre preparar una revolución y votar a favor de un programa mínimo que proclamaba la necesidad de derechos democráticos, escuelas laicas y el derecho a la huelga.[2]

Para líderes sindicales como Joan Peiró, un gradualista que creía en una guerra de desgaste o de aislamiento, en vez de en ataques espontáneos y totalmente directos al sistema, el problema era sencillamente que la CNT no estaba preparada para la revolución. Habría que esperar hasta que su base se consolidara y fortaleciera. También opinaba que la Confederación quizá podría derrotar al Estado capitalista, pero que después no estaría en condiciones de construir una sociedad libre.[3]

El congreso finalmente aprobó la siguiente y ambigua enmienda a la moción:

Nos oponemos a las Cortes Constituyentes del mismo modo que nos oponemos a cualquier autoridad opresora. Todavía estamos enfrentados al Estado. Nuestra sagrada y noble misión es educar al pueblo para que aprecie la necesidad de unirse a nosotros con plena conciencia y garantizar su emancipación total, y la nuestra, mediante la revolución social. Además de ese principio, que es una parte integral de nuestra razón de ser, no dudamos en admitir que es nuestro deber

ineludible presentar al pueblo un plan de exigencias mínimas por las que debe luchas creando una fuerza revolucionaria propia.[4]

Otro tema muy debatido fue la propuesta de aprobación de las Federaciones Industriales Nacionales, que operarían conjuntamente y complementarían el trabajo de las federaciones geográficas soberanas del Sindicato Único de la CNT. Los defensores de la resolución preveían que las federaciones cumplieran dos funciones: la primera, permitir a la organización funcionar de un modo más eficaz en el marco de la existente economía capitalista y la segunda construir la sociedad libre del futuro.

La moción, propuesta por Joan Peiró, decía:

El objeto de las federaciones industriales nacionales es reunir a todos los sindicatos de la industria que representan y coordinar su acción industrial a nivel técnico, económico y profesional.

Esos nuevos organismos funcionarían paralelamente a las federaciones locales, comarcales, regionales y nacionales de sindicatos simples. La clase trabajadora tendría que adaptar sus métodos de lucha a la cada vez más sofisticada estructura del moderno monopolio capitalista. Peiró añadía:

Las federaciones industriales nacionales sirven para canalizar la iniciativa y las actividades del proletariado, dividido por la industria a escala nacional, en la lucha contra el capitalismo. También sirven para poner los cimientos básicos para la estructuración del aparato económico del mañana.[5]

Los anarquistas, defendiendo la autonomía de la unidad básica de la CNT, el Sindicato Único, señalaron los peligros centralizadores, reformistas y burocráticos que se derivarían de la adopción de tal estructura. Julio Roig,

delegado del Sindicato de la Construcción de Santander, cuestionó el supuesto carácter ineludible de las leyes de la economía capitalista en que se basaba la resolución. Sostuvo que, si se aceptaba, la propuesta conduciría inevitablemente a que todas las industrias estuvieran representadas en un centro nacional, lo cual sería el equivalente a la nacionalización:

Eso implicaría que la burocracia lograría colarse en nuestra organización... La Confederación daría luz a una burocracia igual a la existente en el seno de la UGT, o como la que encontramos en las organizaciones alemanas e inglesas. La solidaridad no puede ser forzada. Hay algo más que mejoras profesionales y comerciales; algo representado en la doctrina que guía a nuestra organización, y tenemos que ser consecuentes y, si de verdad nos identificamos con nuestros principios, debemos respaldarlos. A cambio de las mejoras, debemos defender la causa, que vale mucho más.[6]

José Alberola, delegado de la CNT y miembro de la FAI, también rechazó la moción:

Hay dos corrientes de pensamiento claramente diferenciadas; una que pone el énfasis en la metodología, y la otra que lo pone en el individuo. Los que defienden a las federaciones industriales lo hacen porque han perdido la fe en la esencia del objetivo y sólo confían en marchar al ralentí de la maquinaria. Y yo sostengo que la máquina no produce fuerza, sino que la consume; y por eso, propongo que adoptemos una actitud hostil ante cualquier cosa que implique la mecanización del individuo. La sociedad capitalista está dirigida por monopolios y enormes corporaciones porque danza al son de la jerarquía –creemos una mentalidad enemiga de esa tendencia.[7]

García Oliver fue otro de los delegados de la CNT que hablaron en contra de la moción. También manifestó una clara hostilidad por lo que consideraba la influencia negativa de las teorías importadas de la Asociación Internacional de Trabajadoras controlada por Alemania, la AIT:

Las Federaciones Industriales provienen de Alemania y parecen haber salido de un barril de cerveza. La AIT lo ignora todo de España y sabe tanto de ella como Azorín, Unamuno y Ganivet: nada.

A pesar de los poderosos argumentos de los anarquistas, las Federaciones Industriales Nacionales de Peiró ofrecían a la mayoría de los delegados una convincente crítica del capitalismo español contemporáneo y una alternativa práctica al mismo. La moción fue aprobada en el congreso con 302.343 votos a favor, 90.671 en contra y 10.957 abstenciones. Si la FAI hubiera controlado o dominado a la CNT, como se dice, no habría sufrido una derrota tan abrumadora. Hay que añadir, sin embargo, que los planes para las Federaciones Industriales Nacionales nunca se aplicaron y que ni siquiera se mencionaron en el congreso de Zaragoza de 1936.[8]

Mientras tanto, los afiliados a la FAI, ansiosos por contrarrestar la influencia de los colaboracionistas, que según ellos conducirían a la inevitable integración del sindicalismo revolucionario en la estructura del Estado, celebraban su propio congreso nacional pocos días antes que el de la CNT. Aquellos militantes que pertenecían a la CNT y que eran delegados discutieron las mociones y tácticas que querían llevar al congreso del sindicato. Esa práctica de celebrar congresos y conferencias paralelos continuaría hasta la Guerra Civil. La razón la explicó Juan M. Molina:

Todos los delegados eran miembros del sindicato y, en esa ocasión, plantearon las resoluciones del sindicato... Yo asistí al congreso del Conservatorio en calidad de secretario del Comité Peninsular. Aunque no participé activamente en el mismo, por mi condición de secretario estuve flanqueado por otros delegados como José Alberola, Progreso Fernández y García Oliver, todos los cuales hablaron del caso de la FAI –al igual que la inmensa mayoría de las delegaciones.[9]

En el congreso de la FAI, el Comité Peninsular saliente fue muy censurado por

haber colaborado con políticos y oficiales del ejército durante la dictadura y en el periodo previo a la República. Expulsaron a tres de sus miembros, Elizalde, Sirvent y Alfarache, por realizar actividades incompatibles con los objetivos de las organizaciones.[10]

El congreso del Conservatorio no fue capaz de reconciliar a las dos principales facciones de la CNT. El ambiente siguió siendo tenso y el Comité Nacional acusó a la «trabazón» de dictatorial. Ángel María de Lera, biógrafo de Pestaña, recordó que durante el congreso él y unos amigos salieron a tomar el aire y encontraron a Pestaña sentado en el pavimento llorando.

Estoy desesperado, les dijo. He dedicado toda mi vida a la causa de los trabajadores –toda mi vida– y cuando esperaba cosechar los frutos, ya veis qué ha pasado. Esto no es sindicalismo –señaló el teatro– esto es un caos. Asíno llegaremos a ninguna parte. Esos hombres o están locos o son perversos.[11]

De Lera cree que aunque siguió llamándose anarquista, ese fue el momento crucial en que Pestaña dio la espalda al anarcosindicalismo y empezó a pensar seriamente en una alternativa –el Partido Sindicalista.

La disposición radical de los trabajadores españoles, reflejada por la creciente influencia del anarquismo intransigente y la tendencia a la insurrección, preocupaba mucho a los políticos burgueses. La FAI, los «anarcos» de la CNT, no solo captó la atención de los medios de comunicación y la imaginación de la sección más radical del movimiento anarquista español, sobre todo se encargó de que siguiera en vigor la lucha clases.

La complejidad de las divisiones en el seno de la CNT se disimula con los términos treintista y faísta y sería una simplificación errónea reducirla a eso. A pesar de las apariencias, la FAI nunca fue un organismo cohesionado que compitiese con los sindicalistas reformistas en un campo de batalla ideológico claramente definido. La FAI, o al menos lo que la FAI representaba para muchos anarquistas, era simplemente una asociación ad hoc que abarcaba un amplio espectro de opinión anarquista en el seno de la CNT, dividida geográfica, generacional e ideológicamente.

Dos principales tendencias coexistían en la FAI en el periodo comprendido entre los años 1930 y 1931: la anarcosindicalista y la revolucionaria. En esa época también apareció una tercera tendencia –la intelectual–, pero las plenas consecuencias de ello no fueron obvias hasta mucho más tarde. La primera sacaba su fuerza, principalmente, de la vieja generación de activistas anarquistas y de los baluartes socialistas de la UGT de Madrid y Asturias. Aunque su postura era cercana a la de Pestaña y sus amigos, eran contrarios al colaboracionismo de clase. Muchos de ellos, como Joan Peiró, miembro de un grupo afiliado a la FAI, no creían que la situación fuera propicia para el activismo revolucionario. Ponían el énfasis en el papel educativo del sindicato y en la necesidad de preservar y proteger la estructura orgánica de la CNT y de construir una fuerte base organizativa antes de embarcarse en confrontaciones revolucionarias con el Estado.

También había en juego fuertes influencias y hostilidades regionalistas. Al referirse al grupo Los Solidarios/Nosotros, Miguel González Inestal, miembro de la CNT madrileña y de la FAI, se quejó de que esos activistas estuvieran controlados por los catalanes y de que su grupo se hubiera

formado a la sombra de ciertos grupos que querían controlar a la CNT –a pesar de que eso no formara parte de los principios fundacionales de la FAI– y que hasta cierto punto habían logrado su objetivo en Barcelona... Se podría decir que en muchas ocasiones se opuso la tendencia de Barcelona al resto de España. Madrid seguía firmemente anclado en la primera tendencia, aunque cuando se produjo la escisión, se opuso al movimiento treintista por su reformismo.[12]

La FAI asturiana adoptó una posición cercana a la de los grupos de Madrid con respecto a la interpretación y aplicación de la lucha social. Ramón Álvarez, secretario del Comité Regional de Asturias de la CNT desde 1933 hasta el fracaso de la insurrección de octubre de 1934, afiliado a la FAI y miembro del grupo Solidaridad de Pestaña, explicó el punto de vista de sus miembros en la Asamblea Plenaria Nacional de la CNT celebrada en Madrid:

La revolución no es lo mismo que una huelga general que pueda convocarse para

un determinado día del mes. La revolución es un fenómeno social, que madura a su ritmo, que el hombre, deliberadamente, influencia, acelera o frena, pero que no se produce simplemente porque se fije una fecha... En Asturias, pensábamos que los que creían que España estaba lista para la revolución eran víctimas de su propio entusiasmo –un entusiasmo que compartíamos hasta cierto punto– en vez de hacer un análisis lúcido y tranquilo de la situación.[13]

Quizá el principal rasgo de identidad de la «minoría concienciada» de la CNT era su fe inamovible en la capacidad creativa de la clase obrera para cumplir con su destino –sin el asesoramiento de teóricos ideológicos y líderes políticos. Eso causó roces entre la tercera subtendencia, liderada por intelectuales independientes como Diego Abad de Santillán (cuya postura había evolucionado del revolucionarismo abstracto de principios de los años veinte a una obsesión con la planificación económica, sello distintivo del pensamiento corporativo de los años treinta), y los revolucionarios de la clase obrera, cuyas ideas se basaban en la experiencia y la práctica. Francisco Ascaso del grupo Nosotros describió las opiniones de los últimos en un articulo titulado «Nuestro anarquismo»:

A menudo, nuestro movimiento es criticado por su falta de contenido ideológico y quizá esa objeción no carezca de fundamento. No obstante, somos víctimas de una falta de comprensión y de las malas interpretaciones.

Si comparamos nuestro movimiento con los de otros países, sinceramente creo que sus ‘teorías’ no son brillantes. Pero si bien el proletariado español no está educado al nivel europeo, tiene, en compensación, una gran percepción y una intuición social muy superior. Nunca he supuesto ni aceptado que el problema de la mejora intelectual pueda resolverse acumulando mentalmente un gran número de fórmulas teóricas o de conceptos filosóficos que nunca serán llevados a la práctica. Las teorías más bellas sólo tienen valor si se basan en experiencias prácticas y si influencian a esas experiencias de un modo innovador. Así es como funcionamos y esto es lo que nos permite esperar tanto de nuestro movimiento.

No sugiero, ni mucho menos, que la mediocridad intelectual sea una ventaja. Al contrario, me gustaría que cada proletario, cada camarada, agotara todas las fuentes de aprendizaje. Pero como no es ese el caso, debemos actuar, teniendo en cuenta las posibilidades reales de cada persona.

El anarquismo ha pasado por diversas fases a lo largo de su historia. En su periodo embrionario fue el ideal de una elite, accesible sólo a unas cuantas mentes cultivadas que lo usaron como crítica aguda del régimen bajo el que vivían. Nuestros predecesores no lo hicieron tan mal, ya que gracias a ellos hoy en día somos lo que somos. Pero camaradas, el tiempo de las críticas ya ha pasado. Estamos en el proceso de construcción, y para construir también se necesita energía muscular, quizás más que agilidad mental para emitir juicios. Estoy de acuerdo en que no podemos construir sin saber de antemano lo que queremos hacer. Pero yo creo que el proletariado español ha aprendido más de las experiencias prácticas que los anarquistas les han hecho vivir, que de las publicaciones de los segundos, que los primeros no han leído.

Debemos intentar incrementar, en la medida de lo posible, el contenido teórico de todas nuestras actividades, pero sin el «doctrinalismo seco y marchito» que podría destruir, en parte, la gran acción constructiva que nuestros camaradas realizan en la lucha incesante entre los pobres y los ricos. Nuestro pueblo está listo para entrar en acción. Sólo si está en marcha podrá avanzar. No lo frenemos, ni siquiera para enseñarle más teorías bonitas.[14]

En este punto es importante comprender la secuencia de acontecimientos de los primeros dieciocho meses de la República. Al compararla con las versiones ofrecidas por los historiadores liberales de este periodo crucial, podemos entender mejor cómo sus prejuicios políticos han condicionado las actitudes de las generaciones posteriores con respecto a la viabilidad del anarquismo, al tergiversar la historia de la disputa entre sindicalistas y anarquistas en el seno de la CNT. A los que combatieron los intentos de destruir la constitución de la CNT los tachan de intrusos –miembros de la FAI, no militantes de la CNT– y siempre los presentan como «agitadores» y «extremistas» que sacaron a los «moderados»

del sindicato.[15]

Estos relatos están distorsionados por su empeño en juzgar a la CNT a la luz de su propio modelo autoritario del sindicato ideal, un sindicato firmemente controlado por una elite «moderada» y una directiva centralizada que compiten por una tajada mayor del pastel. Pero la CNT era, en realidad, una organización federal, basada en los principios libertarios de la participación y la acción directa y comprometida en derrocar al capitalismo y al poder coercitivo y centralizado. Los dirigentes no provenían de los altos comités, sino de la militancia y de los sindicatos industriales autónomos.

Raymond Carr sugiere que los militantes de la FAI, cuya «misión como grupo de presión semi-secreto era llenar la CNT de activistas revolucionarios», en 1932 no sólo habían desprestigiado a la República, también habían provocado una grave crisis en la organización. Gracias a la autonomía de los sindicatos individuales, los activistas de la FAI podían proponer huelgas revolucionarias contra la voluntad de los dirigentes de la CNT. Cuando los líderes se negaban a aprobar dicha actividad, los denunciaban por traidores.

Con esta táctica la FAI logró el control del núcleo del anarquismo catalán y de su periódico Solidaridad Obrera; en protesta, los moderados firmaron la declaración de los Treinta que denunciaba la infiltración de la FAI y sus efectos desastrosos. Expulsados de la CNT, quisieron recobrar la fuerza organizando sindicatos de oposición. El discurso sincero y la resistencia al revolucionarismo insensato costaron a Pestaña y a sus amigos el liderazgo del movimiento y la división del mismo.[16]

George Woodcock, otro escritor liberal, ve la FAI a la misma luz conspiradora y elitista. Agrava su ignorancia sobre la organización anarquista con el desprecio por la cronología de los sucesos: «En parte por la unidad de objetivos de la FAI y la entrega casi religiosa de sus miembros, y en parte por el atractivo romántico de los líderes revolucionarios más exóticos como Durruti y García Oliver, los extremistas pudieron conservar el control de la CNT, hasta el punto de expulsar al veterano secretario de la organización, Ángel Pestaña, y a Joan Peiró, editor de Solidaridad Obrera, el periódico de la Confederación. Pestaña, Peiró y otros

líderes que desconfiaban de la competencia de la FAI en cuestiones sindicales publicaron una protesta; como llevaba treinta firmas, a los que la subscribieron los llamaron treintistas. Con una intolerancia casi totalitaria, sus rivales prepararon la expulsión de los disidentes de la CNT; pero a los reformistas no les faltaban apoyos y un grupo de sindicatos locales de Valencia y de pequeñas ciudades catalanas respaldaron el movimiento minoritario conocido como los sindicatos de oposición.[17]

Para Gerald Brenan, los años de represión llevaron al «triunfo de la facción más violenta» de la CNT. «Pero la desaprobación del 'tiránico' liderazgo de la FAI persistió».[18] Broué y Temime tienen su propia versión trotskista:

No todos los sindicalistas estaban dispuestos a aceptar el dominio de la FAI. En 1931, muchos líderes se rebelaron contra la política aventurera y 'putchista' que se imponía en su sindicato. Conocidos dirigentes como el antiguo secretario Ángel Pestaña, editor jefe de Solidaridad Obrera, Joan Peiró y Juan López pidieron el retorno a la auténtica acción sindicalista, que implicaba una menor indiferencia hacia las reivindicaciones inmediatas y más perspectivas a largo plazo.[19]

El renacido espíritu combativo y revolucionario de la CNT, que se había identificado como el efecto del aumento de influencia de la FAI en el aparato organizativo del sindicato –no su causa– no tardó en manifestarse. Al cabo de unas semanas del final del Congreso del Conservatorio, provocados por la indisimulada hostilidad de Largo Caballero, que atacaba a la CNT desde las privilegiadas oficinas del Ministerio de Trabajo, 3.700 sindicalistas de la CNT, de los 4.000 trabajadores portuarios de Barcelona, anunciaron su negativa a trabajar con gente que no tuviese su tarjeta de sindicalista confederal. El 6 de julio, 6.200 militantes del sindicato de telefonistas de la CNT (de una plantilla de 7.000) convocaron una huelga nacional. Caballero inmediatamente rompió la huelga creando un nuevo sindicato de telefonistas dependiente de la UGT, jugada que provocó la ira y la violencia de los huelguistas cenetistas, que intentaron ocupar la bolsa de Madrid.

Al final del verano de 1931, la creciente impaciencia popular por el fracaso de la

República al aplicar, y ni siquiera empezar a aplicar, una auténtica reforma social y económica, llevó a un dramático y rápido deterioro de la situación... Huelgas, cosechas quemadas, apropiaciones de tierras por parte de los campesinos, violencia policial y el arresto arbitrario de militantes como Durruti (junio 1931) provocaron enfrentamientos cada vez más violentos con las fuerzas de la ley y el orden de la nueva República.

La máscara del culto republicanismo y socialismo burgués cayó sin remedio durante una huelga general en Sevilla, cuando el ministro de interior Miguel Maura declaró la ley marcial y la intervención militar. En un ataque a la Casa (cenetista) del Cornelio en La Macarena, se usó artillería pesada y la Guardia Civil mató a treinta nueve trabajadores sólo en Sevilla y a un número indeterminado en otros puntos de la provincia. En sus memorias, Pedro Vallina, el líder de la CNT sevillana, afirma que le informaron de que la huelga general fue provocada por el mismo Maura con el objeto de tener una excusa para destruir a la CNT. A Vallina y a sus camaradas los arrestaron antes que pudieran cancelar la huelga y evitar las matanzas posteriores.[20]

En su declaración antes las Cortes, aprobada por el Partido Socialista (PSOE), Maura admitió la intención del gobierno de desintegrar a la CNT y la FAI:

Mi deber es decir que para los miembros de la CNT y la FAI, en vista de que no aceptan las leyes que gobiernan el trabajo, que ignoran los comités paritarios, los jurados mixtos, y especialmente la ley del gobierno, no habrá ley de asociación ni de reunión, ni ninguna garantía que los proteja. Esperemos que se sometan a la legislación social y que respeten las normas que regulan las relaciones entre trabajadores, empresarios y gobierno, y tendrán el derecho a vivir con normalidad en relación con el gobierno.[21]

La CNT respondió secamente:

Este es un momento decisivo. O dejamos que nos asesinen vil y cobardemente en las calles, y que destruyan nuestra CNT, mediante las maniobras de Maura, Galarza y Largo Caballero, o nos lanzamos a las calles, declaramos la huelga

general revolucionaria en toda España y libramos la batalla final con esos miserables que ejercen el poder y que masacran al pueblo en nombre de las libertades republicanas... y acabamos de una vez por todas con esos asesinos, imitadores y herederos de Martínez Anido y Arlegui.[22]

A medida que la tensión entre las clases aumentaba ese verano, las divisiones en el seno de la CNT se polarizaban en torno a las claramente definidas líneas revolucionaria y reformista. Los argumentos radicales fueron reemplazados por las ambiguas declaraciones hechas a media voz de los dirigentes que identificaban los intereses del sindicato con los de la República burguesa. Recalcaron la necesidad de unidad interna para evitar un golpe militar y las desastrosas consecuencias para la organización de la división de opiniones y de la acción prematura. Su principal preocupación era evitar cualquier cosa que amenazara o comprometiera el funcionamiento eficaz del aparato sindical.

A principios de agosto de 1931, el Comité Nacional de la CNT emitió una declaración en la que atacaba a sus propios militantes por provocar «excesivos conflictos», que, por falta de apoyo material y moral, no podían ganarse. Proponía que en el futuro todos los miembros de los sindicatos obtuviesen la aprobación de la federación local, comarcal o regional antes de ir a la huelga. Continuar «abusando» de los derechos autónomos de los sindicatos implicaba ponerlos en peligro y debilitar el arma de ataque.[23]

Agustín Gibanel sostuvo la postura anarcosindicalista y recalcó la necesidad imperiosa de organizarse y prepararse.

Cada día es más evidente que la revolución social es un problema de organización económica y social. Sin ella, no se podrá imponer nada en el presente, ni se podrá garantizar ninguna libertad para después de la revolución.[24]

Alejandro Gilabert defendió la espontaneidad anarquista de la FAI:

¿La revolución es un problema de organización? ¿No es, al contrario, una cuestión de audacia que, en un determinado momento, pone en marcha la uerza impetuosa arraigada en los corazones de las masas –que puede ser movilizada por frecuentes sucesos que ocurren en la vida de la gente? ¿Es la economía la que determina los acontecimientos, o la voluntad de los hombres?[25]

[1] Peirats, op. cit., vol. I, cap. 2.

[2] Murray Bookchin: The Spanish Anarchists, Nueva York, 1977, p. 237.

[3] Confederación Nacional del Trabajo, Memoria del Congreso Extraordinario celebrado en Madrid los días 11 al 16 de junio de 1931, Barcelona, 1931, p. 208.

[4] Ibíd.

[5] Ibíd., p. 123.

[6] Peirats, op. cit., cap. 3.

[7] Ibíd.

[8] Ibíd.

[9] Ibíd., vol. I, cap. 2. De hecho, Molina intentó hablar en el congreso como representante oficial de la FAI, pero el Comité Nacional, de orientación sindicalista, no le dejó intervenir alegando que era portavoz de «una organización externa».

[10] «Conferencia de la FAI celebrada en Madrid durante los días 8 y 9 de junio», El Luchador, 19 de junio de 1931.

[11] Ángel María de Lera: Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista, Barcelona, 1978, p. 279.

[12] Ronald Fraser: Blood of Spain, Londres, 1979, p. 549.

[13] Ibíd.

[14] Francisco Ascaso: Comité Peninsular de la FAI, 1937.

[15] Raymond Carr: The Spanish Tragedy, Londres, 1977, p. 41.

[16] Raymond Carr: Spain 1808-1875, Oxford, 1982, p. 625.

[17] George Woodcock: Anarchism, Londres, 1963, p. 363.

[18] Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 255.

[19] Broué y Temime: The Revolution and the Civil War in Spain, Londres, 1971, p. 57.

[20] Citado por Diego Abad de Santillán en Contribución a la historia del movimiento obrero español, México, 1962, p. 106.

[21] Miguel Maura: Así cayó Alfonso XIII, Barcelona, 1966, p. 289.

[22] De Lera, op. cit., p. 282.

[23] «Confederación Nacional del Trabajo a todos los trabajadores», Solidaridad Obrera, 16-8-1931.

[24] «La misión social del sindicalismo», Solidaridad Obrera, 23-6-1931.

[25] Alejandro Gilabert: La CNT, la FAI y la revolución española, Barcelona, 1932, p. 14.

XIV. «EL MANIFIESTO DE LOS TREINTA»

Los enconados conflictos entre sindicalistas y revolucionarios finalmente explotaron en las postrimerías de agosto de 1931, con la publicación de lo que acabó conociéndose como el «Manifiesto Treintista». Mientras que la influencia sindicalista había sido erosionada inexorablemente durante el año anterior por la polarizada situación política y el fracaso del liderazgo reformista a la hora de defender los intereses de la clase obrera, la militancia de base, cada vez más radicalizada, adoptó a la FAI como su voz. La violencia de las huelgas de ese verano y el ambiente cada vez más revolucionario parecían presagiar la caída de los líderes sindicalistas. Treinta miembros de la CNT, del grupo editorial Solidaridad Obrera y de los comités regionales y nacional de la CNT, muchos de ellos miembros también del grupo Solidaridad, se reunieron en agosto para elaborar un manifiesto; fue la última apuesta para llevar el tema al límite y aislar a los revolucionarios.[1] Con él, dijo José Peirats, «mostraron sus colores y aguardaron las hostilidades que provocaron».[2] En juego estaba la credibilidad de su facción y el mantenimiento del control de los puestos de responsabilidad en el seno del sindicato.

A los camaradas, a los sindicatos, a todos: Un superficial análisis de la situación por que atraviesa nuestro país nos llevará a declarar que España se halla en un momento de intensa propensión revolucionaria, del que van a derivarse profundas perturbaciones colectivas. No cabe negar la trascendencia del momento ni los peligros de este período revolucionario, porque, quiérase o no, la fuerza misma de los acontecimientos ha de llevarnos a todos a sufrir las consecuencias de la perturbación. El advenimiento de la República ha abierto un paréntesis en la historia normal de nuestro país. Derrocada la monarquía, expulsado el rey de su trono, proclamada la República por el concierto tácito de grupos, partidos, organizaciones e individuos que habían sufrido las acometidas de la Dictadura y del período represivo de Martínez Anido y de Arlegui, fácil será comprender que toda esta serie de acontecimientos habrá de llevarnos a una situación nueva, a un estado de cosas distinto a lo que había sido hasta entonces la vida nacional durante los últimos cincuenta años desde la Restauración acá. Pero si los hechos citados fueron el aglutinante que nos condujo a destruir una

situación política y a tratar de inaugurar un período distinto al pasado, los hechos acaecidos después han venido a demostrar nuestro aserto de que España vive un momento verdaderamente revolucionario. Facilitada la huida del rey y la expatriación de toda la chusma dorada y de «sangre azul», una enorme explotación de capitales se ha operado y se ha empobrecido al país más aún de lo que estaba. A la huida de los plutócratas, banqueros, financieros y caballeros del cupón y del papel del Estado siguió una especulación vergonzosa y descarada, que ha dado lugar a una formidable depreciación de la peseta y a una desvalorización de la riqueza del país en un 50 por 100.

A este ataque a los intereses económicos para producir el hambre y la miseria a la mayoría de los españoles siguió la conspiración velada, hipócrita, de todas las cogullas, de todos los ensotanados, de todos los que por triunfar no tienen inconveniente en encender una vela a Dios y otra al diablo. El dominar, sojuzgar y vivir de la explotación de todo pueblo al que se humilla es lo que se pasa por encima de todo. Las consecuencias de esta confabulación de procedimientos criminales son una profunda e intensa paralización en los créditos públicos, y, por tanto, un colapso en todas las industrias, que provoca una crisis espantosa, como quizá jamás se habrá conocido en nuestro país. Talleres que cierran, fábricas que despiden a sus obreros, obras que se paralizan o que ya no comienzan, disminución de pedidos en el comercio, falta de salida a los productos naturales, obreros que pasan semanas y meses sin colocación, infinidad de industrias limitadas a dos, tres y unas pocas a cuatro días de trabajo. Los obreros que logran la semana entera de trabajo, que puedan acudir a la fábrica o al taller seis días, no exceden del 30 por 100. El empobrecimiento del país es ya un hecho consumado y aceptado. Al lado de todas estas desventajas que el pueblo sufre se nota la lenidad, el proceder excesivamente legalista del Gobierno. Salidos todos los ministros de la revolución, la han negado, apegándose a la legalidad como el molusco a la roca, y no dan pruebas de energía sino en los casos en que de ametrallar al pueblo se trata. En nombre de la República, para defenderla según ellos, se utiliza todo el aparato de represión del Estado y se derrama la sangre de los trabajadores cada día. Ya no es ésta o la otra población; es en todas, donde el seco detonar de los máuseres va segando vidas lozanas y jóvenes. Mientras tanto, el Gobierno nada ha hecho ni nada hará en el aspecto económico. No ha expropiado a los grandes terratenientes, verdaderos ogros del campesino español; no ha reducido en un céntimo las ganancias de los especuladores de la cosa pública; no ha destruido ningún monopolio; no ha

puesto coto a ningún abuso de los que explotan y medran con el hambre, el dolor y la miseria del pueblo. Se ha colocado en situación contemplativa cuando se ha tratado de mermar privilegios, de destruir injusticias, de evitar latrocinios, tan infames como indignos. ¿Cómo extrañarnos, pues, de lo que ocurre? Por un lado, altivez, especulación, zancadillas con la cosa pública, con los valores efectivos, con lo que pertenece al común, con los valores sociales. Por otro lado, lenidad, tolerancia con los opresores, con los explotadores, con los victimarios del pueblo, mientras a éste se le encarcela y persigue, se le amenaza y extermina.

Y como digno remate a esto, abajo, el pueblo, sufriendo, vegetando, pasando hambre y miseria, viendo cómo le escamotean la revolución que él ha hecho; en los cargos públicos, en los destinos judiciales, allí donde puede traicionarse la revolución, siguen aferrados a ellos los que llegaron por favor oficial del rey o por la influencia de los ministros. Esta situación, después de haber destruido un régimen, demuestra que la revolución que ha dejado de hacerse deviene, inevitable y necesariamente. Todos lo reconocemos así. Los ministros reconociendo la quiebra del régimen económico; la Prensa constatando la insatisfacción del pueblo, y éste rebelándose contra los atropellos de que es víctima. Todo, pues, viene a confirmar la inminencia de determinaciones que el país habrá de tomar para, salvando la revolución, salvarse.

UNA INTERPRETACIÓN

Siendo la situación de honda tragedia colectiva, queriendo el pueblo salir del dolor que le atormenta y mata, y no habiendo más que una posibilidad, la revolución, ¿cómo afrontarla? La Historia nos dice que las revoluciones las han hecho siempre las minorías audaces, que han impulsado al pueblo contra los Poderes constituidos. ¿Basta que estas minorías quieran, que se lo propongan, para que en situación semejante la destrucción del régimen imperante y de las fuerzas defensivas que lo sostienen sea un hecho? Veamos. Esas minorías, provistas de algunos elementos agresivos, en un buen día, y aprovechando una sorpresa, plantan cara a la fuerza pública, se enfrentan con ella y provocan el hecho violento, que puede conducirnos a la revolución. Una preparación

rudimentaria, unos cuantos elementos del choque para comenzar, y ya es deficiente. Fían el triunfo de la revolución al valor de unos cuantos individuos y a la problemática intervención de las multitudes que les secundarán cuando estén en la calle.

No hace falta prevenir nada, ni contar con nada, ni pensar más que en lanzarse a la calle para vencer a un mastodonte: el Estado. Pensar que éste tiene elementos de defensa formidables, que es difícil destruir mientras que sus resortes de poder, su fuerza moral sobre el pueblo, su economía, su justicia, su crédito moral y económico no estén quebrantados por los latrocinios y torpezas, por la inmoralidad e incapacidad de sus dirigentes y por el debilitamiento de sus instituciones; pensar que mientras que esto no ocurra puede destruirse el Estado es perder el tiempo, olvidar la Historia y desconocer la propia psicología humana. Y esto se olvida, se está olvidando actualmente. Y por olvidarlo todo, se olvida hasta la propia moral revolucionaria. Todo se confía al azar, todo se espera de lo imprevisto, se cree en los milagros de la santa revolución como si la revolución fuese alguna panacea y no un hecho doloroso y cruel que ha de forjar el hombre con el sufrimiento de su cuerpo y el dolor de su mente. Este concepto de la revolución, hijo de la más pura demagogia, patrocinado durante decenas de años por todos los partidos políticos que han intentado y logrado muchas veces asaltar el Poder, tiene, aunque parezca paradójico, defensores en nuestros medios y se ha reafirmado en determinados núcleos de militantes. Sin darse cuenta caen ellos en todos los vicios de la demagogia política, en vicios que nos llevarían a dar la revolución, si se hiciera en estas condiciones y se triunfase; al primer partido político que se presentase, o bien a gobernar nosotros, a tomar el Poder para gobernar como si fuéramos un partido político cualquiera. ¿Podemos, debemos sumarnos nosotros; puede y debe sumarse la Confederación Nacional del Trabajo a esa concepción catastrófica de la revolución, del hecho, del gesto revolucionario?

NUESTRA INTERPRETACIÓN

Frente a este concepto simplista y un tanto peliculero de la revolución, que

actualmente nos llevaría a un fascismo republicano, con disfraz de gorro frigio, pero fascismo al fin, se alza otro, el verdadero, el único de ese sentido práctico y comprendido, el que puede llevarnos, el que nos llevará indefectiblemente a la consecución de nuestro objetivo final.

Quiere éste que la preparación no sea solamente de elementos aguerridos, de combate, sino que se han de tener éstos y además elementos morales, que hoy son los más fuertes, los mas destructores y los más difíciles de vencer. No fía la revolución exclusivamente a la audacia de minorías más o menos audaces, sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora, caminando hacia su liberación definitiva, de los Sindicatos y de la Confederación, determinando el hecho, el gesto y el momento propicio de la revolución. No cree que la revolución sea únicamente orden, método; esto ha de entrar por mucho en la preparación y en la revolución misma; pero dejando también lugar suficiente para la iniciativa individual, para el gesto y el hecho que corresponde al individuo. Frente al concepto caótico e incoherente de la revolución que tienen los primeros se alza el ordenado, previsor y coherente de los segundos. Aquello es jugar al motín, a la algarada, a la revolución; es, en realidad, retardar la verdadera revolución.

Es, pues, la diferencia bien apreciable. A poco que se medite se notarán las ventajas de uno a otro procedimiento. Que cada uno decida cuál de las dos interpretaciones adopta.

ÚLTIMAS PALABRAS

Fácil será pensar a quien nos lea que no hemos escrito y firmado lo que procede por placer, por el caprichoso deseo de que nuestros nombres aparezcan al pie de un escrito que tiene carácter público y que es doctrinal. Nuestra actitud está fijada; hemos adoptado una posición que apreciamos necesaria a los intereses de la Confederación, y que se refleja en la segunda de las interpretaciones expuestas sobre la revolución.

Somos revolucionarios, sí; pero no cultivadores del mito de la revolución. Queremos que el capitalismo y el Estado sea rojo, blanco o negro, desaparezcan; pero no para suplantarlo por otro, sino para que, hecha la revolución económica por la clase obrera, pueda ésta impedir la restauración de todo poder, sea cual fuere su color. Queremos una revolución nacida de un hondo sentir del pueblo, como la que hoy se esta forjando, y no una revolución que se nos ofrece, que pretenden traer unos cuantos individuos, que si a ella llegaran, llámense como quieran, fatalmente se convertirían en dictadores al día siguiente de su triunfo. Pero esto lo queremos y deseamos nosotros. ¿Lo quiere también así la mayoría de militantes de la organización? He aquí lo que importa dilucidar, lo que hay que poner en claro cuanto antes. La Confederación no ha sistematizado nunca la violencia ni el desorden. La Confederación es una organización revolucionaria, no una organización que cultive la algarada, el motín, que tenga el culto de la violencia por la violencia, de la revolución por la revolución. Considerándolo así, nosotros dirigimos nuestras palabras a los militantes todos y les recordamos que la hora es grave y señalamos la responsabilidad que cada uno va a contraer por su acción o por su omisión. Si hoy, mañana, pasado, cuando sea, se los invita a un movimiento revolucionario, no olviden que ellos se deben a la CNT, a una organización que tiene el derecho a controlarse a sí misma, de vigilar sus propios movimientos, de actuar por su propia iniciativa y de determinarse por su propia voluntad. Que la Confederación ha de ser la que, siguiendo sus propios derroteros, debe decir cómo, cuándo y en qué circunstancias ha de obrar; que tiene personalidad y medios propios para hacer lo que deba hacer.

Que todos sientan la responsabilidad de este momento excepcional que vivimos. No olviden que así como el hecho revolucionario puede conducir al triunfo, y que cuando no se triunfa se ha de caer con dignidad, todo hecho esporádico de la revolución conduce a la reacción y al triunfo de los demagogos. Ahora que cada cual adopte la posición que mejor entienda. La nuestra ya la conocen, y firmes en este propósito, la mantendremos en todo momento y lugar, aunque para mantenerla seamos arrollados por la corriente contraria.

Barcelona, agosto de 1931

(Firmado)

Juan López, Agustín Gibanel, Ricardo Fornells, José Girona, Daniel Navarro, Jesús Rodríguez, Antonio Villabriga, Ángel Pestaña, Miguel Portolés, Joaquim Roura, Joaquim Lorente, Progreso Alfarache, Antonio Peñarroya, Camilo Piñón, Joaquín Cortés, Isidoro Gabín, Pedro Massoni, Francisco Arín, José Cristià, Juan Dinarés, Roldán Cortada, Sebastián Clara, Juan Peiró, Ramón Viñas, Federico Úbeda, Pedro Cané, Mariano Peat, Espartaco Puig, Narciso Marco y Jenaro Minguet.

Juan López del grupo Solidaridad dejó un relato de los acontecimientos que condujeron al Manifiesto Treintista:

Poco después del Congreso del Conservatorio, se celebró una asamblea plenaria de sindicatos de Cataluña en la calle Cabaña en Barcelona. En ese momento, la sede regional catalana tenía 500.000 afiliados:

Participé como delegado de mi sindicato. García Oliver y Durruti eran delegados del Sindicato Fabril y Textil. En una de las sesiones, la delegación de dicho sindicato propuso una sesión a puerta cerrada. Durante la misma, Oliver y Durruti sugirieron que el pleno acordara mandar un plan revolucionario al Comité de Defensa –constituido por grupos de la FAI sin ninguna conexión con los órganos superiores de la CNT... La campaña para la revolución [rechazada por el pleno] obtuvo una buena acogida entre los grupos locales... En respuesta a la creciente amenaza representada por la militancia de base, el grupo de los alineados con Solidaridad y los pro-sindicalistas, que desempeñaban cargos de responsabilidad, tomaron la iniciativa en una reunión celebrada en la sede local del Sindicato de Transportes de Barcelona.[3]

El manifiesto lo propuso Francisco Arín, del grupo Solidaridad. Le encomendaron a Ángel Pestaña que lo escribiera. Según López y De Lera, su primer borrador provocó un largo y acalorado debate. Era maliciosamente antirrevolucionario y obsesivamente anti-FAI. Pestaña justificó su tono algo histérico alegando haber tenido acceso a información secreta sobre los planes reales que se ocultaban tras las propuestas revolucionarias de la FAI, planes que coincidían con las conspiraciones antirrepublicanas y de la derecha. Descontentos con el primer intento de Pestaña, se preparó un segundo borrador, que recalcaba los aspectos positivos de la línea treintista, pero que tampoco logró complacer a los sindicalistas antirrevolucionarios. Después de una tercera reunión insatisfactoria, se decidió constituir una comisión de tres hombres que, trabajando sobre el último borrador de Pestaña, decidirían el texto final. Eran Agustín Gibanel, Progreso Alfarache y Ricardo Fornells.

La versión definitiva no fue, por tanto, un documento precipitado o improvisado. Pasó por al menos tres lecturas minuciosas y muchas discusiones acaloradas antes de su publicación.[4] Definía lo que los firmantes consideraban una síntesis de la ideología de la Confederación, defendía la «independencia» de la Confederación y tachaba de ingenua la idea de que la revolución pudiera lograrse mediante las acciones de una minoría audaz –eso sólo podía hacerse mediante el trabajo constructivo y coordinado de las masas.

Los ataques a los «excesos aventureros» y a los «objetivos impracticables» redundaron en perjuicio de los treintistas. En el caldeado ambiente político de la época, la actitud de las bases era hostil a la República. Interpretaron el ataque a la FAI como lo que era –un ataque a los propios militantes del sindicato, una maniobra política para reafirmar la menguante autoridad de la directiva del sindicato. Si tenían éxito, los treintistas trastocarían la independencia de la CNT y la someterían a un irresoluto gobierno de clase media. García Oliver más adelante señaló:

En realidad no reflejaba nada más que el disgusto de un grupo de militantes que no aceptaban el hecho de que habían perdido, en menos de un año, prestigio y liderazgo en la CNT. Es muy fácil explicar la guerra del faísmo y el treintismo y el colapso total del último. Cuando se introdujo la República en España, algunos veteranos militantes de la Confederación se sintieron social y políticamente satisfechos con el mediocre contenido burgués de la nueva República y

defendieron la renuncia al tradicional espíritu revolucionario social de la CNT y la adaptación de nuestra organización a la situación republicana.[5]

La presentación del manifiesto de ideas anarcosindicalistas no contenía nada que chocase directamente con el enfoque tradicional de la CNT. Donde sí surgieron posturas muy enfrentadas fue con respecto al problema de la revolución. Esa fue la cuestión clave que dio a los «Treinta», o a la facción partidaria del colaboracionismo de clase, la justificación que consideraban necesaria para declarar la guerra abiertamente a la influencia anarquista en el seno de la CNT. Aunque en ningún punto del documento se referían a la FAI por su nombre, la acusaban de manera implícita de desarrollar un «concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución» y la atacaban por intentar imponer sus políticas «negativas», «aventureras» y «putchistas» al sindicato mediante potenciales dictadores con predilección por las «emboscadas», los «disturbios» y la «violencia por interés propio». En realidad, como hemos visto, los planes propuestos para una insurrección, que Juan López sostiene que condujeron al beligerante ataque a la FAI, no salieron de ese organismo, ni siquiera de los afiliados de la FAI, tal como se dice más tarde, sino de los delegados debidamente autorizados del Sindicato Fabril y Textil de la CNT. Durruti y Oliver, los que propusieron el plan, hablaron como delegados del sindicato, no de la FAI.

El manifiesto alentó las esperanzas de los grupos políticos que deseaban controlar la Confederación o neutralizarla. La prensa burguesa aprovechó el acalorado debate público y orquestó un ataque relámpago, proclamado a bombo y platillo, contra la postura anarquista de la guerra de clases. Daba carta blanca al Estado para que reprimiera y eliminara lo que describió como elementos «incontrolados» de la CNT, seguramente una referencia al grupo Los Solidarios/Nosotros. La prensa burguesa, especialmente en Cataluña, dio gran publicidad al manifiesto, publicó el texto íntegro, y lo acompañó de editoriales que ponían el énfasis en su carácter constructivo y en la influencia positiva de la directiva moderada. Los políticos catalanes aprovecharon la oportunidad para avivar las brasas del cisma. Macià y Companys, en anticipación al estatuto de autonomía, que establecería el gobierno independiente de la Generalitat Catalana, conscientes de la necesidad de un movimiento sindical receptivo, apoyaron a lo que denominaron «la sección sensata de la Confederación».[6]

Para los anarquistas, el documento treintista no sólo fue un intento de adaptar los sindicatos cenetistas a las circunstancias del momento; no sólo implicaba el total abandono de los principios anarquistas fundamentales de la revolución social como única meta aceptable para los libertarios, sino un desafío a los deseos de las bases del sindicato. Mostraba un arrogante desprecio por la capacidad creativa de la clase trabajadora. Buenaventura Durruti lanzó la contraofensiva con una defensa pública de la postura que la FAI representaba para la inmensa mayoría del movimiento:

Con energía y reflexión a la vez, los anarquistas responderemos al ataque de algunos líderes de la Confederación. Espero que se preste atención al hecho de que los ataques iban dirigidos directamente contra García Olivares [sic] y contra mí. Eso era de esperar, ya que nada más llegar a Barcelona choqué con los líderes de la Confederación y, después de una discusión que duró varias horas, llegamos a las dos posturas que han ido cobrando cada vez más importancia.

Nosotros, los hombres de la FAI, no somos, ni mucho menos, lo que mucha gente cree. En torno nuestro ha crecido una especie de halo injustificado que debemos disipar lo más pronto posible. El anarquismo no es lo que muchos apocados podrían pensar. En realidad, nuestra idea es mucho más amplia de lo que creen las clases privilegiadas, y constituye una seria amenaza para el capital además de para los falsos defensores del proletariado que ocupan los más altos cargos. Por supuesto, el manifiesto recientemente publicado por Pestaña, Peiró, Arín, Clara, Alfarache y otros fue motivo de gran satisfacción para los burgueses del gobierno y los sindicalistas catalanes, pero de ningún modo se vincula la FAI al mea culpa de los caballeros arriba mencionados, y seguiremos avanzando por el camino que se ha fijado, convencidos de que es el mejor. ¿Cómo pueden querer que estemos de acuerdo con el gobierno actual, que hace cuatro días permitió el asesinato de cuatro trabajadores en las calles de Sevilla, y que volvamos al infame sistema ingeniado por Martínez Anido y ahora aplicado por el ministro de Interior, el señor Maura? ¿Cómo esperan que estemos de acuerdo con un gobierno que no se atreve a imponer sanciones a los fieles de la reciente dictadura y les da completa libertad para seguir conspirando en Lasarte? ¿Cómo esperan que nos pongamos de acuerdo con un gobierno formado en parte por colaboradores de la dictadura?

Somos completamente apolíticos porque estamos convencidos de que la política es un sistema artificial de gobierno que desafía a la naturaleza, y en el que muchos hombres retroceden para conservar sus puestos y sacrifican lo que haga falta, especialmente a las clases humildes.

Lo que ocurre en la actualidad es sólo lo que necesariamente tenía que pasar en virtud del hecho de que la revolución no se acabase el 14 de abril. Deberíamos haber llegado mucho más lejos y ahora los trabajadores pagamos el error. Nosotros los anarquistas somos los únicos que defendemos los principios de la Confederación, los principios libertarios que por lo visto otros han olvidado. La prueba de esta afirmación es el hecho de que abandonan la lucha precisamente cuando deberían empezar a intensificarla. Es obvio que Pestaña y Peiró han asumido compromisos morales que dificultan su conducta libertaria.

La República española, tal como está constituida, es una grave amenaza para las ideas libertarias, y a la fuerza, a menos que los anarquistas actuemos con vigor, caeremos inevitablemente en la socialdemocracia. Hay que hacer la revolución; y hay que hacerla lo antes posible, ya que esta República no ofrece garantías ni políticas ni económicas al pueblo. No podemos esperar hasta que la república acabe de consolidarse en su forma actual. Ahora, el general Sanjurjo pide 8.000 guardias civiles más. Lógicamente, los republicanos tienen en mente el ejemplo de Rusia. Han comprendido que por necesidad puede pasar lo mismo que durante el gobierno de Kerensky, que sólo fue un periodo de incubación previo a la auténtica revolución, y eso es lo que pretenden evitar.

La República no ha sido capaz de resolver el problema de la Iglesia, por ejemplo. Los burgueses no se han atrevido a luchar con los trabajadores, pero han ocupado sus puestos. Hay dos caminos a elegir: la socialdemocracia, como en Alemania y Bélgica, o la expropiación por parte de las masas organizadas de trabajadores. Por supuesto, ellos han optado por el primero.

Macià, hombre bondadoso, hombre puro e íntegro, es uno de los culpables de los graves apuros que sufren hoy en día los trabajadores. Si, en vez de situarse, como ha hecho, entre el capital y el trabajo, se hubiera inclinado de una vez por todas hacia el sindicalismo, el movimiento libertario de Cataluña se habría propagado por España e incluso en la América Latina tendría sus adeptos. Macià prefirió construir una pequeña Cataluña, y en cambio nosotros habríamos convertido a Barcelona en la capital espiritual del mundo. Todos los trabajadores de Europa seguían los avances del movimiento libertario catalán y esperaban el momento oportuno para plantear ellos también sus reivindicaciones. Ahora, después de la falsa situación evocada por Macià, él nos teme y no sabe qué más hacer.

La industria española no puede competir con el capitalismo extranjero, aunque el trabajador está mucho más avanzado. Si a la industria, tal como está constituida en España, se la actualizara para que pudiera poder competir con la industria extranjera, los trabajadores tendrían que retroceder y eso no estamos dispuestos a hacerlo.

Es necesario, vital, que se encuentre una solución al problema del desempleo, cuyas cifras se incrementan diariamente y somos nosotros, los trabajadores, los que hemos hallado la solución. ¿Cómo? Inevitablemente, mediante la revolución social. Hay que abrir paso a los trabajadores. Aunque pueda parecer una paradoja, la riqueza de España debe ser defendida por los trabajadores y sólo por ellos.

Volviendo al manifiesto, he de repetir que en una de nuestras reuniones sugerí a Pestaña y a Peiró que ellos fueran los teóricos y nosotros, los jóvenes, la parte dinámica de la organización. Es decir, que siguieran nuestros pasos, reconstruyendo. Nosotros, los de la FAI, sólo tenemos 2.000 afiliados a la Confederación, pero en total podemos convocar a alrededor de 400.000

hombres. Y en la última reunión celebrada, recibimos 63 votos a favor y 22 en

contra. La cuestión era decidir si debíamos o no responder con la revolución a la primera provocación del actual gobierno.

El domingo, tendrá lugar la primera reunión de la federación local, que recogerá nuestra protesta contra el documento que se ha hecho público. Nosotros los anarquistas somos los que tenemos en nuestras manos el auténtico liderazgo de la organización sindical en Cataluña y en muchas otras regiones en España. Eso lo han reconocido los diputados catalanes, que públicamente expresaron sus temores con relación a la organización de la FAI. Sabemos que nuestra organización infunde mucho miedo a la burguesía y a la pequeña burguesía de Cataluña; pero no retrocederemos ni un solo paso en cuanto a reivindicaciones laborales se refiere.

Yo no creo que esta unidad, que aparentemente reina en la Confederación a consecuencia de los últimos fracasos, pueda ser duradera. Reacciones similares se vieron en otros momentos en el seno de la Confederación, y en contra de la opinión de la mayoría de los sindicatos, se tuvo que seguir la ruta marcada por los trabajadores de la Confederación.[7]

El 3 de septiembre, el periódico de la CNT de Barcelona Solidaridad Obrera, en un claro desafío a la militancia, publicó un editorial que apoyaba a la línea treintista y denunciaba las tácticas agresivas de los insurgentes. Eso fue inoportuno y desacertado. Las bases de la CNT, víctimas de una campaña sostenida de terror e intimidación por parte de los empresarios y del Estado, estaban furiosas de ver a sus líderes buscar acuerdos con sus torturadores. La respuesta de Pestaña fue escribir lo que se consideró una carta servil al presidente Azaña en la que le pedía que interviniera contra los empresarios. Azaña, interpretando los problemas como una crisis del orden público, en vez de cómo reflejos de auténticos conflictos sociales, ignoró al dirigente sindicalista y acabó con la poca credibilidad que le quedaba.

Por desgracia para los treintistas, el día en que apareció el editorial de Solidaridad Obrera, los trabajadores de Barcelona tomaron las calles en protesta por los malos tratos dispensados a los presos políticos. Las autoridades

republicanas respondieron con la fuerza. Enseguida aparecieron barricadas en los barrios obreros, en donde tiendas y bares cerraron. La policía atacó la sede del Sindicato de la Construcción con una brutalidad que fue considerada innecesaria. Durante ese ataque, tres miembros de la CNT murieron asesinados a sangre fría, víctimas de la infame ley de fugas.

De nuevo la República fue incapaz de presentarse como una mejora con respecto a cualquier otro régimen español. Solidaridad Obrera se refirió a los disturbios con desdeño, como «una explosión de sentimentalismo», pero no llegó a condenarlos abiertamente. La postura del consejo editorial de Solidaridad Obrera ante la sangrienta represión era claramente insostenible. El 22 de septiembre, su equipo editorial, presionado por la militancia del sindicato, dimitió.[8] Lo reemplazó un nuevo equipo con una mayoría faísta que incluía a Eusebio C. Carbó. T. Cano Ruiz, Liberto Callejas, E. labrador y J. Robuste. Felipe Alaiz, miembro del anterior equipo editorial y afiliado de la FAI, fue nombrado editor en sustitución de Joan Peiró. El diario de la CNT de nuevo estaba bajo el firme control anarquista.

Un artículo muy leído y muy influyente de la escritora y maestra anarquista Frederica Montseny (que en ese momento no estaba afiliada ni a la CNT ni a la FAI) ayudó a poner la disputa en perspectiva para la gran masa de militantes. El artículo, titulado «La crisis interna y externa de la Confederación» –que denunciaba la represión antianarquista de los gobiernos catalán y de Madrid y las intrigas secretas con que se pretendía desintegrar al movimiento, tal como más tarde quedó probado– reflejaba la opinión de las bases.

Por último, los compromisos contraídos con Macià por los dirigentes de sindicato, con vistas a la aprobación del futuro Estatuto [de autonomía], acaban de perfilar nuestro panorama. En cuanto Cataluña tenga su estatuto, aplicará una política de tolerancia con los «buenos chicos» de la CNT, pero «apretará los tornillos» a los tipos de la FAI (la frase es de Companys) y a los famosos «extremistas». De «extremistas» serán calificados todos los que no estén dispuestos a ver cómo la CNT se convierte en Barcelona en lo que la UGT es en Madrid, aliados de los gobiernos de la Generalidad y de la República respectivamente. Una CNT «catalinazada», con un Comité Nacional con sede aquí de por vida, ignorará al resto de España, como ya ha ignorado las huelgas de Sevilla y Zaragoza, que se perdieron y ganaron con más honor e inteligencia

que la de aquí de Barcelona.[9]

El creciente desempleo y el descontento general provocaron otra oleada de tensiones sociales. La represión entró en una nueva fase más dura. El 21 de julio, el primer ministro Azaña presentó la «Ley de Defensa de la República». Igual de dura fue la «Ley de Vagos y Maleantes». Las fuerzas del orden público también estaban autorizadas a disparar a los sospechosos sin previo aviso. Para el nuevo consejo editorial de la publicación anarquista Solidaridad Obrera había pocas dudas con respecto a los destinatarios de esas leyes: «La ley de la Defensa de la República es el pretexto para intensificar la persecución de la CNT e imposibilitar el funcionamiento normal de los sindicatos». Además de la legislación represiva, los políticos burgueses recurrieron a maneras más sutiles y sofisticadas de manipular la opinión y predisponerla en contra de los activistas anarquistas. La FAI, punto de encuentro del inflexible anarquismo partidario de la guerra de clases en el seno del sindicato más grande, se convirtió en el objetivo de una masiva campaña de desinformación y odio a manos de los medios de comunicación burgueses y de la oficialidad.

La opinión de que la FAI era un organismo conspirador, elitista y manipulador no era compartida por todos sus rivales sindicalistas. A José Borrás Cascarosa, miembro de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) y de la CNT desde 1932, no le gustaba la FAI y la describió como «la peor plaga» sufrida por el sindicato, pero dijo:

Hay que reconocer que la FAI no intervino en la CNT desde arriba ni de un modo autoritario como hicieron los otros partidos políticos en los sindicatos. Lo hizo desde la base a través de militantes que fueron perfectos ejemplos de abnegación y heroísmo. Pero las decisiones que determinaron el rumbo de la CNT se tomaron bajo la constante presión de esos militantes y precipitaron al sindicato a prematuras derrotas para las que las bases no estaban preparadas y que recibieron con poco entusiasmo.[10]

José Campos, otro militante de la CNT que no era miembro de la FAI, señala el hecho, a menudo olvidado, de que relativamente pocos anarquistas de la CNT

estaban afiliados a la FAI; la veían esencialmente como un símbolo.

Yo no pertenecía a la FAI, al igual que muchos otros que se consideraban anarquistas. La CNT era constitucionalmente anarquista porque la habían creado los anarquistas... Podemos decir que la FAI y el faísmo siempre existieron en la CNT, incluso antes de su nacimiento en 1927. Fue el espíritu de la CNT lo que sostuvo a los dirigentes de la Confederación durante el periodo de terror de Barcelona entre los años 1919 y 1923, y lo que expulsó a los bolcheviques del Comité Nacional de la CNT y mantuvo al sindicato fuera de la órbita de Moscú.

Campos añadió que el mito de la FAI conspiradora surgió con los treintistas.

«Entre los promotores del mito de la FAI hallamos a reformistas que, nacidos en la CNT, tienen poco en común con ella hoy en día». Al preguntarle cómo funcionaban los militantes de la FAI en los sindicatos, dijo que

tendían a rechazar el control de los comités confederales y que sólo lo aceptaban en determinadas ocasiones... Yo estaba en Gráficos y cuando alguien proponía una moción en una asamblea, los otros miembros de la FAI la respaldaban, generalmente con éxito. Era la postura individual del faísta en asamblea abierta... El ataque a la FAI era, en esencia, un ataque consciente a los principios básicos de la CNT, a su antigubernamentalismo y anarquismo. El ataque empezó con Pestaña y los otros. El primero imaginó una CNT aséptica y, más tarde, un sindicato unitario en el que los trabajadores dejarían atrás sus opiniones políticas. Eso fue postulado por la Carta de Amiens.[11]

Esta opinión la compartía José Peirats, secretario de los Grupos Anarquistas de Barcelona en 1933.

La FAI fue una corriente popular que adoptó el nombre FAI porque necesitaba

una bandera, y porque había una concepción mítica de la FAI. Algunas personalidades que hablaban en nombre de la FAI ejercían más influencia que nosotros, que la representábamos oficialmente. Esos hombres tenían su propia FAI en el grupo Los Solidarios, que sólo estaba indirectamente controlado por la federación local, al menos durante el periodo en que fui secretario. Había otras personalidades famosas que tenían un peso considerable en la batalla: Felipe Alaiz, Eusebio Carbó, Dionyisios y la muy influyente Revista Blanca. Es decir, que la FAI ejercía una enorme influencia mediante sus publicaciones y su periódico Tierra y Libertad.[12]

De célebres personalidades anarquistas, que hablaron en defensa de los objetivos anarquistas del sindicato, se dijo que lo hacían, ex cátedra, en nombre de la FAI. Muchos de ellos nunca pertenecieron a grupos de afinidad de la FAI ni estuvieron de ningún modo controlados por la FAI. Un buen ejemplo de ello es el caso de García Oliver, que posteriormente afirmó que nunca había sido miembro de la FAI. Entrevistado por el periodista anarquista Eduardo de Guzmán en octubre de 1931, Oliver, descrito como «uno de los representantes más destacados de la FAI», explicó el concepto de «gimnasia revolucionaria», la crisis en la CNT y las razones de la hostilidad de los medios hacia la FAI.[13]

La razón de los ataques a la FAI escapa a los que no viven en nuestros círculos. La razón de la indignación con los firmantes del manifiesto por lo que a nosotros respecta es que los grupos anarquistas han hecho caso omiso de la tutela que habían logrado imponerles en un determinado momento. En realidad, la lucha no es reciente. Empezó en 1923, cuando los anarquistas vieron que Pestaña y Peiró y la mayoría de firmantes del manifiesto no tenían la capacidad necesaria para afrontar los momentos difíciles por los que pasaba España, momentos en los que la posibilidad de una dictadura militar estaba en el aire. En un congreso llegamos a vaticinar que antes de tres meses se habría organizado un golpe de estado de corte absolutista, y lamentablemente así fue, se instauró la dictadura, confirmando nuestros temores.

Eso, la mala gestión de la huelga del transporte y la manifiesta incapacidad para

encontrar una solución para el problema del terrorismo, indujo a los anarquistas a lanzar una campaña que, aunque no tenía el objetivo de dividir a la CNT, pretendía obtener de ese organismo una solución revolucionaria para los problemas que España afrontaba.

Entonces, los anarquistas se distanciaron, no de la Confederación –siempre fueron sus elementos más activos– sino de hombres como Pestaña, Peiró, etc., que influenciaban a la organización con planteamientos poco realistas.

Ahora está pasando lo mismo que entonces. Hace unos meses, Pestaña y Peiró interpretaban la realidad de la República española en términos de dar crédito a la efectividad del Parlamento con respecto a la legislación social; los anarquistas, en cambio, convencidos de que la dictadura no había caído por la presión de los partidos políticos, ni porque la economía española hubiera llegado al punto límite, no estábamos de acuerdo con ellos, y afirmamos que los problemas sociales sólo podían resolverse mediante la acción revolucionaria, que transformaría la economía y además destruiría las instituciones burguesas.

Sin precisar fecha, sigue Oliver, nosotros propugnamos el hecho revolucionario, despreocupándonos de si estábamos o no preparados para hacer la revolución e implantar el comunismo libertario, por cuanto entendemos que el problema revolucionario no es de preparación y sí de voluntad, de querer hacerla, cuando las circunstancias de descomposición social como las que atraviesa España abonan toda tentativa de revolución.

Sin subestimar en nada la preparación revolucionaria, la relegamos a un segundo plano porque, a partir del fenómeno Mussolini en Italia y de la experiencia fascista (Hitler) en Alemania, ha quedado demostrado que cualquier tipo de propaganda y de preparación ostensible para la acción revolucionaria comportan una preparación y reacción paralelas del fascismo.

Al principio, todos los revolucionarios aceptaban que la revolución, cuando llama a las puertas de un pueblo, triunfa inevitablemente, les guste o no a los elementos hostiles del sistema imperante. Eso pudo creerse hasta la victoria fascista en Italia, porque hasta ese momento la burguesía creía que el Estado democrático era su última línea de defensa. Pero después del golpe de estado de Mussolini, el capitalismo se convenció de que cuando el Estado democrático falla se puede descubrir en su organización las fuerzas para derrocar al liberalismo y aplastar al movimiento revolucionario.

Los firmantes del manifiesto han acusado a la FAI de aspirar a llevar a cabo una revolución de tipo marxista, en una deplorable confusión de las técnicas revolucionarias (las mismas para todo aquel que intente organizar una revuelta) con los principios básicos (tan diferentes) del anarquismo y el marxismo. En este momento, la FAI representa en España la conmoción revolucionaria, el factor de descomposición social requerido por nuestro país si tiene que llegar a la revolución.

En el orden ideológico la FAI, que es la exaltación del anarquismo, aspira a la realización del comunismo libertario. Y tanto es así, que si después de hecha la revolución en España, se implanta un régimen parecido al de Rusia o el sindicalismo dictatorial que preconizan Peiró, Arín y Piñón, la FAI entraría inmediatamente en lucha con esos tipos de sociedad, no para hundirlos en un sentido reaccionario, sino para conseguir de ellos la superación necesaria para implantar el comunismo libertario.

Los firmantes del manifiesto nunca creyeron en la posibilidad de la revolución española. En tiempos remotos, hicieron propaganda revolucionaria, pero hoy, cuando por fin ha llegado el momento, la ficción que vendían se ha roto en sus corazones. No obstante, los firmantes del manifiesto, conscientes de que han sido superados por los acontecimientos, ahora hacen afirmaciones revolucionarias, aplazando la realización del acto revolucionario a fechas completamente absurdas, para dentro de dos años o más, como si eso fuera una opción en vista de la crisis general en que la economía burguesa se halla.

Además, dentro de dos años, los trabajadores ya no necesitarán la revolución porque entre Maura y Galarza, si es que para entonces queda vivo algún trabajador, serán aplastados por una dictadura militar (monárquica o republicana) que necesariamente llegará a consecuencia del fracaso del Parlamento español.

Al preguntarle sobre la línea que la Confederación debía asumir, Oliver respondió:

La CNT no necesita perder el tiempo preparando el acto revolucionario en sus dos facetas; la primera, organizar la destrucción, y la segunda, organizar la construcción. En la vida colectiva de España, la CNT es la única presencia sólida, porque en un país en donde todo está destrozado, representa una realidad nacional que todos los elementos políticos juntos no serían capaces de anular. Por lo que se refiere a la construcción revolucionaria, la CNT no debería bajo ningún pretexto posponer la revolución social porque cualquier preparativo en realidad ya está hecho. Nadie supondrá que después de la revolución las fábricas tengan que funcionar al revés, ni se argumentará que los campesinos tendrán que manejar el arado usando sus pies.

Después del acto revolucionario, todos los trabajadores tienen que hacer lo mismo que hacían el día antes de la revuelta. Esencialmente, una revolución se reduce a un nuevo concepto de ley y a la efectividad de la misma. Después de la revolución, los trabajadores deberían tener el derecho a vivir de acuerdo con sus necesidades, y la sociedad a satisfacer sus necesidades en la medida en que eso fuera posible desde el punto de vista económico.

Nada de eso requiere preparación. Todo lo que se necesita es que los revolucionarios de hoy sean sinceros defensores de la lucha de clases y no pretendan convertirse en pequeños tiranos al amparo de una dictadura más o menos proletaria.[14]

A medida que la situación económica y política se deterioraba, durante el periodo comprendido entre septiembre y diciembre de 1931, España se vio inundada por una oleada de huelgas generales de solidaridad. Barcelona resultó especialmente afectada. El gobernador Anguero de Sojo suspendió una serie de mítines y cerró las oficinas del Sindicato de Transportes. En Zaragoza, una huelga de solidaridad anarcosindicalista llevó a una confrontación con la policía, que acabó con un anarquista muerto, varios heridos y muchos presos. En Bilbao, Huelva, Cádiz y otras ciudades también tuvieron lugar huelgas importantes. En diciembre, las fuerzas de seguridad de Barcelona abrieron fuego contra un grupo de cenetistas que iban a un mitin que conmemoraba el levantamiento de Jaca del año anterior. Los militantes de la CNT consideraban que la política laboral aplicada por Largo Caballero beneficiaba a la UGT socialista a expensas de la Confederación. «Desde ahora sabemos que las Cortes Constituyentes están en contra del pueblo», comentó el periódico catalán de la CNT Solidaridad Obrera. «Por lo tanto, no puede haber paz, ni un minuto de tregua entre las Cortes Constituyentes y la CNT».

El periódico de la FAI, El Luchador, publicó fotografías horribles de las víctimas de las fuerzas de seguridad republicanas y llamó la atención al Comité Nacional de la CNT por no ofrecer más apoyo a los huelguistas –especialmente en Aragón, Asturias y Sevilla. Los pestañistas, ahora a la defensiva, pasaron los últimos meses de 1931 atacando a Solidaridad Obrera y justificando la postura treintista. A principios de diciembre, durante el Plenario Regional de Lérida, los treintistas anunciaron la publicación de su propio periódico, Cultura Libertaria.

[1] En 1928, entre los miembros del grupo pestañista Solidaridad se hallaban el portugués Germinal de Sousa, miembro del Comité Peninsular de la FAI en 1936, que sancionó el respaldo de la CNT al gobierno de Caballero; Progreso Alfarache, miembro del Comité Nacional de la CNT hasta 1936; Patricio Navarro, el miembro del Comité Regional Catalán de la CNT que ordenó a los militantes de la Confederación volver al trabajo durante el alzamiento de octubre de 1934; Antonio García Birlán, más tarde el representante de la FAI en la Consejería de Economía de la Generalitat y consejero de salud del gobierno catalán en 1936. Juan López Sánchez, uno de los cuatro ministros de la CNT del gobierno de Caballero en 1936 también formaba parte de ese grupo. Cuadernos para una enciclopedia del anarquismo español, No 25, 1984, Vitoria. Según Ramón Álvarez (El movimiento libertario, op. cit., p. 159), secretario regional de

la CNT asturiana, otros miembros eran José María Martínez; Segundo Blanco, ministro de la CNT del gabinete del Dr. Juan Negrín; y Avelino G. Mallada.

[2] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, p. 231.

[3] Ángel María de Lera: Ángel Pestaña. Retrato de un anarquista, Barcelona, 1978, p. 282.

[4] Marcos Alcón, secretario del Sindicato de los Trabajadores del Vidrio de la CNT y afiliado a la FAI, visitó a Joan Peiró para pedirle que le explicara por qué había firmado el manifiesto. «Cuando el manifiesto salió, cogí un día libre en el trabajo y me fui a Mataró para pedirle una explicación a Peiró... Para los trabajadores del vidrio de España, Peiró era un símbolo. Él y yo nos teníamos un gran respeto... Al llegar a la planta en donde trabajaba, le dije: «¿Qué significa esta firma?» Su respuesta fue categórica, «Ese hijo de puta» –refiriéndose a Pestaña– «me enredó». A Peiró era fácil cogerlo desprevenido. Era demasiado confiado. Después de que el embaucador se esfumara, comprendió que le había engañado y que le había dejado de lado». Carta de Alcón a Juan Gómez Casas, La FAI, op. cit., p. 147.

[5] Carta de García Oliver a John Brademas, con fecha 9-3-1953. (Citada en John Brademas: Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937), Barcelona, 1994, p. 81.)

[6] Peirats: La CNT, op. cit.

[7] La Tierra, 2-9-1931.

[8] Brenan escribió: «A lo largo de ese verano, su influencia [de la FAI] en la CNT se incrementó, y en octubre pudieron forzar la dimisión del editor Juan Peiró y de toda la plantilla del famoso periódico anarcosindicalista, por negarse a respaldar la política de la FAI de acción revolucionaria de grupos pequeños». Gerald Brenan: The Spanish Labyrint, Cambridge, 1976, p. 255.

[9] Peirats, op. cit., vol. I, cap. 3.

[10] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974, p. 163.

[11] Ibíd., p. 169.

[12] Ibíd., p. 237.

[13] En una carta a Juan Gómez Casas, García Oliver (27-6-1974) afirmaba que nunca había pertenecido a la FAI: «Nunca fui militante, ni miembro de sus comités. Mientras estuve encarcelado, engañaron a Ascaso y a Durruti para que afiliaran a nuestro grupo, que en ese momento no existía, a la FAI. El grupo Nosotros se formó para dar cierta satisfacción a la burocracia». Sin embargo, Juan Manuel Molina, que fue secretario peninsular de la FAI hasta 1935 (excepto el año 1932, que pasó en al cárcel), afirma que le sucedió García Oliver. La confusa relación del grupo Nosotros con la FAI fue confirmada en otro sitio por José Peirats.

[14] La Tierra, 3-10-1931.

XV. 1932, INSURRECCIÓN– LA GIMNASIA REVOLUCIONARIA

Para los anarquistas, la revolución social es la principal arma colectiva de los oprimidos contra la jerárquica y explotadora estructura social y económica en la que se ven obligados a vivir. Es el único medio con que se puede desbancar al viejo orden. Los acuerdos con el capitalismo y la colaboración con el Estado mediante procesos parlamentarios sólo sirven para institucionalizar la miseria, la injusticia y la violencia en el sentido más amplio de la palabra.

Con la llegada al poder de la presidencia de Alcalá Zamora en enero de 1932, el descontento de la clase obrera con la frustrada e impotente república burguesa estalló en una confrontación violenta. Los primeros incidentes del nuevo año tuvieron lugar en Arnedo, Logroño, el 5 de enero, cuando varias personas murieron asesinadas en choques entre la Guardia Civil y los manifestantes. La oleada de militancia revolucionaria fue cobrando fuerza. El 18 de enero, los mineros anarquistas del Alto Llobregat, del valle cercano a Figols y Cardoner, desencadenaron lo que esperaban que fuera el primer martillazo a las puertas cerradas del futuro.

Mucha gente cree que el ciclo de insurrecciones que empezó en Figols en enero de 1932 fue organizado e instigado por la FAI. «Los primeros días de 1932», escribió Gerald Brenan, «vimos una sublevación organizada por la FAI en Cataluña».[1] Hugh Thomas también confirma que fue «inspirada por la FAI»,[2] al igual que Broué y Temime[3] y otros analistas.[4]

En realidad, la sublevación no tuvo nada que ver con la FAI. Empezó como un conflicto local completamente espontáneo con un empresario de la zona, pero rápidamente se convirtió en un movimiento popular que amenazaba con engullir a toda Cataluña y al resto de España. A pesar de las garantías del Primer Artículo de la Constitución de que España era una República de Trabajadores, las huelgas y las condiciones laborales de los mineros y los trabajadores del textil catalanes habían cambiado poco con la República. En enero, Juan Selvas, diputado de Manresa, informó a las Cortes de que salvo dos excepciones, los empresarios del ramo fabril y textil se negaban a cumplir los acuerdos respecto a los salarios mínimos recomendados a nivel nacional y seguían pagando a sus empleados

sueldos miserables.

El propietario de las minas del Alto Llobregat era el poderoso y autócrata conde de Olano, un terrateniente que categóricamente negaba a sus empleados el derecho a organizar concentraciones públicas y sindicatos. El conde no sólo era el propietario de las minas de carbón y potasa, además las dirigía como un señor feudal. Él fijaba los salarios mínimos que recibían los empleados por trabajar en condiciones prácticamente inhumanas, los precios que pagaban por su comida en el economato y el alquiler de las casas de la empresa. Ejercía un poder casi absoluto en los dos valles, e incluso controlaba a la Guardia Civil.

La tensión crecía en los valles desde hacía meses. Finalmente estalló en las primeras horas del 18 de enero, en el remoto campamento minero de San Cornelio, a la entrada del valle del Llobregat. Esa misma mañana, los trabajadores del textil de la cercana localidad de Berga iniciaron una huelga por la negativa de los empresarios a cumplir la legislación laboral de la República y porque el gobierno había demostrado ser incapaz de asegurar el cumplimiento de sus propias leyes. Los mineros anarquistas, actuando en nombre de un comité revolucionario local, difundieron la noticia entre el turno de mañana de que las inhumanas condiciones en que se habían visto obligados a vivir y a trabajar durante generaciones se habían terminado, y que habían proclamado el comunismo libertario. El dinero, la propiedad y la explotación del hombre por el hombre habían sido abolidos. Enseguida, trabajadores armados tomaron los puntos clave de la población de Figols y el economato. Desarmaron a la Guardia Civil y al somatén, un cuerpo de civiles armados, sin que hubiera derramamiento de sangre, y les comunicaron que quedaban exentos de la responsabilidad por el orden público en la zona. La bandera roja y negra de la CNT ondeó en el campanario de la iglesia y en el ayuntamiento. No dispararon un solo tiro, ni dieron un solo golpe. No lincharon a nadie de la burguesía, ni a sus agentes, ni mataron a hachazos a ningún cura, ni violaron a monjas, ni incendiaron iglesias, ni saquearon bares.

Dos días más tarde, la revuelta se había propagado por el valle, desde Figols, pasando por las ciudades textiles de Berga, Balsareny y Salent, hasta el vecino valle de Cardoner, en donde se hallaban Cardona, Suria y Manresa. El Comité Revolucionario de Figols, aprovechó la oportunidad y proclamó el comunismo libertario, y después recurrió a los comités regionales y nacional de la CNT para que respaldaran su ejemplo. Los miembros de esos comités, totalmente sorprendidos por la iniciativa revolucionaria de los trabajadores del Llobregat y

de Cardoner, no estaban seguros de cómo reaccionar ante lo que los mineros habían hecho. Enviaron a Figols a los militantes confederales Vicente Pérez Combina, Arturo Parera y Buenaventura Durruti para que investigaran lo ocurrido y hablaran con los trabajadores. (Arturo Parera más tarde confirmó que la FAI no había participado «como organización» en el abortado movimiento.[5]) A pesar de su informe y de la presión de las federaciones locales y comarcales, el Comité Nacional tardó seis días en decidirse a convocar una huelga general de solidaridad, pero para entonces ya era demasiado tarde –la revuelta había sido salvajemente sofocada.[6]

Esos mineros del Llobregat y de Cardoner no eran ni milenaristas, ni locos, ni visionarios que oyeran «voces en el aire» o «(destilasen) el frenesí de algún escritorzuelo académico».[7] Eran hombres prácticos, muy trabajadores, que habían llegado a la conclusión de que si en su vida tenía que haber algún cambio cualitativo sólo llegaría después de la completa ruptura con el pasado. Para los revolucionarios instintivos y naturales como ellos, las ideas eran irrelevantes a menos que se transformaran en acciones. El anarquismo abstracto, teórico y subjetivo de gente como Pestaña y Peiró no tenía la menor trascendencia si su inseguridad perpetuaba la tiranía y la violencia de sus miserables vidas cotidianas bajo la intransigencia del conde de Olano y de los propietarios de las minas y las fábricas. Eran completamente conscientes de que el comunismo libertario no era algo que pudiera lograrse de repente, ni siquiera planeándolo. Era una aspiración, un ideal que requería una gran y continua dedicación, pero sabían que si conseguían liberarse de los grilletes del capitalismo y del Estado, el avance hacia el ideal podría al menos comenzar con ciertas garantías de que los principales obstáculos para la sociedad libre –la explotación y la autoridad coercitiva– no obstruirían la marcha. Con su ejemplo, esperaban proporcionar la chispa necesaria para encender esperanzas y aspiraciones similares entre el resto de la clase obrera española.

Sin embargo, el estado psicológico de los mineros del Llobregat y de Cardoner no lo compartían los trabajadores del resto de España. El momento de la revolución todavía no había llegado y el desafío solitario de los mineros a la burguesía y al orden oligárquico fue brutalmente sofocado al cabo de cinco días por tropas enviadas desde Zaragoza, Lérida, Gerona y Barbastro. Los políticos y periodistas catalanes y madrileños acusaron a los miembros de la CNT de ser «bandidos con carné». Pero la histeria provocada por la prensa burguesa dio a los extremistas del centro, los partidos republicanos y socialistas, la oportunidad de impulsar a los reformistas a expensas de los denominados miembros

«incontrolados» de la Confederación. No hubo juicios para los militantes arrestados, todos faístas (no arrestaron a treintistas). La República de los Trabajadores quiso evitar el vergonzoso escrutinio público de las condiciones intolerables que habían provocado la insurrección, por una parte, y la excesiva y selectiva represión con la que se había neutralizado y criminalizado a los activistas de la CNT. Las autoridades aprovecharon la oportunidad para aislar a la «minoría concienciada» de la masa de lo que consideraban la militancia neutral y apolítica de la CNT. Además de los cientos de encarcelados en las prisiones de Manresa y Barcelona, 110 militantes confederales de Cataluña, Levante y Andalucía, la mayoría de los cuales no había participado en la revuelta, fueron deportados a las colonias españolas de África occidental. Entre los deportados había militantes «incontrolados» como Durruti, los hermanos Ascaso y Francisco Jover del grupo Los Solidarios/Nosotros, y Ramón Vila Capdevila, el último guerrillero rural, atrapado en una emboscada y asesinado en los Pirineos en 1961.

Aunque la revuelta no llegó a desencadenar una insurrección a nivel nacional, la acción espontánea de los trabajadores del Llobregat y de Cardoner resultó ser una alentadora inspiración para muchos activistas del movimiento anarquista. Quedó demostrado que fue más efectiva, en términos prácticos y emotivos, que toda la propaganda escrita y la retórica revolucionaria de los seis años anteriores. Lo ocurrido en el Alto Llobregat parece que fue interpretado por los comités de defensa y el núcleo activista de la CNT como un aviso de los trabajadores de que la revolución ya era una opción factible.

La creencia de que la revolución por fin estaba «en la agenda» en medio del ambiente embriagador que siguió a la sublevación de enero del 32, suscitó un renovado interés por las ideas relacionadas con la organización de una sociedad libre. Apareció una serie de artículos y panfletos que analizaban la teoría y formulaban un programa del comunismo libertario. Uno de los estudios más influyentes de ese año, quizás porque evitaba teorías detalladas sobre planificación social y económica, fue Apuntes sobre el comunismo libertario del doctor y escritor vasco sobre medicina preventiva y naturista y educación sexual, Isaac Puente Amestoy. El Comité Peninsular de la FAI quedó tan impresionado con ese trabajo que encargó a Puente un panfleto más detallado sobre el concepto de comunismo libertario. Esa obra, la influyente El comunismo libertario, fue publicada en Valencia en 1933 y reeditada en Barcelona en 1935 con el título Finalidad de la CNT: el comunismo libertario. Serían las ideas de Puente, más que las ideas de carácter fundamentalmente económico de Diego

Abad de Santillán, las que sentarían la bases para la resolución sobre comunismo libertario adoptada por la CNT en el Congreso de Zaragoza en mayo de 1936.

Los treintistas, liderados por Pestaña, condenaron rotundamente las revueltas de Llobregat y Cardoner. Eso fue interpretado como un intento de rentabilizar políticamente el desastre a expensas de los que habían muerto y habían sido encarcelados, torturados o enviados al exilio. El cisma era inevitable. En su famoso artículo, «¡Yo acuso!». Frederica Montseny acusó públicamente a Emilio Mira, el secretario regional catalán, de evitar que se propagara una huelga de solidaridad en apoyo de los trabajadores de Llobregat desde Barcelona al resto de Cataluña. García Oliver acusó a Pestaña de enviar una carta a las regiones informando a cada una de ellas de que las otras habían respaldado una campaña de propaganda en contra de las deportaciones y no de una huelga general, tal como había acordado el Comité Nacional.

Pestaña respondió que la opción de la huelga sólo había que usarla ante un intento de imponer una dictadura. El hecho de que la Secretaría Nacional no aprobase una huelga de solidaridad en apoyo de los camaradas encarcelados y deportados finalmente abrió las compuertas del diluvio que se lo llevaría por delante. Llovieron las peticiones de dimisión desde las bases, encabezadas por las de los 200 presos de la CNT en la cárcel modelo de Barcelona, cuya solidaridad y confianza, piedras angulares de la Confederación, él traicionó.

Pestaña, sin credibilidad ni poder sobre las bases, se vio obligado a dimitir como secretario nacional en marzo de 1932. Ocupó su lugar Manuel Rivas, anarquista revolucionario y miembro de la FAI.

Las deportaciones de febrero agravaron una situación ya prácticamente insostenible a consecuencia de la feroz represión. Pío Baroja, uno de los novelistas más famosos de la Generación del 98, dijo el 5 de febrero en Villena:

En cuanto a represión y violencia se refiere, en los meses que llevamos de República ha habido más muertos en las calles de nuestras ciudades que en cuarenta años de monarquía.[8]

La fiebre revolucionaria siguió cobrando impulso; se convocaron huelgas

generales de solidaridad en Granada y Valencia, y se organizaron paros parciales en muchas otras ciudades. Confrontaciones violentas, incluyendo motines en las cárceles, estallaron en todo el país. El 14 de febrero, los grupos anarquistas de Tarrasa, una ciudad industrial cercana a Barcelona, siguieron el ejemplo del Alto Llobregat y proclamaron el comunismo libertario, ocupando el ayuntamiento y sitiando la comisaría de la policía y los cuarteles de la Guardia Civil. Acciones similares tuvieron lugar en Andalucía, Zaragoza y el Levante. A mediados de marzo, campesinos de Zaragoza, Puente Genil y Ciudad Real empezaron a apoderarse de las propiedades de los grandes terratenientes. La República había perdido su legitimidad y empezaba a ser ingobernable.

A finales de abril, en medio de una oleada de huelgas, promovidas principalmente por los sindicatos de la CNT, se celebró un importante plenario regional de la Confederación en Sabadell, una pequeña ciudad industrial próxima a Barcelona. Asistieron más de 300 delegados en representación de

250.000 miembros. Para entonces, la opinión de las bases ya era contraria a los treintistas y a su compromiso con una República totalmente desacreditada. La expulsión de Pestaña y Arín, ambos firmantes del manifiesto, del Comité Nacional el mes anterior, había significado el principio del fin para los reformistas de la CNT. Con la elección por parte del plenario de abril de Alejandro Gilabert, miembro de la FAI, para el puesto de secretario regional de la CNT, en lugar del treintista Mira, cayó el último bastión de los reformistas en Barcelona.

Los sindicatos de la CNT de Sabadell estaban muy influenciados por la facción pestañista, que los había utilizado durante un tiempo en sus maniobras políticas para neutralizar a los anarquistas de los sindicatos. En un informe confidencial sobre los problemas internos del movimiento libertario español de la época, un miembro de la secretaría de la AIT comentó:

Quieren usar la Federación Local de Sabadell como palanca con la que tumbar algún día al Comité Regional –y, a ser posible, al Comité Nacional también, y recuperar el liderazgo de la CNT. Quizá los camaradas de Sabadell no eran conscientes del plan, pero de hecho se convirtieron, aunque fuera sin querer, en instrumentos de venganza en manos del movimiento treintista.[9]

Finalmente la situación estalló en septiembre, cuando la Federación Local de Sabadell, en una táctica que pretendía presionar al Comité Regional catalán para convocar un congreso nacional y condenar la influencia del anarquismo revolucionario de los faístas, retuvo los pagos de las suscripciones a la Confederación. El Comité Regional respondió diciendo que, al negarse a pagar sus cuotas, se salían automáticamente de la CNT. El 24 de septiembre de 1932, expulsaron a toda la Federación Local de Sabadell por incumplir una obligación básica. Una ruptura similar ocurrió en Valencia, donde los sindicatos locales se negaron a que la sección de la FAI de la CNT participase en el Comité de Ayuda a los Presos. Ellos también retuvieron las cuotas confederales y fueron expulsados por la Federación Regional del Levante.

Los sindicatos escindidos, que representaban a alrededor de 60.000 trabajadores, formaron lo que llegó a conocerse como los sindicatos de oposición, con su propio Comité Regional, pero esperaban y planeaban una reconciliación con la Confederación. Al principio tuvieron cierta fuerza en Cataluña, el Levante y Huelva, pero su postura se debilitó considerablemente cuando Pestaña se fue para formar su Partido Sindicalista a finales de 1933.

Otro importante suceso de mediados de 1932 fue el congreso fundacional en Madrid de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL). La FIJL la formaron con el propósito específico de contrarrestar la influencia de los jóvenes del PSOE, las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). Aunque muchos de sus miembros pertenecían a la CNT y la FAI, era una organización de jóvenes independiente. Pronto llegó a ser considerada la tercera fuerza del movimiento libertario. En Cataluña, una zona tradicionalmente independiente, hubo oposición a la moción de un grupo nacional de jóvenes. Prefirieron formar una organización independiente de grupos individuales y federaciones locales al que llamaron las Juventudes Libertarias (JJLL).

La posición de la FIJL con relación a los treintistas la explicaron en una declaración publicada en el diario nacional de la CNT:

Ya no es una cuestión de tendencias –reformista o extremista– lo que nos separa. Tampoco es una forma de proceder lo que varía en las normas con-federales. Lo

que nos separa de un modo irreconciliable, más que nuestra visión anarquista del movimiento sindicalista, es una cuestión de dignidad y de sentimiento revolucionario. Esos excamaradas han iniciado una maniobra secesionista en el seno de la CNT, con el objetivo de crear un movimiento sindical que apoye a Esquerra de Catalunya y a sus homólogos en otras regiones.[10]

La ignominia final para Pestaña llegó con su expulsión de su propio sindicato, el de los trabajadores del metal, que contó con el voto a favor de doce federaciones y de una en contra. Incluso su propia sección, la de los mecánicos, votó contra él. En poco más de un año, la caza de brujas iniciada por los treintistas en agosto de 1931 acabó consumiendo a sus principales responsables.[11][11]

10

11

Pestaña siguió sin reconocer el fracaso de la posición gradualista de la CNT. En enero de 1933, él y sus amigos montaron una organización dentro de la CNT llamada Federación Sindicalista Libertaria (FSL), cuyos miembros fueron reclutados entre los afiliados de la CNT hostiles a la línea revolucionaria anarquista representada por la FAI. Inmediatamente se asoció con los sindicatos de oposición entre los que, durante un breve periodo de tiempo, jugó el mismo papel que según ellos desempeñaba la FAI en la CNT. El primer secretario de la FSL fue Ángel Pestaña. El puesto de Pestaña lo ocupó Juan López, quien junto a Joan Peiró se convirtieron en los principales teóricos del organismo reformista cuyo principal objetivo, siguiendo el giro de Pestaña, era reunificar a la CNT.

La caída de la ofensiva reformista en el seno de la CNT a finales de 1932 indicó que la FAI estaba al servició del principal objetivo que era su razón de ser. Los militantes de la CNT que habían hablado en su nombre y adoptado sus eslóganes, rápidamente se fundieron en los Comités de Defensa Confederales y en la actividad cotidiana del sindicato. La fase activa de la FAI como instrumento defensivo de las bases de la CNT se acabó. Pero en vez de disolverse, o de volver a lo que había sido durante la dictadura –una sociedad vagamente cohesionada de grupos anarquistas locales– empezó a llenarse de gente nueva que vio en la FAI un vehículo útil para dirigirse e influenciar a los seguidores de la CNT. El vacío dejado por la militancia anarquista empezaron a

ocuparlo teóricos y planificadores disidentes que creían desmesuradamente en su propia visión mecanicista y abstracta de los procesos sociales. A principios de 1933, esas personas empezaron a transformar lo que había sido una herramienta de la clase obrera con aplicaciones prácticas, en un ente orgánico con una vida y una voluntad propias centrado en problemas abstractos de carácter doctrinario o administrativo.

Allí empezó a aparecer –recordó Progreso Fernández–, una forma que no supo convencer a muchos de nosotros, los anarquistas: formaron un Comité Peninsular que, contrario a nuestras ideas, se atribuyó ciertos poderes.[12]

[1] Gerald Brenan: The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 254.

[2] Hugh Thomas: The Spanish Civil War, Londres, 1977, p. 103.

[3] Broué y Temime: The Revolution and the Civil War in Spain, Londres, 1971, p. 56.

[4] Miguel Íñiguez afirma que el levantamiento de Figols fue «obra exclusiva de la FAI». Juan Manuel Molina y Diego Abad de Santillán dicen en sus memorias que sería más preciso decir que fue organizada por el grupo Los Solidarios/Nosotros, «que a menudo se confundían con la FAI».

[5] El Luchador, 10-6-1931.

[6] Cristina Borderías: La insurrección del Alto Llobregat, enero 1932. Un estudio de historia oral, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, septiembre 1977. Pedro Flores: «Ramón Vila Capdevila», Ruta, núm. 40, Caracas, 1980.

[7] J. M. Keynes: General Theory, Londres, p. 383.

[8] Diego Abad de Santillán: De Alfonso XIII a Franco, Buenos Aires, 1974, p. 125.

[9] Schapiro, op. cit., pp. 33-38.

[10] CNT, Madrid, 2-6-1933.

[11] Pestaña, relojero de oficio, había sido un dirigente a sueldo de la CNT durante cinco años, y mientras tanto nunca ejerció su profesión. Quizá eso justifique las actitudes oligárquicas que desarrolló en la época de la República. Ver «La expulsión de Ángel Pestaña», Boletín de la CNT, marzo 1933.

[12] Progreso Fernández: «Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977.

XVI. CRISIS DE LEGITIMIDAD

En 1932, todos los sectores de la población tenían claro que la democracia liberal no funcionaba como se suponía que debía hacerlo. El descontento con el gobierno era generalizado entre la clase obrera de todas las regiones. El efecto politizante del auge democrático que acompañó a la República llevó a la gente a hacer reivindicaciones políticas que el Estado no podía satisfacer. La decepción fue inevitable y la confianza en la República empezó a debilitarse.

En el año 1932, predominó el malestar ininterrumpido en los sectores agrario e industrial. Las huelgas y las confrontaciones violentas estaban a la orden del día. El espectro de la revolución obsesionaba a la burguesía agraria, industrial y comercial y a la elite terrateniente semifeudal por igual. El 29 de mayo, una Asamblea Plenaria Nacional de Federaciones Regionales de la CNT organizó un día de protesta a nivel nacional contra la represión gubernamental y la legislación anti-CNT, como la de los jurados mixtos, que tuvo un gran éxito de convocatoria. «La Ley de Asociaciones Profesionales», aprobada el 8 de abril, fue interpretada como una provocación deliberada del gobierno a la CNT.

Aunque la prensa, incluida la socialista, se refería constantemente a los disturbios anarquistas, el activismo atribuido a la manipulación de la FAI era, de hecho, un reflejo del incremento de la militancia de la clase obrera y de la fuerza del sentimiento popular. En las zonas rurales, por ejemplo, los trabajadores sin tierras tendieron a agruparse entorno a la Casa del Pueblo, una mezcla de consejo comercial y centro comunitario, y a afiliarse a todas las organizaciones revolucionarias imaginables –anarquistas, socialistas y comunistas. Como Paul Preston comenta:

Las duras condiciones crearon una solidaridad que se alzó sobre las rivalidades de las diferentes facciones políticas.[1]

Mientras tanto, la derecha semifeudal y fundamentalista se recuperaba del shock

de la victoria republicana del mes de abril. Temiendo que el centro burgués fuera incapaz de resistir mucho más tiempo el avance de una clase obrera con inclinaciones revolucionarias cada vez más ingobernable, empezaron a planear el restablecimiento de su poder político. En agosto, el general Sanjurjo, exdirector de la Guardia Civil y comandante de los carabineros –y también aristócrata– dio un golpe militar. Los rebeldes fueron derrotados en Madrid cuando intentaban tomar el Ministerio de Guerra y el de Comunicaciones. En Sevilla, Sanjurjo tuvo más éxito. En vista de la generalizada apatía y, en algunos casos, de la complicidad de las autoridades locales, la CNT convocó una huelga general. Los grupos de defensa anarquistas atacaron e incendiaron los lugares de reunión de los grandes terratenientes, empresarios y hombres de derechas. Su rápida respuesta movilizó a la población para sofocar la rebelión y, paradójicamente, salvar la República.

A medida que el año 1932 tocaba a su fin, los objetivos revolucionarios sociales y los principios antiparlamentarios del sindicato más grande del Estado parecían expresar la disposición de la clase obrera española. Durruti, que acababa de salir de la cárcel, adonde había ido a parar por su participación en el levantamiento de Figols, se dirigió el 1 de diciembre de 1932 a la multitud reunida en el Palacio de las Bellas Artes de Barcelona para lanzar una campaña de propaganda de la FAI:

Vuestra presencia en este mitin y mi presencia en esta tribuna demuestran claramente a la burguesía y al gobierno que la CNT y la FAI son fuerzas que se aumentan con la represión y crecen en la adversidad... El gobierno socialista de la República pensaba que deportando a más de cien trabajadores, conseguiría que la CNT pasara por el aro. Obrando así, ha demostrado de nuevo su ignorancia de la realidad social y de la razón de ser del anarquismo. La prensa burguesa ha aplaudido la medida del gobierno, las deportaciones, pensando que en cuanto los líderes estuvieran exiliados, las ovejas volverían al redil. En otras palabras, ‘muerto el perro, se acabó la rabia’. Los dirigentes burgueses se equivocaban, al igual que el gobierno... la clase obrera española no es un rebaño de ovejas que ofrezcan sus cuellos para que les coloquen un yugo.

Han dicho de mí cosas horribles, y también de mis camaradas deportados, con la confianza de que me desacreditarían, pero el efecto ha sido justamente el

contrario... Para combatirnos han usado las peores armas. La teoría de los ‘líderes’ de la CNT es idéntica a la de los ‘canallas’ de la FAI...

Esos a los que la burguesía llama ‘líderes’ son trabajadores a los que todo el mundo conoce, y su forma de vida es idéntica a la de todos los pobres obreros. La diferencia es que ellos tienen el valor de elegir la peor posición en la lucha y estar en el frente de batalla para parar las balas o llenar las prisiones. Los auténticos bandidos, los auténticos canallas, son los políticos que necesitan engañar a los trabajadores y adormecerles, prometiéndoles el oro y el moro para arrancarles sus votos, que los llevarán a las Cortes y les permitirán vivir como parásitos a costa del sudor de los trabajadores...

Fue un error político del gobierno mandarnos al exilio, ya que nos pagaron el viaje a Canarias para que desde allí pudiéramos hacer propaganda anarquista...

Otro argumento usado contra nosotros es que estamos en la nómina de los monárquicos, que combatiendo a la República seguimos el juego a la reacción. La actitud de la CNT en Sevilla demuestra que ese argumento es poco convincente. Es la segunda vez que la CNT ha salvado la vida a la República. Pero los republicanos no deberían engañarse. Sanjurjo dijo ‘los anarquistas no triunfarán’ y los anarquistas triunfaron, y Sanjurjo tuvo que «morder el polvo». A ver si los republicanos se enteran: la CNT dijo no a Sanjurjo, pero también dice no a la República.[2]

Los socialistas republicanos deberían saber que tienen que solucionar el problema social, o será el pueblo el que lo haga. Nosotros creemos que la República no puede resolverlo. También, decimos claramente a la clase obrera que ahora sólo hay un dilema: morir como esclavos del mundo moderno, o vivir como hombres admirables, en el recto camino de la revolución social.

Por tanto, vosotros, los trabajadores que me estáis escuchando, ya sabéis qué podéis esperar. El cambio del curso de vuestras vidas depende de vosotros.[3]

El apasionado discurso de Durruti fue bien recibido. La República, sin una base de poder real en el país, se enfrentaba a una tarea imposible; fracasó por completo a la hora de satisfacer las expectativas de la clase obrera española. Evidentemente, no pudo, o no quiso, en vista de la resuelta oposición de los poderosos e indisputables intereses de los terratenientes, aplicar las reformas agrarias, tan esperadas, que habían de llevar a España a la era moderna.

En octubre de 1932, la militancia de la CNT se había incrementado de los 800.000 afiliados del año anterior a más de un millón. A muchos de ellos los reclutaron de las bases cada vez más desilusionadas de la UGT. La represión draconiana y la legislación contra el anarcosindicalismo de socialistas y republicanos, junto con la hostilidad y el constante acoso e intimidación del recientemente creado gobierno de la Generalitat de Cataluña, dejaron pocas alternativas a la CNT. Sólo había dos soluciones posibles –una la anarcosindicalista, con su énfasis en el fortalecimiento de la organización y la esperanza de que la presión de la clase obrera acabara con la persecución y abriera las puertas a una sociedad cada vez más racional y justa; y la opción de la «carga de la caballería» y su estrategia de ataques frontales directos dirigidos a debilitar el sistema, educando a la gente y reforzando la confianza de los revolucionarios en sí mismos, que un día les permitiría zafarse de los grilletes del estado y la propiedad y empezar a construir una sociedad más justa.

Animados por el ambiente explosivo y la embriagadora conciencia revolucionaria, que sin cesar se habían ido forjando desde la revuelta del Alto Llobregat a principios de año, los Cuadros de Defensa conjuntos de la CNT y la FAI, supervisados por los comités de defensa locales y nacional, se dispusieron a lanzar una insurrección revolucionaria coordinada a nivel nacional. Era la única opción viable en vista de las continuas provocaciones del gobierno catalán y del de Madrid. Ambos gobiernos adoptaron la línea elitista, pestañista, según la cual la CNT era un simple títere en las manos de la FAI, y desde principios de año intentaron sistemáticamente acabar con la influencia anarquista en la CNT. Prohibieron la publicación de los periódicos de la Confederación, introdujeron la prisión preventiva, y los militantes de la CNT fueron golpeados y torturados en centros de detención secretos controlados por Esquerra.

Se programó el levantamiento para que tuviera lugar el 8 de enero de 1933, casi exactamente un año después de la primera sublevación en el Alto Llobregat.[4] Una huelga general de alcance nacional de los trabajadores del ferrocarril serviría de telón de fondo a la insurrección planeada. Se esperaba que la parálisis de la red ferroviaria provocara la máxima alteración económica y limitara la capacidad del gobierno de mover sus tropas para frenar las revueltas organizadas en las tan dispersas zonas urbanas y rurales.

Pero, cuando los miembros del Comité Regional de Defensa Catalán de la CNT se reunieron con el Comité Nacional de la CNT para ultimar los preparativos para la sublevación, se sorprendieron al descubrir que ese organismo, en el último momento, quería que se cancelara la insurrección. Los catalanes se negaron a desconvocarla e insistieron en seguir adelante con sus planes.

Una de las claves de la confusión y el desastre subsiguientes fue la repetición de los principales protagonistas en los comités relevantes. Manuel Rivas, secretario nacional de la CNT y secretario del Comité Nacional de Defensa, no estaba de acuerdo con la valoración optimista que de la situación hacía el Comité de Defensa Regional Catalán. Pero su lealtad revolucionaria y personal pesaba más que su juicio crítico y accedió a cooperar –convencido de que el Comité de Defensa Catalán actuaba en nombre del Comité Regional de la CNT.

Pero el Comité de Defensa Regional Catalán obraba por iniciativa propia. El papel de Rivas fue advertir a todas las organizaciones regionales, según una circular del Comité Nacional de a CNT con fecha de 29 de diciembre, que Barcelona se había sublevado y que debían seguir el ejemplo.[5]

El Comité de Defensa Regional Catalán constaba, básicamente, de miembros del grupo Nosotros, con Durruti, Oliver y Ascaso. Durruti, en representación del Comité de Defensa Nacional de la CNT, había viajado a Andalucía a principios de año para participar en un congreso de la CNT y coordinar los planes de la revuelta. Todo giraba en torno a Barcelona. Si el movimiento fracasaba allí, la operación tendría que ser abortada.

La prematura explosión de dos bombas cerca de los cuarteles centrales de la policía de Barcelona obligó a reaccionar a los insurgentes. Cuadros de Defensa conjuntos de la CNT y la FAI atacaron una serie de cuarteles de la capital catalana, pero las autoridades estaban al corriente de los planes de insurrección y esperaban preparados. Lo que se suponía que tenía que ser una operación

sorpresa se convirtió en una trampa muy bien preparada. La mañana del 8 de enero, el presidente Azaña anotó en su diario:

A las 11 de la mañana, Casares [Quiroga, ministro de Interior] me ha dicho por teléfono que según todos los indicios el ataque anarquista que esperábamos tendrá lugar hoy, a última hora de la tarde. Sus planes son asaltar los cuarteles militares de Barcelona, Zaragoza, Sevilla, Bilbao y de otros puntos. También se espera algo en Madrid, pero de menor importancia. Enviaré instrucciones a los generales de división.[6]

Los trabajadores del ferrocarril, que mayoritariamente pertenecían a la UGT, no se sumaron a la huelga. Sus dirigentes sindicales nacionales se alinearon con la ejecutiva de la UGT. A los líderes catalanes de la rebelión, García Oliver y Gregorio Jover incluidos, los detuvieron muy pronto. A mediodía, ya habían sofocado la insurrección en Barcelona. Ni los soldados en los cuarteles, ni la población en general, respondieron a la llamada de la revolución.

Mientras tanto, sin embargo, Manuel Rivas, en calidad de secretario del Comité de Defensa Nacional, había telegrafiado a los otros comités regionales informándoles de que Cataluña se había sublevado. Aunque firmó el telegrama sólo en su nombre –no como secretario nacional de la CNT– se dio por supuesto que la información llegaba en nombre del Comité Nacional, no del Comité de Defensa Nacional. Nada más recibir el telegrama, los comités regionales del Levante y Andalucía ordenaron a sus afiliados que imitaran el ejemplo. El periódico de orientación anarquista La Tierra, también contenía informes prematuros que hablaban de que la insurrección se propagaba rápidamente por toda la península, y de una huelga general que estaba en marcha. Antes de que se pudiera rectificar el error, los grupos de defensa locales de ciertos distritos empezaron a entrar en acción para proclamar el comunismo libertario.

En la ciudad catalana de Ripollet, los anarquistas tomaron el ayuntamiento; desplegaron la bandera roja y negra de la CNT; proclamaron la fraternidad universal, la abolición del dinero, de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre. Después procedieron a quemar todos los archivos legales, especialmente las escrituras de propiedad, en la plaza principal. El

comunismo libertario también fue declarado en Valencia y Lérida, además de en las ciudades de Riba-roja, Bétera, Pedralba y Bugarra. Esos movimientos locales aislados pronto fueron aplastados por la rápida llegada de refuerzos de las áreas circundantes. En Andalucía, los acontecimientos condujeron a lo que se convertiría en un infame incidente en el empobrecido municipio de Casas Viejas.

La mañana del 11 de enero, sin saber que la sublevación había sido sofocada en todos los otros puntos de la península, los representantes del grupo local de la FAI, la organización Juventud Libertaria y el sindicato CNT convocaron al alcalde de Casas Viejas para informarle de que habían proclamado el comunismo libertario y que ya no se requerían sus servicios como funcionario del Estado.[7] Dadas las distorsionadas interpretaciones del alzamiento de Casas Viejas, es importante recalcar que debería verse en el contexto de una revuelta organizada a nivel nacional y no como la acción espontánea de un pequeño grupo aislado de entusiastas locales que hacían una declaración de «independencia municipal característica de la tradición milenaria del anarquismo rural».[8] La tragedia subsiguiente la recordó Eduardo de Guzmán, el editor anarquista de La Tierra:

Durante unas horas, los trabajadores fueron los amos del pueblo y se proclamó el comunismo libertario. Desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, tuvieron motivos para creer que la revolución había triunfado en España. La bandera roja y negra ondeaba agitada por la brisa; campesinos armados controlaban la situación. Durante esas horas fugaces de victoria a los obreros no les pasó por la cabeza vengarse de nadie, ni destruir nada, ni molestar a nadie que pudiera ser enemigo suyo. Había varios caciques (jefes políticos) en el pueblo, junto con sus familias. No importunaron a nadie, ni exigieron nada a nadie; a todos los trataron con respeto. Lo mismo se puede decir de las pocas tiendas, la iglesia y su sacerdote. El comunismo libertario empezó, como en todos los otros pueblos en donde lo proclamaron, sin violencia de ningún tipo, sin asesinatos, robos, o violaciones, y se dejó a todo el mundo en completa libertad. El único propósito de la gente era desarmar a los que podían ser obstáculos para la consolidación de una revolución triunfal. Así se comportaron los campesinos de Casas Viejas. A pesar de su falta de conocimientos y del hambre que gruñía en sus tripas... (Todo eso no evitó que días más tarde, un estúpido señorito de Medina hablase de la supuesta intención de los revolucionarios de compartir a las mujeres).[9]

El relato de Eduardo de Guzmán de la posterior matanza a sangre fría de los campesinos de Casas Viejas causó tal impresión que resquebrajó los cimientos del gobierno de Azaña. Al alba, después de que la chabola de Seisdedos quedara destruida y de que las llamas consumieran su cuerpo y los de sus seis hijos y un nieto, las tropas republicanas arrasaron el pueblo y detuvieron a todos los que pudieron capturar. Después, los prisioneros fueron conducidos hacia las brasas ardientes en que la familia de Seisdedos había muerto, y allí el oficial al mando, el capitán Rojas, ordenó que les dispararan a sangre fría. El saldo final fue de veintidós prisioneros muertos, tres guardias asesinados, y puede que cuatro heridos. El presidente Azaña, el supuesto autor de la orden, «Ni heridos, ni presos; disparadles a las entrañas» tachó las acusaciones de asesinato a sangre fría de las tropas republicanas de «cuento de hadas».[10]

En un artículo en La Voz Confederal, una publicación clandestina de la CNT, Durruti dio su opinión sobre las razones del fracaso de la insurrección de enero:

Evidentemente, las circunstancias no eran propicias. ¡De lo contrario, no estaríamos en prisión! Pero es igualmente cierto que vivimos en un periodo prerrevolucionario y que no podemos permitir que la burguesía lo domine reforzando el poder del Estado. Del mismo modo, debemos evitar que el Estado se fortalezca destruyendo a los sindicatos, que es la ambición política de los socialistas y de algunos de nuestros antiguos camaradas.

Desde esta perspectiva debemos interpretar el intento revolucionario del 8 de enero. Nunca creímos que la revolución consistiese en el asalto al poder de una minoría que impondría una dictadura al pueblo. Nuestra conciencia revolucionaria repudia ese fin. Nosotros queremos una revolución por y para el pueblo. Sin esa idea, ninguna revolución es posible. Sería un golpe de Estado, nada más. Y nosotros, desde las fábricas, las minas y el campo, queremos desarrollar una revolución social eficaz. En nuestra acción no hay blanquismo ni trotskismo, sino una clara idea de que la marcha es larga y que hay que hacerla moviéndose, andando. Con esta incógnita, no se puede estar seguro de cuando estallará esto.[11]

Ante el desastre total, los comités regionales y nacional de la CNT se negaron a asumir la responsabilidad oficial de la infortunada revuelta de enero.[12] Mientras los camaradas todavía luchaban en las calles y pueblos del Levante y Andalucía, el periódico madrileño de la CNT se afanaba en negar toda la responsabilidad de los acontecimientos que tenían lugar. Su titular del 9 de enero afirmaba, «Esto no es una revolución. ¿Es una trampa que nos han tendido?».

Al día siguiente, Solidaridad Obrera hizo una declaración ambigua:

No podemos condenar el movimiento del domingo. Y por otra parte, no podemos aceptarlo como un acto de la Confederación Nacional del Trabajo, porque la organización no estaba al corriente de los acontecimientos.

A pesar del hecho de que la sublevación había sido planeada y coordinada por el Comité de Defensa Nacional de la CNT y desencadenada por el Comité de Defensa Catalán, y que la FAI no desempeñó ninguna función organizativa, el Comité Peninsular de la FAI de repente intervino para asumir la plena responsabilidad. Fue, sin duda, un gesto propagandístico dirigido a desviar la inevitable represión gubernamental de la organización sindical. Pero sólo fue un gesto; como era una asociación ad hoc, no registrada, y por tanto ilegal, sin estructura jerárquica de mando, ni responsabilidad ante la ley, había pocas probabilidades o posibilidades de que las autoridades intervinieran en base a esa afirmación.

En una declaración del 11 de febrero de 1933, titulada La FAI al Pueblo, el Comité Peninsular de la FAI dijo:

Decimos fuerte y claro, lo afirmamos con rotundidad, que asumimos toda a responsabilidad por lo ocurrido los días ocho y nueve como protesta violenta contra actos arbitrarios. Estamos hartos y cansados de tantos crímenes gubernamentales. Es natural que recurramos a métodos que nos ayuden a hacernos oír, y es razonable que no cesemos hasta que terminen los insultos, el

sarcasmo, las burlas y los actos violentos contra el pueblo angustiado y hambriento.

Queremos asumir toda la responsabilidad, ya que no pedimos la colaboración de nadie, ni el apoyo de la clase obrera, ni siquiera de la CNT; y no advertimos ni a nuestros mejores amigos lo que teníamos la intención de hacer; y seguiremos adelante por este camino, con el objeto de ser los únicos con la responsabilidad que se deriva de una actitud de rebelión y protesta.

Conocemos las tácticas del enemigo por experiencia y, por esa razón, preferimos no convocar a las organizaciones de trabajadores para que nos ayudaran y participaran en la protesta. Somos bastante fuertes para actuar por nuestra cuenta y asumir toda la responsabilidad.

La revolución social pronto tendrá lugar. Contamos con las simpatías del pueblo revolucionario y con el arma indestructible de la razón. Que tiemblen los gobiernos opresores y sus cómplices. ¡Adelante camaradas! Todos a sus puestos y a esperar el momento. En la bandera roja y negra hemos escrito las palabras, «Amor y justicia». Somos invencibles. Larga vida a los trabajadores libres de la ciudad y el campo. ¡Larga vida al comunismo libertario! ¡Larga vida a la Federación Anarquista Ibérica![13]

La opinión de José Peirats sobre las medidas revolucionarias de 1932 y 1933 fue más crítica:

Desde un punto de vista estratégico fueron catastróficas. No había un plan, o era deficiente. Nos faltaron los medios para una lucha seria y nos limitamos a atacar en las zonas pobladas. Al perderlas, no había planes para una campaña de guerrillas rural. Excepto en Andalucía, nos faltaba una auténtica organización campesina. Nos hicimos enemigos de la pequeña burguesía, a la que

aterrorizamos con la falta de psicología de nuestra propaganda. Además, muchos de los que lucharon por el comunismo libertario no creían que pudiera ser implantado con un simple golpe de audacia a sangre fría en un momento determinado. Muchos salimos a las calles por amor propio, no por convicción.[14]

En cuanto a la implicación de la FAI en las sublevaciones, José Peirats, secretario de la Federación Local de Barcelona de Grupos Anarquistas en ese momento, recuerda que después de la revuelta de enero de 1933, su federación pidió al grupo Nosotros que asistiera a una reunión clandestina en Monte Horta para explicar su conducta.

García Oliver, Aurelio Fernández y yo no podemos recordar quién más asistió a la reunión. Ellos sostuvieron que, aunque no pertenecían a la organización, habían decidido participar por deferencia, por nada más.

Peirats añadió:

En calidad de secretario general de los grupos de Barcelona hasta mediados de 1934, estoy en condiciones de garantizarles que ni Durruti, ni García Oliver formaban parte de la organización específica.[15]

La violencia gratuita de la represión que siguió a la sublevación de enero de 1933, alimentó una masiva campaña de propaganda antigubernamental, que tanto los políticos de izquierdas como de derechas explotaron al máximo. Viéndose el gobierno obligado a asumir posturas cada vez más defensivas contra la presión combinada de las elites de poder agraria e industrial, la credibilidad del Partido Socialista como partido del gobierno y representante parlamentario del movimiento obrero decayó aún más.

[1] Paul Preston: The Coming of the Spanish Civil War, Londres, 1978, p. 61. Grandizo Munis, Jalones de Derrota: promesa de victoria, México, 1948, p. 74.

[2] Los grupos de defensa de la CNT y la FAI de Sevilla desempeñaron un papel muy importante en la derrota del alzamiento del general Sanjurjo el 12 de agosto de 1932. El Comité de Defensa formó un Comité Revolucionario, que animó a la gente a salir a las calles y guió a los insurgentes.

[3] Solidaridad Obrera, 3-12-1939.

[4] Peirats dice que existía una «especie de súper FAI, que hablaba en nombre de la organización peninsular, pero que ni pertenecía a ella, ni tenía que rendirle cuentas. Cuando digo que había otra FAI por encima de los que éramos sus representantes oficiales, me refiero a Ascaso y Durruti, y en particular a García Oliver, el auténtico Robespierre de la revolución». Carta a Juan Gómez Casas. La FAI, op. cit.. Véase también la carta a Frank Mintz, op. cit.

[5] Schapiro, op. cit., p. 8.

[6] «Papeles inéditos de Azaña», 8-1-1993. Citado por Joaquín Arraras, Historia de la Segunda República Española, Madrid, 1964, vol. II, p. 79. Véase también de Peirats: Anarchists in the Spanish Revolution, Toronto, 1977, p. 98.

[7] Según el periódico de la FAI Tierra y Libertad, la influencia de la FAI en Medina Sidonia fue «decisiva»; con catorce grupos en la zona, rivalizaba con la CNT. Tierra y Libertad, 11-3-1932.

[8] Raymond Carr: Spain 1808-1975, Oxford, 1982, p. 625. Eric Hobsbawm, al defender su tesis de que el anarquismo español era «milenarista» y que le faltaba «organización, estrategia, táctica y paciencia» da a entender que la sublevación de Casas Viejas, el ejemplo del que extrae su conclusión de «milenarismo», fue convocada por Seisdedos, que tenía una gran «ascendencia sobre las masas». Primitive Rebels, Manchester, 1978, pp. 79-92.

[9] Peirats: La CNT, op. cit., vol. I, cap. 3.

[10] Manuel Azaña: Obras Completas, México, 1966, vol. II, pp. 540-541.

[11] Abel Paz: Durruti: The People Armed, Montreal, 1976, p. 137.

[12] El delegado de la FAI en el Congreso de Zaragoza de mayo de 1936 aclaró la versión oficial con respecto al papel de la organización anarquista durante los sucesos de enero de 1933: «Caímos en la trampa de una revuelta preparada por la CNT. Y tuvimos que proseguir incluso cuando los portavoces de la Confederación nos repudiaron... No es que nos quejemos. Sabemos que las organizaciones sindicales, siempre que se involucran en el proceso revolucionario, caen, inevitablemente, en contradicciones. Y contradicción no es lo mismo que traición... Hacer marcha atrás era imposible. Había una presión constante desde todos los sectores del movimiento. Todo lo que no se adaptaba a la corriente, al avivarlo el celo revolucionario, se convertía en sospechoso. Uno tiene que saber qué significa ordenar una retirada, que era precisamente la intención cuando se supo que los ferroviarios no habían ido a la huelga». La declaración del delegado de la FAI concluía: «¿La CNT no asume lo de enero? ¿Y la FAI lo hace? La revuelta fue de la CNT. Los cuadros de defensa son de la CNT. Y la orden se la dio la Confederación». (Actas del Congreso de Zaragoza). Según Juan Gómez Casas, se había contactado previamente con la FAI, pero ésta había insistido en dos prerrequisitos antes de comprometerse a apoyar la revuelta. El primero, que se abrieran cinco o seis frentes guerrilleros a nivel nacional para respaldar las diversas revueltas de los pueblos. El segundo, el incremento de las cuotas confederales para financiar la compra de los medios necesarios para la revuelta.

[13] CNT, 11-2-1933.

[14] José Llop: El movimiento libertario español, París, 1974.

[15] Carta de Peirats a Frank Mintz, 7-6-1985.

XVII. EL CAMINO A 1936

A medida que la crisis mundial se hacía sentir en la economía, y que el desempleo afectaba a casi todas las familias de la clase obrera, los trabajadores españoles se radicalizaban más. La Barcelona industrial se vio especialmente afectada. Aumentó el número de hurtos y de robos a mano armada en la ciudad. En respuesta al auge de la delincuencia, del que la prensa burguesa culpó a los anarquistas, la FAI lanzó una campaña de contrapropaganda para convencer a los trabajadores de que las soluciones individuales no eran la respuesta a sus problemas. Se recalcó que la acción colectiva y la huelga general revolucionaria eran las únicas reacciones efectivas ante la explotación y la injusticia. Al provenir estas afirmaciones de «expropiadores» tan legendarios como Durruti, Ascaso, Oliver, etc. –todos los cuales habían renunciado a sus vidas clandestinas y para entonces eran activistas respetados y consagrados al sindicato y a la comunidad– quedaba muy claro que el «bandidaje» no tenía nada que ver con las prácticas revolucionarias del anarquismo.

En las Cortes, el clima político era igualmente tenso. La esencia del problema se hallaba en las contradicciones inherentes y en las irreconciliables diferencias entre los dos bloques de poder enfrentados. Los extremistas de la derecha, las viejas elites agrarias, estaban representados por el Partido Agrario, el partido de los terratenientes castellanos, dirigido por el pro-monárquico Martínez de Velasco, y la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), el partido católico dirigido por el abogado salamantino José María Gil Robles. Entre esos dos partidos representaban a todos los oligarcas hacendados y teócratas, que habían controlado a España durante siglos y que seguían llevando las riendas de la vida económica y social del país durante la República.

Frente a ellos estaban los extremistas del centro, los de la burguesía agraria, comercial e industrial, que giraban en torno al Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux. Ambos bandos veían la lucha por el poder político en términos de suma cero. Los avances legislativos de un bando posiblemente comportarían un perjuicio material irreversible para los intereses de clase del otro. La derecha, por ejemplo, consideraba que la reforma agraria liberal, la jornada laboral de ocho horas, y los recortes del poder de la Iglesia representaban tan grave amenaza para los cimientos de su sociedad –propiedad,

privilegios, religión y tradición– como la revolución social. Respondió con todos los poderosos recursos de que disponía, en una especie de cruzada para reafirmar los valores «tradicionales» de la España pre-republicana. Se sirvió de las fuerzas del antiguo régimen para apartar del gobierno a los socialistas y a los cada vez más numerosos demócratas liberales burgueses, y abolir las pocas reformas provisionales que habían podido introducir en el código de leyes, especialmente la fastidiosa ley de los límites municipales.

Durruti y Ascaso, «los terribles faístas» que habían estado escondidos desde la sublevación de enero, por fin fueron detenidos en abril de 1933. Ese mismo mes, Ángel Pestaña, anunció oficialmente la formación de su Partido Sindicalista. El doctor Josep Dencàs, consejero de Orden Público de la Generalitat catalana, y su jefe de la policía, Miquel Badía, emitieron un comunicado conjunto anunciando que la FAI ya estaba «completamente desmantelada».

Desde principios del verano de 1933, el péndulo político en España empezó a acercarse más a la derecha. Las provocaciones fascistas y de la derecha aumentaron en proporción directa a las amenazas a la propiedad, posición y privilegios de la oligarquía terrateniente. Un ataque por parte de jóvenes fascistas jonsistas (de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) a las oficinas de los Amigos de la Unión Soviética fue atribuido a los anarquistas. El gobierno tomó eso como una buena excusa para acorralar a un grupo de anarquistas.

Una crisis gubernamental en septiembre de 1933 llevó al poder a Alejandro Lerroux. Su gabinete constaba de radicales, republicanos de izquierdas y socialistas radicales, pero no había miembros del PSOE. Los socialistas no sólo quedaron al margen del gobierno, además la UGT perdió muchos militantes que se fueron a la CNT. La respuesta del Partido Socialista de Largo Caballero ante la desbandada de su militancia fue adoptar, no sólo la retórica, también las supuestas tácticas de la revolución.

Los socialistas también comprendieron que no se podía ganar nada más colaborando con una burguesía republicana débil y vacilante que temía a las masas y estaba demasiado asustada para desafiar a la base del poder económico de la todavía poderosa elite terrateniente. A principios de octubre, el líder socialista Indalecio Prieto, declaró ante las Cortes que los socialistas renunciaban a buscar más acuerdos con los republicanos y anunció que no habría más colaboración entre ellos y los futuros gobiernos republicanos de ninguna tendencia.

La presidencia de Lerroux fue efímera. Diego Martínez Barrio, el presidente interino, disolvió las Cortes. Se convocaron nuevas elecciones para noviembre.

A finales de 1933, la República había perdido toda la legitimidad a los ojos de los trabajadores y de las elites agraria, comercial, clerical y militar. El historiador Víctor Alba escribió:

Los 18 meses de administración republicana, las provocaciones de la derecha y la indecisión de la izquierda costaron la vida a 400 personas, 20 de las cuales pertenecían a las fuerzas de la ley y el orden –3.000 personas resultaron heridas, 9.000 detenidas, 160 deportadas; hubo 30 huelgas generales y 3.600 paros parciales; se suspendió la publicación de 161 periódicos, cuatro de ellos de la derecha.[1]

En medio de tanta tensión, la FAI se reunió en un Plenario Nacional en Madrid en octubre de 1933. Asistieron 21 delegados en representación de 569 grupos y 4.839 afiliados. En su informe al Plenario Nacional, el Comité Peninsular admitió que la FAI asumió la responsabilidad de la revuelta del enero anterior simplemente para aliviar a la CNT el peso de la represión.

A pesar de que alrededor de 9.000 activistas anarquistas y de la CNT estaban en prisión en ese momento, la FAI registró un aumento de la afiliación. No obstante, a pesar de que contaba con alrededor de 5.500 afiliados, la FAI todavía representaba a una pequeña sección del movimiento anarquista español.[2]

El Plenario acordó que la CNT mantuviese la influencia anarquista y la trabazón. También acordó acelerar la presión en la deteriorada economía capitalista y recomendar la abstención en las siguientes elecciones. Otras resoluciones incluyeron más actividad antimilitarista, el refuerzo de la prensa anarquista y el traslado del Comité Peninsular a Zaragoza.

Quizá la resolución más importante acordada por la asamblea plenaria de la FAI fue la decisión de negarse a apoyar a la brutal república burguesa en las urnas, y hacer, en cambio, una llamada a la revolución social. El punto número 5 de la orden del día decía:

[Por tanto] la conclusión de esta agrupación de trabajadores es que debemos dirigir nuestra acción a minar los cimientos de la economía capitalista, a frenar su desarrollo en todas sus manifestaciones y a precipitar su colapso...

Los grupos anarquistas de la FAI dedicaran todos sus esfuerzos a lograr la descomposición del capitalismo y a lanzar un constante ataque revolucionario contra cualquier aventura fascista por parte de los partidos políticos, sin distinción. Los grupos estarán en pie de guerra por la lucha contra el fascismo nacional e internacional, incubado por la ciega determinación de los partidos a cumplir los requisitos últimos del capitalismo. Cualquier posible acción de la reacción debe ser combatida con el compromiso de nuestro pueblo de hacer la revolución social.

Cataluña añadió a la resolución que:

No podemos quedarnos callados ante la presente amenaza. Como principio ideológico debemos recomendar la abstención. En el caso de una posible victoria revolucionaria, debemos lanzarnos a la revolución sin más dilación.[3]

La Federación Local de la CNT de Barcelona respaldó la posición faísta plenamente. La siguiente manifestación apareció en Solidaridad Obrera a finales de octubre:

Sí, a consecuencia de nuestra campaña antielectoral... la reacción intenta instalarse en el poder en España, los trabajadores revolucionarios de la CNT tendrán suficiente gracia, coraje y honor para colocarse en la primera línea de la batalla y destruir a la reacción, empleando todos los medios violentos y armas necesarios.[4]

El día anterior, en un Plenario de la CNT Regional en Madrid, se acordó por unanimidad que la organización se pusiese en pie de guerra en el caso de que se produjera una victoria de la derecha en las elecciones.

De acuerdo con las decisiones antielectorales del Plenario Nacional de la FAI y del Plenario de Regionales de la CNT, decisiones claramente influenciadas por la inexorable y perversa mentalidad antianarquista y por las políticas de los partidos de izquierda, los anarquistas se embarcaron en una masiva campaña antivoto en la carrera hacia las elecciones del 19 de noviembre de 1933.

«¡No votéis!» decían los eslóganes y los pósters que cubrían los muros de las principales ciudades, «porque ese acto banal expresa la ritualización de vuestra esclavitud».

Eslóganes similares se repitieron en concentraciones públicas y en las páginas de la prensa anarquista por todo el país.

La decisión de no votar no fue sólo una declaración de guerra a la directiva del partido socialista y a los burgueses republicanos que durante treinta meses en el poder habían intentado implacablemente limitar y frustrar las esperanzas y las aspiraciones de los pobres de España.

Los anarquistas consideraban que sus deberes como revolucionarios eran analizar y aconsejar a los trabajadores con respecto a las posibles consecuencias de sus votos. Ligada a la estrategia de la revolución social, la campaña antivoto no sólo era un ejercicio de autoindulgencia en principios abstractos –se convirtió en un constructivo gesto de afirmación en el futuro, y en una declaración de intenciones revolucionaria.

La campaña culminó el 16 de noviembre con una concentración masiva en el Palacio de las Bellas Artes de Barcelona. A un concurrido auditorio se dirigieron los oradores de la FAI y de la CNT, entre ellos Domingo Germinal, Valerio Oroban Fernández, secretario de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y unos de los pocos líderes de la CNT que no pertenecía a la FAI, y Buenaventura Durruti. El eslogan era «Revolución social en vez de urnas».

Durruti cerró el mitin diciendo:

Trabajadores, se acercan tormentas. Para estar preparados para todas las emergencias, la FAI aconseja a los trabajadores de la CNT, ya que son ellos los que controlan las fábricas y los centros de producción, que no los abandonen. Deben quedarse cerca de las máquinas. Organicemos consejos de trabajadores y usemos las técnicas que deberían ser básicas en la nueva economía social y libertaria.

Los anarquistas, como siempre, cumplirán con su deber y serán los primeros en lanzarse a la lucha. La ocupación de las fábricas en Italia debería servirnos de lección. Su ejemplo debería propagarse sin cesar, ya que, como en todas las insurrecciones, se debe estar a la ofensiva. Estar a la defensiva siempre comporta la muerte de la sublevación, por tanto, la toma de las fábricas sin cooperación desde fuera implica la muerte por aislamiento. Los trabajadores no tienen nada más que perder que sus cadenas. Larga vida a la revolución social.[5]

[1] Víctor Alba: Histoire des Republiques espagnoles, Vincennes, 1948, p. 257.

[2] Incluyendo al apoyo escrito del Levante y Asturias, había 632 grupos que representaban a 5.334 individuos (8.43 miembros por grupo). Ni el norte, ni Canarias estaban representados. En un artículo en que convocaba a más miembros, José Benet escribió: «Ahora mismo, hay muchos anarquistas que no trabajan en la FAI, directa o indirectamente. Recordamos a todos ellos la necesidad de que se agrupen y se afilien a la FAI». «Una llamada urgente», Tierra y Libertad, 8-8-1993. Las cifras de la FAI se han exagerado mucho. David Miller, un estudioso del anarquismo, calcula que la militancia a partir de 1930 era de alrededor de «10.000 militantes anarquistas», que ejercían la «hegemonía en el sindicato» (Anarchism, Londres, 1984, p. 137). Brenan también habla de «unos 10.000» (The Spanish Labyrinth, Cambridge, 1976, p. 184, n.2), mientras que Woodcock afirma que los 30.000 afiliados de 1936 se convirtieron en 150.000 en 1937 (Anarchism, Londres, 1963, p. 363). Hugh Thomas da la cifra de 160.000 para 1936, «prácticamente la misma» que el Partido Socialista (The Spanish Civil War, Londres, 1977, p. 523).

[3] Memoria del pleno nacional de regionales de la FAI, Barcelona, 1933, p. 12.

[4] Solidaridad Obrera, 31-10-1933.

[5] Solidaridad Obrera, 17-11-1933.

XVIII. DICIEMBRE 1933– ¿MILENARISTAS O «MILITANTES CONCIENCIADOS»?

Inevitablemente, la derecha ganó las elecciones. Con un porcentaje de abstención del 32 por ciento en el conjunto del Estado, y del 40 por ciento en Cataluña, la izquierda autoritaria, que se estima que perdió un millón y medio de votos, sufrió una derrota total.[1] Los socialistas sólo lograron 60 escaños de los 116 que obtuvieron en 1931. Con la victoria de la derecha, les llegó el turno a los socialistas de ser las víctimas de la represión, que previamente habían infligido ellos como miembros de la anterior administración. El 3 de diciembre, el Ministerio de Interior declaró el estado de emergencia. Para los anarquistas, el Bienio Negro –tal como se denominó al periodo represivo subsiguiente– fue meramente una continuación de la represión que empezó en el verano de 1931.

El «victorioso» abstencionismo de la CNT en las elecciones de noviembre de 1933 no debería interpretarse como un mero gesto pasivo y vano. Para los anarquistas, era un prerrequisito necesario para la insurrección que había de producirse después. Los activistas de la CNT y de la FAI, que se habían comprometido con la revolución social por considerarla el único modo de cortar el nudo gordiano de la democracia liberal, no tenían la intención de renegar de esa promesa. Al cabo de unos días de la victoria parlamentaria de la derecha, el Comité de Defensa Nacional nombró un comité revolucionario para planificar y coordinar la revuelta. Sus miembros eran Joaquín Ascaso, Durruti (según Oliver, se unió al comité en contra de la opinión del resto de miembros del grupo Nosotros), Cipriano Mera, García Chacón, Casado Ojeda, Moisés y Jesús Alcrudo, Antonio Ejarque, Felipe Orquín, Ramón Andrés y el doctor Isaac Puente, el autor de Comunismo libertario. Eligieron Zaragoza como base del Comité de Defensa Nacional por su proximidad al Comité Nacional de la CNT. Se fijó la fecha del levantamiento, el 8 de diciembre de 1933, el día previsto para la apertura oficial de las Cortes derechistas.

El alzamiento fue anunciado por la espectacular fuga de cincuenta y ocho presos de la cárcel Modelo de Barcelona. Se convocaron huelgas generales en Zaragoza, Barcelona, Huesca, Valencia, Sevilla, Córdoba, Granada, Badajoz, Gijón y Logroño. Se proclamó el comunismo libertario en muchos pueblos y ciudades, especialmente en las localidades viticultoras que salpicaban los

márgenes del río Ebro en Aragón y la Rioja. Curiosamente, la mayoría de los militantes anarquistas que participaron en la revuelta de los pueblos del Ebro eran minifundistas, agricultores, cooperativistas y pequeños propietarios de granjas, hecho que da más peso a la teoría de que los motivos de esos hombres y mujeres eran revolucionarios y no meramente económicos.[2] Significativamente, el alzamiento tuvo pocos apoyos en Cataluña, el Levante y Andalucía, las regiones que más habían sufrido la represión que siguió al levantamiento del mes de enero anterior y cuyos militantes más comprometidos y ejemplares estaban en la cárcel.

En las zonas dominadas por los socialistas, como Asturias y Bilbao, las huelgas fueron parciales y esporádicas. La falta de una respuesta favorable por parte de los socialistas, la apatía de la mayoría de la gente, y la intervención desmoralizadora del ejército de soldados conscriptos, condenaron la revuelta al fracaso desde sus inicios. En Barcelona, donde la mayoría de los dirigentes fueron arrestados incluso antes de que se iniciara la insurrección, la lucha se limitó a un breve intercambio de disparos en unos cuantos barrios obreros. Fue, tal como se ha dicho más arriba, en la Rioja, Aragón y Navarra principalmente donde la revuelta tuvo éxito. En Zaragoza, por ejemplo, los revolucionarios fueron capaces de resistir durante siete días, hasta que la policía y el ejército recuperaron la ciudad. El 15 de diciembre, cuando por fin terminó la lucha, el saldo final estimado por José Peirats fue de 87 muertos, infinidad de heridos y 700 personas castigadas con largas condenas en prisión.

Desde su celda de la prisión, el doctor vasco Isaac Puente, uno de los organizadores de la revuelta, reflexionó sobre los diversos factores que contribuyeron al fracaso de la insurrección:

El episodio tuvo lugar durante una helada, en medio de un tiempo inclemente, que boicoteó la empresa con todos los rigores del frío, la lluvia y la nieve. Toda la facción anarquista de la Confederación, su elemento vital y activo, se empleó para desencadenar ese acto revolucionario e impulsar a los elementos pasivos y timoratos de la CNT, que sólo se movilizaron en algunos pueblos. La gente, arruinada por el miedo y una educación conformista, no se dejó arrastrar por el fervor revolucionario que movía a los «heraldos», cuya impaciencia y fe hablan de la urgencia de la renovación de la sociedad. Debido a diversas circunstancias adversas, el apoyo con el que contaban no se materializó y, como consecuencia

lógica de ello, la revuelta no pudo propagarse más allá de la escala que había alcanzado el primer día.

El secretariado de la organización anarcosindicalista internacional AIT manifestó su opinión a posteriori:

El abstencionismo pasivo en los países en que la abstención puede viciar completamente las elecciones, es un movimiento estéril si no lleva en su seno gérmenes ‘dinámicos’. El ‘victorioso’ abstencionismo de la CNT en noviembre de 1933 fue en realidad una ‘derrota’ para la CNT, a causa de la fracasada insurrección de diciembre de ese mismo año. Si esa insurrección ha tenido ciertas derivaciones es debido a que la CNT, en el periodo de su abstencionismo, superficialmente victorioso, y probablemente antes, no se ocupó del periodo inmediato a esa victoria. Es por esto que la esterilidad del abstencionismo pasivo no hizo más que acentuarse con la victoria inútil, por falta de preparación de los hechos que debieran haberle dado efectividad. En Francia, donde el abstencionismo consciente de las masas revolucionarias no puede, actualmente, ejercer influencia más que en las propagandas de nuestras ideas, pero de ninguna manera en los resultados de unas elecciones generales, el abstencionismo «pasivo» no tiene hoy consecuencias. Tiene tan sólo el carácter de una declaración de principios que, más pronto o más tarde, tendrá que ser puesta en práctica, sobre bases previamente estudiadas y preparadas.

En España, esas bases tendrían que haber sido elaboradas. Todas las ocasiones propicias deben ser aprovechadas para dirigir nuestra lucha en el sentido de ‘acción directa revolucionaria’. En la lucha contra la reacción y contra el Estado, una huelga general expropiadora puede y debe ser el preludio de esta acción. Un abstencionismo victorioso que coloca al Estado y su aparato en postura delicada –y tal era el caso de noviembre de 1933– puede y debe ser también el preludio de tal acción, si no quiere perder el efecto dinámico que una victoria pasiva de ese género lleva en sí misma.[3]

[1] Abel Paz: Durruti: The People Armed, Montreal, 1976, p. 147.

[2] Cuadernos para una enciclopedia del anarquismo español, núm. 36, septiembre 1935.

[3] Ibíd., vol. I, cap. 6.

XIX. LLEGAN LOS «PLANIFICADORES»

A principios de 1934, con la mayoría de los anarquistas revolucionarios escondidos o en prisión, los cambios que habían empezado a producirse en la FAI el año anterior comenzaron a notarse más tanto en la estructura como en la militancia. Y lo que había sido la vanguardia de la militancia de la CNT, se convirtió en el caldo de cultivo de una nueva raza de intelectuales bohemios, gestores y publicistas. Hubo un claro viraje hacia la centralización y un mayor empeño en convertir a la FAI en un «centro de excelencia» organizativo que «afilaría las armas de la revolución».[1] De Santillán, uno de los intelectuales disidentes que entraron en la FAI a mediados de 1933 al regresar de Argentina, fue el principal artífice del alejamiento de lo que él describió como «resistencia al capitalismo» y del acercamiento a la «preparación revolucionaria».

No es ya la defensa lo que ha de primar, sino el ataque, y ese ataque implica una mejor disposición de nuestras fuerzas, pues en el terreno económico la producción y el consumo no pueden ser interrumpidos, so pena de hacer odiosa la revolución y de tener que sostenerla sólo a base de nuevas dictaduras. La revolución será tanto más libertaria y tanto menos sanguinaria cuanto más preparada haya sido, cuanto más se haya previsto la ocupación y el funcionamiento del engranaje de la producción, la distribución y el consumo por los productores mismos.[2]

De Santillán estaba convencido de que tenía razón, igual que la gente del grupo Nervio que atrajo. Ese hombre que empezó como periodista trotamundos y dirigente sindicalista, se obsesionó con la necesidad de realizar una planificación económica y de formular un enfoque «científico» para el anarquismo. En los primeros años del siglo veinte, había dos principales escuelas de pensamiento dentro del anarquismo: el enfoque científico-racional que buscaba verdades objetivas, punto de vista defendido por intelectuales como de Santillán, y el método científico-naturalista, preferido por anarquistas como Isaac Puente, Ascaso y Durruti.

Conscientes de que la verdad absoluta no existía, los miembros de este último grupo desconfiaban de todos los sistemas predeterminados y con la imposición de soluciones de carácter preestablecido que pudieran acarrear las semillas de una nueva dictadura. El escritor anarquista Ricardo Mella subrayó los peligros de dichos sistemas en un ensayo escrito a principios del siglo:

Sistematizar es la labor de la ciencia; y sistematizando nos cerramos a la ciencia, dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado; la razón del fracaso de las creencias...

Más allí donde se alzara un nuevo andamiaje, donde se abrieran nuevos surcos y se edificaran nuevos muros, compareced con vuestros picos demoledores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir.[3]

De Santillán, sin embargo, no se conformaba con renunciar a los axiomas y a los principios generales como Isaac Puente. Obsesionado con la eficacia, quiso esbozar un sistema completo, con todas sus partes, y al que sólo faltara ponerlo en marcha.

Urge también la cooperación armoniosa con los trabajadores de la mayor cantidad posible de hombres de ciencia y de técnicos; pues sólo la ciencia, la técnica y el trabajo lograrán instaurar en la Tierra el paraíso soñado para ultratumba por las viejas religiones... Pues si para la resistencia contra el capitalismo era el obrero asalariado el factor primordial y único, para la reconstrucción social y económica, dado el desarrollo adquirido por los métodos productivos y por la cultura, se requieren todas las fuerzas progresivas y en particular, la trilogía nombrada: el trabajo, la ciencia y la técnica.[4]

Abad de Santillán creía que, mediante el trabajo de esos intelectuales anarquistas, «los mejores y más inteligentes», la FAI proporcionaría al anarquismo español la disciplina organizativa e ideológica que él pensaba que le faltaba para cumplir su función histórica de transformar la sociedad. De Santillán describió el trabajo del nuevo Comité Peninsular con modestia:

No seguimos las directrices de los altos comités, sino que partimos de abajo, de la educación y la propaganda constructiva. Yo me llevaba bien con el grupo, crucial hasta el momento, formado por Ascaso, Durruti, García Oliver y Companys. Eras camaradas espléndidos, generosos, formados en la lucha conspiradora y en la acción que entonces era necesaria. Poco a poco, empezamos a centrar la atención en actividades más relevantes, y la FAI congregó a los militantes mejor preparados, más formados y más responsables. Los disidentes nos quedamos en un segundo plano: publicamos revistas, libros y panfletos, y realizamos reuniones locales, regionales y nacionales de bastante nivel. Hubo mucho diálogo y fue precisamente entre los hombres de Los Solidarios donde hallé el mejor apoyo. La FAI no encarnaba la subversión sistemática, era un movimiento leal a la doctrina: en aquella época los aficionados a la acción heroica y épica se refugiaron en los comités de defensa. Y es innegable que se necesitaba defensa.

Hoy como ayer, tenemos exaltados, revolucionarios atolondrados. Pero la FAI dejó de ser un exponente de dicha exaltación al menos desde principios de 1934... No todos los buenos camaradas estaban en la FAI, muchos estaban fuera, pero moralmente formaban parte de ella y la prueba es que Tierra y Libertad tenía una tirada superior que todos los semanarios políticos juntos.[5]

No habría de pasar mucho tiempo para que la nueva casta de mandarines de los órganos directivos de la FAI se sintiera bastante fuerte para intervenir contra la «desproporcionada» influencia de los elementos espontáneos e «incontrolables» del movimiento, particularmente Los Solidarios/Nosotros y otros grupos revolucionarios de la clase obrera. La ofensiva contra los activistas de la Federación Local de Barcelona de la FAI la capitaneó el grupo A, alegando la

necesidad de un mayor «control» democrático en el seno de la organización. Pero precisamente quién tenía que administrar ese «control» no quedaba claro. La cuestión del derecho de las minorías no solo a disentir, sino también a proponer cambios en la organización también fue objeto de debate. Se adoptaron medidas para expulsar al grupo Nosotros, pero fueran infructuosas y ellos siguieron ejerciendo una poderosa influencia en la FAI y en la CNT hasta el estallido de la Guerra Civil.[6]

Progreso Fernández fue uno de los que lamentaron el cambio de dirección que había resultado del influjo de los recién llegados. Para él la FAI había dejado de ser la asociación anarquista a la que él se había afiliado en 1927:

Salí de la FAI en 1934, al volver del exilio; sus tendencias autoritarias ya eran evidentes. Mucha gente la dejó entonces –pero seguimos siendo anarquistas, porque el anarquismo es una actitud vital.[7]

José Peirats, en aquel momento miembro del grupo Afinidad y secretario de la Federación Local de Barcelona de la FAI, recordó más tarde:[8]

Mencionas la propuesta de expulsar a Los Solidarios y hablas de mi defensa de la cuestión de los derechos de las minorías. No puedo recordar ese asunto de la expulsión de Los Solidarios, pero recuerdo muy bien la razón exacta por la que dejé la FAI, cuyo secretario local fui durante el verano de 1934 (puede que en el mes julio). Mis dos colegas de la secretaría eran Magrina (Eusebio) y Cabrerizo. El último murió en la Plaza de Cataluña durante el sitio a las tropas rebeldes atrincheradas en el Hotel Colón y en el edificio de Telefónica. El motivo exacto fue que algunos grupos defendían la introducción en la FAI de lo que ellos denominaban disciplina: el voto y el cumplimiento de la ley de las mayorías. Nuestra opinión era que en la FAI, una organización de afinidad anarquista, la aplicación de tales procedimientos significaría la negación del precepto de libertad y por tanto de la más pura esencia del anarquismo. Perdimos la batalla y nos retiramos. Devolví el sello a Idelfonso González del grupo Nervio, que se convirtió en el nuevo secretario.

Para que entienda bien este asunto, deje que añada que la FAI estaba entonces (en 1934) casi desierta. Sólo seis grupos nos reuníamos en Las Planas o en las colinas de Horta. Durante el tiempo que fui secretario local –un periodo de un año exactamente– sólo vimos una vez a los Solidarios en persona. Les convocamos, a García Oliver y a los otros, porque habían viajado a Madrid para hablar con Lerroux. Su respuesta fue que accedían a acudir por cortesía, pero que no se sentían obligados a darnos explicaciones sobre sus actividades. Eso debió de ocurrir durante la primavera de 1933.

Lo que pretendo explicar es que los miembros de ese grupo, que jamás vimos en nuestras reuniones, eran más activos en los grupos de defensa que en la FAI, aunque en el estrado y en la prensa siempre se declarasen miembros de la FAI. Para defender este argumento deje que le diga que inmediatamente después de los acontecimientos del 8 de enero de 1933, los del grupo Afinidad llamamos a Durruti para que compareciera ante los grupos de la Federación Local (de la FAI). Para nuestro asombro, nos respondió que ninguno de los líderes de la insurrección formaba parte de la FAI.

Fue en el verano de 1934 cuando la FAI experimentó un aumento de la militancia. Eso tiene una explicación. No sé si recordará que por esa época hubo una llamada a todos los dirigentes de la CNT para que entraran en la FAI. A continuación, hubo una afluencia masiva, pero también muchas discusiones, ya que la variopinta multitud de recién llegados estaba muy segura de sí misma. Fue entonces cuando vi a Muñoz, Marianet, de Santillán, Toryhio y posiblemente también a tu grupo Z en la federación local.[9] Es posible que el hecho de que supuestamente hubiese otro grupo Los Solidarios en la Federación Local de Barcelona se debiese a que los auténticos propietarios del título no estaban, por así decirlo, bajo su control. El cambio de hombre a Nosotros posiblemente fue consecuencia de su regreso durante la afluencia de militantes de 1934 y de su incapacidad de obligar a los otros a cambiar el suyo.

En el verano de 1934, Largo Caballero, a través de intermediarios, hizo

insinuaciones a la CNT de Cataluña con relación a una posible alianza revolucionaria con la UGT. Significativamente, no contactó con el Comité Nacional de la CNT en Zaragoza, sino con el Comité Regional de Cataluña. Se preparó una reunión entre Rafael Vidiella y Vila Cuenca, presidentes de la UGT y del PSOE de Cataluña respectivamente, aparentemente en nombre de la directiva nacional, y Francisco Ascaso, para entonces secretario del Comité Regional de la CNT de Cataluña. A la primera reunión, Ascaso acudió acompañado de Buenaventura Durruti y García Oliver –los dos, miembros del Comité de Defensa Confederal de Cataluña.

Según García Oliver, Vidilla y Cuenca propusieron a los anarquistas catalanes –concretamente al grupo Nosotros– una insurrección conjunta de la UGT, la CNT y Esquerra, que sería de inspiración «federalista y socialista».[10] El objetivo era derrocar al gobierno derechista. Ascaso explicó que cualquier acuerdo tendría que formalizarse en una reunión conjunta con Largo Caballero. Se acordó una reunión para la próxima vez que el líder socialista estuviese en Barcelona. La reunión nunca se celebró. Companys se negó en redondo a tener nada que ver con esos «tipos de la CNT y la FAI». Hacerlo, afirmó, sería interpretado por el mundo como una prueba inconfundible de la debilidad del «Frente Popular». Companys aseguró a Caballero que, con la ayuda de los escamots, su ejército particular de jóvenes nacionalistas, sólo su reputación bastaba para congregar a toda la población de Cataluña tras ellos.

El 4 de octubre de 1934, Alejandro Lerroux formó un nuevo gobierno predominantemente de derechas. Estaba formado por radicales, empresarios agrarios, demócratas liberales y tres ministros de CEDA, el partido de los fundamentalistas católicos que todavía debía declarar su apoyo a la República. La noticia de la formación de este gabinete, con la participación de Gil Robles, un hombre comparado al líder fascista austriaco Dolfuss, fue la señal para que la UGT y el PSOE iniciasen su táctica por conseguir el poder –la revuelta.

En Asturias, el Comité Regional de la CNT, un sindicato minoritario con sólo 22.000 afiliados, había firmado un acuerdo local con el sector dominante de la UGT –la Alianza Obrera. La Alianza fue creación del marxista Joaquim Maurín, uno de los pro-bolcheviques que en los años veinte intentaron sin éxito infiltrarse en la CNT para controlarla. Fue una amalgama de sindicatos de oposición, formada tras el cisma treintista, socialistas y comunistas. Asturias fue la única región en donde la CNT firmó la Alianza.

A pesar de que se habían comprometido con la revuelta y de que les proporcionaron armas, ocurrió algo que no sucedió en ningún otro lugar, no invitaron a la CNT a participar en el Comité Revolucionario. Ni tampoco los líderes socialistas de la revuelta se acercaron al Comité Nacional de la CNT. Miguel Yoldi, el Secretario Nacional de la CNT, intentó, por iniciativa propia, ponerse en contacto con Largo Caballero y el comité revolucionario dominado por la UGT y el PSOE y con sede en Oviedo para coordinar las acciones de los dos sindicatos, pero todas las veces lo rechazaron.

La revuelta, organizada por los socialistas, con la minoría cenetista y comunista en un papel secundario, empezó en la región minera asturiana al alba del 5 de octubre. La UGT proclamó una huelga general sin buscar el respaldo de la CNT, pero a pesar de esa deliberada afrenta, los militantes confederales de toda España apoyaron los paros por solidaridad moral. Después de los primeros éxitos de los trabajadores asturianos, las tropas del gobierno rodearon la región y rápidamente acorralaron a los revolucionarios. La revuelta no se propagó más allá de Asturias y de algunas partes de León y Cataluña. En vista del desastre, el Comité Revolucionario controlado por el PSOE y la UGT ordenó finalmente una humillante retirada el 11 de octubre.

Los partidos gobernantes en Cataluña eran Estat Català i Esquerra, los primeros responsables de lo que esperaban que fuera un golpe al palacio. En un programa de radio retransmitido desde el Palacio de la Generalitat, Companys proclamó un estado catalán autónomo dentro de una República Española federal. También ofreció al gobierno federal provisional una sede en Cataluña, pero ni el «Frente Popular», ni la Alianza Obrera, ni los Rabassaires respondieron a las peticiones de ayuda. La Generalitat no pudo proporcionar armas a la Alianza Obrera, y los ataques injustificados y las detenciones de militantes de la CNT y la FAI por la policía de Badia contribuyeron en gran medida a alimentar las sospechas de los trabajadores respecto a los nacionalistas catalanes burgueses. Inmediatamente antes del levantamiento, la policía de la Generalitat registró las casas de todos los militantes anarquistas conocidos. A Durruti, por ejemplo, lo sorprendieron en su cama el 4 de octubre y estuvo detenido durante casi un año.

No obstante, la campaña antianarquista lanzada por los socialistas y la izquierda política desde el nacimiento de la República, debilitó materialmente a la CNT. Se calcula que hasta abril de 1933, 15.000 miembros de la CNT estuvieron en prisión.[11] La política de represión de la Generalitat contra la CNT, que el año anterior se vio obligada a actuar en la clandestinidad, se intensificó. Cerraron

Solidaridad Obrera, el diario catalán de la CNT, y todos los locales de la CNT, ateneos y centros culturales fueron precintados por la policía de la Generalitat a lo largo de 1934. Según Abad de Santillán, un comunista simpatizante de la Alianza de los Trabajadores les informó de que Dencàs había ordenado a sus hombres disparar contra todos los militantes de la CNT que divisaran en las calles. Cuando los militantes confederales intentaron reabrir sus sedes sindicales la mañana del alzamiento, la policía de Badia les disparó. Es irónico que los primeros tiros que resonaron en Barcelona fueran contra la CNT y los dispararan participantes en la revuelta contra el gobierno central.

Las oficinas de la editorial de Solidaridad Obrera también sufrieron ataques. Sin embargo, a pesar de las hostilidades, casi propias de una guerra, la CNT declaró una huelga general en apoyo de la insurrección.

Al cabo de unas horas de la declaración de Companys, el general Batet Mestres, capitán general de Cataluña, proclamó la ley marcial. Con aproximadamente 500 soldados, limpió las calles y la Generalitat de fuerzas catalanistas. Cuando la artillería de Batet lanzó balas de cañón contra el edificio de la Generalitat, que habían convertido en su cuartel general, los líderes se rindieron. Las armas, entre ellas 300 winchesters, lanzadas a las alcantarillas por los nacionalistas catalanes en su huida, las recogieron rápidamente Ricardo Sanz y los cenetistas del departamento de recogida de residuos municipal. Volverían a aparecer dos años más tarde, el 19 de julio de 1936. En Badalona y Granollers, las armas abandonadas permitieron a la CNT hacerse con el control de las calles. El Comité Regional Catalán de la CNT, que ignoraba los acontecimientos que tenían lugar en Asturias, ordenó el regreso al trabajo después de dos días de huelga general.

En Asturias, la insurrección fue sofocada con brutalidad medieval por el director de operaciones, el general López Ochoa, republicano y francmasón, y la nueva estrella del firmamento militar, el general Francisco Franco Bahamonde. La ambigüedad con que la UGT y el PSOE reaccionaron ante su propia revuelta, con la notable excepción de Asturias y, en menor medida de Cataluña, sugiere que es posible que la verdadera intención de los dirigentes fuera –desencadenando un conflicto limitado– forzar la dimisión de los miembros de la CEDA en el gobierno –o al menos lograr que les permitieran negociar su vuelta al gobierno.

[1] Diego Abad de Santillán: La FORA: Ideología y trayectoria, Buenos Aires, 1933, p. 292.

[2] Ibíd., p. 288.

[3] Ricardo Mella: «La bancarrota de las creencias», Cuestiones Sociales, Valencia, 1910.

[4] Ibíd., p. 289.

[5] Carta de Diego Abad de Santillán, citada por Fidel Miró, Catalonia: los trabajadores y el problema de las nacionalidades, México, 1967, pp. 65-68.

[6] Miró, op. cit., p. 54. Miró (p. 61) declara que la propuesta de expulsar al grupo Nosotros tuvo lugar a finales de 1934. La propuesta, que había surgido del grupo A, entre cuyos miembros estaban Jacinto Torhyo, Abelardo Iglesias, Ricardo Mestre y otros famosos anarquistas, se basaba en la acusación de que las tácticas de lucha defendidas por el grupo Nosotros no concordaban con los ideales anarquistas y eran más compatibles con la táctica comunista de hacer la revolución social mediante un golpe de Estado.

[7] Progreso Fernández: «Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977.

[8] Miró, op. cit., p. 61.

[9] El grupo Z era una rama del grupo Nervio, que entró en la FAI a finales de 1935. Tuvo el control casi absoluto de las Juventudes Libertarias de Cataluña hasta 1937. El grupo contenía un número considerable de dirigentes de las JJLL y ayudó a mantener a la organización juvenil anarquista de Cataluña bajo la influencia de la FAI.

[10] Juan García Oliver: El eco de los Pasos, Barcelona, 1979, p. 156.

[11] Diego Abad de Santillán: «Spanish Anarchists and the October Uprising», Tiempos Nuevos, II, núm. 1, 10-1-1935, p. 5.

XX. INTERREGNO: 1934-1935

En los reproches que se hicieron a partir de octubre, la prensa marxista destacó la supuesta falta de solidaridad de la CNT como el principal factor que contribuyó al humillante descalabro de la insurrección. Desde su exilio en París, Indalecio Prieto, dirigente del Partido Socialista, afirmó en unas declaraciones a la agencia United Press, que una de las razones del fracaso de la revuelta –que ellos, los líderes socialistas no querían por considerarla prematura y mal preparada– fue la abstención de la CNT. Esa opinión no la compartía Rafael Vidiella, el líder del PSOE catalán, que escribió en Leviatán:[1]

Por tanto, ¿qué pasó para que en la mañana del 7 de octubre la Generalidad se rindiese sin oponer resistencia y sin defensa alguna –al cabo de apenas unas horas...? Está muy claro, lo que pasó es que hoy en día, las revoluciones no se pueden hacer a medias. En la actualidad, hay dos fuerzas en el mundo: el capitalismo y el proletariado, y las medidas incompletas no pueden satisfacer a ninguna y las dejan a ambas descontentas.

Esquerra Republicana de Cataluña era un partido sin tradición en la vida política catalana. En Cataluña sólo había dos auténticos factores homogéneos, la Lliga i la CNT, es decir, el factor capitalista y el proletario. Pero el último era y es enemigo irreconciliable de la lucha política, de la conquista de los ayuntamientos y del Parlamento. En 1931, la revolución española tenía una válvula de seguridad en forma de elecciones municipales. Si la CNT hubiera presentado candidatos en Cataluña, habrían ganado. Por una razón muy simple, pero muy contundente: porque ningún sector catalán había sido tan duramente oprimido por la monarquía i la Lliga, y porque nadie había librado una lucha tan dura e implacable contra las mismas desde 1911 como lo había hecho la CNT. En 1929, anticipé el posible triunfo de la CNT en el caso de que la revolución española culminase en una lucha política: pero la Confederación, mediante sus inhibiciones, permitió que en Cataluña y en algunas provincias de España la victoria fuese para los muchos abogados y amigos de éstos, que defendían a los

sindicalistas siempre que la monarquía los perseguía.

El proletariado estaba desarmado. Estat Català temía que el proletariado lo rechazara. Por otra parte, y no injustificadamente, la clase obrera sospechaba que sería liquidada por Estat Català, que poseía más de diez toneladas de armas. Además, se abrió un profundo abismo entre el propio proletariado y la Generalidad. Las armas, en manos de Estat Català, eran inútiles. Un renombrado militante de la FAI, García Oliver, lo previó unos meses antes... y no se equivocó.

El 19 de octubre, el gobierno anunció que había aplastado totalmente la insurrección asturiana. Según las cifras oficiales que la Dirección General de seguridad hizo públicas en enero de 1935, durante el levantamiento murieron 1.051 civiles y 284 hombres más entre militares y personal de seguridad. Cualesquiera que fueran las razones del fracaso de la insurrección de octubre, una importante consecuencia fue que tanto en los círculos legales como fascistas comprendieron que en el caso de una futura derrota en las urnas, la intervención militar sería la única alternativa. Evidentemente, el único sistema para aplicar sus políticas con eficacia y defender sus intereses a largo plazo era transformar la República en un Estado corporativo del tipo de la Italia de Mussolini. De hecho, ya se empezó a planear un golpe de estado de la derecha corporativista en marzo de 1934, en una reunión en Roma entre Mussolini y el teniente general del ejército del aire Italo Balbo, y representantes de de los carlistas y de la Renovación Española monárquica de Calvo Sotelo. Mussolini prometió proporcionar a los conspiradores una primera e importante entrega de armas, municiones y dinero, que posteriormente, cuando fuera necesario, complementaría con mayores contribuciones.

A finales de 1935, el Comité Peninsular de la FAI estaba controlado por el grupo Nervio de Barcelona de De Santillán. La tendencia del comité era mucho más intelectual que activista y lo formaban Pedro Herrera, Ildefonso González, Germinal de Sousa y Fidel Miró. De Santillán fue nombrado secretario del Comité Peninsular. Una de las primeras tareas del nuevo Comité Peninsular fue renovar Tierra y Libertad y convertirla en una publicación teórica y doctrinal. Jacinto Torhyo, un periodista cuyas ideas y personalidad suscitaban sentimientos

encontrados en el seno del movimiento, era uno de los más involucrados en la dirección del periódico de la FAI, igual que el saliente secretario peninsular, «Juanel». Para cumplir con las prioridades teóricas e intelectuales del nuevo comité, pronto se fundó una editorial especializada en teoría anarquista económica y social.

Otro objetivo del nuevo Comité Peninsular era iniciar cambios en la organización. Dichos cambios no fueron bien recibidos por muchos de los grupos, que se quejaron del rápido viraje de la organización hacia el centro y del debilitamiento de la autonomía de los grupos de afinidad. A excepción de Cataluña, el nuevo y renovado Comité Peninsular tenía un delegado en cada una de las federaciones locales de grupos y en cada uno de los comités regionales, hecho que le permitía gozar de una visión global de la organización y, consecuentemente, de mayor influencia y control.

[1] Leviatán, núm. 7, noviembre, 1934, pp. 11-15.

XXI. COMPLOTS, PLANES Y EL FRENTE POPULAR

Toda una serie de crisis económicas y sociales y de graves escándalos, incluyendo los sobornos y la corrupción de los ministerios, finalmente acarrearon la caída del gobierno derechista de Alejandro Lerroux en 1935. El escándalo del estraperlo, uno de los más aireados, implicó la entrega de relojes de oro a miembros del gobierno y del Partido Radical a cambio de las licencias de las ruletas eléctricas «trucadas» de los casinos. Se convocaron elecciones para febrero de 1936. La campaña electoral de la derecha, centrada en la figura de Gil Robles, que no gozaba de la simpatía del presidente Alcalá Zamora, que había evitado nombrarlo Primer Ministro, proponía el establecimiento de un régimen totalitario.

Por otra parte, la izquierda, que no quería ir a las elecciones desunida, formó el «Frente Popular», una coalición formada por socialistas, republicanos, comunistas y otras agrupaciones marxistas, además de por grupos nacionalistas catalanes y burgueses. Su programa, obra de Azaña y Prieto, era moderado y prometía la plena reinstauración de la Constitución, la reforma de los impuestos, de la policía, etc., pero rechazaba el programa socialista para la nacionalización de las tierras, la banca y la industria. También ofrecía una amnistía para todos los delitos políticos cometidos a partir de noviembre de 1933. Ése fue el cebo que atrajo a la CNT.

Entre tanto, Companys mandó a escondidas una carta desde la cárcel al diputado José Antonio Trabal Sanz, sugiriéndole que se pusiera en contacto con los de la CNT catalana y les pidiera que parasen su propaganda antielectoral durante la próxima campaña.

A García Vivancos, francmasón y buen amigo de los miembros del grupo Nosotros, lo abordaron dos hombres: Farreras, Gran Maestro de la Gran Logia de Cataluña y Baleares, y Salvat en nombre de Esquerra. Se preparó una reunión con Ascaso, Durruti y Oliver para discutir la propuesta de Companys de que la CNT frenara su campaña contra las elecciones.

Antes de informar al Comité Regional de la CNT de estos contactos, García Oliver convocó una reunión de los camaradas de ideas más afines del grupo

Nosotros y del Comité de Defensa Confederal de Cataluña (los dos solapados hasta el punto de ser casi indistinguibles) para discutir las propuestas de Esquerra. En opinión de Oliver, si evitaban la reunión con los representantes de Companys, éstos buscarían un acuerdo similar con otros militantes de la CNT en Cataluña o Madrid. Había que tomar una decisión rápidamente.

La reunión crucial se celebró en el apartamento de Oliver, que estaba frente al estadio de fútbol Júpiter, en el barrio Poblenou de Barcelona. Asistieron todos los miembros del grupo Nosotros –Jover, Aurelio Fernández, Ricardo Sanz, Durruti, y las dos nuevas incorporaciones, Antonio Ortiz y Antonio Martínez. También compareció García Vivancos. Además de contar con dos militantes que desempañaban cargos de influencia en el sindicato –Jover era miembro del Comité Regional de la CNT, y Aurelio Fernández formaba parte del Comité Local de la CNT en Barcelona– los anarquistas reunidos aquel día también constituían el poderoso Comité de Defensa Confederal de Cataluña, el organismo conjunto de la CNT y la FAI encargado de coordinar la defensa y la estrategia revolucionaria de la organización.

Después de que Vivancos expusiera las propuestas que Esquerra y la Gran Logia le habían presentado, García Oliver dio su opinión sobre la situación. Si la CNT ayudaba a triunfar al Frente Popular, también le daba los medios para que más adelante la atacara. Si, por el contrario, la CNT se abstenía, los reaccionarios vencerían y los atacarían a ellos y a los reformistas, y eso moralmente equivaldría a votarles –algo que ningún anarquista podía hacer– a pesar de que seguramente los reformistas intentarían venderlos a los reaccionarios como moneda de cambio. La única opción viable que les quedaba a los anarquistas era respaldar un voto táctico al Frente Popular, como medio para mantener a los fascistas apartados del poder el tiempo suficiente que les permitiera prepararse para lo que preveían que sería una inevitable y violenta confrontación con los militares. Oliver propuso que, a cambio del apoyo al Frente Popular en las urnas, éste suministrase a la CNT suficientes armas para combatir el alzamiento militar.

No acordarían nada, sin embargo, hasta que les prometieran que les darían las armas por anticipado, o inmediatamente después de la victoria electoral de la izquierda.

Los anarquistas catalanes acordaron, cuando el tema de la propaganda abstencionista durante la campaña electoral salió a debate, que su obligación como revolucionarios era exponer lo que ellos consideraban las consecuencias

probables de votar o abstenerse:

Si esta vez la clase trabajadora se abstiene de votar, el triunfo electoral será de las derechas fascistas. A su triunfo, tendríamos que salir a la calle a combatirlas con todas las fuerzas disponibles.

Si esta vez la clase trabajadora vota y lo hace por las izquierdas, las derechas, apoyadas por los militares, se sublevarán antes de seis meses. Y tendríamos que salir a la calle a combatirlas con las armas.

Entonces, no os decimos que NO votéis. Pero tampoco os decimos que SÍ debéis votar. Que cada cual obre de acuerdo con su leal entender. Pero todos debéis estar preparados para luchar en la calle, tanto si ganan las derechas como si ganan las izquierdas.[1]

Dos días más tarde, García Vivancos organizó la reunión entre los enviados de Companys, Trabal, Farreras y Salvat, y los anarquistas Ascaso, Durruti y Oliver. Se leyó una carta de Companys en que el nacionalista catalán declaraba su admiración por los hombres de la CNT y se disculpaba por lo ocurrido en octubre de 1934. Entre los problemas que entonces les unían, señalaba, estaba el de los miles de presos políticos de toda España. Si la derecha, bajo la dirección de Gil Robles y de sus socios de la CEDA, ganaba las elecciones, los presos políticos pasarían muchos años en la cárcel. Si, por otra parte, la CNT accedía a suspender su propaganda antielectoral y a animar a los trabajadores españoles y catalanes a votar al Frente Popular, la izquierda ganaría y liberaría a esos presos. En consecuencia, Ascaso, Durruti y Oliver se vieron obligados a usar su influencia sobre sus camaradas para modificar su postura antielectoral.

Oliver explicó el caso al Comité de Defensa, señalando que aunque el sindicato tenía muchos hombres a su disposición, carecía del armamento necesario para la inevitable confrontación con el ejército si la izquierda ganaba las elecciones. La CNT sólo podía afrontar el riesgo si depositaban suficientes armas en los

bastiones anarquistas de Aragón, Andalucía y el Levante, el «triángulo anarquista», inmediatamente, o al menos, al cabo de dos meses de una victoria electoral de la izquierda.

La respuesta de Companys llegó a los quince días. Sostenía que el alzamiento militar era improbable y, por tanto, las exigencias del Comité de Defensa excesivas e injustificadas. Los recursos de un Estado legítimo bastarían para disuadir a la derecha. Sin embargo, el futuro presidente de la Generalitat prometía suministrar armas a los revolucionarios anarquistas una vez que la victoria en las urnas estuviese garantizada. Sin otra alternativa que conformarse con esta garantía ambivalente, Durruti, Ascaso y Oliver accedieron a usar su influencia para evitar que la Confederación y la FAI defendiesen la postura abstencionista en la campaña electoral de febrero de 1935.

Largo Caballero, líder del PSOE y de la UGT, al igual que Lluís Companys y los políticos de Esquerra, era muy consciente de la importancia del

1.600.000 afiliados de la CNT para el resultado de las elecciones. La exitosa campaña antielectoral emprendida por los anarquistas en 1933 tuvo un efecto desastroso en su propia lucha por el poder. Tragándose el resentimiento, pidió públicamente a la CNT el apoyo al Frente Popular en las siguientes elecciones.

El Comité Regional de la CNT de Cataluña reaccionó rápidamente. Convocó un Congreso Regional para los días 26 a 29 de enero de 1935 para discutir el tema del apoyo a los candidatos del Frente Popular en las futuras elecciones. Otro punto importante del orden del día era la cuestión de una alianza revolucionaria formal con la UGT. La discusión reveló un alto grado de confusión e incertidumbre ideológica sobre si la postura antielectoral era una cuestión táctica o de principios fundamentales. El hecho de que activistas como Durruti, Ascaso y Oliver, además del Comité Peninsular de la FAI, ejerciesen más y más presión en el seno del movimiento en favor del voto táctico dio un peso considerable a esa postura.[2]

La secretaría de la internacional anarcosindicalista, la AIT, envió una carta al Congreso Regional previniéndole de los peligros de una participación incluso táctica en el proceso electoral capitalista y estatista:

Las próximas elecciones programadas para febrero han provocado la alucinación

colectiva de la inminencia de una era de posibles logros sociales gracias a una victoria de la izquierda. Desde los republicanos moderados hasta los comunistas, todos los del denominado Frente Antifascista prometen luchar contra todas las fuerzas reaccionarias.

En varios organismos confederales de España se ha debatido la cuestión –¿Es correcto votar? ¿Debemos votar o no? ¿Debemos emitir nuestros votos en función de nuestros principios inmutables, o debemos considerarlos una mera táctica que puede variar a medida que varían las necesidades del momento? ¿Hay peligro de que la abstención suponga un impulso para la derecha? Todas esas cuestiones no son suficientemente debatidas por la afiliación española. Tales indecisiones y ‘rectificaciones de opinión’, deben atribuirse por completo a esa psicosis colectiva que tiene sus orígenes en el peligro inminente.

Sólo hay dos alternativas: o muchos camaradas españoles, convencidos de que esta vez su propaganda abstencionista no sería tan eficaz como en 1933, deciden mantenerla porque refleja sus valores y es como una declaración de principios; o la propaganda de nuevo conducirá a un impasse parlamentario y gubernamental en el país, en cuyo caso la CNT debe dar los pasos necesarios para explotar la situación... mediante la revolución social. Porque es un secreto a voces que sólo hay una alternativa en la lucha contra el fascismo– la Revolución...

Aunque el congreso oficialmente reafirmó la postura antiparlamentarista de la CNT, el entusiasmo por la propaganda abstencionista que preparó para la campaña electoral se enfrió, como poco. El historiador de la CNT José Peirats la describió como «tan superficial como poco perceptible». Una minoría de anarquistas se abstuvo, pero la gran mayoría de afiliados de la CNT (de los cuales quizá medio millón a lo sumo se habían definido como anarquistas) –especialmente en Aragón, donde se recomendó el voto, y en Cataluña– ignoró la carta pastoral de la AIT y votó a los candidatos progresistas. De modo que los militantes de la CNT jugaron un papel decisivo en la llegada al poder del Frente Popular en 1936, al igual que había sucedido con el nacimiento de la República en 1931 y con la victoria de la derecha en 1933.[3] Si votaron para acelerar la

revolución, o para ganar tiempo, o si mordieron el anzuelo del Frente Popular de la amnistía total para los 15.000 presos políticos y sociales (muchos de ellos anarquistas y cenetistas encarcelados por su participación en las insurrecciones de diciembre de 1933 y de octubre de 1934) es imposible establecerlo; lo que está claro es que los trabajadores confederales no votaron por el Frente Popular como una solución a sus problemas.

Inmediatamente después del congreso de la CNT, se celebró un Plenario Peninsular de la FAI en Madrid, los días 31 de enero y 1 de febrero. Los informes de las distintas Federaciones y Comités Regionales eran desalentadores. El número de grupos afiliados a la FAI había caído desde el pico histórico de 1933 a 469. Ese desplome podía atribuirse en parte a la represión de los dos años anteriores, pero también reflejaba el creciente malestar entre los anarquistas con el rumbo centralizador que había tomado el Comité Peninsular de la FAI bajo la influencia del grupo Nervio de De Santillán.[4]

Preocupados por la disminución del número de grupos afiliados, los miembros del Plenario de la FAI decidieron montar una campaña de reclutamiento con la intención de doblar la militancia de la organización. En dos años, la FAI había perdido 2.000 afiliados –de los 5.500 de 1933 pasó a tener alrededor de 3.500 en 1936. Se invitó a todos los anarquistas a unirse a la organización. También se acordó contrarrestar las alianzas del «Frente Popular» entre la burguesía y los trabajadores, confrontar el creciente peligro fascista e intensificar el trabajo de los grupos antimilitaristas en los cuarteles.[5]

Una de las resoluciones propuestas más importantes fue la de la Federación Local de Barcelona con respecto a la «preparación revolucionaria» y a la coordinación de las fuerzas de defensa revolucionarias. Expresaba la clara conciencia de la inminencia del golpe militar y de las perspectivas que esta oportunidad entrañaba para «involucrarse en la última batalla contra el viejo edificio de la moralidad, economía y política capitalistas». A los miembros de esos «Comités de Preparación Revolucionaria Locales» habían de designarlos los comités locales y debían constar de cuatro miembros (dos de la Confederación y dos de la FAI), cada uno con sus tareas específicas: Transporte y Comunicaciones; Preparación Técnica para el Combate; Organización Industrial; y el Despliegue Organizativo de las Fuerzas Insurreccionales.

Su misión era funcionar como un estado mayor anarquista, como un comité de planificación que preparara a los comités de defensa locales para la realidad del

combate moderno, para «examinar los medios y métodos de lucha, las tácticas a aplicar y la organización de las fuerzas organizativas insurrecciónales».[6] Tanto los sindicatos como los grupos anarquistas habrían de financiar el trabajo de los Comités Locales de Preparación.

Los delegados de Aragón, La Rioja y Navarra se opusieron a los propuestos Comités de Preparación Revolucionaria alegando que esa tarea había que confiarla a los Comités de Defensa. En su opinión, la FAI debería concentrarse en la propaganda ideológica exclusivamente.[7]

Otros planes para hacer frente a la guerra o a un levantamiento militar incluían un plan de sabotaje nacional; el relanzamiento del periódico anarquista para los soldados, Soldado del Pueblo; y el establecimiento de equipos de revolucionarios de recogida de información en los cuarteles.

Con respecto a la cuestión de las próximas elecciones, la mayoría de los delegados de la FAI reafirmaron su clásica postura antiparlamentaria, pero añadieron que, aunque la campaña antielectoral de 1933 estaba justificada, no era recomendable repetirla. Significativamente, la resolución que finalmente se aprobó no decía nada sobre la cuestión de una campaña antielectoral: «Reafirmamos nuestro antiparlamentarismo y nuestra postura antielectoral. Los acontecimientos mundiales, cumpliéndose nuestras predicciones, han demostrado con creces que todas las experiencias democráticas se han ido a pique y que sólo la intervención directa de los trabajadores en los problemas que el sistema capitalista les crea, tiene algún valor ofensivo o defensivo contra la reacción. La FAI, por lo tanto, no tiene que rectificar nada en relación a su completa abstención de toda colaboración directa o indirecta con el politiqueo del estado». Curiosamente, hacia el final del Plenario, el delegado de la región del Levante se refirió a un artículo de Tierra y Libertad que sugería que ir a las urnas no era una cuestión de principios, sino táctica. El consejo editorial del periódico anarquista explicó que estaba intentando aclarar qué debía considerarse un principio y qué debía considerarse táctico:

La misma revolución es una cuestión de táctica, de método, de procedimientos. En cambio, los principios son los objetivos fundamentales por los que se lucha: cómo han de conseguirse y abarcarse es una cuestión táctica.[8]

La izquierda fue la vencedora indiscutible de las elecciones. Un gobierno del «Frente Popular» con 263 diputados de izquierdas dirigidos por Manuel Azaña asumió el poder. El centro, con 52 diputados, y la derecha, con 129, quedaron impotentes ante una mayoría tan abrumadora. El curso de los acontecimientos, que conduciría inexorablemente a un levantamiento militar, se había iniciado.

Dos días antes de las elecciones, el Comité Nacional de la CNT emitió un comunicado a sus miembros en relación a lo que consideraban las consecuencias inevitables de una victoria electoral de la izquierda. Era una clara declaración de intenciones a la burguesía republicana, además de a los conspiradores militares y terratenientes oligarcas a cuyos intereses servían: que el sindicato más influyente de España respondería a una revuelta militar con la máxima expresión del poder de la clase obrera –la revolución social:

¡El proletariado está en pie de guerra contra la conspiración monárquica y fascista! Día a día, crece la sospecha de que los elementos derechistas están dispuestos a provocar una intervención militar... Han aplazado la insurrección, pendientes del resultado de las elecciones. Quieren aplicar su estrategia teórica de prevención por si las urnas dieran la victoria a la izquierda. Además, no dudamos en recomendar que, dondequiera que los legionarios de la tiranía emprendan su insurrección armada, se llegue a un acuerdo firme con los grupos antifascistas y se adopten medidas vigorosas para garantizar que la contribución defensiva de las masas lleve a la auténtica revolución social bajo los auspicios del comunismo libertario. Si los conspiradores abren fuego, la oposición debe llegar hasta las últimas consecuencias, e impedir que la burguesía liberal y sus aliados marxistas intenten frenarla en el caso de que se derrote a la rebelión fascista en sus primeras fases... si ocurriera eso, las ilusiones democráticas del pueblo se desvanecerían; de lo contrario, la pesadilla de la dictadura nos aniquilará. No importa quien inicie las graves hostilidades, la democracia perecerá entre dos fuegos porque es irrelevante y no hay lugar para ella en el campo de batalla. O el fascismo o la revolución social... Comenzando ahora mismo y durante el periodo que falta hasta la obertura del Parlamento –si las causas del peligro que hemos observado persisten– los militantes deberían concertar frecuentes encuentros en cada localidad mediante los órganos habituales de enlace y mantenerse en contacto con los comités confederales para

que éstos les mantengan al corriente del rumbo de los acontecimientos y puedan emprender acciones coordinadas. Aunque de manera desigual, deben demostrar su voluntad de luchar. Cualquier cosa es mejor que quedarse en la barrera y dejarse exterminar por las siniestras hordas a causa de nuestra incredulidad, mientras que a los otros los llenan de cadenas...[9]

La derecha vencida estaba contra las cuerdas. Igual que sus predecesores socialistas de 1934, ellos también se negaron a aceptar las decisiones del electorado. Propusieron al presidente Zamora que cediese el poder al general Franco. Evidentemente, el estado corporativista y socialmente conservador no se introduciría legalmente. Para Gil Robles y las clases que él representaba, la suerte estaba echada. Como Paul Preston comenta:

Diciembre de 1935 y febrero de 1936 revelaron que el fin era más importante que los medios. Una vez convencidos de que el camino legal hacia el corporativismo estaba bloqueado, hizo todo lo posible por ayudar a los que estaban comprometidos con la violencia. Ya había hechos dos contribuciones cruciales al éxito del levantamiento de 1936. La primera, de la que presumiría más tarde, fue la creación de una militancia masiva de derechas. La segunda fue minar la fe socialista en las posibilidades de la democracia burguesa.[10]

Cuatro días después de las elecciones, el 20 de febrero, los derechistas se reunieron para completar su conspiración. Acordaron emprender una estrategia de tensión que culminaría en un alzamiento militar y en el derrocamiento del régimen de la burguesía liberal.

Desde febrero, los sucesos se precipitaron hacia el clímax del 19 de julio. El paro siguió creciendo y las reformas agrarias fueron deliberadamente ignoradas por la oligarquía terrateniente. Desde el 20 de febrero hasta el 19 de julio hubo una especie de guerra civil latente en la mayor parte del país; se calcula que se convocaron 113 huelgas generales y 228 paros parciales; 1.287 personas resultaron heridas en choques con las fuerzas de seguridad o en confrontaciones políticas, y 269 muertas. Se registraron 213 asesinatos e intentos de asesinato, la mayoría perpetrados por pistoleros de la Falange Española, la organización

fascista española que promovió una clase capitalista agraria desesperada y acorralada. En la ciudad de Yeste, Albacete, por ejemplo, diecisiete campesinos resultaron muertos y un número similar heridos mientras defendían sus tierras de la Guardia Civil, que había ordenado su evacuación para construir allí un pantano. Las expropiaciones de tierra por parte de los campesinos también se incrementaron. En Madrid hubo una importante huelga general de los obreros de la construcción organizada por la CNT y que contó con el apoyo de UGT. Esa huelga, que empezó con 40.000 trabajadores y pronto llegó a tener más de 100.000 participantes dio un impulso enorme a las agrupaciones de la CNT en Madrid a expensas de la UGT.

En este tenso ambiente, el uno de mayo de 1936 se celebró el Quinto Congreso Extraordinario de la CNT en Zaragoza. Sería el último congreso que la CNT celebraría en territorio español hasta 1977. Asistieron 649 delegados en representación de 982 sindicatos y de un total de 550.595 afiliados, incluyendo a la oposición treintista a la que invitaron para resolver sus diferencias con la Confederación. Se había producido una caída considerable de la militancia, sobre todo en Cataluña, donde no había parado de menguar desde su punto álgido de agosto de 1931, época en que contaba con 321.394 miembros. La Regional Andaluza era la delegación mayoritaria y representaba a 156.000 trabajadores. La seguían Cataluña (140.000), el Levante (50.000), el centro (39.000), Aragón (35.000), Galicia (23.000) y Asturias (22.371).

Los puntos del orden día incluían la reforma agraria, una investigación sobre las revueltas revolucionarias de 1933 y la de octubre de 1934, la cuestión de una posible alianza revolucionaria con el sindicato socialista UGT, y la elaboración del borrador de una declaración profunda y clara de los principios y objetivos del comunismo libertario.

García Oliver, hablando como delegado del sindicato fabril y textil de Barcelona, dio su opinión sobre los polémicos puntos del orden del día, opinión que presuntamente recogía la del grupo Nosotros y la de los Comités de Defensa de la CNT, al igual que la de su propia federación:

Ayer declaramos que la revolución era factible y expusimos las razones por las que nuestra victoria, la victoria del comunismo libertario, era una posibilidad. Ahora de nuevo decimos, como hicimos en 1931, que la revolución puede

hacerse. Pero en aquella ocasión, la CNT era la única fuerza. Entonces había circunstancias superiores de naturaleza revolucionaria que no se han repetido. Hoy en día, hay un estado fuerte, tropas disciplinadas, una burguesía arrogante, etc. Y aunque la revolución es posible y nosotros estamos seguros de ello, la situación no es la misma que en 1931... Hoy, la revolución se comparte con otras fuerzas y en este mismo congreso debemos examinar la posibilidad de colaborar con la UGT.

Después pasó a debatir la supuesta influencia de la FAI en la CNT:

Otro punto tratado, que no puede constituir un motivo de división, es el tema de la trabazón (la relación especial entre la CNT y la FAI en cuestiones relativas a defensa y solidaridad). La postura de los grupos de oposición en este sentido la comparten muchos miembros de la CNT –pero no por ello abandonan la CNT. La federación que yo mismo represento propondrá un nuevo sistema para estructurar los comités de ayuda a los presos por parte del sindicato. La CNT no ha desempeñado un papel auxiliar de la FAI, todo lo contrario. Los grupos anarquistas han servido a la CNT de instrumentos para su lucha. Pero no ha habido interferencias. ¿Cómo se puede dar tanta importancia a ese hecho siendo así que hoy lo que se defiende es la alianza con los socialistas, que, a fin de cuentas, representan una ideología muy distinta? Es una cuestión de interpretación de doctrinas, de mayorías y de minorías...

Anteriormente dije que durante la disputa entre la oposición y la CNT utilizamos todo tipo de armas para garantizar la victoria. Pero sólo a nivel individual. Colectivamente nos derrotaron. Cuando intentamos imponer a Solidaridad Obrera los directores que preferíamos, sólo tuvimos en cuenta un puñado de votos. Pero no anunciamos ninguna escisión. Seguimos luchando, con afán. Y fuimos al congreso de 1931. Allí también fuimos derrotados, pero no aniquilados en términos de votos: entonces hallamos apoyos. Más tarde fuimos al Plenario de la Calle Cabanes y esa vez ganamos, y al cabo de cuatro días apreció el manifiesto treintista.

Camaradas, las minorías siempre ganan cuando tienen la razón de su parte. Que todos aprendan de nosotros. Que todos luchen por derrotar a la mayoría, como hacemos nosotros. Cualquiera que a pesar de tener razón no gana... es porque le falta energía. La lucha gana, pero que los acuerdos adoptados en las reuniones de la organización sean respetados por todos y cada uno de nosotros. Que su cumplimiento sea la norma. Pero quedémonos todos en la Confederación.[11]

Reformistas y «planificadores» por igual consideraron las resoluciones adoptadas en el Congreso de Zaragoza una victoria para el ala revolucionaria del movimiento anarquista. César M. Lorenzo lo describió como «el triunfo total de la FAI». Horacio Prieto (padre de Lorenzo), en un tiempo un anarquista «puro» que completó todo el ciclo hasta convertirse en uno de los representantes más destacados del reformismo confederal, se opuso con virulencia a los que denominó los «ultras» de las dos alas. Resentido por la adopción del congreso de la resolución inspirada en Puente sobre el comunismo libertario en contra de sus recomendaciones –una resolución con la que según él el movimiento libertario se cerraba sobre sí mismo en «un universo de ensueño»– este «ultra» del mítico centro (también, casualmente, afiliado a la FAI) dimitió como secretario nacional de la CNT.[12] El secretario peninsular de la FAI, de Santillán, frustrado quizá porque el congreso ignoró su plan económico, tan minuciosamente detallado, lo describió como «insuficiente para un Estado económico moderno».[13]

[1] Juan García Oliver: El eco de los pasos, Barcelona, 1979, pp. 163-164.

[2] Presencia, París, 1967, p. 46. Según Peirats, García Oliver asistió a una reunión «restringida» de «gente importante» inmediatamente antes del Congreso Regional de la CNT de enero. Esa reunión, que aparentemente «se celebró a espaldas de la organización», era para impedir una activa y dinámica campaña contra las elecciones, como la que le había costado la victoria a la izquierda en noviembre de 1933. «De ahí», comenta Peirats, «salió sin duda la convocatoria del congreso, que recomendó una discreta campaña contra las elecciones». Los miembros del Comité Peninsular de la FAI también se comprometieron a apoyar a la izquierda en las elecciones. «La iniciativa de la campaña», escribió de Santillán, «surgió en el Comité Peninsular de la FAI». Diego Abad de Santillán: Contribución a la historia del movimiento obrero español, vol. III, p. 267.

[3] En 1931, las provincias con mas del 35 por ciento de abstención fueron: 35%-40% Oviedo, Barcelona, Sevilla, Granada, Almería y Murcia; 40%-50% Cádiz, Málaga, La Coruña; 45% + Pontevedra. Había una sólida presencia de la CNT en todas esas provincias. En las elecciones de 1933, las provincias con más del 35% de abstención fueron: 35%-40% León, Almería, Teruel, Lérida, Gerona, Barcelona; 40%-45%, La Coruña, Pontevedra, Zaragoza, Tarragona; 45% + Huesca, Sevilla, Cádiz, Málaga. En las elecciones de 1936, los resultados de la abstención fueron: 35%-40% La Coruña, Lugo, Zamora, Cádiz, Almería, Murcia; 40%45% Burgos, Guadalajara, Málaga; 45% + Teruel. (Fuente: Jean Becarud, La IIe Republique Espagnole, tesis doctoral, Fondation Nacional des Sicénces Politiques, París, 1962).

[4] Abad de Santillán explica cómo se produjo este cambio: «Poco a poco empezamos a centrar nuestra atención en actividades más relevantes (por ejemplo, la lucha conspiradora) y la FAI convocó a los militantes mejor equipados, más preparados y más responsables. Los disidentes nos quedamos en un segundo plano: publicamos revistas, libros y panfletos y celebramos reuniones locales, regionales y nacionales de bastante nivel... Hoy como ayer tenemos exaltados, revolucionarios atolondrados. Pero la FAI dejó de ser un exponente de dicha exaltación al menos desde principios de 1934». (Carta a Fidel Miró: Cataluña: los trabajadores ante el problema de las nacionalidades, México, 1967, pp. 65-68). Progreso Fernández fue uno de los que quedaron en segundo plano marchándose de la FAI («Anarquismo en el mundo», Bicicleta, núm. 11, Barcelona, 1977). Peirats fue otro de los militantes preocupados por ese cambio de rumbo. Aunque de entrada estaba de acuerdo con el voto táctico, «Dejé el consejo editorial de Solidaridad Obrera en señal de protesta. Estaba convencido de que ese cambio de ritmo reflejaba el deseo secreto de ver a la izquierda ganar las elecciones. Había pruebas y razones suficientes para creerlo. Los políticos llaman a esa disparidad de la conducta ‘la política de la antipolítica’. En efecto, a menos que tenga una postura fija, válida para cualquier eventualidad, el apoliticismo pierde su estatus como principio para convertirse en mero oportunismo». (Peirats: Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español, México, 1967, p. 27).

[5] Memoria del Pleno peninsular celebrado los días 30 de enero y 1 de febrero de 1936, El Comité Peninsular, Barcelona, 1936.

[6] Gómez Casas afirma que los «estudios de preparación revolucionaria» los diseñó el grupo Nervio de De Santillán. (La FAI, op. cit., p. 210).

[7] Memoria del Pleno Peninsular, El Comité Peninsular, Barcelona, febrero, 1936, p. 11.

[8] Ibíd., pp. 31-32.

[9] Peirats: La CNT, op. cit., vol. I, cap. 6.

[10] Paul Preston: The Coming of the Spanish Civil War, Londres, 1978, p. 178.

[11] Gómez Casas, op. cit., p. 213.

[12] César M. Lorenzo: Les anarchistes espagnoles et le pouvoir, París, 1969, pp. 92-93. Eso fue una referencia a la resolución que intentaba aportar una clara definición de comunismo libertario. Horacio Martínez Prieto, un obrero de la construcción que se unió tarde a la CNT porque se consideraba un anarquista «puro», se convertiría en el artífice de la colaboración gubernamental. Su notoriedad empezó y acabó con la República: en 1932, año en que visitó Rusia, era editor del periódico de la CNT, en 1934 era vicesecretario del Comité Nacional de la CNT, y en 1936 secretario nacional. A su regreso de Bilbao en septiembre de 1936, donde fue representante de la CNT del Comité de Defensa Provincial de Vizcaya, organizó una larga campaña para garantizar que la CNT se aliaba con el gobierno republicano. Después de varios plenarios nacionales de sedes regionales, incluyendo uno de octubre que él mismo convocó, le otorgaron poderes para negociar la participación de la CNT en el gobierno con Azaña y Caballero. En noviembre de 1936, representó al Comité Peninsular de la FAI en la Asamblea de Barcelona, que confirmó la participación de la CNT y la FAI en el gobierno. Denunciado ese mismo mes por traidor durante un plenario nacional de federaciones regionales, dejó la secretaría nacional. El mes siguiente, fue nombrado director general de comercio junto con el ex treintista Juan López. En diciembre de 1937, encabezó la delegación de la CNT en un congreso extraordinario de la AIT, en donde justificó el gubernamentalismo de la CNT. En abril de 1938 fue subsecretario de salud de la CNT en el gabinete de Negrín. A finales de año, estaba totalmente comprometido con el objetivo de convertir a la FAI en partido político («Estudio Polémico», Timón, Barcelona, septiembre, 1938, p. 2) y también pedía el inicio de conversaciones con Franco.

[13] «Comunismo y anarquismo», Tiempos Nuevos, 6-6-1936.

XXII. 19 DE JULIO DE 1936

Un golpe de la derecha era inminente. El 13 de julio, simpatizantes anarquistas de los cuarteles ya proporcionaron al Comité de Defensa Conjunto de la CNT y la FAI información precisa en relación a la fecha del levantamiento militar. El Comité de Defensa Confederal adoptó la iniciativa antifascista y empezó a difundir sus planes para hacer frente a los militares, pero su trabajo fue deliberadamente obstruido por un decreto gubernamental del 14 de julio que ordenaba el cierre de todas las sedes locales de la CNT, un gesto que fundamentalmente pretendía apaciguar a la derecha.[1]

El 16 de julio, la CNT catalana convocó un Plenario Regional para completar los planes para la resistencia. Esa misma mañana, la Generalitat solicitó una reunión con representantes de los comités regionales de la CNT y la FAI para hablar de su colaboración contra el inminente «peligro fascista». Designaron a un comité especial formado por cinco hombres para hablar con la Generalitat, presidida en ese momento por Lluís Companys: de Santillán, Oliver y Ascaso representaban a la FAI; Durruti y Asens a la CNT.[2] De nuevo, los anarquistas presionaron a Companys para que cumpliera su parte del trato acordado a principios de año y les diera al menos bastantes armas para un millar de hombres. La respuesta fue que la Generalitat no tenía armamento para darles. Durante este periodo, a los miembros de las patrullas armadas del Comité de Defensa de la CNT y la FAI que recorrían las calles los arrestaron y acusaron de tenencia ilegal de armas.

A pesar del continuo acoso a los anarquistas por parte de los gobiernos central y catalán, las discusiones con la Generalitat condujeron a un acuerdo según el cual la CNT y la FAI colaborarían con el gobierno catalán y con todos los partidos y organizaciones dispuestos a hacer frente al fascismo.[3]

Lo que ocurrió fue que, a pesar de las pruebas irrefutables de que los preparativos para un golpe militar estaban muy avanzados, ni Companys ni el primer ministro Casares Quiroga se fiaban de la CNT anarcosindicalista y se negaban a armar a un gran sindicato cuyo objetivo declarado era la revolución social. La perspectiva de desencadenar una revolución social armando al pueblo era más catastrófica que el escenario alternativo de un golpe militar y del fascismo. El eslogan de la reacción era, ni más ni menos, la defensa de la

tradición, de la familia ¡y de la propiedad! El jefe de la policía de Barcelona, Frederic Escofet, estaba bastante decidido a armar a la UGT, pero como explicó:

Armar a la CNT representaba un peligro más o menos inmediato para el régimen republicano en Cataluña –una amenaza igual para su existencia que la rebelión militar... Companys y yo estuvimos de acuerdo en la necesidad de no distribuir las armas... porque la CNT-FAI era la fuerza dominante. Esos elementos armados, que sin lugar a duda proporcionarían una asistencia muy valiosa en la lucha contra los rebeldes, también podían poner en peligro la supervivencia de la República y del gobierno de la Generalidad.[4]

El Comité de Defensa Regional de Cataluña de la CNT, con sede en el barrio obrero de Poblenou de Barcelona, sabía perfectamente que no podía esperar ayuda externa y ya había empezado a conseguir sus propias armas. El 17 de julio, militantes de la sección de transportes de la CNT (muchos de ellos más tarde formarían el núcleo de lo que llegó a conocerse como grupo de «amigos de Durruti»), irrumpieron en dos barcos anclados en el puerto y se apoderaron de 150 rifles y de cerca de una docena de revólveres. El Comité de Defensa Confederal organizó asaltos a las armerías y tiendas de armas, mientras los viejos y deteriorados rifles y revólveres, además de 300 winchesters más modernos, abandonados por la vencida Esquerra después de la revuelta de octubre de 1934, salieron de sus escondrijos.

El Comité de Defensa Regional de la CNT y la Comisión de Relaciones de los Grupos Anarquistas, que incluía a todos los miembros del grupo Nosotros, Ascaso, Durruti, Oliver, Jover y Aurelio Fernández, estaban totalmente preparados para la lucha que sabían que pronto tendría lugar en las calles de las ciudades. Los teóricos, en cambio, brillaron por su ausencia.[5] Un detallado plan de emergencia estaba listo para ponerse en marcha inmediatamente después de que se recibiera la señal de que los militares habían dado el golpe. Los del grupo Nosotros no eran estrategas revolucionarios que dirigiesen operaciones desde un segundo plano, sino anarquistas que servían de inspiración y ejemplo. Para garantizar la fluidez de comunicación con los equipos del Comité de Defensa Confederal en sus emplazamientos estratégicos diseminados por la ciudad, equiparon dos camiones para que hicieran las funciones de cuarteles

generales móviles.

La tarde del viernes 17 de julio, el Comité Peninsular, el Comité Regional de Cataluña y la Federación Local de Grupos Anarquistas (FAI), junto con la Federación Local y el Comité Regional de la Organización Juventudes Libertarias (JJLL.-FIJL) emitieron una declaración que informó al pueblo de que el ejército finalmente se había sublevado en Marruecos:

El peligro fascista ya no es una amenaza, sino una sangrienta realidad... Una sección del ejército se ha levantado en armas contra el pueblo en un intento de imponernos la tiranía más atroz. No es momento para vacilaciones. Ahora debemos poner en práctica nuestros acuerdos. En cada localidad, los grupos anarquistas y de jóvenes libertarios actuarán en estrecho contacto con los comités responsables de la CNT. Debemos evitar las confrontaciones con las fuerzas antifascistas, cualesquiera que sean: el imperativo categórico del momento es derrotar al fascismo militarista, clerical y aristocrático. No perdáis el contacto, que debe ser permanente, con la organización específica (FAI), a nivel regional y nacional. ¡Larga vida a la revolución! ¡Muerte al fascismo![6]

A las nueve de la noche del sábado, la víspera de la rebelión en la península, el comité de relaciones de la CNT y la FAI volvió a reunirse con el presidente Companys para analizar la situación. De nuevo, Companys insistió en que las únicas armas a disposición de la Generalitat eran las de los guardias de asalto y las de los mossos d’esquadra, los grupos de defensa de la Generalitat. Una hora más tarde, la CNT y la FAI celebraron una reunión conjunta para informar a los militantes de que las únicas armas de las que dispondrían serían aquellas que consiguieran ellos mismos.

Cuando la guarnición de Barcelona finalmente salió de sus cuarteles a las 4:30 de la mañana del 19 de julio, le faltaba un ingrediente esencial para el éxito –¡el factor sorpresa! Al cabo de unos minutos, las sirenas de las fábricas y los barcos difundieron por toda la ciudad la señal acordada advirtiendo a los aproximadamente 300 grupos de defensa confederales que ya había en las calles que el alzamiento había comenzado. Los dos centros de mando móviles se dirigieron a sus posiciones preestablecidas. Las sirenas también indicaban el

traspaso de poder de los despachos de la Generalitat, de Capitanía General y de las comisarías de la policía a las sedes sindicales y comités revolucionarios locales.

Después de lograr aislar y vencer a las unidades de varios cuarteles, evitando que se unieran, el principal objetivo estratégico del Comité Regional de Defensa, el organismo coordinador de la resistencia de los trabajadores, era el arsenal de los cuarteles de San Andrés. Los simpatizantes anarquistas de los cuarteles les informaron de que allí había almacenados 30.000 rifles y municiones. Si lograban apoderarse del arsenal de San Andrés, podrían armar a la gente, aplastar la rebelión y hacerse con el control de Barcelona. Los trabajadores anarcosindicalistas de Telefónica ya habían tomado y defendían con éxito la central de la plaza de Cataluña, un importante objetivo estratégico para los rebeldes. El control de Telefónica por parte de la CNT y la FAI, que compartían con la UGT, contribuyó mucho a la duración del predominio de la CNT y la FAI en Cataluña. Como era uno de los centros reales y simbólicos de poder, permitió a las organizaciones obreras controlar las comunicaciones internas y externas e impidió el restablecimiento del poder del Estado. La devolución de Telefónica al Estado catalán, por orden de las directivas de la CNT y la FAI después de los sangrientos «días de mayo» de 1937, simbolizó la plena reinstauración del poder estatal y el desplome definitivo de la revolución.

El jefe de la policía Escofet hizo todo lo que pudo para evitar que las armas del arsenal de San Andrés cayeran en manos de los militantes. Sabía que una vez que el pueblo se apoderase de esas armas, el monopolio de la coacción, que daba al Estado su autoridad, se hundiría, y el poder del Estado se acabaría. Enviaron una compañía de la leal Guardia Civil a defender el edificio, pero llegó demasiado tarde –los cuarteles ya habían sido invadidos y asaltados por una multitud de trabajadores. Ése fue el acontecimiento crucial que transformó un golpe militar en una revolución social, el breve momento en que el poder político pasó del Palacio de la Generalitat a las organizaciones sindicales y a los comités revolucionarios locales. Un gran número de los miembros de las fuerzas de seguridad, que habían permanecido leales a la República, empezaron a quitarse los uniformes y a unirse al pueblo armado.

La mañana del 20 de julio, Escofet informó al presidente Companys que habían sofocado la rebelión, tal como le había prometido que haría. Companys respondió con mordacidad que todo eso estaba muy bien, pero que la situación seguía siendo caótica. Multitudes armadas e incontroladas sembraban el pánico

en las calles. Escofet lanzó la pelota al tejado del político:

Presidente, yo me comprometí a controlar la revuelta militar en Barcelona y lo he hecho. Pero una autoridad requiere los medios de coacción para hacerse obedecer y hoy en día esos medios no existen. Consecuentemente, no hay autoridad. Y yo, mi querido presidente, no sé hacer milagros... De momento, la situación nos supera a todos, incluso a los líderes de la CNT. La única solución, presidente, es contener la situación políticamente, sin minimizar nuestras respectivas autoridades.[7]

El éxito de la espontánea insurrección de la clase obrera de Barcelona, de inspiración y dirección anarquista, logró una proeza excepcional: «una auténtica victoria de la insurrección sobre los militares en la lucha en las calles».[8] Después del fracaso de la rebelión militarista y derechista en la ciudad, los comités regionales de la CNT, la FAI y la FIJL, convocaron una reunión para la tarde del 20 de julio en sus cuarteles generales de la Casa Cambó en la Vía Layetana para evaluar la situación y discutir el papel que creían que estaban destinados a desempeñar.

Su postura era ambigua como poco; el aparato del Estado se había hundido y el poder político residía en los comités revolucionarios independientes que se formaron de manera espontánea en fábricas, barrios y comunidades rurales, pero ¿dónde dejaba eso a los sindicatos? Esa cuestión se había debatido en profundidad en el Congreso de Zaragoza de principios de año. Federico Urales argumentó, convincentemente, que los grandes sindicatos y las gigantescas federaciones industriales dejarían de existir «a causa de la continua descentralización del pacto federal de solidaridad». En efecto, la revolución implicaba la muerte del viejo sistema –incluyendo a la CNT y la FAI como organizaciones. Urales alegó que el productor estaba involucrado tanto en la esfera económica en el lugar de trabajo, como consumidor político-administrativo en el municipio. En la asamblea, que era soberana en el ámbito laboral y municipal, no había sitio para nada ajeno a esos dos aspectos de la vida diaria –¡ni siquiera para la CNT!

Tal como Escofet previó, la directiva administrativa de la CNT, abrumada por los

acontecimientos, quedó tan sorprendida como los políticos por el traspaso de poder que se produjo de la noche a la mañana. Después de haber ensalzado las virtudes de la clase obrera a lo largo de su militancia –ahora que sus cadenas estaban a punto de romperse y el sueño podía hacerse realidad gracias al proceso revolucionario que amenazaba con convertir en superfluo su papel– empezaron a replanteárselo. En el fondo, dudaban de la capacidad del pueblo de dirigir su propia vida de acuerdo con sus intereses. A pesar de todas sus anteriores amenazas de revolución social en respuesta al peligro derechista –por no hablar de la preocupación de De Santillán por la planificación avanzada y la preparación revolucionaria– los «militantes influyentes», que se reunieron en la Casa Cambó el 20 de julio de 1936, concluyeron que no se daban las condiciones objetivas necesarias para la revolución social. La guerra civil, aunque había desencadenado la situación revolucionaria, era el principal obstáculo para la consolidación de la revolución y acabaría destruyéndola.

Los altos comités de la CNT, la FAI y la FIJL de Cataluña se vieron atrapados en un dilema: revolución social, fascismo, o democracia burguesa. O se comprometían con las soluciones ofrecidas por la revolución social, con independencia de las dificultades que suponía combatir al fascismo y al capitalismo internacional a la vez, o, por miedo al fascismo (o al pueblo), sacrificaban sus principios anarquistas y sus objetivos revolucionarios para promover y formar parte del Estado burgués con la esperanza de que habría una transición después de la derrota del fascismo y se convertiría en un órgano de poder genuinamente humano que defendería los intereses del pueblo. Ante una situación tan complicada y prefiriendo la derrota a la posibilidad de una victoria pírrica, la directiva anarquista catalana renunció al anarquismo en nombre de la eficacia, y suprimió la trasformación social de España de su agenda.

Pero lo que los líderes de la CNT y la FAI no supieron comprender fue que la decisión de implantar o no el comunismo libertario no habían de tomarla ellos. El anarquismo no era algo que pudiera transformarse de teoría en práctica por decreto de la organización. Los anarquistas habían cumplido su función de pioneros y de tropas de choque de la revolución. Habían implantado las ideas y ayudado a crear el entorno necesario en que esas ideas y prácticas pudieran ser cultivadas hasta florecer, pero poner en práctica el anarquismo estaba más allá de sus posibilidades; esa era una tarea que sólo el pueblo podía realizar. De nuevo, los anarquistas recuperaron su papel histórico de «minoría concienciada», papel que están destinados a desempeñar en todas las sociedades –autoritarias, totalitarias y libertarias.

Lo que las directivas de la CNT y la FAI no tuvieron en cuenta fue el hecho de que el espontáneo movimiento defensivo del 19 de julio desarrolló una dirección política determinada. Por iniciativa propia, sin la intervención de las directivas de los sindicatos y partidos políticos, las bases de la CNT, convertidas en la fuerza dominante de la clase obrera de Barcelona, junto con otros militantes sindicalistas, y después del hundimiento del poder del Estado, renunciaron a sus identidades partidistas individuales y se fundieron –católicos, comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas– en comités revolucionarios verdaderamente populares y no partidistas que ejercían el poder físico y moral en sus respectivos barrios. Eran organismos naturales de la propia revolución y la expresión directa del poder popular.

El supuesto de que en Cataluña el poder político había pasado a los altos comités de la CNT y la FAI, seguramente fue el error que más perjudicó al proceso revolucionario. Al no poder desplazar al «legítimo» elemento político del Estado, los militares provocaron el desmoronamiento del poder estatal. Fue el pueblo, capitaneado por los militantes de los comités de defensa, el que se mantuvo firme contra los reaccionarios mientras el gobierno titubeaba. Consecuentemente, perdió su derecho a gobernar. Ahora el pueblo ejercía el poder –en los barrios obreros y en los centros de producción y distribución– y no el Estado ni los líderes sindicales, que habían dejado de ser útiles para el proceso revolucionario. Existía una dualidad de poder –el difuso poder popular contra el poder político y sindical centralizado.

Desde el primer momento, por lo tanto, los altos comités de la CNT y la FAI dejaron a un lado la tradicional confianza anarcosindicalista en el espíritu creativo del pueblo y su capacidad para organizarse. Hicieron caso omiso a la advertencia de Isaac Puente en Comunismo libertario de que «no debería haber ninguna superestructura por encima de la organización local a excepción de la que desempeñase alguna función específica que no pudiera realizarse a nivel local», y se convirtieron en agentes involuntarios en un proceso trágicamente destructivo. Imponiendo su autoridad desde arriba, esos comités partidistas frenaron la proliferación de centros revolucionarios populares y autónomos –los comités revolucionarios locales y de las fábricas de base popular, señas de identidad de todas las grandes revoluciones– y evitaron que demostraran ser una manera eficaz y viable de coordinar las comunicaciones, la defensa y el aprovisionamiento. También evitaron que los comités revolucionarios locales se agruparan y formaran una red federal de carácter regional, provincial y nacional que hubiera facilitado la tarea revolucionaria de la reconstrucción social y

económica.

En el proceso en el que eso sucedió incurrieron muchos y muy complejos factores psicológicos y políticos. Especialmente potentes eran los estrechos lazos de lealtad y los imperativos morales de solidaridad que ligaban a cada elemento de la militancia de la CNT a la organización y que les hicieron dudar a la hora de expresar públicamente su desacuerdo con las acciones emprendidas por los dirigentes en un momento de crisis. Del mismo modo, la brusca ruptura con los procedimientos democráticos normales a causa de las «circunstancias» de la guerra, la colaboración con el gobierno y la necesidad de «unidad antifascista» indujeron a los altos comités a gobernar de acuerdo con los «intereses» de las bases. Su autoridad moral se transformó en autoridad coercitiva.

Los militantes de los comités de los barrios (que dirigieron y coordinaron la lucha en toda la ciudad), que fueron enviados en nombre de esos comités locales a los nuevos cuarteles generales de la CNT y la FAI en busca de información e instrucción, fueron arbitrariamente invitados a formar parte del centralizado aparato sindical. Mariano R. Vázquez, «Marianet», el nuevo secretario regional de la CNT (y miembro de la FAI) fue uno de los principales responsables de esta política: «Vuestro lugar está aquí, no en las federaciones locales» era la frase con que saludaba a los militantes locales que iban en busca de noticias.[9]

Frederica Montseny, enviada por instrucciones por el comité revolucionario del distrito de San Martín, fue uno de esos «militantes influyentes» catapultados al primer plano de la organización sin previo acuerdo democrático ni del comité del barrio ni del sindicato al que recientemente se había afiliado. También la invitaron a formar parte del grupo Nervio de De Santillán, y del Comité Peninsular de la FAI mediante un proceso similar ese mismo día.

El nombramiento de Mariano Vázquez como secretario regional de la CNT catalana fue el resultado de la política de los anarquistas revolucionarios, que rechazaban puestos de responsabilidad en el seno de la organización. Siguiendo la tradición de los miembros bakuninistas de la «Alianza», que rechazaron todos los cargos administrativos en la Primera Internacional, los anarquistas tendían a no involucrarse en las funciones directivas o intermedias de la CNT. El motivo era evitar la inevitable fricción entre su papel como revolucionarios y como empleados del sindicato. Anteriormente, ese mismo año, en las elecciones sindicales para escoger al secretario regional catalán, Marcos Alcón había recibido la mayoría de los votos, pero rechazó el nombramiento. En segundo

lugar quedó Francesc Esgleas, marido de Frederica Montseny. Él también lo rechazó. El tercer candidato era «Marianet», cuyo nombre (según García Oliver) se lo pusieron en broma unos camaradas del sindicato de los obreros de la construcción. Fue elegido secretario regional con sólo cuatro votos, un indicio de la poca confianza que inspiraba entre sus compañeros.[10]

Si el nombramiento de Marianet fue una «broma», fue una broma con trágicas consecuencias para la Confederación. Su carrera como secretario regional catalán y más tarde como secretario nacional de la CNT fue, como poco, perjudicial. Como Horacio Prieto, a quién sustituyó en el cargo de secretario nacional de la CNT ese mismo año, Marianet, obrero de la construcción, se convirtió en gestor; aquello fue un ejemplo de lo que se puede llegar a hacer en la esfera pública cuando se abandonan los principios por conveniencia. Como Prieto, fue un títere en las manos de Negrín y de los estalinistas; continuamente firmó pactos con la UGT y asistió a concentraciones a favor del gobierno. En 1938, junto con Prieto, defendió el inicio de negociaciones con Franco.

Mientras tanto, al otro centro neurálgico de la Confederación, la sede del sindicato de los trabajadores del transporte y el metal, llegó un mensajero del presidente Companys pidiendo una reunión con el Comité de Relaciones de la CNT-FAI. Ya todos se habían olvidado de Companys y de la Generalitat. «¿Todavía existe?», preguntó alguien.

Marianet, en la línea de la política colaboracionista formulada por la directiva de la CNT-FAI, accedió a asistir a la reunión. En vez de pedir la dispersión de los restos visibles, pero políticamente ineficaces, del gobierno catalán, aceptó de manera tácita su legitimidad simbólica. Por qué la CNT y la FAI catalanas lo aceptaron es motivo de conjeturas: quizás él y sus asesores dieron por supuesto que el gobierno era más fuerte de lo que en realidad era. Lo que está claro es que, debido a las disensiones y dudas internas, no supieron darse cuenta del poder del movimiento popular y de que su función como portavoces del sindicato era perjudicial para el curso de la revolución. Marianet insistió en negociar con el presidente catalán como si lo que estuviese en juego fuese un contrato sindical:

Esta entrevista no será como las anteriores. Antes pedíamos unas cuantas pistolas, ahora impondremos la voluntad de la clase obrera.[11]

García Oliver, de Santillán y Asens, el Comité de Relaciones de la CNTFAI, constituido unos días antes del levantamiento, entraron en el despacho de Companys del primer piso del Palau de la Generalitat. Entraron como vencedores: «armados hasta los dientes... Desarrapados y sucios de polvo y humo» a escuchar el meloso discurso de Companys. La única versión de ese discurso es la aportada por García Oliver:

Antes de empezar –dijo Companys–, debo decir que la CNT y la FAI no han recibido el trato que se merecen en virtud de su verdadera importancia... Me he visto obligado a combatirles y perseguirles. Ahora ustedes son los dueños de la ciudad y de Cataluña, puesto que han derrotado a la soldadesca fascista... El hecho es que hoy, ustedes que hasta ayer fueron víctimas de acosos, se han librado de los fascistas y los militares. Sabiendo, por tanto, quienes son y qué son, sólo puedo dirigirme a ustedes con la más profunda sinceridad. Han ganado y lo tienen todo a sus pies; si me necesitan para algo, o si ya no me quieren como presidente de Cataluña, sólo tienen que decirlo y me convertiré en otro soldado raso de la lucha contra el fascismo. Yo, junto con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, podemos ser de utilidad en la lucha que hoy ha terminado tan bien en esta ciudad... Pueden confiar en mí y en mi lealtad como hombre y político convencido de que hoy hemos despedido a un pasado totalmente indigno, como hombre que desea de todo corazón ver a Cataluña avanzar en el tren de los países socialmente más progresistas.[12]

Companys fue un político astuto y hábil. Conocía bien a la directiva anarquista y sabía como aprovechar su ingenuidad política en beneficio propio para evitar que la naciente revolución se consolidara. Su objetivo era recuperar el poder político, reafirmar la autoridad de la Generalitat en las calles de la capital, y restablecer la normalidad económica. La única manera de hacer todo eso era presentando sus propuestas a los anarquistas recalcando prestigiosos valores humanos y culturales –la democracia, la armonía social y el antifascismo. Sabía que eso serviría de base para un acuerdo provisional sobre el reparto de poder con los líderes de la CNT y la FAI. Actuando de acuerdo con el dictado de Rousseau que decía que «Al acuerdo sobre dos intereses determinados se llega

por oposición a un tercero», valoró la necesidad de una victoria militar sobre el «enemigo común», el fascismo, lo cual en sí mismo era un principio suficientemente unificador, para neutralizar las demandas revolucionarias de la «minoría concienciada». Eso le permitiría mantener intacta a la burocracia estatal y aportar el necesario espacio vital hasta que pudiera reintroducir el concepto de jerarquía.

El predominio anarquista en la región también era para Companys una útil herramienta en la defensa de la autonomía catalana de posibles invasiones a la soberanía provincial por parte del gobierno central. Reprochó a Madrid indirectamente: «Traicionados por los defensores habituales de la ley y el orden, hemos recurrido a la protección del proletariado». Tímidamente, sugirió al Comité de Relaciones de la CNT-FAI que bajo su presidencia, la CNT y la FAI, junto con todos los partidos antifascistas, deberían crear «un órgano capaz de perpetuar la lucha revolucionaria hasta que estuviese garantizada la victoria». Ese organismo ad hoc, embrión de un gobierno burgués, llegaría a conocerse como el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA) y su presencia fue anunciada por el gobierno de la Generalitat.

Después de las discusiones preliminares con los políticos burgueses y marxistas hábilmente reunidos por Companys, García Oliver les informó de que transmitirían las propuestas del CCMA a los comités regionales de la CNT y la FAI. Tendrían una respuesta a su debido tiempo. Para la directiva ya comprometida de la CNT-FAI, había pocas dudas de que la hábil maniobra de Companys obtendría el efecto deseado. Los sufridos militantes, que habían entrado en el Palau de la Generalitat como vencedores, confundidos por los halagos y elogios de sus antiguos enemigos, salieron de allí vencidos.

Cuando el Comité de Relaciones de la CNT-FAI volvió a informar de las propuestas de Companys a Marianet, éste les comunicó que previendo ese movimiento había convocado una «reunión de militantes» para esa misma tarde. Durante el debate, se sugirió que una de las pocas alternativas que quedaban a los «comités responsables» era entregarse totalmente al comunismo libertario, lo que según Frederica Montseny sería equivalente a imponer una dictadura anarquista.

A la espera de la decisión de una asamblea plenaria de federaciones loca les de la CNT y de grupos de la FAI, que había de celebrarse lo más pronto posible, Marianet y los otros acordaron proseguir las negociaciones con Companys. Por

teléfono se pusieron en contacto con el astuto presidente catalán y le informaron de la aceptación del Comité Regional, en principio, de las propuestas relativas al Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña –en espera, por supuesto, de la ratificación de un pleno de federaciones locales de la CNT y de grupos de la FAI, que convocarían lo más pronto posible.

A Companys el corazón debió de darle un vuelco al oír la noticia. Él sabía que permitiendo que la Generalidad quedase intacta y comprometiéndose voluntariamente a colaborar con ella, los líderes de la CNT y la FAI, y las organizaciones que representaban, quedarían ligados a la institución del gobierno que ellos mismos sancionaban. Sólo era una cuestión de tiempo. «Las masas anarquistas –comentó Companys– no se opondrán al sentido común de sus jefes».[13]

Entretanto, el Comité Regional autorizaba a Durruti, García Oliver y Aurelio Fernández a proseguir sus discusiones como Comité de Relaciones oficial para garantizar que la asamblea plenaria accediese al establecimiento del Comité de Milicias y que éste entrase en funcionamiento rápidamente y sin problemas. Volvieron al Palau de la Generalitat esa misma noche para iniciar los debates preliminares con los políticos catalanes –Josep Tarradellas, Artemi Aiguader y Jaume Miravitlles de Esquerra, Ramón Peypoch de Acció Catalana, Joan Comorera de la Unió Socialista de Catalunya, Rafael Vidiella de la UGT y el PSOE, y Julián Gorkin del POUM. A Estat Català no le permitieron participar alegando que su líder, Dencàs, era un simpatizante de los fascistas que había huido a Italia, y que los intereses de Cataluña estaban representados por la Generalitat.

Al día siguiente, el 21 de julio, el Comité Regional de la CNT celebró una precipitada asamblea «extraordinaria» de sindicatos catalanes. José Peirats mantiene que en realidad no fue un plenario de sindicatos debidamente constituido con un orden del día anunciado para ser debatido de una manera normal por mandato de los representantes sindicales; fue, en cambio, una reunión informal de militantes a nivel de Comité Regional que asistieron a título personal, ya que no tenían autorización ni autoridad para decidir sobre los temas a debate.[14] Habría de pasar más de un mes antes de que se celebrara una asamblea plenaria regular de federaciones catalanas de la CNT.

La versión «oficial» de la asamblea «extraordinaria» la aportó Marianet más tarde:

El 21 de julio de 1936, Barcelona fue el escenario de un Plenario Regional de Federaciones Locales y Subregionales convocada por el Comité Regional de Cataluña. Se analizó la situación y se decidió unánimemente no mencionar el comunismo libertario hasta que hubiéramos capturado la parte de España que estaba en poder de los rebeldes. Consecuentemente, el pleno decidió no seguir adelante con logros totalitarios, porque hay un peligro: la imposición de una dictadura –anulando a todos los jefes y activistas de los partidos políticos que han colaborado en la victoria sobre los rebeldes los días 19 y el 20 de julio; una dictadura que, en cualquier circunstancia, sería aplastada desde fuera incluso a pesar de que triunfara dentro. El pleno, a excepción de la Federación Regional del Bajo Llobregat, optó por la colaboración con el resto de partidos políticos y organizaciones en el establecimiento del Comité de Milicias Antifascistas. Después de la decisión del pleno, la CNT y la FAI mandaron sus representantes al comité.[15]

Según García Oliver, el delegado del Bajo Llobregat fue el único que señaló que la creación del Comité de Milicias sería un obstáculo en el camino del proceso revolucionario. Puesto que sólo era un acuerdo provisional, en espera de la decisión del pleno, propusieron que la CNT y la FAI retirasen a sus representantes y siguieran adelante con la revolución y la introducción del comunismo libertario en la línea de los objetivos ideológicos de la organización. Pidieron que uno de los representantes de la CNT-FAI en el Comité de Milicias informase al pleno con respecto a su compatibilidad con las aspiraciones revolucionarias de la CNT y la FAI.[16]

García Oliver afirma que, aunque era miembro del Comité de Milicias, estaba de acuerdo con el análisis del Bajo Llobregat de que «todo lo que habíamos hecho en realidad era frenar el avance de la revolución social por la que siempre habíamos hecho campaña». Comparó el Comité con una «comisaría de policía de segunda clase» y pidió que se revocase la decisión provisional de colaborar con él:

Ha llegado el momento... de terminar lo que empezamos el 18 de julio,

desechando el Comité de Milicias y forzando el ritmo de los acontecimientos de manera que, por primera vez en la historia, los sindicatos anarcosindicalistas vayan a por el todo, esto es, que persigan el último objetivo anarquista –la organización de un estilo de vida de acuerdo con el comunismo libertario en toda España.[17]

Montseny habló a continuación. Declaró que su conciencia como anarquista no le permitía consentir que los anarquistas forzasen el ritmo de los acontecimientos ni que «fueran a por el todo». Para ella, eso implicaba la creación de lo que denominó «una dictadura anarquista». Deberían acordar quedarse en el Comité de Milicias de momento, pero deberían retirarse «tan pronto como los militares rebeldes fueran derrotados, para poder dedicarnos de nuevo a las tareas de la organización y propaganda anarquistas».

Diego Abad de Santillán, el secretario peninsular de la FAI y representante de la misma en el Comité de Milicias, también era partidario de quedarse en el comité y de seguir colaborando con los otros partidos políticos en la lucha antifascista. Su argumento revelaba aún menos fe en la capacidad constructiva de los trabajadores que Montseny. Sorprendentemente (puesto que era un revolucionario declarado) argumentaba que temía que si el movimiento decidía «ir a por el todo» eso supusiera una amenaza para todos los intereses creados del capitalismo y, que a falta de legitimidad a los ojos de la ley internacional, provocase la intervención extranjera inmediata. Ya había barcos de guerra británicos en el puerto, «exhibiendo su bandera» y expresando de manera tácita que las democracias occidentales no toleraban la revolución. En vista del peligro, él pedía, que entretanto, se evitase cualquier alusión al comunismo libertario.

Marianet alegó que la militancia del Comité de Milicias en ningún modo interferiría en los «dictados de la calle» y que no comprometería a la organización con «prácticas dictatoriales, que es lo que ocurriría si la CNT iba a por el todo».

Al cerrar el debate, Oliver recordó que el tema de la dictadura lo había planteado Frederica Montseny. Ella había sido la primera en insinuar que «ir a por el todo» era «equivalente a la instauración de una dictadura anarquista que sería tan mala como cualquier otra». «Puesto que se habla de dictadura», añadió Oliver:

Conviene precisar que ninguna de las hasta ahora conocidas ha tenido el mismo carácter. Ni siquiera las tiranías han sido siempre de igual significación. Han existido tiranías por imposición sobre los pueblos, cierto. Pero han existido tiranías elegidas por el pueblo.

De todos los tipos de dictadura conocidos, ninguna ha sido todavía ejercida por la acción conjunta de los sindicatos obreros. Y si estos sindicatos obreros son de orientación anarquista y sus militantes han sido formados en una moral anarquista como nosotros, presuponer que incurriríamos en las mismas acciones que los marxistas, por ejemplo, es tanto como afirmar que el anarquismo y el marxismo son fundamentalmente la misma ideología puesto que producen idénticos frutos. No admito tal simplicidad. Y afirmo que el sindicalismo, en España y en el mundo entero, está urgido de un acto de afirmación de sus valores constructivos ante la historia de la humanidad, porque sin esa demostración de capacidad de edificación de un socialismo libre, el porvenir seguiría siendo patrimonio de las formas políticas surgidas en la Revolución francesa, con la pluralidad de partidos al empezar y con partido único al final.

Se sometió el asunto a votación. García Oliver propuso el comunismo libertario como objetivo inmediato –«ir a por el todo». De Santillán, por la FAI, propuso que el comunismo libertario no fuese un objetivo inmediato y que se aprobase la participación en el Comité de Milicias. Con la única oposición de la federación del Bajo Llobregat, que apoyó a García Oliver, se aprobó la decisión de abandonar el comunismo libertario.

A pesar de que la inmensa mayoría del pleno estaba en contra de la puesta en marcha del comunismo libertario, García Oliver afirma que se negó a aceptar la decisión. Los delegados, convocados con precipitación e ignorando el asunto que tenían entre manos, rechazaron los principios fundamentales de la CNT sin consultar a la militancia. Comentó, con ironía, que la gente que había impulsado la línea reformista habían sido faístas, no treintistas, como Broué y Temime señalaron:[18]

Los treintistas... quienes, por cierto, no habían intervenido en la discusión ni adoptado posición... Entre la revolución social y el Comité de Milicias, optaba la Organización por el Comité de Milicias. Habría que dejar que fuera el tiempo el que decidiera sobre quién tenía razón, si ellos, la mayoría del Pleno, con Santillán, Marianet y Federica y su grupo de anarquistas antisindicalistas como Eusebio Carbó, Felipe Alaiz, García Birlán, Fidel Miró, José Peirats y otros, o la Comarcal del Bajo Llobregat que conmigo sostenía la necesidad de ir adelante con la revolución social, en una coyuntura que nunca se había presentado antes tan prometedora. Con su actitud, aquellos sedicentes anarquistas ponían en quiebra a la propia FAI, que se constituyó precisamente para neutralizar dentro de la CNT a los sindicalistas reformistas.[19]

No me cansaré de recalcar el carácter crucial de esa decisión que cambió el curso de la revolución. Fue, en efecto, un reconocimiento por parte de los dirigentes de la CNT y la FAI de que las ideas que habían defendido en relación a la transición desde una sociedad estatista y capitalista al comunismo libertario simplemente no eran útiles debido a las «circunstancias» de la guerra. No sólo abandonaron el anarquismo, sino que al negociar con políticos y representantes del Estado sin el consentimiento expreso de la militancia, actuaron en contra de los estatutos del sindicato. Eso reflejó la debilidad de la CNT y la FAI. Como los dirigentes sindicales no cobraban, se dio por supuesto que el «liderazgo» no era un problema. No fue ese el caso. La deferencia de las bases de la CNT con sus líderes «naturales» que se habían ganado la confianza de los trabajadores con el sacrificio personal y su compromiso con la «idea», condujo directamente a la creación de la «autoridad constante y fija» que Bakunin había advertido que convertía a los anarquistas bienintencionados en charlatanes.

Esa noche, García Oliver convocó una reunión del grupo Nosotros y a un número de camaradas selectos para proponerles el asalto a los centros simbólicos de gobierno de la ciudad por parte de columnas anarquistas capitaneadas por Durruti. Durruti, que había permanecido inusualmente silencioso durante el debate en la asamblea plenaria de esa misma tarde, no había apoyado la propuesta de Oliver. Para él, la liberación de 30.000 militantes de la CNT que se creía que los rebeldes habían capturado en Zaragoza, tenía prioridad sobre todo lo demás.

La argumentación de García Oliver, ahora y durante el pleno me parece magnífica. Su plan para realizar el golpe es perfecto. Pero a míno me parece que sea éste el momento oportuno. Opino que debería ser realizado después de la toma de Zaragoza, cosa que no puede tardar más de diez días. Insisto en que debemos dejar esos planes para después de tomar Zaragoza. En estos momentos, sólo con Cataluña como base de sustentación, estaríamos reducidos geográficamente a la mínima expresión.[20]

Un exultante Joan Peiró comentó más tarde que el anarquismo, por primera vez, se había adaptado «a la historia»:

Hasta julio de 1936, las tácticas del anarquismo consistían en quedarse en la periferia del Estado y desde allí acosarlo a él y a sus instituciones. Las tácticas del anarquismo en la primera mitad del siglo XIX, en cambio, consistían en lo contrario. Proudhon, por ejemplo, combatió al Estado y a sus instituciones desde su escaño en la cámara de diputados francesa... El anarquismo tendrá que contribuir a la reconstrucción económica de España... Para ganar la guerra se requerirá mucha más colaboración de la que hay en este momento.[21]

La oposición de García Oliver, por fidelidad a sus principios, a la colaboración con los partidos burgueses fue efímera. Haciendo caso del principio «realista» de unirse a los que no se ha podido vencer, aceptó el nombramiento de militante del Comité de Milicias, junto con otros representantes anarquistas –Marcos Alcón, Jose Asens, Aurelio Fernández y Diego Abad de Santillán.

Por su misma naturaleza, el Comité de Milicias era un compromiso, una solución política artificial, un apéndice oficialmente sancionado del gobierno de la Generalitat, en que cada partido perseguía sus propios objetivos, divergentes y contradictorios entre sí. Su legitimación de la política partidista se tradujo en una renovada lucha por el poder entre las facciones, que intentaban fomentar la militancia y la influencia a costa de las de los otros. El único punto de encuentro real entre las facciones republicana y socialista del Comité de Milicias era su propósito de acabar de una vez por todas con la influencia anarquista. También acercó inexorablemente a los dirigentes de la CNT y la FAI al aparato del

Estado, hasta entonces su principal enemigo, y provocó la erosión continuada de la influencia y credibilidad anarquistas.

Más tarde, mientras justificaba las irremediables consecuencias de su integración en ese engendro artificial e híbrido que fue el Comité de Milicias, Oliver expresó sus dudas en relación al pleno «extraordinario» de comités locales y de distrito que habían tomado la decisión de abandonar los principios anarquistas y de colaborar con los partidos políticos.

La CNT y la FAI optaron por la colaboración y la democracia, evitando el totalitarismo revolucionario que simplemente habría provocado que la revolución acabase estrangulada por la dictadura confederal y anarquista. Confiaron en la palabra y en la persona de un demócrata catalán, y apoyaron a Companys y lo mantuvieron en el cargo de presidente de la Generalidad; aceptaron el Comité de Milicias y elaboraron un sistema de representación proporcional, pero no justo... [ya que] a la UGT y al Partido Socialista, grupos minoritarios en Cataluña, se les asignó un número igual de representantes que a los triunfantes cenetistas y anarquistas... un sacrificio calculado para atraer a los partidos de inclinación dictatorial hacia el camino de la colaboración leal, que no podía verse amenazado por la competición suicida.[22]

El comité Central de Milicias antifascistas, que se había de encargar casi exclusivamente de asuntos militares y de seguridad, se reunió por primera vez esa misma noche, la del 21 de julio, en el Museo Marítimo, en donde estableció su cuartel general permanente. La CNT aceptó la paridad con los otros partidos que numéricamente eran mucho menos fuertes. La UGT, por ejemplo, era minúscula en Cataluña en julio de 1936, con sólo 12.000 miembros, pero tenía el mismo número de representantes que la CNT, que contaba con 350.000 afiliados. El partido Esquerra Republicana de Companys también se benefició de la paridad con los dos sindicatos. García Oliver destaca, no obstante, que esta decisión tuvo poco que ver con la solidaridad o la generosidad, y más con la creencia pragmática de que un compromiso de esa naturaleza en Cataluña garantizaría concesiones similares en otras regiones como Madrid, en donde la CNT era minoritaria. El Comité de Milicias quedó integrado como sigue: CNT, 3; Esquerra Republicana (el partido de Companys), 3; la FAI, 2; Acció Catalana,

1; POUM, 1; PSOE, 1; Unió de Rabassaires (el partido de los campesinos catalanes), 1. La Generalitat estaba representada por un comisionado y un asesor militar.[23]

Otros órganos administrativos importantes, como el Comité de Suministros, la Comisión de Investigación, el Nuevo Consejo Escolar Unificado, el Consejo de Economía, los Tribunales Revolucionarios, etc., se organizaron de manera similar, con representación sindical, de los partidos y de la FAI.

Los líderes de la CNT-FAI consideraban que el papel del Comité de Milicias era

establecer el orden revolucionario en la retaguardia y encargarse del reclutamiento, organización y preparación de tropas y oficiales... de la provisión de comida y ropa, de la organización de la economía, de la legislación, de la administración de justicia... de la puesta en marcha de fábricas de armamento, de la propaganda, de las relaciones con el gobierno de Madrid, del cultivo de la tierra, de la salud y de la defensa de costas y fronteras. Teníamos que organizar los pagos a las milicias, a sus familias, y a las viudas de los combatientes, de hecho a decenas de miles de personas. Nos encargamos de tareas que en cualquier sistema gubernamental habrían requerido una gran burocracia. El Comité de Milicias era los ministerios de la guerra, de interior y de asuntos exteriores en uno... El Comité era la más legítima expresión del poder del pueblo.[24]

El presidente Azaña estaba horrorizado por el acuerdo de Companys con la CNT y la FAI. Lo describió, desesperado, como un complot para abolir el Estado español. Pero lo cierto es que Companys no había tenido otra alternativa que formar las milicias de la Generalitat, tal como el comunista Joan Comorera sugirió, para competir con la CNT, la FAI y el POUM por el control de las calles.[25] Las fuerzas republicanas que quedaban en Cataluña no sumaban más de 5.000 hombres entre miembros de la policía y de las fuerzas de seguridad –y en la euforia revolucionaria de los primeros días de julio no se podía confiar que ni siquiera ellos defendieran a la Generalitat. El 19 de julio, el gobierno de Madrid disolvió al ejército regular y los soldados se dispersaron; algunos corrieron a unirse a los rebeldes, otros volvieron a casa, mientras que otros se alistaron en

las recientemente formadas milicias de los trabajadores. Por otra parte, los aproximadamente

40.000 militantes anarcosindicalistas se organizaron y se apoderaron de las armas del cuartel de San Andrés y de los soldados vencidos; también tomaron el control de las infraestructuras de los sistemas de comunicaciones y transportes de Cataluña.

[1] Hobsbawm afirma que la llamada a la resistencia la emitió el gobierno republicano, pero para los anarquistas, «la llamada provenía de un organismo que el movimiento siempre se había negado a reconocer por principios», op. cit., p. 91.

[2] Diego Abad de Santillán: La revolución y la guerra en España, p. 34.

[3] Ibíd., pp. 34-35.

[4] Federico Escofet: De una derrota a una victoria, Barcelona, 1984, p. 231.

[5] Según García Oliver, ni de Santillán, ni Montseny, ni Felipe Alaiz, ni Carbó, «ni ninguno de los que en los reuniones y las asambleas pusieron las miras en las directivas de la CNT y la FAI, que estaban tácitamente al cargo de Ascaso, Oliver y Durruti. Ellos se consideraban la flor y nata de la intelectualidad y eso, al parecer, los eximía de tener que luchar en las calles». Juan García Oliver: El eco de los pasos, Barcelona, 1979, p. 176.

[6] Solidaridad Obrera, 19-7-1936.

[7] Escofet, op. cit., p. 352

[8] Marx y Engels: The Class Struggles in France, 1848-1850, Moscú, 1962, vol. 1, p. 130.

[9] Abel Paz: Paradigma de una revolución, Choisy le roi, 1967, p. 144.

[10] García Oliver, op. cit, p. 183.

[11] Ibíd., p. 145.

[12] Solidaridad Obrera, 19-7-1937.

[13] Hans Kaminski: Ceux de Barcelone, París, 1937, p. 181.

[14] Noir et Rouge, núm. 36, París, diciembre 1967.

[15] Informe del Comité Nacional de la CNT en el congreso de la AIT/IWMA, diciembre de 1937.

[16] La cuestión de liquidar el Comité de Milicias y retirarse de sus diversos órganos subsidiarios salió a debate unas semanas más tarde, durante una asamblea plenaria regional de grupos anarquistas de Cataluña (Sitges, 21-8-1938). El tema ya no se debatía como una cuestión de principios, sino como una manera de forzar la retirada del POUM y de otros partidos minoritarios marxistas y catalanistas del Comité. (Acta del pleno regional de grupos anarquistas de Cataluña celebrado en Barcelona el 21 de agosto de 1936). Garantizando la representación del POUM, Companys jugaba un complicado juego a dos e incluso tres bandas. Según Máximo García Venero, Companys convocó a destacados miembros del POUM, entre ellos a Julián Gorkin, y les dijo, «Si no me ayudáis a contener a los anarquistas, estoy decidido a dimitir de la presidencia. Los representantes del POUM han logrado que se les entregue varias docenas de ametralladoras, numerosos rifles y municiones. Y, como era lógico, se les reconoció como una fuerza con el derecho a ser oída y representada en la vida catalana». Máximo García Venero, Historia del nacionalismo catalán, vol. II, Madrid, 1967, pp. 431-432.

[17] García Oliver, op. cit., p. 186.

[18] «[Sin embargo] la ideología de la FAI dio un paso atrás; en febrero, la CNT no había dado instrucciones para boicotear las elecciones y los rehabilitados treintistas lograron la aceptación de su punto de vista más de una vez en las semanas posteriores». Broué y Temime: The Revolution and the Civil War in Spain, Londres, 1971, p. 57.

[19] García Oliver, op. cit., p. 186.

[20] Oliver, op. cit., p. 190.

[21] Joan Peiró: «Estado, anarquismo e historia», Timón, Barcelona, octubre 1938, pp. 69-70.

[22] «El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña», Solidaridad Obrera, 188-1937.

[23] Esa fue la única reunión del Comité de Milicias a la que Durruti asistió como delegado de la CNT. Quizás él también advirtió las contradicciones entre la función gubernamental del Comité de Milicias y los órganos locales de la revolución social.

[24] De Santillán, op. cit., p. 169.

[25] Manuel Benavides: Guerra y revolución en Cataluña, México, 1946, p. 190.

XXIII. LA FAI PATAS ARRIBA

Desde el 21 de julio, la FAI, dirigida por Diego Abad de Santillán, dejó de funcionar como entidad independiente. La trabazón y la Guerra Civil fundieron a las dos organizaciones en una entidad conocida como la CNT-FAI. No obstante, compartir el poder con los otros partidos políticos, primero a través del Comité de Milicias, después de la Generalitat y de los gobiernos centrales, también implicaba que se compartiesen los valores. No habría de pasar mucho tiempo para que la estrategia utilitaria burguesa de conveniencia desplazase a la tradicional preocupación anarquista por los valores de la justicia social.

Del 21 de julio en adelante, como hemos visto, la revolución social de sapareció de la agenda de los comités conjuntos de la CNT y la FAI. Los acontecimientos revolucionarios que para entonces se producían a toda velocidad en la industria y en el campo, especialmente en Aragón, fueron ignorados. Después de desconvocar la huelga general declarada el 19 de julio, los altos comités no dieron instrucciones a los militantes, excepto la de lograr la victoria militar contra el fascismo «a cualquier precio». El «precio» fue la renuncia formal a los principios anarquistas. El 27 de julio, Mariano Vázquez, faísta y secretario regional de Cataluña se reunió con el cónsul británico en Barcelona y le prometió que la CNT aportaría guardias para garantizar que los trabajadores no socializaban las ochenta y siete empresas en que Gran Bretaña estaba interesada. Así mismo, los dirigentes de la CNT-FAI aseguraron a los representantes de otras naciones que también protegerían sus intereses industriales y comerciales.

Habiendo tomado la decisión unilateral de abandonar el comunismo li bertario como objetivo inmediato de la CNT-FAI, los dirigentes tuvieron que convencer a las bases –y a la minoría concienciada– de que los ideales alimentados por tres generaciones de activistas (ideales por los que infinidad de militantes habían muerto, habían sido torturados o habían pasado muchos años en prisión), no podían ponerse en práctica en el escenario de una guerra civil y con la hostilidad del capitalismo internacional. El dilema, tal como ellos lo presentaban, era la guerra o la revolución.

La primera asamblea plenaria regional de la CNT catalana tuvo lugar el 9 de agosto. No había orden del día que la asamblea general pudiera aceptar, rechazar

o debatir; hubo, en cambio, una enumeración de las razones de las decisiones adoptadas hasta la fecha y la sincera declaración de que en adelante la política de la CNT-FAI sería la «unidad antifascista» y no el comunismo libertario.

Pero la revolución avanzaba por otra vía muy distinta en las zonas rurales de Aragón. Mientras que los líderes de la CNT-FAI de Cataluña pedían a sus miembros que dieran prioridad a la guerra contra el fascismo sobre la guerra de clases, como si fueran dos cosas distintas, los trabajadores rurales de Aragón seguían adelante con la revolución y expresaban su ira y descontento abiertamente, sometiendo a los dirigentes de Barcelona a una embarazosa crítica pública.

La disposición revolucionaria de los trabajadores quedó manifiesta durante una asamblea general de federaciones locales en Vall-de-roures, provincia de Teruel:

Lo hemos dicho en todas partes, hasta en la asamblea regional de Caspe –no debemos olvidar lo que les ocurrió a nuestros camaradas anarquistas en Rusia... «No sé si Aragón está o no está en condiciones de instaurar el comunismo libertario» dijo un delegado, «ni sé si ha llegado el momento de acabar para siempre con el anticuado sistema anterior. Lo que sé es que en todo el Alto y Bajo Aragón, por deseo unánime y propia voluntad, la vida comunitaria se está organizando con la mayor libertad posible. Y todo eso sin hablar de comunismo libertario».

Nunca podríamos haber imaginado que sería el mismo periódico anarquista Tierra y Libertad, el que intentaría echar un jarro de agua fría sobre Aragón, como ocurrió durante la asamblea general de Caspe con el camarada Marianet. Es fácil [decir] que los miembros de la confederación de Aragón, la Rioja y Navarra no deberíamos olvidar las tácticas confederales; lo que no hemos olvidado, ni podemos olvidar, es que vivimos una realidad que nadie puede negar... En España es posible establecer la libertad y la justicia, y creemos firmemente que es el momento de demostrarlo. Eso es lo que estamos haciendo, ni más ni menos.[1]

Los argumentos de la guerra y la amenaza de intervención internacional dieron la victoria a los dirigentes de la CNT-FAI en el debate sobre la revolución. Había tres puntos de vista en el seno del movimiento con respecto a la cuestión de la guerra y la revolución. De los aproximadamente dos millones de militantes de la CNT, quizá sólo alrededor de 300.000 se habrían definido como anarquistas concienciados o anarcosindicalistas. La mayoría creían que la guerra acabaría en cuestión de semanas. Al fin y al cabo, unos cuantos días habían bastado para derrotar al ejército en Barcelona, Madrid, Valencia y otras ciudades industriales. Eran contrarios a la colaboración y seguían creyendo en el comunismo libertario como una cuestión de principios, pero –bien por deferencia hacia la directiva de la CNT-FAI o simplemente porque se resignaron ante el argumento de la «fuerza de las circunstancias» y de las exigencias de la guerra– decidieron renunciar a él como objetivo a corto plazo.

Los líderes de la CNT-FAI, por otra parte, anticiparon una larga guerra y se opusieron a aplicar el comunismo libertario hasta después de la victoria. Con ese fin, se comprometieron a mantener el orden público, a restablecer la producción, y a garantizar a sus aliados burgueses y al capitalismo internacional por igual que no habían de temer nada de los anarquistas. En nombre de la «unidad antifascista», optaron por el compromiso y los pactos con los partidos burgueses y marxistas, pero su motivación estratégica era evitar que una triunfante pero agotada CNT se viera superada por otra fuerza política que hubiese escatimado más sus recursos. Era una estrategia intrínsecamente dañina que pronto absorbió toda su energía, separó los principios de la práctica, distanció al movimiento de su constitución anarcosindicalista, apartó al proceso de toma de decisiones de las bases y transformó lo que había sido una gran herramienta de la clase obrera en otra institución socialista, reformista y oligárquica.

La «unidad nacional», la eterna llamada a filas de los estadistas, fue el bálsamo que suavizó las dolorosas memorias y experiencias de la colaboración de clase durante los cincuenta años anteriores. La inexperiencia política y la ingenuidad con relación a la naturaleza y la mecánica del poder político, con su distinción entre moralidad pública y privada, llevó a los dirigentes de la CNT-FAI, guiados por el espíritu del perdón y en nombre de la solidaridad antifascista, a pasar por alto el papel sistemáticamente represivo que jugaron los socialistas y los nacionalistas durante la dictadura de Primo de Rivera y en los primeros años de la Segunda República, su legislación antilibertaria y la reciente represión, sangrienta e innecesaria, de los campesinos de Casas Viejas. El mundo de la política exigía el carácter de El Príncipe de Maquiavelo. Era un mundo para el

que los líderes de la CNT-FAI no estaban preparados. Aunque ellos eran «leones» que podían «asustar a los lobos», carecían de los conocimientos del zorro sobre las «trampas y cepos» de la vida política. Como Maquiavelo comentó, «Los que simplemente se aferran al carácter del león, no entienden su oficio».[2] No tardaron en entender el oficio, pero para entonces su misión era apoyar al Estado, no derrocarlo.

La tercera alternativa fue defendida por la «minoría concienciada» de los denominados anarquistas «incontrolables» que anticipaban una larga guerra, pero que insistían en que guerra y revolución eran inseparables. Sólo una revolución libertaria podría derrotar finalmente al fascismo, porque eso implicaría destruir al Estado, ya que el fascismo era simplemente un modo determinado de funcionar del Estado: todos los Estados recurren al fascismo cuando la amenaza al poder y a los privilegios que el Estado protege y encarna se vuelve suficientemente grande. El fascismo tiene lugar cuando el privilegio ya no puede garantizarse de forma voluntaria; es, en otras palabras, colaboración de clase forzosa, en oposición a la colaboración de clase voluntaria de la democracia liberal. Sin embargo, los militantes que defendían este punto de vista eran los más activos y comprometidos, los que salieron a luchar con las columnas de milicias de Aragón y el Levante durante los primeros días de julio y agosto. Aislados en el frente, tenían pocas oportunidades de propagar sus opiniones en los medios de comunicación de la Confederación, controlados por los dirigentes, o en las asambleas generales. Fue, por tanto, en gran medida un debate de la vanguardia contra la retaguardia; los activistas del frente pedían una revolución detrás, mientras que los de detrás (gestores y «líderes», apoyados por una mayoría fatalmente resignada), pedían la guerra.

La caída final en oligarquía fue rápida. A finales de septiembre de 1936, el Comité Peninsular de la FAI empezó a reafirmar su autoridad organizativa sobre los grupos afiliados. En una primera circular, numerada pero no fechada, enviada a las federaciones y grupos regionales, el Comité Peninsular informaba a sus afiliados de la necesidad de reestructurar la organización y de reclutar a nuevos miembros. El supuesto subyacente era que todo lo que se requería para la victoria final era la creación de una organización suficientemente grande, sólida y cohesionada:

Los miembros de este comité, nos hemos asegurado de que en todas sus

actividades el movimiento específico (la FAI) esté ligado a la organización confederal, estableciendo un único frente que conserva el ideal que defendemos y que goza de de un enorme prestigio. La actividad febril de los primeros momentos de la lucha, y la actividad no menos intensa que la siguió, tanto en términos de la guerra como de reconstrucción de la economía, fue completamente compartida con la organización confederal, y las siglas que representan al movimiento confederal y al específico se unieron en un mismo acrónimo...

La batalla librada contra el fascismo sigue siendo atroz y nuestra principal preocupación ha sido, y sigue siendo, movilizar los recursos necesarios para que prosiga. Ahora bien, debemos tener en cuenta que cuanto mayor y más organizada y cohesionada sea nuestra fuerza, más posibilidades tendremos. Asimismo, la reorganización de nuestros cuadros directivos y el incremento de la afiliación son cuestiones urgentes. La actitud positiva que el heroísmo de nuestros militantes ha suscitado entre el pueblo, tiene que ser capitalizada para así poder ampliar el alcance de nuestra acción. La influencia de la FAI debe llegar a todos los rincones y para este fin requiere grupos numerosos y bien preparados. El ejemplo de las federaciones regionales, comprometidas con revisar su organización, debe tenerse en cuenta como modelo a imitar, y de ese modo garantizaremos que el formidable halo que envuelve a nuestro movimiento sea un reflejo fiel de nuestra militancia. Las brechas abiertas en nuestras filas por la metralla del fascismo asesino han de llenarse rápidamente mediante el honorable reemplazo de nuestros camaradas caídos...[3]

Un poco más tarde, la prensa catalana informó al mundo de que la CNT había renunciado oficialmente a su posición apolítica y de que era un miembro pleno del gobierno de la Generalitat catalana, que había sustituido al Comité de Milicias. Los líderes de la CNT-FAI quedaron totalmente atrapados en los limitados aspectos técnicos de la guerra contra el fascismo y perdieron por completo de vista el alcance general de sus acciones. Más tarde, De Santillán reflexionó sobre la decisión de unirse al gobierno:

El Comité de Milicias garantizaba la supremacía del pueblo en armas, garantizaba la autonomía de Cataluña, garantizaba la pureza y legitimidad de la guerra, garantizaba la resurrección del impulso español y del espíritu español: pero nos dijeron y nos repitieron hasta la saciedad que mientras insistiéramos en retenerlo, es decir, mientras insistiéramos en fomentar el poder del pueblo, no llegarían armas a Cataluña, ni nos darían la moneda extranjera necesaria para comprarlas fuera, ni obtendríamos las materias primas necesarias para nuestra industria. Y puesto que perder la guerra significaba perderlo todo y volver a un Estado como el que prevaleció en la España de Fernando VII, y con el convencimiento de que nuestro impulso y el de nuestro pueblo no podía desvanecerse completamente de la nueva vida económica, dejamos el Comité de Milicias para unirnos al gobierno de la Generalidad y participar en su Consejería de Defensa y en otros departamentos vitales del gobierno autónomo.[4]

El 23 de octubre, los líderes de la CNT-FAI firmaron un «Pacto de unidad» con la UGT y el estalinista PSUC para supervisar el proceso de colectivización espontánea iniciado por los trabajadores bajo el control del Estado. Pero el Artículo 15 de este acuerdo demostraba que los dirigentes de la CNT-FAI estaban dispuestos a actuar implacablemente contra la «minoría concienciada» de anarquistas que insistían en proseguir la guerra de clases revolucionaria en contra de sus propias recomendaciones. «Hemos acordado unánimemente erradicar las actividades perjudiciales de grupos incontrolados que, por falta de comprensión o por malicia, suponen una amenaza para la aplicación de este programa.[5]

Dos días más tarde, el 25 de octubre, el Comité Peninsular de la FAI emitió un tercer aviso dirigido a los comités regionales y a las federaciones y grupos locales, aviso revelador del para entonces poco disimulado pensamiento autoritario del Comité Peninsular:

Motivos para la intervención: Debido a la imperiosa naturaleza de las circunstancias en que nos han colocado el levantamiento fascista y la lucha con la que nos hemos comprometido para sofocarlo, y sintiéndonos incapaces de hacer realidad nuestros ideales de una manera rápida y completa debido al hecho de haber accedido a colaborar con otros sectores con el objeto de ganar la guerra,

así como a contribuir durante la guerra al mantenimiento de las relaciones y la colaboración con partidos políticos antagónicos, y a causa del estado de ánimo de la gente, nos declaramos partidarios de la intervención en los organismos de carácter oficial que primero queremos modificar infundiéndoles el tono revolucionario que nuestra inclusión en ellos requiere...

Nuestra misión urgente y crucial: A menos que queramos ver que se esfuman nuestras esperanzas de una sociedad libre, y si, como es el caso, pretendemos tener voz y voto en la vida de la colectividad, necesitamos tener un organismo que contenga esos conceptos que son la condensación de un espléndido corpus de enseñanza y a los que tan firmemente nos hemos aferrado y preparado para su aplicación.

Los sindicatos, habiéndose convertido en agencias híbridas desde el punto de vista político, como consecuencia de las circunstancias comentadas más arriba, no pueden anteponer a sus actividades nada, excepto la función profesional que se les ha asignado; y necesariamente debe haber una fuerza motriz que produzca la fabulosa cantidad de energía requerida para cambiarlos en la dirección que más se ajuste a las preocupaciones de la humanidad por la renovación y la emancipación. La fuerza motriz a la que nos referimos no puede ser más que la Organización Específica [la FAI].

La FAI, un organismo cuyo estatus popular ha crecido inconmensurablemente, tiene, y a la fuerza debe tenerla, la obligación de abarcar a la militancia para mantener ese estatus y esa posición favorable que el pueblo español le ha concedido.

La expansión de la militancia de nuestra organización tiene que ser inmediata. Nuestra actividad con respecto a la preparación de los reclutas debe estimularse mucho para que se realice en el menor tiempo posible. Puesto que la aceleración de esa campaña reclutadora puede suscitar serios inconvenientes debido a la infiltración de personas a las que anteriormente no se habría admitido, podemos,

para los fines de su aprobación, emplear el procedimiento que nos permite elegirlos después de haberlos sometido a examen. Ese procedimiento puede consistir en reclutarlos de modo que, hasta que llegue el momento de que estamos convencidos de su pureza, les ocultemos todas las actividades de la organización.

Deberemos revisar el formato actual de nuestra organización: Nuestra organización sobre la base de pequeños grupos de afinidad, ha producido resultados espléndidos en los días heroicos de la clandestinidad y durante esos momentos en que, sin ser clandestina, la estupidez de la gente la privó del reconocimiento de su valor, reduciendo su influencia a la disfrutada por sus organismos.

El momento actual, que anuncia una nueva era para nuestro movimiento, una era en que nuestras actividades se expandirán considerablemente, impone una amplia expansión de las bases y la movilización de un gran número de militantes que pueden utilizar sus capacidades organizativas para realizar transformaciones que hace tiempo hemos pensado. Debemos buscar a los camaradas desconocidos con talento, que viven en el anonimato, para que puedan trabajar junto a los que ya se han distinguido en las tareas que componen nuestro perfil. La organización sindical, nuestra amada CNT, puede ser una cantera inagotable de militantes de la que podemos coger a quienes nuestro movimiento anarquista necesite.[6]

El 4 de noviembre, la lógica del colaboracionismo buscado por los dirigentes del movimiento anarquista español llegó a su inevitable conclusión. Después de una larga campaña por parte del secretario nacional de la CNT, Horacio Prieto, la CNT entró en el gobierno del Frente Popular de Largo Caballero. El nuevo gabinete de Caballero incluía a cuatro libertarios: dos de la tendencia reformista de la CNT –Joan Peiró y Juan López– y dos anarquistas –García Oliver y Frederica Montseny, del Comité Peninsular de la FAI. Aunque las bases y los periódicos de las milicias como Línea de Fuego acogieron la noticia con consternación, fue defendida con poco brío por Solidaridad Obrera, que la consideró «uno de los acontecimientos más memorables de la historia política de

este país».[7] Para los militantes «influyentes» de la CNT y la FAI, su fusión preventiva con el aparato del Estado para evitar que «la revolución se desviara de su rumbo» significaba que el Estado ya no representaba una fuente de división de clases o de opresión.

Para historiadores liberales como Raymond Carr, los «anarquistas» no tenían alternativa en la práctica:

Su teoría no podía abarcar las circunstancias en que se encontraban. Los anarcosindicalistas, siempre aquejados por una peculiar variedad de optimismo revolucionario, asumieron que el suyo era el único poder para la futura victoria de la revolución. La revolución que los anarcosindicalistas se fijaron como meta propia, les fue cedida en julio, repentinamente, como una reacción al golpe de derechas contra un gobierno democrático burgués... Poderosos en Barcelona y en prácticamente toda Cataluña, evidentemente la suya no era una fuerza predominante en el conjunto de la República; si intentaban imponer «su» revolución, no sólo fracasarían, sino que, mediante una dictadura, insultarían a los principios libertarios como tales y debilitarían el esfuerzo bélico contra el «fascismo» que, si triunfaba, podía destruir tanto a la democracia liberal como a la CNT. El anarcosindicalismo no se desarrolló porque nunca contempló la estrategia política de una alianza para los tiempos de guerra de los demócratas burgueses y las organizaciones de trabajadores contra una derecha contrarrevolucionaria.[8]

Esta valoración de Carr es completamente correcta, pero no eran los «anarquistas» los que no tenían alternativa en la práctica –la tenían y lo demostró su creciente éxito para disgusto de los autoritarios de todo tipo– eran los dirigentes quienes «no tenían alternativa en la práctica». El poder administrativo había cambiado su perspectiva del mundo hasta el extremo que habían dejado de comportarse como anarquistas. Al asumir las responsabilidades del gobierno, con independencia de lo «revolucionario», «progresista»

o antifascista que pudiera ser o haber sido ese gobierno, habían dejado de ser una fuerza independiente. Se habían ligado voluntariamente al Estado y habían actuado en contra de sus propias creencias, valores y prioridades.

Experimentaron lo que los sociólogos denominan «el cambio agentivo», es decir, dejaron de ser defensores de la libertad y de la revolución y enemigos del sistema de autoridad, para convertirse en agentes de ese sistema, no sólo responsables de él más que de su propia militancia, también comprometidos con el mismo.

A medida que la campaña de ablandamiento se intensificaba, un mayor número de militantes anarquistas de base empezó a expresar públicamente su preocupación por la descarada línea colaboracionista adoptada por las «personalidades» de los comités regionales y del comité nacional de la CNT-FAI. El lenguaje de la autoridad coercitiva empezó a introducirse en los comunicados oficiales de la CNT-FAI –con palabras como moralidad, responsabilidad, deber, etc. –todos relativos a la subordinación de los intereses conflictivos de los individuos a la autoridad orgánica.

La censura de la prensa, la lealtad a la organización, y la amenaza externa combinada de la burguesía y de los grupos marxistas y fascistas son las causas de que haya pocas pruebas documentales que ratifiquen esta tesis para evaluar cómo se sintió y con qué profundidad esa crisis de confianza en ese momento. La entrada de líderes anarquistas en el gobierno de Caballero permitió que el gobierno se trasladara tranquilamente a Valencia, sin el riesgo de que un movimiento anarquista popular se hiciese con el control de la capital. Una vez bien establecido en Valencia, el gobierno intentaría destruir sistemáticamente los logros revolucionarios del pueblo. Su primera tarea era recuperar los poderes cedidos a los comités regionales y locales, que ya eran casi autónomos. Eso aumentó la tensión considerablemente entre la directiva y las bases a finales de noviembre de 1936. La frustración por el total desinterés y la falta de contacto con la masa de «activistas anónimos» de la directiva catalana se intensificó tanto que parece ser que, en un momento dado, los comités de defensa de la CNT de Barcelona propusieron el cese de Mariano Vázquez al frente de la secretaría regional.[9]

En un intento por reducir la creciente y obvia desunión, Alejandro Gilabert, secretario de la Federación Local de Barcelona de Grupos Anarquistas (FAI), emitió una advertencia orwelliana a los críticos más vociferantes de la colaboración gubernamental entre la militancia, los denominados «incontrolables», sembrando dudas sobre su integridad:

Algunos enemigos del anarquismo, que se hacen pasar por camaradas, ahora están muy ocupados hablándonos de principios, tácticas e ideas. Son de la opinión de que el anarquismo se ha desviado de su rumbo normal a causa de haber perdido el tiempo con la burguesía y de renegar de sus principios antiestatistas.

Estas críticas no están suscitadas por sanas intenciones. Tienen una doble motivación que es necesario exponer. Naturalmente, el anarquismo en España ha experimentado un cambio de rumbo. Ha corregido todo su contenido negativo. Cuando el anarquismo aún era un movimiento de oposición permanente, sólo podía esperarse que negase todo lo establecido. Ahora hemos dejado de hacer simplemente oposición para convertirnos en una fuerza decisiva. En vez de negar, el anarquismo debe realizar. Los que realicen serán los que ganen.

Una postura negativa, la clásica postura del anarquismo internacional, no puede esperarse de nosotros, los españoles. La situación es demasiado grave para que perdamos el tiempo mirando afuera. ¿Hay algún ejemplo positivo, algún precedente eficaz en el mundo exterior que pueda servirnos de guía? El anarquismo internacional tiene muy poco peso por lo que se refiere a marcar directrices para el anarquismo español. Tenemos que decir con orgullo que España debe servir de ejemplo a los anarquistas del mundo...

Nosotros, los anarquistas, tenemos la obligación y el deber de criticar y de dirigir la guerra contra el fascismo y la revolución contra el capitalismo, no sólo desde abajo, desde las raíces, también ocupando cargos de responsabilidad en los órganos que gobiernan el destino de la nación.

Los que critican la posición de los anarquistas son enemigos encubiertos, agentes de la burguesía, individuos a los que no complace el peso de la influencia libertaria en el pueblo español. ¡Es la época del anarquismo y debemos aceptar la lucha con todas sus consecuencias, asumiendo la plena responsabilidad en estos momentos decisivos![10]

La justificación de la teoría colaboracionista de la cúpula de la CNT y la FAI no logró convencer a muchos anarquistas de dentro y fuera de España. Los anarquistas extranjeros no estuvieron expuestos a la censura impuesta a la prensa confederal. Sébastien Faure, que escribía en la prensa anarquista francesa, reprendió suavemente a la CNT-FAI por tres principales razones: la participación no fue aprobada unánimemente –una minoría considerable se oponía, por tanto la unidad y la fuerza moral del movimiento resultaba perjudicada; los partidos políticos ganaron en influencia gracias a la participación gubernamental, y las nociones de acción directa y de lucha de clases se debilitaron; y, finalmente, el federalismo del movimiento anarquista resultó perjudicado por la cooperación con un gobierno centralista y autoritario. En comparación con los hostiles comentarios publicados en Le Combat Syndicaliste, el periódico anarquista francés Terre Libre, y L'Espagne Nouvelle de André Proudhommeaux, las lúcidas y devastadoras observaciones de Faure parecían conciliadoras:

Si la realidad contradice a los principios, entonces esos principios tienen que ser erróneos, en cuyo caso no podemos tardar en renunciar a ellos; deberíamos ser lo bastante sinceros para admitir su falsedad en público y lo bastante virtuosos para dedicarnos a combatirlos con el mismo ardor que antes empleamos en defenderlos. Asimismo, deberíamos esforzarnos inmediatamente por encontrar principios más sólidos, más justos y menos falibles. Si, por el contrario, los principios que sustentan nuestra ideología y nuestras tácticas resisten, con independencia de las circunstancias, y hoy en día son tan válidos como lo eran, entonces debemos seguir teniendo fe en ellos. Apartarse, incluso durante un breve espacio de tiempo y en circunstancias excepcionales, del camino que nuestros principios nos indican significa cometer un grave error, un peligroso error de juicio. Persistir en ese sentido es cometer un grave error, cuyas consecuencias conducirán al abandono temporal de los principios y, concesión tras concesión, a su abandono total y definitivo. De nuevo, ese es el mecanismo, la resbaladiza pendiente que puede provocar nuestro extravío.[11]

Los ministros anarquistas pronto descubrieron que su poder para influir en las decisiones del gabinete era nulo. Los socialistas controlaban los seis ministerios

más importantes –Guerra, Estado, Vivienda, Trabajo, Interior y Presidencia. La CNT y la FAI tuvieron que conformarse con cuatro –Industria (Joan Peiró), Comercio (Juan López), Justicia (García Oliver) y Sanidad (Frederica Montseny). Largo Caballero, enemigo de la CNT, retuvo el poder ejecutivo supremo mediante el control del Consejo de la Guerra.[12]

En enero de 1937, Caballero anuló el poder de las regiones autónomas y convirtió a sus administraciones en subgobiernos regionales sometidos al control central. Su siguiente prioridad era restaurar el monopolio de la violencia del Estado estabilizando las fuerzas revolucionarias, desmovilizando a las milicias de orientación anarquista o incorporándolas al ejército y convirtiéndolas en unidades militares regulares. A las milicias no dispuestas a aceptar la militarización, ni su transformación en formaciones regulares del ejército, se les negó armas, provisiones y sueldo. A los militantes de base «incontrolables», que cuestionaron abiertamente las políticas de los altos comités, se les criminalizó. Los dirigentes de la CNT y la FAI respaldaron abiertamente al gobierno en vez de a sus militantes y se negaron a apoyar la petición urgente de las columnas de milicias de hombres, provisiones y municiones.[13] En una reunión convocada por la CNT-FAI el 4 de diciembre en Valencia para reunir apoyos para la militarización, García Oliver declaró:

[13] No importa a qué organización pertenezcan los trabajadores, para ganar deben emplear los mismos métodos que usa el enemigo.

La distancia entre la base y la cúpula se incrementó todavía más. Tal como Faure había previsto, una concesión llevó a otra hasta que los «notables» se transformaron en serviciales y maleables agentes del estado. A causa de su obsesión con una ilusoria unidad antifascista con los partidos marxista y liberal, la directiva de la CNT y la FAI se comprometió totalmente y preparó el escenario para el golpe de gracia final –los «días de mayo» de 1937.

El apogeo del proceso reformista llegó en mayo de 1937 en Barcelona, cuando los dirigentes de la CNT y la FAI ordenaron a sus militantes dejar las armas que habían cogido como respuesta a la campaña de provocación emprendida por el PSUC y los nacionalistas catalanes a principios de enero. Ese resultó ser el

acontecimiento clave para tumbar al gobierno de Largo Caballero, el único aliado de la directiva de la CNT-FAI en un gabinete predominantemente procomunista. Finalmente acabó la influencia moral de la CNT-FAI en su principal baluarte –Cataluña. Quedaba libre el camino para que el gobierno pro-ruso de Negrín destruyera lo que quizás fue el logro más positivo de la revolución –el Consejo de Aragón de orientación anarquista.

La patente hostilidad de la nueva administración de Negrín hacia la FAI condujo a una grave crisis de la organización anarquista en junio de 1937. El recientemente nombrado ministro de justicia de Negrín, Manuel Irujo, puso en marcha una línea de ataque legalista contra la organización anarquista. Como la FAI era una organización que no estaba registrada antes de febrero de 1936 (de hecho nunca lo estuvo, de ahí su calificación de organización «secreta»), Irujo dictaminó que no podía mantener su representación en los Tribunales Populares. No se podía permitir que una organización no sujeta a legislación y enemiga declarada del poder gubernamental, compartiese la dirección del aparato del Estado, situación a la que se había llegado gracias a la simbiótica relación de la FAI con la CNT.

El Comité Nacional de la CNT se quejó con amargura de esa decisión. También expresó su preocupación por la creación de Tribunales Especiales, supuestamente constituidos para juzgar casos de espionaje y alta traición, pero cuya definición de tales delitos era tan vaga que daba a la policía un poder draconiano para sofocar todas las presuntas actividades antigubernamentales. Esos arbitrarios tribunales estaban hechos a medida para reprimir a los «elementos incontrolables» del POUM y la CNT.

Ante las «consecuencias» de la clandestinidad, es decir, ante el riesgo de convertirse en una entidad legalmente «inexistente», hecho que implicaría la pérdida de representación en todos los organismos oficiales, el Comité Peninsular de la FAI convocó una Asamblea Plenaria Nacional urgente en Valencia para debatir sobre su legalidad en relación con el Estado y considerar las propuestas de «revisar» los principios ideológicos que la habían inspirado durante sus diez años de existencia y de convertirse en una organización legalmente registrada. La asamblea, que empezó el 4 de julio, duró cuatro días. Las propuestas de reorganización, sometidas al final del pleno a referéndum de los plenarios regionales, tuvieron una importancia histórica para el movimiento anarquista español. La FAI dejó de ser un organismo federal de grupos de afinidad autónomos, al que sus miembros eran invitados a formar parte, para

transformarse en una organización política centralmente coordinada y abierta a todos los que quisieran entrar en ella y estuviesen dispuestos a colaborar con ella.

Los acontecimientos de mayo dieron a los líderes de la FAI la justificación que necesitaban para reforzar la disciplina organizativa y para insistir en una mayor firmeza del control. El 17 de julio, después de una intensa campaña de reclutamiento, con mítines en Madrid, Cartagena y Castellón, la prensa anarquista y anarcosindicalista publicó el siguiente comunicado del Comité Peninsular de la FAI:

Trabajadores de España: La FAI, que siempre ha luchado por vuestra emancipación, que ha estado a la cabeza de la lucha por vuestra revolución, que tiene como meta, en esta guerra contra el fascismo y la burguesía internacional, la victoria de la verdadera libertad de la clase libertaria, os abre sus puertas.

Todos los revolucionarios que luchen por la libertad y contra un pasado de explotación y calumnia, contra cualquier intento de represión y dictadura, tiene un lugar de honor aquí. La FAI, organización que decidió en su último pleno histórico celebrado en Valencia ampliar sus bases para convertir a nuestra experimentada federación en un instrumento del proletariado revolucionario libertario... La FAI no se está convirtiendo en otro partido político y no reniega de sus objetivos ni de sus métodos: sólo quiere manifestar su posición con respecto a la realidad de la España que modela al nuevo mundo, que derrama la generosa sangre de sus mejores hijos, que quiere hacer realidad un sistema de relaciones acorde a su existencia libertaria y convoca a todos loa auténticos revolucionarios a llevar adelante su empresa liberadora.

Nuestra FAI busca la victoria de la gente, del proletariado y no la victoria de ninguna facción. Persigue la revolución con y para el proletariado. Que los que están con la revolución española, que es la revolución por la libertad, engrosen nuestras filas. Juntos, en un poderoso bloque de acero, avanzaremos hacia la victoria y, junto con la FAI, aplastaremos a la reacción.[14]

Poco después, el secretario del Comité Peninsular de la FAI anunció que la militancia nacional de la organización contaba con 160.000 miembros. Alejandro Gilabert, de la FAI, explicó lo que la reorganización comportaría en una entrevista publicada en Solidaridad Obrera:

Pregunta: ¿En qué circunstancias se encuentra el movimiento anarquista en la actualidad?

Respuesta: El anarquismo ibérico se encuentra en la actualidad en posición de ejercer y reclamar el liderazgo de la revolución vivida y realizada por nuestro pueblo: por esa razón, la FAI ha acordado equiparse con una nueva estructura organizativa y admitir en sus filas a todas las personas de inclinaciones libertarias.

Pregunta: ¿Cuáles son las implicaciones de la nueva estructura de a FAI?

Respuesta: En términos políticos, producirá una auténtica revolución. Porque, antes de un mes, la FAI será el movimiento revolucionario más poderoso de España, sin mencionar a sus miles de miembros en Portugal, Francia y los Estados Unidos de América. Porque, como usted debe saber, la Unión Anarquista Portuguesa, la Federación de Grupos Anarquistas Hispanohablantes de Francia, y la Federación de grupos Anarquistas Hispanohablantes de los Estados Unidos también están afiliadas a la FAI.

Pregunta: ¿Cuántos miembros tiene la FAI en Barcelona?

Respuesta: Con el nuevo formato, la FAI tendrá más de 30.000 miembros sólo en Barcelona, porque resulta que una gran masa de anarquistas aún no estaban afiliados a la FAI, aunque hablasen en su nombre de vez en cuando.

Pregunta: ¿La adopción del nuevo formato implica que la FAI se ha convertido en un nuevo partido político?

Respuesta: Será un partido revolucionario, o una organización específica que se difundirá por la vida pública lo suficiente para proporcionar al proletariado un instrumento para organizar sus acciones revolucionarias, llevando adelante a la revolución desde todos los organismos populares.

Pregunta: ¿Cómo funcionará la FAI a partir de su nuevo formato?

Respuesta: De acuerdo con el nuevo enfoque, la FAI hará todo lo posible para garantizar que nuestra revolución no sea la expresión de un credo totalitario, sino la creación de todos los sectores antifascistas populares con alguna influencia en la vida política y social. Como anarquistas, somos enemigos de cualquier forma totalitaria de gobierno, y la FAI en su nueva fase de actividad política empleará todos sus recursos para evitar la desfiguración o el estrangulamiento de la revolución ibérica por parte de las dictaduras de partido.

Pregunta: ¿Está renunciando la FAI a la introducción del comunismo libertario?

Respuesta: Nosotros, los anarquistas que estamos dentro de la disciplina de la FAI, queremos que el futuro de la península Ibérica sea el producto de la acción concertada de todos esos sectores que persiguen la creación de una sociedad sin privilegios de clases, en que los organismos laborales, la administración y la

interrelación sean los principales factores para proveer a nuestro país, mediante prácticas federales, el medio que satisfará las necesidades de sus diferentes regiones, porque esa es la importancia política, social y revolucionaria de la nueva estructura de la FAI según los acuerdos alcanzados en la Asamblea Plenaria Peninsular que nuestra organización celebró en Valencia durante los primeros días de julio.[15]

La propuesta del Comité Peninsular de que la FAI debería convertirse en un organismo político legalmente registrado para poder defenderse y construir una gran organización anarquista fue recibida con hostilidad por una minoría considerable de afiliados a la organización. Los ánimos se caldearon especialmente en Cataluña, donde, durante un Plenario Regional de grupos celebrado entre el 5 y el 7 de agosto, hubo airados choques entre los defensores de la reorganización y los que la veían como una aventura muy peligrosa que corría en dirección contraria a los objetivos y principios fundamentales del anarquismo. Había el peligro de escisión. El desacuerdo se centró en la parte de la resolución que declaraba: «en contraste con nuestra actitud de inhibición del pasado, es el deber de todos los anarquistas participar en aquellas instituciones públicas que puedan servir para consolidar y reforzar el nuevo estado de las cosas». Los militantes interpretaron eso como un claro compromiso con la intervención política en el gobierno y las instituciones oficiales.

La propuesta de que el personal de la FAI que ocupase cargos públicos estuviese obligado a realizar todas las misiones que le fueran encomendadas y a informar sobre sus tareas y su trabajo a los comités también alteró los ánimos. «Cualquier afiliado a la FAI», añadía la resolución, «que pueda ser designado para un cargo público –con independencia de la naturaleza del mismo– podrá ser cesado o destituido de dicho cargo tan pronto como los órganos apropiados de la organización lo determinen; y los comités tendrán la obligación de informar también sobre esos casos».

Igualmente preocupante era el hecho de que la suficientemente probada estructura del grupo de afinidad, que había sido el núcleo del anarquismo organizado en España desde los días de la Primera Internacional, estuviera siendo abandonada, y que a la militancia de la FAI se la definiese con la ambigua expresión de «Individuos o militantes de la misma opinión». Tampoco había ninguna referencia en la resolución a la reafirmación de los principios

anarquistas o a la posibilidad de denunciar al estado. La única referencia al anarquismo era esta breve declaración: «Como anarquistas, somos enemigos de las dictaduras, ya sean de casta o de partido; somos enemigos de la forma totalitaria de gobierno y creemos que el sentido futuro de nuestro pueblo será el resultado de la acción conjunta de todos los sectores que colaboren en la creación de una sociedad sin privilegios, en que los organismos del trabajo, la administración y la convivencia sean el principal factor para dar a España, por medio de formas federales, el cauce que dé satisfacción a sus distintas regiones».[16]

A pesar de las airadas denuncias de traición a los principios anarquistas, el sentimiento mayoritario del pleno fue el de aceptación del nuevo formato en su conjunto. Pero, dado el tamaño de la minoría que se oponía al mismo, la unidad del movimiento estaba en peligro. Se creó un grupo de trabajo para buscar una fórmula de compromiso que pudiera reconciliar los puntos de vista opuestos. El grupo de trabajo redactó una propuesta que finalmente fue aprobada por todos los grupos catalanes que asistieron a la asamblea plenaria:

Convencidos de que la cordialidad entre miembros de comunión anarquista es ineludiblemente necesaria, declaramos... Que con respecto al resultado de las deliberaciones sobre si conviene dar o negar la aprobación a la propuesta redactada por el Plenario Peninsular, y dado que una mayoría se pronunció a favor de la misma, dicha propuesta se considera aprobada; pero reconociendo que también ha habido gran oposición a esa propuesta, hasta el punto de degenerar en una flagrante amenaza de escisión, los grupos que no la acepten pueden decidir seguir como hasta ahora, pero teniendo en cuenta que sus decisiones de carácter organizativo tendrán la importancia numérica proporcional al tamaño de su militancia.[17]

La semana siguiente, el 14 de agosto, un plenario de delegados de grupos de Barcelona acordó que la Secretaría de la Federación Local convocase a cada unidad por separado para designar a la comisión reorganizadora de los grupos. También se acordó respetar la autonomía de los grupos de afinidad que no estuviesen de acuerdo con la nueva estructura. Esos grupos se que darían al margen de la estructura, pero tendrían representación organizativa en los

plenarios y en los congresos.

Aunque la militancia de la FAI se disparó, un significativo número de grupos se negó a cooperar con la propuesta reestructuración de la organización, y se llegó a un punto muerto. El portavoz de la FAI, Alejandro Gilabert, quiso disipar los temores de los grupos de oposición en un artículo publicado en Solidaridad Obrera con el título de «Camaradas, la FAI»:

No está fuera de lugar ahondar en la cuestión. Ningún anarquista debería dejar de pensar en la FAI como en su propia organización. He dicho, y repetido en numerosas ocasiones, que un gran número de anarquistas no están organizados en la FAI, inconscientes del enorme perjuicio que causan al movimiento libertario con esa actitud. No basta con ser militante de la CNT... el anarquista debe ejercer actividades específicamente libertarias bajo los auspicios y la disciplina de su propia organización.

Esos camaradas que creen que la CNT representa al anarquismo están profundamente equivocados. La CNT es un colectivo que defiende los intereses morales y económicos de los trabajadores, pero no es una organización específicamente anarquista, aunque su objetivo sea el comunismo libertario. Digámoslo de una vez por todas, es la FAI la que representa al anarquismo. Es cierto que ha habido innumerables circunstancias que obligaron a muchos anarquistas a apartarse un poco de la FAI, pero no es menos cierto que esas circunstancias han sido superadas. Hoy en la FAI hay sitio para todos los elementos libertarios. El nuevo formato organizativo que la FAI ha adoptado, ofrece al movimiento más amplitud de miras y permite a cada militante estar activo de algún modo.

Los «Amigos de Durruti», un importante grupo de activistas de base provenientes de la Columna Durruti, aportaron el análisis más perspicaz del significado de los cambios en la estructura de la FAI. Desde principios de la primavera de 1937, cuando su periódico El Amigo del Pueblo apareció por primera vez, esa «minoría concienciada» había sido la única sección organizada del movimiento que públicamente desafió la implicación cada vez mayor de los

«directores» de la CNT-FAI en la colaboración, y pidió el retorno al espíritu revolucionario del verano de 1936. Los «Amigos de Durruti» comprendieron el auténtico propósito que se ocultaba tras los cambios que sólo beneficiarían a los interesados elitistas –justificar y perpetuar la colaboración. Los dirigentes de la CNT-FAI habían llegado tan lejos por el camino gubernamental que el carácter circunstancial de la relación laboral que establecieron con los funcionarios del Estado desapareció y quedó probado que formaban parte del sistema de autoridad que, como anarquistas, anteriormente habían repudiado. Se convirtieron en parte del problema. Retirarse del gobierno en se punto sería como una admisión pública de que su repudia del comunismo libertario y todas sus acciones hasta la fecha habían sido destructivas y negativas. La secuencia dinámica de su postura los dejaba sin otra alternativa que llevar la colaboración hasta el límite más amargo. Si la revolución social tenía que volver a la agenda, no lo haría a través del aparato oficial de la CNT-FAI:

El verdadero significado de la decisión [del plenario de la FAI] es el hecho de que el grupo de camaradas que recomiendan esta metamorfosis pretenden, no sólo ver a la FAI dotada de una estructura organizativa similar a la de otros sectores, sino también, a pesar de tratarse de una medida nada recomendable, perpetuar la colaboración gubernamental iniciada a partir de julio. En el preciso momento en que se pide una reevaluación de los errores, se incrementa el error y todo el catálogo de catástrofes y contrarrevoluciones es bendecido y absuelto.

La lección ha sido vana. A lo largo del pasado año, quedó claro que no es posible compartir la responsabilidad revolucionaria con la pequeña burguesía y con esos partidos que, aunque reivindican la etiqueta de ‘marxistas’ son, evidentemente, apéndices de la burocracia. Pero el sentido común aún tiene que instalarse entre nuestras filas.

Se ha expuesto con completa claridad que se está renegando del comunismo libertario por el bien de un acercamiento a las agrupaciones antifascistas. ¡Perfecto! ¿Abjuran, por casualidad, esas otras agrupaciones de sus programas para convencer a la CNT y a la FAI...?

Es realmente lamentable que ciertos camaradas con una larga historia en el movimiento anarquista todavía no comprendan la razón por la que los grupos anarquistas han podido realizar hazañas de una importancia colosal, que pueden ser igualadas, pero posiblemente no superadas. Y desafía la lógica el hecho de que, cuando entramos de nuevo en un periodo de opresión, haya ese deseo de destrozar la fórmula que ha abierto tantas puertas a las luchas libradas por el proletariado de esta península.

Pero lo que de verdad nos inquieta es el nuevo programa que tiene que sustituir al comunismo libertario. ¿Prevalecerá la confusión que nada más favorece a los advenedizos y a los individuos que sólo quieren ‘prosperar’ a expensas del proletariado? ¿Es el objetivo de nuestra organización ser el sostén de la democracia burguesa y del capitalismo extranjero?

Parece ser que ese nuevo enfoque está en la línea de ciertos editoriales que han aparecido en Solidaridad Obrera. Hablan de gobernar. ¿Pero de gobernar cómo? ¿Tendrá que haber una repetición de los acuerdos híbridos que se han producido en los pasados años de contrarrevolución? ¿Nos cogeremos del brazo de la pequeña burguesía?

Hace unos días, uno de los camaradas que defiende ese nuevo enfoque declaró que estábamos de acuerdo con una frase o noción expresada por Manuel Azaña en su último discurso. ¿Cómo se puede decir eso? Azaña habló de un régimen de libertad. Pero ¿alguien creerá que Azaña puede garantizar a la clase obrera un solo átomo de libertad? ¿Y qué es esa libertad de la que Azaña nos habla? ¿Y cómo vamos a ponernos de acuerdo los anarquistas con uno de los mayores tiranos que el proletariado ha tenido que sufrir?[18]

A finales de agosto de 1937, con la disolución del Consejo de Aragón, el último baluarte de la práctica anarquista, la revolución española, quizá el experimento

social más profundo e inspirador de la historia, se acabó; la burguesía republicana y los asesores soviéticos del Partido Comunista español quedaron libres del inminente peligro que suponía el enemigo interno –los nacionalistas catalanes habían sido neutralizados, el Partido Socialista se había dividido y la influencia de la «minoría concienciada» de anarquistas terminó –pero ya era demasiado tarde. Después de confiar su poder político, militar y económico a sus propios líderes, vieron a esos mismos líderes consentir la destrucción sistemática de sus logros; la intimidación, el encarcelamiento y el asesinato de sus militantes; y la transformación de sus aspiraciones a una sociedad libre en algo imposible de identificar. Sin nada por qué luchar, ya sólo era cuestión de tiempo que la voluntad de resistir se acabase, arrastrando con ella a la Segunda República y a esa monstruosidad institucional que había crecido a partir de lo que en el pasado había sido una gran asociación de la clase obrera –¡La FAI!

[1] Solidaridad Obrera, 9-10-1936, p. 3.

[2] Maquiavelo: El Príncipe, cap. XVIII.

[3] Peirats, op. cit., vol. II, pp. 242-244.

[4] De Santillán: Por qué perdimos la guerra, op. cit.

[5] Diario Oficial de la Generalitat de Cataluña, 11-10-1936.

[6] De Santillán, op. cit., pp. 244-245.

[7] Solidaridad Obrera, 4-11-1936.

[8] Carr, op. cit., p. 112.

[9] Marcos Alcón: «Recordando el 19 de julio de 1936», Espoir, 20-7-1975, p. 3.

[10] Alejandro Gilabert: «La hora del anarquismo», La Protesta, Buenos Aires. Citado en Las pendientes resbaladizas, Montevideo, 1939, pp. 85-86.

[11] Sébastien Faure: «La pointe fatale», Le Libertaire, núm. 559, 22-7-1937.

[12] La primera oferta de Caballero de un ministerio sin cartera fue aceptada de

entrada por el Comité Nacional de la CNT dirigido por David Antona, que sucedió en la secretaría general a Horacio Prieto tras su dimisión. Esa decisión provisional (y secreta) (que designó a Antonio Moreno candidato ministerial), fue rechazada por el Plenario Nacional de la CNT (es decir, por las bases), el 3 de septiembre. Para entonces, sin embargo, el Comité Regional Catalán de la CNT había accedido a participar en el gobierno de la Generalitat, pero se había permitido el lujo de no contar con representantes de las bases. Se hizo una propuesta alternativa según la cual un gobierno nacional debería estar formado por las dos entidades sindicales más importantes –la CNT y la UGT y estaría presidido por Largo Caballero. La segunda semana de septiembre, Horacio Prieto consiguió regresar a Madrid desde el País Vasco, donde había quedado aislado por el levantamiento. Retomó el cargo de secretario general y reafirmó su notable influencia en el Comité Nacional. En una reunión en Valencia, criticó abiertamente la decisión anticolaboracionista del Plenario Nacional y defendió sin reparos la participación de la CNT, con la condición de que le adjudicaran varios ministerios importantes. Contó con el apoyo del Comité Regional del Levante. El Comité Nacional de la CNT ya no rechazaba la implicación en la política como una cuestión de principios, simplemente negociaba el precio. Un grupo de expertos de la CNT-FAI formado por Juan López, por el Levante, Federica Montseny por Cataluña,y Aurelio Fernández por Asturias, presentó la propuesta de un Consejo Nacional de Defensa constituido por cinco delegados de la CNT, cinco de la UGT y cuatro republicanos, dirigido por Largo Caballero y con Manuel Azaña como presidente. Horacio Prieto convocó dos plenarios nacionales más antes de que la primera decisión finalmente fuese revocada, una el 28 de septiembre y la otra el 18 de octubre. Fue en esta última fecha cuando se adoptó la decisión, en principio, de entrar en el gobierno central. Encomendaron a Horacio Prieto ultimar los detalles. Prieto propuso los nombres de Juan López y Joan Peiró, ambos antiguos treintistas, y de Frederica Montseny y García Oliver como «miembros radicales del movimiento en su calidad de militantes de la FAI». (Juan Gómez Casas: La FAI, op. cit., p. 235). Prieto también ofreció a Pestaña una cartera ministerial con la condición de que abandonase el Partido Sindicalista, pero él rechazó la oferta, lógicamente, alegando que era la CNT la que tenía que abandonar su posición ya que había abandonado sus principios. Pestaña comentó, con cierto sarcasmo, el nombramiento de los ministros anarquistas: «Les han ofrecido carteras nominales sin valor ejecutivo en estos momentos con el fin de evitar que causen problemas mayores. ¿Qué puede hacer García Oliver en el Ministerio de Justicia? ¿Y qué puede hacer Federica en un Ministerio de Sanidad inexistente? ¿Qué industria dirigirá Peiró si la única que hay es la de la guerra y está controlada por Largo Caballero? Aparte de que Juan

López no sabe nada de comercio, la verdad es que, aunque sabe mucho de industria, no podrá alcanzar ningún pacto importante, porque todas las importaciones, de material bélico principalmente, también están controladas por el Jefe del estado. Han entrado como campesinos, para darlo todo a cambio de no obtener nada, aparte, quizás, de vanidad personal». (De Lera, op. cit., p. 335). Hay una confusión considerable en relación con el renombramiento de Prieto como secretario nacional de la CNT, ya que éste había dimitido alegando una cuestión de principios en el Congreso de Zaragoza de mayo de ese mismo año. Según su yerno (César Lorenzo, op. cit., p. 221), fue restablecido por una «reunión de militantes» en junio, a la espera de un referéndum nacional. Parece ser que ese referéndum nunca tuvo lugar. La «reunión de militantes», quienesquiera que fueran, actuó de un modo manifiestamente antidemocrático. Sólo unas semanas antes, el congreso de Zaragoza había establecido normas claras para los cargos (sólo una vez al año y sin posibilidad de reelección). También podemos preguntarnos qué defendió Prieto con respecto a las resoluciones relativas al comunismo libertario aprobadas por las bases en el Congreso de Zaragoza, resoluciones con las que evidentemente él no estaba de acuerdo, ya que decidió dimitir.

[13] El 4 de octubre de 1936, los miembros de la FAI Dionisio Eroles y Aurelio Fernández fueron nombrados miembros ejecutivos del Consejo de Seguridad, un organismo montado bajo los auspicios de la Generalitat para «unificar» los diversos servicios de seguridad. Tres semanas más tarde, el 23 de octubre, la obsesión de la directiva de la CNT-FAI con la «unidad antifascista» se intensificó aún más con la firma del «Pacto de unidad» entre la CNT y la FAI y el PSUC de Cataluña. El Artículo 2 de ese acuerdo afirmaba que, aunque apoyaban la colectivización «de todo lo que pudiera ser esencial para los intereses de la guerra», la opinión del Consejo era que «esa colectivización no podría producir los resultados deseados a menos que la supervisara y organizara un cuerpo realmente representativo de la ‘colectividad’», en ese caso el Consejo de la Generalitat. «Con respecto a la pequeña industria, no defendemos la colectivización, excepto en casos de sedición por parte de los propietarios o por necesidades urgentes de la guerra. Cuando las pequeñas industrias se colectivicen por necesidades de la guerra, a los propietarios expropiados se les compensará de modo que quede garantizado su sustento... En el caso de la colectivización de empresas extranjeras, se acordará una fórmula de compensación que sea igual al capital total. Defendemos un único mando para organizar las acciones de cada unidad de combate, la introducción de una milicia de reclutas y su conversión en un gran Ejército del Pueblo, y el fortalecimiento

de la disciplina...». Pero el artículo 15 mostraba el largo recorrido por el camino del conservadurismo burocrático de una organización libertaria que tan grande había sido en el pasado. «Hemos acordado adoptar acciones conjuntas para frenar las actividades perjudiciales de los grupos incontrolados, que, por falta de comprensión o malicia, suponen una amenaza para la aplicación de este programa».

[14] Peirats, op. cit., vol. II, cap. 24.

[15] Solidaridad Obrera, 10-8-1937.

[16] Ibíd.

[17] Ibíd., 12-10-1937.

[18] El Amigo del Pueblo, núm. 6, 12-8-1937.

ÍNDICE

[*]

CNT Congresos y Plenarios

FAI (Federación Anarquista Ibérica)

[*] Este índice corresponde a la versión impresa.